

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

ESTUDIO

SOBRE

VIRGILIO

POR

C. A. SAINTE-BEUVE

de la Academia Francesa.

TRADUCCIÓN

POR

LUIS DE TERÁN

Secretario de la Sección de Literatura
del Ateneo de Madrid.

Precio: CINCO pesetas.

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Calle de Fomento, núm. 7

ESTUDIO SOBRE VIRGILIO

11.77322

DR 5582

OBRAS PUBLICADAS

por **LA ESPAÑA MODERNA**, que se hallan de venta en su Administración, Fomento, 7, Madrid, y que recomendamos especialmente á nuestros favorecedores.

- AGUANNO.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.
GIURIATI.—Los Errores judiciales, 7 pesetas.
GRAVE.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
GROSS.—Manual del Juez, 12 pesetas.
KELLS-INGRAM.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
KOCHS.—Higiene general, 3 pesetas.
KRUGER.—Historia, fuentes y literatura del Derecho, 7 pesetas.
LOMBROSO, FERRI, GAROFALO y FIORETTI.—La Escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
MARTENS.—Derecho internacional público y privado (4 tomos), 30 pesetas.
MAX-MULLER.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
MOMMSEN.—Derecho público romano, 12 pesetas.
ROGERS.—Sentido económico de la historia, 10 ptas.
SOHM.—Historia é Instituciones de Derecho privado romano, 14 pesetas.
STAHL.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
SUMNER-MAINE.—El Antiguo Derecho y La Costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 ptas.—Las Instituciones primitivas, 7 ptas.
WESTERMARCK.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Obras de H. Spencer publicadas por **LA ESPAÑA MODERNA**

Los Datos de la Sociología (2 tomos), 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las Instituciones sociales, 7 pesetas.—Las Instituciones políticas (2 tomos), 12 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales, 7 pesetas.—Las Instituciones industriales, 8 pesetas.—La Justicia, 7 pesetas.—La Moral de los diversos pueblos y la moral personal, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

ESTUDIO
SOBRE
VIRGILIO

POR
C. A. SAINTE-BEUVE

de la Academia Francesa.

TRADUCCIÓN

POR
LUIS DE TERÁN

Secretario de la Sección de Literatura
del Ateneo de Madrid.

BIBLIOTECA PÚBLICA
DE SORIA
Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
SECCIÓN DE ESTUDIOS
Biblioteca Pública de Soria

Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA

Calle de Fomento, núm. 7

5582

ES PROPIEDAD

ESTUDIO SOBRE VIRGILIO

DISCURSO

pronunciado en la apertura del curso de poesía latina
en el Colegio de Francia, el 9 de Marzo de 1855.

SEÑORES:

Al presentarme hoy en esta cátedra, mi primer deber, así como mi primer sentimiento, es dar gracias al antiguo Colegio, que ha tenido á bien el acoger, tan honrosamente para mí, mi deseo de entrar en su seno, y también á la sabia Academia que me ha favorecido con sus sufragios. Me fué precisa, lo declaro, para que tal ambición se despertase en mí, la favorable opinión de un ministro amigo de los estudios; su estimación y su afecto me han alentado. Ahora me incumbe no quedar muy por bajo de esos públicos testimonios de confianza, y justificar con mis esfuerzos la elección del Príncipe; en una época en la que tanto por la dirección como por la espada, ocupa Francia en el mundo un puesto preeminente, y en la que ahí está para decirlo la viril y sobria historia, debemos cuidar con más solicitud que nunca, ilustrados y aleccionados como por la experiencia estamos, de la causa de las Letras, de la causa de las Musas dignas y severas.

Señores: el Colegio de Francia (porque al entrar en un lugar célebre me gusta preguntarme, ante todo, cuál es su historia), el Colegio de Francia es una institución que fué al principio única, original en su género, y que no se parecía á ninguna de las que en otros tiempos estuvieron en nuestra patria al servicio del espíritu humano; y hasta se puede decir que el pensamiento primero que le inspiró no ha sido realizado nunca sino en parte, á pesar de sus afortunados esfuerzos. El Renacimiento—el conjunto de estudios, de conocimientos vivos y de ilustres doctrinas restauradas que se comprende bajo ese nombre—esa nueva primavera intelectual que brilla aún con tanto esplendor ante nuestros ojos al través de cuatro siglos, reinaba ya desde hacía mucho tiempo en Italia, pero tardaba en salvar los montes y dejarse sentir en Francia. Unicamente al advenimiento de Francisco I, y con el advenimiento por él de toda la juventud, fué cuando el hálito bienhechor se esparció en el aire, y se apoderó de muchas almas el vehemente deseo de reconquistar todo el pasado y de saber cada vez más en lo futuro. Hombres eminentes, á los que nunca se ensalzará bastante, como Erasmo, Budé, se habían adelantado á sus compatriotas y trabajaban en iniciarlos con ese celo puro, que no pertenece sino á las letras y á los que conocen la íntima dulzura, á los que tienen la verdadera religión de aquéllas. Pero la rutina estaba allí, atrincherada en todas partes, satisfecha de sí misma y resistente. La Universidad de París, tan justamente célebre en la Edad Media, había envejecido; tenía sus formas y sus métodos, sus manuales, sus compendios y cuadernos, de los que no se quería salir. La lengua, la literatura griega, que se había vuelto á presentar llena de vida con los doctos

expulsados de Bizancio y los ancianos armoniosos fugitivos en el Occidente, desagradaba á hombres instruidos, pero de una instrucción completamente latina, y para quienes era una traba y un obstáculo el hábito escolástico. «Cada vez que considero la elocuencia y sus orígenes, decía Cicerón conversando con Ático, mi mente se dirige á Grecia, y en Grecia viene en seguida á ofrecérseme, ó más bien, viene á brillar ante mis ojos, ¡oh Ático!, vuestra querida Atenas: *Maxime mihi occurrunt, Attice, et quasi lucent Attensae tuae.*» Y precisamente ese brillo tan atrayente para unos, es el que ofuscaba á otros. En las escuelas establecidas no se quería nada de Atenas, es decir, nada griego; no se quería tampoco nada de Jerusalén, es decir, nada hebreo; en una palabra, no querían remontarse á las verdaderas fuentes. Pretendían continuar imponiendo á las nuevas generaciones la enseñanza de segunda y de tercera mano, tal como á su vez la habían recibido de sus maestros. A menudo es más cómodo, señores, fundar algo completamente nuevo que reformar y rectificar algo antiguo; y hasta cuando la institución antigua deba corregirse y regenerarse con el tiempo, es mejor y más seguro que lo haga, de buen ó mal grado, por emulación y por temor, al ver que alguna moderna institución rival se engrandece de repente y amenaza aventajarla. No hay aguijón más eficaz para la pereza de los organismos viejos. Esto fué lo que los sabios perspicaces que rodeaban á Francisco I, y á quienes él admitía á conversar de estas cosas en su mesa ó en sus paseos, comprendieron en seguida, y desde los primeros años del reinado del monarca inspiraron á aquel corazón generoso la idea de una fundación aparte, en donde los estudios antiguos reapareciesen, sin tantos requisitos

y sin trabas, con sencillez y novedad. Se entabló una correspondencia, una negociación en nombre del rey con Erasmo, que vivía entonces en Amberes; se trataba de tenerle por jefe y director del Colegio nuevo, y no se desesperaba, con tal objeto, de atraerle á Francia.

Pensábase también en hacer venir de Grecia á varios jóvenes de buena voluntad para mezclarles útilmente en el Colegio con los estudiantes de Francia, y para animar á éstos con la facilidad del ejemplo: se concebía desde entonces algo como una Escuela de Atenas en París. Francisco I (puedo decirlo en el seno mismo de la agradecida y respetuosa Academia que se honra con deberle su nacimiento), Francisco I no era sabio; se atenia gustoso en estas materias al parecer de los hombres doctos en quienes había puesto su confianza; un día, hablando con Budé, le sucedió confundir el nombre de Erasmo (nombre bien ilustre, sin embargo) con el de Le Fevre de Etaples; pero, lo que valía más que una noción positiva más presente y un detalle más particular, amaba la ciencia y la delicada gloria que ella procura; tenía yo no sé qué chispa de ese fuego que corre y pasa á través de las edades, de Pericles á Augusto, de Augusto á los Médicis; que se ve en ciertas frentes como una llama ligera y sagrada, esa llama de Jula que ilumina y no consume. ¡Imagen y gracioso emblema de las Letras y las Artes! Así fué que la noble idea concebida tempranamente y tantas veces aplazada, hubo de estar presente ante él y de serle grata á través de todas las vicisitudes; pensó en ella después de Pavia, después de Madrid, lo mismo que después de Marignan, y cuando la puso en ejecución en 1530, nombrando los primeros profesores de griego y de hebreo, hizo una de las cosas cuyos beneficios fue-

ran tan prontos como duraderos habían de ser, y que más enaltecen su memoria.

Con los primeros cursos y los que no tardaron en agregárseles, y que comprendían la elocuencia latina, la filosofía, las matemáticas y otra ciencias, el Colegio real fué, en su época, una de aquellas instituciones como gustaban—como gustan en Francia—que, directamente emanadas de la voluntad real y honrándose con depender de ella sin intermediarios, ayudaron eficazmente á la civilización y al progreso en las escuelas y fuera de las escuelas, hasta en las clases de la sociedad. La Academia francesa en el siglo siguiente, y con todas las diferencias que señalan la época moderna de Richelieu fué, en su origen y después, algo parecido. Aquí, en el siglo XVI, la novedad del Colegio de Francia consistió en el regreso á las fuentes antiguas. Tuvo para ello una excelente fuente de doctrina—de doctrina hebraica, griega, latina, ciceroniana, socrática un momento con Ramus—una fuente accesible á todos, erigida hacia el Colegio de Cambrai.

Sin embargo, Francisco I no había hecho más que esbozar, en cierto modo, su dibujo; murió sin haber podido siquiera alojar convenientemente á sus lectores reales y su Colegio; la Universidad era la que, en algunos de los suyos, aquí y allí, daba hospitalidad, á regañadientes, á aquella rival naciente, cuya principal función era tal vez la de estimularla y obligarla á apresurarse. La Universidad, en efecto, realizó su primera reforma en 1556, en espera de la que experimentó, más completa, bajo Enrique IV, á principios del siglo XVII. Mucho contribuyó á ello, por su impulso y su ejemplo, el Colegio de Francia.

Entre la Universidad y el Colegio de Francia, como

lo ha dado á entrever, se entabló una lucha desde el nacimiento del último, que continuó sordamente con sus correspondientes guerras, como no podía menos de suceder. En la antigua monarquía, los cuerpos constituidos, y hasta cierto punto independientes, que vivían y se movían por sí mismos, no gustaban de esas creaciones nuevas, hijas directas de los reyes é instrumentos, menos ceremoniosos ó menos complicados, de cosas á menudo utilísimas; los primeros hubieran querido ahogar á las segundas en su cuna ó reivindicarlas y absorberlas más adelante. La última lucha de este género, y la cual asombró por su violencia á la cortesanía del siglo XVIII, fué la que la antigua Facultad de Medicina de París suscitó y sostuvo contra la Sociedad ó Academia de Medicina naciente. Uno de los beneficios del orden moderno y de la unidad francesa es el haber quitado el pretexto y la idea de esas contiendas y de esas guerras civiles de la ciencia, que contribuían ellas también á desnaturalizar las costumbres y mancillar los caracteres, como lo hacen siempre las guerras civiles. Las rivalidades de escuela y de campanario, en todos los órdenes de estudios, han desaparecido; ¡ojalá, por lo menos, que la emulación de todos no se debilite y no se entibie en el seno de la misma patria grande!

El siglo XVII, y la primera mitad del XVIII, fueron menos favorables para el Colegio de Francia que lo había sido el XVI. Las esperanzas que se concibieron con la restauración monárquica bajo Enrique IV, y la protección del cardenal Du Perron (de espíritu amplio é ilustrado) no tardaron en desvanecerse. El Colegio obtuvo un principio de domicilio y de alojamiento propio bajo Luis XIII; esto fué todo. Pero lo de esperar el ver que se construyera el soberbio edificio que

se había proyectado, con su pórtico, su galería y sus dos alas, esperar, sobre todo, el ver transportar á él la biblioteca del Rey bajo la custodia de los lectores reales, todo esto no era más que una utopía y un hermoso sueño. Las revueltas públicas que llenaron la minoría y la prolongada infancia de Luis XIII, volvieron á interrumpir el vuelo y el desarrollo de los estudios libres; y cuando en seguida Richelieu, cuando, en fin, Luis XIV, dieron á su época la marcha regular de un gran siglo, no era en perfeccionar ni en terminar la antigua idea de Francisco I en lo que se pensaba en esferas elevadas; la ambición del cardinal ministro y la del glorioso monarca, era la de tener creaciones propias y fundar en su propio nombre, y bajo sus solos auspicios, lo que debía perpetuarse y hacerles vivir en la posteridad.

¿Lo diré también? A pesar de los doctos nombres que no cesan de recomendar la lista del Colegio en aquellos años, se había deslizado en ella, como en las instituciones que, después de haber sido nuevas, dejan insensiblemente de serlo y comienzan á atrasarse á su vez, se había deslizado algo que no era oro de ley. Ejemplo de esto el Informe dirigido en 1643, en ocasión del advenimiento de Luis XIV, á Nicolás de Bailleul, superintendente de Hacienda, en nombre de los profesores del Colegio, y redactado por uno de ellos, su decano, Guillermo del Val; no se puede encontrar nada más anticuado y más retrógrado en lo que concierne á la lengua y al gusto. Lo que iba á estimular y picar el amor propio de la Universidad en aquella época, no era ya el Colegio de Francia, otros le habían reemplazado en aquel papel activo, era Port-Royal y sus escuelas, era también una compañía célebre con su Colegio de Clermont, llamado al poco

tiempo de Luis el Grande. Así, la originalidad del Colegio de Francia estaba por el momento eclipsada; puede decirse que perduraba bajo Luis XIV, pero no brillaba ya. Lo que no obsta para que se registren entonces, en la serie de sus miembros, los representantes más notables de la crítica, de la erudición ó de las humanidades elocuentes; y acerca de este último punto bastará recordar de paso los distinguidos nombres universitarios de Hersan y de Rollin. Sin embargo, en lo que no era de la Universidad propiamente dicha, era donde el Colegio real tenía que mantener siempre su primitivo carácter. Enseñábanse en él las lenguas orientales; al árabe y al hebreo se había añadido, reinando de Luis XIV, una cátedra especial de siríaco, que fué inaugurada por Herbelot. Y además, no nos olvidemos nunca de la utilidad insensible y permanente de una enseñanza sin condiciones y sin privilegios. Cosa sumamente corriente hoy, pero muy rara ó más bien única entonces; el que deseaba instruirse no tenía más que entrar, sentarse y escuchar. Pero no se sacaba todo el partido posible de tan laudable institución. Lo que producía la debilidad y el lento agotamiento del Colegio en aquellos años, era lo que constituyó su fuerza y su inmunidad al principio; como dependía particularmente del trono, fué agregada primero al Gran Dispensario de Francia, más adelante al ministerio de la casa del rey; y en el momento en que el ojo del amo no le vigilaba ya con un interés constante, y no le calentaba con sus rayos, se encontraba como una obra de arte fuera de su puesto y perdida en medio de servicios de género distinto, que absorbían el favor de lo alto. Le faltaban las atenciones y los socorros que constituyeron su primer honor y su vida.

Un hombre digno de estima y muy laborioso, que no pertenecía al Colegio de Francia, el abate Goufet, contribuyó indirectamente á su reforma y á su restauración; publicó en 1757 una Historia del Colegio real desde su origen; puso de relieve su gran utilidad, su meritorio objeto, y dejó ver también las imperfecciones acrecentadas con el tiempo, su lado flaco y sus vicisitudes; habló detalladamente, en cada rama del saber, de todos los hombres respetables ó ilustres que pertenecieron á la institución. Esta historia del Colegio, escrita por una persona ajena á él, alarmó, según se dice, al claustro de profesores, y desagradó un poco. ¡Eterna condición humana! Aquella institución ya vieja, con dos siglos de edad, era suspicaz. Y al dicho historiador, durante su trabajo, le negaron (cosa que no está bien) el examen de ciertos documentos. «Sin embargo, no me ha guiado el interés, decía el apreciable y modesto autor; vosotros sois en esto testigos de mis sentimientos (se dirigía al abate Sallien, su amigo, y á uno de los profesores); yo no he tomado para mí sino el trabajo.» El efecto de la obra del abate Goufet, fué bueno y provechoso; la atención pública, por lo menos la de las personas instruidas, se fijó en una fundación noble y liberal. Quince años después, en Mayo de 1772, se efectuaba la Reforma, bajo el ministerio del duque de La Vrilliere, y con arreglo á los proyectos del abate Garnier, el continuador de Velly y administrador del Colegio. La reforma, desde la cual data la creación de las cátedras de turco, persa, astronomía, física experimental, química, derecho natural y de gentes, historia, literatura francesa, se basaba, en definitiva, como es necesario en toda buena economía pública, en un reglamento fijo y preciso del presupuesto. Tuvo por resultado inmediato volver á

colocar al Colegio al nivel de las luces y á la cabeza de las direcciones científicas del siglo XVIII.

En esa fecha solamente, señores, es cuando encuentro el nombre de Delille introducido en la lista del Colegio de Francia, al mismo tiempo que la rama especial de literatura que se une naturalmente á su nombre y que tan bien representa. No había habido hasta entonces una enseñanza particular para la poesía latina; había habido, desde el principio, dos profesores de elocuencia latina, como dos cónsules. A partir de 1773, una de las cátedras cambió de nombre; Le Beau, el historiador del Bajo Imperio, que estaba en posesión de una de aquellas dos cátedras de elocuencia, se convirtió al fin de su carrera en profesor de poesía, ó más bien Delille, su suplente y coadjutor (como se decía); Delille, recientemente célebre por la traducción de las *Geórgicas*, fué en realidad profesor desde aquella época, y pensando en él con acierto y oportunidad, se transformó expresamente la cátedra que debía heredar (1778).

Al verme llevado á mi vez, y desde mis primeros pasos, á esta noble y simpática enseñanza, he debido conocer, para tributarles mi homenaje é inspirarme, si es posible, en su espíritu, á mis predecesores, á mis antepasados; en este concepto, serían poco antiguos y poco numerosos; de Delille hasta nosotros la lista es brillante y cierta. ¿Pero se ha de decir que la enseñanza de la poesía latina en el Colegio de Francia no comenzó sino con él? No, señores, y aunque confundida con la prosa latina bajo el nombre de elocuencia, la poesía no por eso ha dejado de ser aquí, desde el siglo XVI, constantemente, frecuentemente, objeto de estudios, de explicaciones seguidas y de lecturas ya ingeniosas y ya sabias. En todo el pasado anterior á

Delille, no quiero citar para prueba sino un ejemplo escogido, bastante ostensible y bastante agradable, que me invita y me instruye.

Fué ciertamente un profesor y un intérprete, si los hubo, de poesía latina, fué un predecesor casi directo de Delille por la inteligencia, por el ingenio y por el verbo, por la picante malicia, á que Passerat, de la *Sátira Menipea*, el comentador asiduo de Plauto, Catulo, Tibulo y Propercio; elegante versificador latino, poeta francés además, franco y fino galo, jovial, probo, honradamente satírico; esto se siente en toda su manera de leer los clásicos. La enseñanza del Colegio de Francia ha dejado, en general, muy pocas huellas de esto por escrito; se tiene, sin embargo, una colección de los discursos de apertura de curso é inauguración de clases (*Orationes et Praefationes*) de Passerat. Los pronunció en latín, como era costumbre entonces. Pero si se penetra en ellos y se atraviesa la corteza erudita, ¡qué curiosa y espiritual se presenta esa colección, que constituía años después las delicias de Gui Patin! Passerat gustaba, sobre todo, de leer y explicar á Plauto, al que llamaba *sus amores*; le mezclaba cuanto podía con Cicerón. Encargado de enseñar la elocuencia, se excusa por acudir tan á menudo á la poesía; ¿pero acaso el poeta no es próximo pariente del orador, sobre todo el poeta cómico, que obra tan directamente sobre las almas y que sabe tan bien poner en juego todos los resortes de aquéllas? «Los tiempos son muy tristes y muy fúnebres para explicar comedias (Passerat supone que le hacen esa afección, la cual podía parecer natural á los buenos franceses en aquellos años de la Liga); pero, responde, á fuerza de llorar nuestros males, no tardaremos en quedarnos sin

lágrimas, y si Nævius pudo escribir comedias en la prisión, y Plauto dando vueltas á la noria, ¿por qué no nos sería permitido leerlas en estos días desesperados? Decía, que así como en la amistad, para conocer á fondo á alguno y preciarse de estar seguro de él, es preciso haber comido mucha sal juntos, haber vaciado juntos muchos saleros, así también, para el conocimiento y la perfecta inteligencia de los buenos autores, se necesita haber practicado al hombre y al libro mucho tiempo, haberle tomado y vuelto á tomar en horas varias, haberle puesto bajo la almohada, haber dormido con él, haberle dejado, cogiéndole como cosa nueva después de los años. Aplicando esto á Plauto, del que gustaba antes de los veinte años de edad, refería cómo se había puesto á volverlo á leer durante los peores años de la rebelión, durante lo que se llama la invasión española, bajo el techo de su amigo y protector Enrique de Mesmes, cuando ya no había cursos públicos de Bellas Letras y no tenían la palabra las Musas; y le había parecido comprender en aquella nueva lectura, decía, que hasta entonces no había comprendido casi nada. Esos tiempos de calamidades recientes proporcionan á Passerat frecuentes alusiones y vivas salidas. Como buen francés, como lector real, honrado con el *stipendium regium* (que equivalía á lo que se llamó después una pensión á cuenta del Erario), había sufrido doblemente. Se conserva el Discurso que pronunció en la reapertura del Colegio después de la entrada de Enrique IV en París. Se proponía explicar y comentar, en aquel curso, lo que Cicerón dice en su *Orador* sobre las frases ingeniosas y la burla (*De ridiculis*, sobre lo que hace reír); porque «la risa, decía Passerat, es no solamente cosa honrada y liberal, sino cosa sagrada.» Comenzó, sin embargo,

menos alegremente que de costumbre; después del homenaje tributado á Enrique IV como regenerador y soberano médico de la sociedad, después de haber saludado al Colegio real del mismo modo que se saluda á la patria cuando se vuelve á ella, dijo: «Cierto es que hemos permanecido aquí, estábamos presentes con el cuerpo, obligados por lo rudo de los tiempos y como ligados por un lazo fatal; pero nos encontrábamos muy lejos con el pensamiento, y nuestra voz ha enmudecido mientras el enemigo ha ocupado y profanado el lugar, en parte abandonado, en parte entregado por los que hubieran debido defenderle.» Le parecía que la sala misma en donde hablaba había sido profanada durante los trastornos y que había servido para otros fines, á una enseñanza fanática y tumultuosa; él la quería purificar y consagrar de nuevo. Todo el resto de este discurso de Passerat va dirigido contra una Sociedad célebre, reinante aún la víspera, y á la que se acababa de expulsar; se burla de ella, la recrimina, la echa por tierra; en esta ocasión ha puesto demasiada hiel; en el profesor palpita el soldado caldeado aún por la pólvora, el vengador satírico agujoneado y excitado aún por la sal que acaba de derramar á manos llenas en la *Menipea*.

A mí me gusta más en otros momentos en los que es menos amargo y sencillamente alegre. Un día faltó papel á los impresores, ¿se creería esto? Se trataba de explicar el *Miles Gloriosus* de Plauto; en el momento de comenzar su curso por Octubre, Passerat observó que no tenía el número suficiente de ejemplares para sus alumnos y oyentes. Apremió al editor para que le entregase una edición, cuyo coste se ofreció á abonar. El impresor respondió que era imposible, que desde hacía algunos meses todo el papel de imprenta había

sido pedido por el rey Felipe II, y tomado el camino de España, así como muchos fabricantes á los que hicieron ventajosas proposiciones. Fué preciso esperar, y Passerat hubo de elegir para asunto de su curso una Oración de Cicerón, pero no sin comentar aquel contratiempo tan imprevisto y casi ridículo, aquella singular penuria de papel, en plena Universidad de París, y no sin decir que lo atribuía más bien á la prodigiosa cantidad de malos escritores que desde hacía algún tiempo pululaban impunemente en medio de las escuelas: «Y así como, decía él, las gentes más pobres del pueblo son las que de ordinario tienen mayor número de hijos—de donde sale una nube de mendigos que van de puerta en puerta y hacen que encarezca el pan en la ciudad—así esos pobres de ciencia y de inteligencia no pueden contenerse en multiplicar sus producciones, que caen en seguida sobre la imprenta y agotan el mercado, producciones famélicas que se crían en la calle, os acechan en cada esquina y asaltan á los transeuntes; y el desorden llega hasta el punto de que no tardará en faltar papel, hasta para los mejores de los antiguos y de los clásicos, ¡hasta para Cicerón!» Yo traduzco libremente, pero se ve el tema y lo picante de la ocurrencia en sus labios, y en determinadas circunstancias.

La salud de Passerat, en los últimos años de su vida, fué mala. Había perdido un ojo en la juventud, y el que le quedaba le tenía malo á menudo, viéndose amenazado por la ceguera durante mucho tiempo (como Deille) antes de sufrirla. Concluyó también por quedar paralítico, y, antes de serlo, padeció de gota en los pies todos los años, sin hablar de otros males. Gran número de sus exordios y sus preámbulos son para advertírsele á sus oyentes, para excusarse cerca

de ellos por empezar tarde, por haber dejado pasar casi todo un semestre sin dar curso. Imaginense todas las formas diversas de excusa, las relaciones menos quejumbrosas de sus dolencias, de sus enfermedades, ó á veces solamente de su temor de ponerse enfermo, dicho todo con frases de los antiguos, con versos de Horacio:

Quam mihi das aegro, dabis aegrotare timenti,
Auditor, veniam...

(*Auditor* en lugar de *Mecenas*).—Otras veces son las nieves, un invierno como jamás se ha visto—las lluvias extraordinarias de Enero, Febrero, Marzo, todo un diluvio, la primavera, con la que se contaba, y que se ha retrasado;—y luego la primavera no comienza, en realidad, sino con las rosas. Estas ocurrencias de buen humor en el profesor no pueden presentarse sueltas á manera de citas; pero en escena, en el momento oportuno, todo esto dicho por un hombre muy feo, muy ingenioso y muy querido, amenizaba y hacía grata una sólida enseñanza. Eran, en una palabra, unas mañanas agradables para el Colegio de Francia, á fines del siglo xvi. ¿No tengo razón al ver en ellas un anticipo de una de las sesiones tan gustadas y tan aplaudidas de Delille ó de Andrieux?

¡Que no tengamos también, señores, algunos de los breves discursos de apertura y de los preámbulos del abate Delille para sus lecciones de diversas épocas, ó solamente para el fin, con motivo de las repentinas y brillantes apariciones que de improviso hacía en su cátedra, y en las que, de repente, se eclipsaba su suplenste! En la primera parte de su enseñanza, anterior á la revolución, se nos escapa, y no podríamos hacer

más que adivinar; pero no sucede lo mismo en la segunda y tercera parte de su carrera; han quedado de él recuerdos en oyentes, muy vivos todavía. Delille no salió de París en 1793, y el Colegio de Francia, en aquellos años en los que perecieron todas las antiguas instituciones; en los que la universidad, las academias, las corporaciones sabias, ligadas al antiguo orden monárquico, cayeron al mismo tiempo y fueron violentamente suprimidas, el Colegio, no solamente vivió, sino que no experimentó ninguna interrupción. Es de notar que la destrucción se detuviera así en un punto, y que el espíritu de nivelación no pudiera menos en la ya antigua institución, la innata ausencia de todo privilegio y la liberalidad del fin que, desde el origen, había sido la distribución de la ciencia sin condición ninguna y con libre acceso de todos en todos los instantes. Allí también, sin embargo, fueron sombríos los años; el Colegio sufrió sensibles pérdidas con la desaparición de más de uno de sus miembros. El mismo Delille, que no salió de París y permaneció en la nave durante lo más recio de la tempestad, podía exclamar como Passerat: «He permanecido aquí con el cuerpo, pero ausente de corazón y alma.» Durante los cursos que no dió tuvo por suplentes, unas veces á Selis, muy conocido como traductor de persa; otras, al ex retórico Paris; después, á Crouzet, profesor de la antigua Universidad (en Montaigu); estos dos últimos, Paris y Crouzet, unían al conocimiento de las letras latinas cierto gusto y cierto talento de versificación francesa, que está de acuerdo, de un modo bastante natural, con lo que se desea en esta cátedra. Anualmente, entonces, según la costumbre, el Colegio de Francia anunciaba y abría sus cursos con una sesión pública y solemne, en la cual tomaban

parte casi todos los profesores, ya con algún estudio general de su enseñanza, ya con la lectura de algún trozo de literatura y de poesía. La sesión del 1.º Frimario del año 3 (21 de Noviembre de 1794), que seguía tan de cerca á los acontecimientos de Termidor y que presidía La Lande, se resintió del despertar y del alivio de las almas; Delille, presente, coronó la sesión con una triple lectura en verso, una epístola traducida de Popeo, un trozo del *Hombre de los campos*, y como ramillete, ante las reiteradas instancias del auditorio, un trozo del poema *La Imaginación*. Pero en la primavera siguiente, como hombre que se echó demasiada carga encima al permanecer, durante tanto tiempo, como testigo de espectáculos que le oprimían, abandonó bruscamente á Francia y puso á sus numerosos amigos (los tenía en todas partes, tanto en la república como en la monarquía) en un verdadero compromiso. Era preciso reemplazarle sin que lo pareciera, sin destituirle, sobre todo, y proveer al servicio regular de su cátedra con una interinidad indefinida, mientras durase una ausencia que la viveza de las impresiones morales ó el mismo capricho (los poetas los tienen) podía prolongar. Selis, que había suplido más de una vez á Delille desde 1784, fué elegido y nombrado; pero en seguida dió á su nombramiento el verdadero y delicado sentido que cada cual, y el mismo gobierno de entonces se complacían en darle. «Espero, decía, que mi cargo será de corta duración... En cuanto el ciudadano Delille, devuelto á la salud, á sus Penates de París, á la calma que necesita, pueda desempeñar por sí mismo sus funciones, yo aplaudiré á su regreso; abandonaré su cátedra y le reintegraré en ella. Le devolveré todo, título, derechos, emolumentos. El Virgilio francés no se verá obligado

á quejarse, en una égloga, de que un bárbaro se haya apoderado de su tierra y de sus cosechas.*

Delille tardó en volver; no le volvemos á encontrar en Francia hasta 1802, y en la sesión de apertura del Colegio, que se celebró en Noviembre, fué acogido por un auditorio numeroso y entusiasta, con los sentimientos que no había dejado de inspirar. Aquí, puedo decirlo, comienzan nuestros recuerdos; el ilustre decano de este Colegio, y de todo el Instituto, el Sr. Biot, asistía á aquella sesión memorable como profesor, y leía un interesante resumen de la historia de las ciencias durante la Revolución. Delille coronó la fiesta, como lo había hecho ocho años antes, leyendo dos trozos de los *Tres reinados*, uno sobre la muerte, otro que pudo parecer de circunstancias, tras una ausencia tan prolongada, sobre los placeres del hogar.

La enseñanza de Delille, desde esta época, versó de ordinario sobre Virgilio, sobre la *Eneida*, que tradujo en verso, de la que leía los pasajes más conmovedores, y cuyas bellezas hacía resaltar. En medio de todas las riquezas y de las graves elegancias que encierra el genio de Virgilio, y que descubre sucesivamente á quien sabe estudiarle, hay un rasgo particular del poeta, que pertenece á su misma sensibilidad, que corresponde también al momento de su aparición, y que no menos respondía á una disposición social, casi universal, en la época en que Delille reaparecía. Virgilio, que había atravesado el fin de las guerras civiles, y con las que había sufrido, experimentaba, más que ningún romano, en su alma pacífica y serena, la necesidad de unión, de conciliación, de piedad y de compasión (es una misma palabra), que en aquellos momentos próximos á una Era nueva, en vísperas de un misterioso y divino Nacimiento, agitaba sorda-

mente las entrañas del mundo; y esta necesidad, este deseo precursor lo expresó á menudo con dulzura ó con elocuencia, hasta en medio de los sangrientos horrores que le imponía la Musa épica, y en el fuego de los homéricos combates. Delille, el cantor de la Piedad, era hábil y propicio para apoderarse de esa vena, de esa fibra de su poeta, y cada vez que la tocaba, estaba seguro de interesar, de conmover en torno de él á muchos corazones. Así, cuando Eneas, fugitivo y errante á través de los mares, sustraído á tantos peligros y en presencia de otros nuevos, costea Sicilia y la ribera de los Cíclopes, se encuentra con un hombre, un espectro repugnante y devorado por la miseria, que sale de repente de un bosque; es un griego, un segundo Filoctetes olvidado por sus compañeros, y que era del acompañamiento de Ulises. Aqueménidas (así se llama), reducido ha meses á aquella vida salvaje, evitando á lo largo de las rocas á los espantosos Cíclopes, aquellos injustos y groseros gigantes que no tienen nada de humano, ha visto venir una flota; corre hacia ella, se va á encontrar, por fin, con verdaderos hombres; pero aquellos hombres los reconoce desde luego por sus armas, son los troyanos, contra quienes ha combatido; son los fugitivos de aquella misma ciudad, contra la que lucharon él y su jefe, Ulises, para reducirla á cenizas. ¡No importa! Irá á su encuentro, les tenderá los suplicantes brazos, les dirá: «Yo soy griego, es verdad, y vosotros sois troyanos; pero yo soy hombre; aunque me hagáis perecer, por lo menos me servirá de consuelo el perecer á manos de mis semejantes.»

«Si pereó, hominum manibus periisse juvabit!»

Eneas le ve, le escucha, Eneas le acoge, ó más bien

Anquises; aquel anciano, aquel depositario natural de la indulgencia y de las sagradas afecciones, es el primero que tiende la mano al suplicante, en prenda de perdón y de alianza. El hombre de Itaca es, pues, salvado por los expulsados de Ilión; pasa á ser de su nación, de su familia:

«Y la mar ve un griego en las naves de Troya.»

Y después, á algún tiempo de esto, como contraste del cuadro y como recompensa de esta merced, en los primeros momentos de la guerra del Lacio, cuando los enviados del rey latino van de parte suya y de la de Turnus á pedir socorro á Diómedes, fundador de una colonia en la magna Grecia, y reclaman de él, como la cosa más natural y fácil de conseguir, su alianza contra un antiguo enemigo, ¿qué responde Diómedes en Virgilio, y qué dice por boca de Delille á todos los que, también entre nosotros, fueron instrumentos, víctimas ó testigos de tantos males? Diómedes responde á los que querrían tentarle para que volviese á la arena: «¡Oh nación hasta aquí dichosa, patria de la Edad de oro, tierra en la que reinó Saturno, habitantes de la antigua Ansonia! ¿Qué demonio os solicita hoy á salir de vuestra felicidad y os persuade á lanzaros en luchas desconocidas?» Y les recuerda la suerte común y definitiva de los troyanos y de los griegos, victoriosos éstos, errantes también, arrojados por todos los vientos, lanzados sobre todos los escollos, traicionados la mayor parte hasta en su patria, rechazados de todas las riberas, en una palabra, reducidos á inspirar compasión á los vencidos, al mismo Príamo, si pudiera verles: *Vel Priamo miseranda manus!* Les habla de Eneas, de ese otro Héctor, con el sentimiento de un antiguo adversario y de

un rival apaciguado (éstos son los que juzgan con mayor acierto): «Nos hemos medido él y yo; creedme lo que os digo por haber hecho la prueba. ¡Qué arrogante es con su escudo! ¡Con qué robusto brazo maneja la lanza! Idos, pues, dijo á los enviados, llevaos vuestros presentes, ó mejor, llevádselos al mismo Eneas; haceos de él un amigo.» Yo no puedo indicar más que el espíritu y la intención; pero todo el discurso del altivo y en otro tiempo impío Diómedes, es un regreso, un homenaje y como una reparación á la humanidad y á los dioses, un consejo de amistad tras las prolongadas luchas y los males sufridos por ambas partes. Delille, explicando á Virgilio desde su regreso á Francia, encontraba en él una verdadera fuente de aquel sentimiento tan general de una proximidad y de una fusión moral después de las enemistades pasadas y de las comunes calamidades sufridas. *Nec veterum meminisse laetorve malorum*. Virgilio, en una palabra, poeta de la amnistía y de la piedad, de las reconciliaciones y de las misericordias, era un hermoso y fecundo asunto para Delille; había allí los oportunos acentos, y, sin ser de los que llegaron á oírle, estoy convencido, señores, de que sabía encontrarlos. Y así es como lograba lo que se proponía, influyendo vivamente sobre la juventud y apoderándose del corazón de sus contemporáneos; porque no se es tan popular, por tanto tiempo querido y estimado, cuando no se hace más que halagar los gustos de una época; es preciso que se expresen también, de una manera especialísima, sus afecciones y sentimientos.

Legouvé, uno de los suplentes de Delille, le seguía por el mismo camino. Su enseñanza en el Colegio de Francia ha dejado algunas huellas—huellas harto dé-

biles—en notas ó extractos de lecciones, publicadas después de su muerte, y en un poema sin concluir, en cinco cantos, *La Eneida salvada*, que le fué inspirado por una lectura asidua del gran poema latino. Los que oyeron á Legouv  en su cátedra recuerdan aún su manera agradable y llena de encanto; le a   Virgilio con la voz del alma. Y no nos olvidamos de que los profesores del Colegio de Francia se llaman *lectores*, y que varios han tenido   gala el justificar su título en toda la propiedad de la palabra; Legouv , Delille, Andrieux, leían maravillosamente; en esto estrib  una parte de su talento y de sus triunfos.

Legouv , harto cansado prematuramente y debilitado antes de edad, puso en su puesto, en los últimos tiempos,   Lemaine, el cual ha servido después tan brillantemente la causa de las musas latinas, pero que no hizo sino preludiar en el Colegio de Francia, y que no tard  en llevar afuera,   una cátedra vecina, su facilidad, su fuego, su movilidad y sus felices artificios de orador.

Tissot,   quien tengo el honor de suceder, fué el heredero directo de Delille (desde 1813), aquel á quien, por una especie de designación suprema, quiso legar su cátedra el poeta; un deseo de Delille, moribundo, era un oráculo y una ley. Tissot se mostró digno de tal favor con su talento; conservó   la cátedra su carácter virgiliano. Conocimientos varios y extensos, entusiasmo, cariño   un asunto, cariño   su profesión, no desmentido nunca, buenas condiciones de voz (mientras se lo permitió la edad), con cierta solemnidad en el acento, con las cualidades que todos hemos podido apreciar en el celoso profesor Tissot, ha de-

jado, por lo demás, un testimonio de su gusto en sus *Estudios sobre Virgilio*, en los que se ha puesto la mejor parte de sí mismo, todo un desarrollo bien colocado de su facultad crítica y admirativa.

Su enseñanza, que no ha cesado, por decirlo así, hasta ayer, fué, sin embargo, interrumpida durante años, como lo había sido la de Delille, y por una causa menos voluntaria. De 1821 á 1830 tuvo por sucesor, tácitamente provisional, un hombre que no tenía necesidad del ejemplo de Selis para sentir con la misma delicadeza. Naudet, en el intervalo que le poseyó el Colegio en espera de que otros tiempos le permitiesen devolver á Tissot la cátedra, en la que se sentaba, para reservársela, dedicó, de preferencia, sus doctas y finas explicaciones á los antiguos cómicos latinos, á Plauto, tan querido ya por Passerat, y como consecuencia, del asiduo examen ha salido una traducción clara y fiel, que puede ser considerada como definitiva.

Una vez reintegrado en su cátedra, Tissot no volvió á dejarla, y se presentó en ella casi hasta su último invierno; no abdicó jamás; tuvo, sin embargo, durante algunos cursos, suplentes, entre los cuales encuentro un nombre querido de las Letras latinas, y que va unido á los mejores recuerdos clásicos de muchas generaciones: el de Alfredo de Vailly. Mauricio Meyer, hoy profesor en la Facultad de Poitiers, y del que nuestros colegas han conservado una idea llena de estimación, suplió también, más recientemente, á Tissot. Pero tengo que nombrar aquí, sobre todo, en un rápido y triste homenaje, á un amigo, á un joven que se distinguía por la diversidad de aptitudes, por la

abundancia y facilidad de la erudición, por la gracia de la pluma y de la palabra, Carlos Labitte, arrebatado por la muerte en el umbral de una carrera brillante; y ciertamente, si hubiera vivido, si hubiese continuado aspirando á esta cátedra, á la cual se creaba diariamente títulos que iban á convertirse en derechos, no me hubiera encontrado jamás en su camino sino para darle la mano y, llegado al término, para aplaudirle.

Al suceder hoy á esos hombres, á esos antecesores de diversas edades, y de los cuales no he querido omitir ningún nombre (porque ser nombrado después de sí es lo que se llama no morir), ¿qué me incumbe hacer, señores? Tenéis derecho, desde luego, á preguntarme cuál será el espíritu de mi enseñanza, y yo tengo prisa, al terminar de responderos, de salir al encuentro de vuestro pensamiento. Me esforzaré en conservar á esta enseñanza el principal carácter que ha tenido, el que debería, en mi concepto, mantener siempre en Francia, es decir, un carácter, si no de culto y adoración, por lo menos de admiración sensible é inteligente. Y á mí también, á mi vez, me gustaría considerarme en algún grado como un sacerdote de Virgilio. Perteneciente más de lo que se creyera por mis primeros estudios, por mis predilecciones secretas, á esa escuela francesa, admiradora de la antigüedad en el sentido de Fontanes, de Chateaubriand, de Delille mismo, no me costará trabajo seguirlos en la investigación atenta y explicación de las bellezas; pero aleccionado por el espíritu de la época, por el trabajo imparcial, más extenso y también más laboriosamente indiferente que se persigue en todas partes, uniré lo más que se pueda á esa crítica de predi-

lección y de sentimiento las luces históricas, los estudios comparativos accesorios, el examen de todo lo que rodea y de todo lo que ha precedido, haciendo de manera, sin embargo, que la erudición (de la que, por otra parte, soy poco capaz), no ahogue jamás aquello que es uno harto afortunado para sentir á primera vista y comprender desde luego. Las alturas de la antigüedad latina, es decir, de esa media antigüedad en la cual vamos en adelante á habitar y á vivir, están admirablemente situadas y son singularmente adecuadas para observaciones y comparaciones de más de un género. Desde ellas, en efecto, sin demasiado esfuerzo, y mediante una pausa en el camino y una estación cómoda, se remonta uno insensiblemente hasta Grecia. Preciso es remontarse, porque, en su origen, la literatura latina, la poesía sobre todo, no ha sido otra cosa que la literatura griega, trasplantada por entero á Roma, exactamente como trasplantan de una tierra á otra árboles ya completamente crecidos. Y así como éstos necesitan diez años, según se dice, después de tan atrevida operación, para que vuelvan de su primer asombro y reanuden su crecimiento como en la tierra primitiva, así también la literatura griega, convertida súbitamente en latina, necesitó muchos años antes de que viviera de un modo natural como en su casa y tomase gradualmente algo del cielo y del suelo nuevos. El árbol, por fin, ha arraigado y ha echado todas sus ramas con los frutos que admiramos, y los cuales nos ha sido más cómodo ir á recoger en todo tiempo á Roma que á cualquier otra parte, á nosotros, galos, á quienes nos fué dado aprender sin tardanza el camino del Capitolio. Y además, ¡cuántas riquezas, cuántas de esas especies primitivas han perecido con el tiempo en su

primera patria, y no nos han sido conservadas sino en la segunda! Unicamente por el majestuoso y triunfal acueducto romano han llegado hasta nosotros muchas fuentes de Grecia. Pero del mismo, que desde lo que yo llamo las colinas latinas de la media antigüedad, se remonta uno, si se quiere, más arriba, desde ellas también se vuelve á descender directamente hacia nosotros, los modernos, por caminos perfectamente trazados, y se llega (para continuar la imagen) por anchas vías romanas. De Virgilio, Horacio, Ovidio, Lucano, á nosotros, la pendiente está unida, la perspectiva es recta sin interrupciones; nada nos separa de aquéllos. Colocado entre este doble punto de vista, señores, entre el punto de vista que nos guía á los orígenes anteriores y á las fuentes griegas, y el que nos conduce á las imitaciones y á las obras modernas, me veréis proferir, en cuanto de mí dependa, el primero, sin vedarme, no obstante, el segundo, sin descuidar de indicar en cada rama de poesía la larga y permanente influencia latina, lo que ella tiene de útil y de fecundo, lo que á veces ha tenido de absoluto y abrumador, y sin negarme tampoco las lecciones, hoy completamente libres y naturales, que de esto pueden brotar todavía para nuestro uso. Y ¿cómo, tratándose de Virgilio, no hacer observar tres veces ese supremo carácter, esa soberana belleza de su genio, esa fusión, esa armonía de sentimiento y de color, esa unidad de espíritu y de tono? ¿Cómo no insistir en ello, sobre todo teniendo presente una época en la que tan poco se preocupan, al escribir ó al pintar, de evitar lo chillón, con tal de que brille? Y ¿cómo, tratándose de Horacio, no poner de relieve ese buen sentido continuo, que temple y anima sus páginas y les presta en su sobriedad yo no sé qué sabor incorruptible, en pre-

sencia de una época en la que la misma extravagancia, si se combina con una dosis suficiente de talento, lejos de perjudicar al éxito, es una razón para obtener un triunfo loco? Pero esto no será más que puntos de vista lejanos; me mantendré siempre cerca del autor que lea ante vosotros, y harto feliz con sustraerme en adelante á vecindades demasiado modernas, dejaré que cada cual saque en este concepto sus consecuencias con arreglo á sus propias reflexiones.

Mis principios literarios, señores (porque también yo los tengo sin ostentarlos), mis principios se manifestarán, así lo espero, en el vivo sentimiento que yo creo tener de ciertas bellezas y en el culto que las tributo. En este siglo, en el que tantos sistemas y profesiones de fe se hacen, en el que con cualquier pretexto, en toda materia filosófica, social, literaria, se introduce y se prodiga la palabra creencia, yo no quiero decir que se tenga poca; pero hay también una religión más discreta que profesa el amor de lo bello, de lo natural, de lo fino y de lo delicado en la poesía. Los griegos la tuvieron; los romanos después de ellos recogieron y reunieron en el hogar más de una chispa; levantaron á su vez la antorcha. Algunas de esas chispas, disminuidas, pero vivas aún, han llegado hasta nosotros; no las dejemos apagar nunca. Me veréis que emplearé mi atención y mi celo en reunir las y reanimarlas ante vuestros ojos. No respondo de que, en la familiaridad de las reuniones que han de seguir, no me venda á veces; algún día, cuando se trate de una imagen poética de Virgilio, de Apolonio de Rodas ó de Homero, y de establecer entre ellos la comparación, podrá suceder que me muestre vivo y parezca apasionado. Tendréis la bondad de perdonármelo, señores; he puesto en ello desde hace tiempo lo que me

queda de ardimiento en el espíritu. No menos atento me veréis á todo lo que, en la lectura de estos nobles antiguos, eleva el corazón y hace nacer una lágrima. No puedo, en fin, prometeros más que un gran amor y una gran afición á mi asunto. Este amor y este deseo de estudio es lo que, en una edad en la que el aprendizaje, á lo que parece, no está ya permitido y en la que ni siquiera es ya punible, me ha decidido á venir á hablar ante vosotros, sin consultar demasiado á mi amor propio, de cosas que muchos saben mejor que yo, pero á las que nadie, estoy seguro de ello, quiere más.

FIN DEL DISCURSO

VIRGILIO

Lo que decía hace algún tiempo de Horacio, puede aplicarse con no menos razón á Virgilio: éste es un poeta que en Francia, no ha dejado de estar en uso y en la afección de todos. Pero ¿qué digo en Francia? Virgilio, desde el momento de su aparición, ha sido el poeta de la latinidad entera. Ha dado una nueva forma al gusto, á las pasiones, á la sensibilidad; ha adivinado, en una hora decisiva del mundo, lo que amaría en lo por venir. Si ha usado con exceso, como los modernos y los romanos, del antiguo y divino Homero, es porque hay en las cosas una necesidad fatal y una ley de sucesión y de renovación; es porque no se remonta con igual facilidad el curso de las edades y el de los ríos nacidos de vértices diferentes; es porque el Ida de mil fuentes está muy lejos, é Itaca es muy pequeña; es porque Roma es Roma, y porque todos los pueblos salidos de ella han conservado siempre en su horizonte una vista presente, y tienen en sus venas un resto de sangre latina. Virgilio ha sido el poeta del Capitolio. Siempre se ha mostrado, aun en las épocas más rudas y calamitosas, como una poderosa y mágica personificación de no sé qué encanto preciado y no perdido por completo; no ha dejado de ser el mago Virgilio. Pasado el invierno de la barbarie, él ha pre-

sidido en seguida nuevas auroras. Él, que dió las primeras lecciones de honda ternura, de suave y noble lenguaje, despertó los primeros ecos en las almas de genio y volvió á abrir el ancho río de la palabra hermosa. Aun los mismos que no eran de su familia quisieron desde luego proceder de él, se creyeron hijos suyos y le llamaron padre. A medida que las costumbres de la sociedad se han suavizado y se ha extendido la cultura media, él ha vuelto á encontrar iluminado su verdadero clima; ha sido cada vez más comprendido, cada vez más admirado en la serenidad de su luz y en la sabia combinación de sus matices. Le hacen querido, sobre todo, sus pinturas de la pasión, sus acentos de pía y humana compasión. Hoy es un Horacio de aquellos de los que uno ya no se separa, de aquellos á quienes se llevaría como Penates, si fuera imprescindible abandonar lo restante de la ciudad latina y de la antigua patria. Horacio es el amigo, Virgilio es el maestro y el amigo también. Yo quisiera aquí, en cuatro ó cinco capítulos, expresar algo de la idea, de la fisonomía moral de Virgilio, evocar el procedimiento de su genio, y remontarme á los principios de su inspiración en su composición más monumental, en la que está compuesta, en la que está hecha con mayor grandeza, en la *Eneida*.

Virgilio, nacido en una aldea cerca de Mantua, el 15 de Octubre del año 684 de la fundación de Roma (esta fecha se ha transmitido con precisión, porque más de un devoto de Virgilio celebraba religiosamente el aniversario), hijo de padres que, según cuentan, fueron pobres, pero que llegaron á ser unos labradores bastante ricos y gozaron de un pasar muy desahogado, recibió una educación esmeradísima. Estudió primeramente en las ciudades de las cercanías, como

Cremona y Milán; y en seguida, si no fué á Atenas, como Horacio, para beber en las más puras fuentes y saturarse del aire fino y brillante del Atica, «en el lugar donde en otros tiempos (según Eurípides) engendraron á la rubia Armonía las nueve castas Musas Piérides», pudo ir, por lo menos, á Nápoles, á aquella Grecia de Italia, que llegó á ser la segunda patria del poeta. Allí estudió, ó entonces ó después, con un griego, Partenio de Nicea, autor de una colección de fábulas, y poeta ó versificador. Se dice que leyó mucho á Tucídides; lo leyó todo. Profundizó el sistema de Epicuro con un filósofo de aquella escuela llamado Syron, matemáticas, medicina; aprendió todo lo que se podía aprender. Esta es la idea que tenían de él los antiguos, quienes reconocían en la poesía de Virgilio una exactitud y una fidelidad ejemplar de sabio y observador; lo que hizo decir á Macrobio, al tratar de explicar un pasaje astronómico de las *Geórgicas*: «... Virgilio, que no comete jamás errores en materia científica.»

Escribió primeramente dísticos, epigramas, poemas cortos; se cree conservar algunas. En uno de estos primeros poemas, *El Mosquito*, y en uno de los pasajes que parecen ser de Virgilio, se reconoce, en el momento en que se presenta á un pastor de cabras que conduce sus rebaños á pastar, un cuadro de la felicidad de la vida campestre, de la de pastor, que es como un esbozo del futuro cuadro de las *Geórgicas* en honor de los labradores: «¡Feliz el pastor á los ojos de cualquiera que no haya olvidado por demasiada ciencia el amor á los campos, á la pobreza rural!»

Pero las *Eglogas* son las que señalan verdaderamente su aparición. Desde muy pronto concibió la idea de naturalizar en la literatura y la poesía romanas ciertas gracias y bellezas de la poesía griega, que

no habían recibido aún en latín todo su encanto y todo su pulimento, ni después de Cátulo y de Lucrecio. Comenzó por Teócrito, como amigo de los campos. De regreso á la casa paterna, celebró sus dulzuras y su encanto llevando á sus cuadros cuanto podía ser imitado del poeta de Sicilia. Era la época del asesinato de César, y poco después la del terrible triunvirato de Lépido, Antonio y Octavio; Mantua, con su territorio, entró á formar parte del imperio asignado á Antonio, y Asinio Policén fué encargado durante tres años del gobierno de la Galia Cisalpina, que comprendía la dicha ciudad. Asinio conoció á Virgilio, le apreció y le protegió; el poeta cantó su reconocimiento, y el nombre de Polión se ha hecho inmortal y es uno de los nombres más bellos y armoniosos que nos hemos acostumbrado á pronunciar como inseparables del más culto de los siglos literarios.

¡Polión!; ¡Galo!, saludemos con Virgilio á esos nombres más poéticos que políticos para nosotros, y no nos detengamos demasiado en averiguar quiénes eran los hombres que los llevaban. Criados y corrompidos en las guerras civiles, ambiciosos, exactores, interesados, sin escrúpulos, sin pensar más que en sí mismos, tenían muchos vicios. Polión dió pruebas hasta el fin de habilidad y de un gran sentido, y supo envejecer con independencia bajo el reinado de Augusto, con dignidad y sumamente considerado. Galo, que compartió con el primero la protección otorgada al joven Virgilio, concluyó temprano con una catástrofe y con el suicidio; también él, como Fouquet á principios del reinado de Luis XIV, pareció no poder resistir á los atractivos encantadores de la prosperidad. Pareció haber tomado por divisa: *Quo non ascendam?* Sufrió un vértigo y cayó en el abismo. Pero aquellos

hombres gustaban del ingenio, gustaban del talento; tal vez lo tenían ellos también, aunque me imagino que es mejor para su gloria el que no nos sean conocidos como autores. Polión de tragedias, Galo de elegías, sino por las alabanzas y los versos de Virgilio. Los nombres de estos primeros protectores, y también el de Varo, figuran en los ensayos bucólicos del poeta, les imprimen un carácter romano, advierten de cuando en cuando que conviene que los bosques sean *dignos de un cónsul*, y nos enseñan, en suma, las pruebas á que estuvo sometida la juventud de aquel que tantas veces tuvo necesidad de ser protegido.

De regreso de la victoria de Filipos, alcanzada sobre Bruto y Casio, Octavio, al volver á Roma, entregó, por decirlo así, la Italia entera como presa de sus veteranos. En aquella confiscación repentina y violenta, que alcanzó también á los poetas Tibulo y Propercio en su patrimonio, Virgilio perdió la tierra paterna. En la primera égloga, que no es sino la tercera en el orden cronológico, hemos leído desde niños de qué manera Tityrio, que no es aquí sino el mismo Virgilio, hubo de ir á la gran ciudad, á Roma; cómo, presentado, probablemente por intervención de Mecenas, al amo ya supremo, al que él llama un dios, á Augusto, fué reintegrado en la posesión de su herencia, y pudo celebrar con reconocimiento su buena suerte, puesta más de relieve por la calamidad universal. Pero aquella felicidad no se vió libre de algún obstáculo ó de alguna nueva perturbación. Nos lo atestigua la égloga novena, que parece haber sido compuesta poco después de la precedente. Virgilio se ha designado en ella con el nombre de Menalco: «¡Cómo!, ¿no he oído yo decir (habla uno de los pastores) que desde el lugar en que las colinas comienzan

á inclinarse en suave pendiente, hasta á orillas del río y hasta esas añosas hayas cuyas copas están quebradas, Menalco, merced á la belleza de sus canciones, había sabido conservar todo su dominio?» Y el otro pastor responde: «Sí, lo oíste decir, y ha sido, en efecto, un rumor muy extendido; pero nuestros versos y nuestras canciones, en medio de los dardos de Marte, representan tan poco, ¡oh Licidas!, como las palomas de Dodona cuando el águila baja de lo alto de los aires.» Después da á entender que Menalco, el simpático cantor de la comarca, estuvo á punto de perder la vida. «¿Y quién entonces hubiera cantado á las Ninfas?, exclama Licidas; ¿quién hubiera esparcido las flores de que está sembrada la pradera, y mostrado la verde sombra bajo la cual murmuran las fuentes?»

A este peligro en que se vió Menalco se refiere probablemente la anécdota del centurión usurpador que no quería devolver á Virgilio el campo usurpado, y que poniendo mano en la espada, obligó al poeta, para librarse de la agresión, á pasar á nado el Mincio. Fué preciso una nueva protección, tal como la de Varo, para poner al poeta al abrigo de la venganza y para hacer que fuese ejecutada la merced que le concediera Octavio, á menos que no se admita que Virgilio no recuperó definitivamente su querida casa y su hacienda hasta el año siguiente, y después de la guerra de Perusa, época en la que iba en aumento el poder de Octavio.

Únicamente leyendo con atención las *Églogas* se puede seguir y adivinar las vicisitudes de la vida de Virgilio, y con mayor certeza los sentimientos de su alma en aquellos años; se los imagina uno fácilmente, aun sin entrar en discusiones de detalle. Un alma tierna, amante del estudio de un paisaje suave y tran-

quilo, enamorado del campo y de la musa pastoril de Sicilia; un alma modesta y moderada, nacida y criada en aquella medianía doméstica, que hace que se sientan y se aprecien más todas las cosas. ¡Verse arrebatado todo esto, toda esta posesión y toda esta paz, en un día, por la brutalidad de soldados vencedores! ¡No librarse de la espada desenvainada de un centurión sino con la huida! ¡He aquí el fruto de las guerras civiles! Virgilio conservó de estos sucesos una impresión profunda y duradera. Puede decirse que su política, su moral política y social arrancaron de esa fecha. Conservó una melancolía, no vaga, sino natural y positiva; no lo olvidó jamás. El grito de tierno dolor que exhaló entonces, lo puso en boca de su pastor Meliveo, y ese grito repercute todavía en nuestros corazones á través de los siglos.

«¡Es que ya no se me concederá nunca, después de largo tiempo, al volver á ver mi tierra paterna y el techo cubierto de paja de mi pobre casa, después de algunos estios, el que me diga al contemplarlos: «¡Este era, sin embargo, mi dominio y mi reino!» ¿Qué? ¡Un soldado despiadado poseerá mis cultivos, tan cuidados, en los que he puesto mi trabajo! ¡Recogerá un bárbaro esas cosechas! ¡He aquí adónde ha conducido la discordia á nuestros desgraciados conciudadanos! ¡He aquí para quiénes hemos sembrado nuestros campos!»

Toda la biografía íntima y moral de Virgilio está contenida en tales palabras y en tales sentimientos.

En mayor grado que ningún otro poeta, muestra Virgilio la aversión y el horror á las guerras civiles, y, en general, á las guerras, á las discusiones y á las luchas violentas. Que hable Meliveo ó Eneas, encuéntrase el mismo acento, la misma nota dolorosa: «¡Así, pues, me ordenas, ¡oh reina!, renovar un dolor que se-

ría preciso ocultar..., evocar todas las miserias que yo he visto, y de las que yo mismo soy una parte viviente. Así dirá Eneas á Didon después de siete años de pruebas, y con un sentimiento tan vivo y tan punzante como el primer día. He aquí Virgilio y una de sus fuentes principales de emoción.

Creo estar en lo cierto al insistir sobre la medianía de la fortuna y de la condición rural en la que nació Virgilio; medianía, he dicho, que hace que todo sea *más sentido y apreciado*, porque se toca el límite á cada instante, porque se tiene siempre presente el momento en que se adquirió y aquel en que uno puede perderlo todo; no es que yo quiera decir que los grandes y los ricos no aprecien igualmente sus vastas propiedades, sus bosques, su caza, sus parques y castillos; pero se aprecian menos tiernamente, en cierto modo, que el pobre ó el modesto poseedor de una parcela que ha regado con sus sudores, y en la que ha contado las cepas y los manzanos; en la que casi ha calculado de antemano, en cada recolección, sus manzanas, sus racimos de uvas, pronto maduras, y que sabe el número de sus enjambres. ¿Qué sucederá, pues, si ese poseedor y ese hijo de la casa es á la vez un soñador, un poeta, un amante; si ha puesto parte de su alma, y de su pensamiento, y de sus más precoces recuerdos bajo cada una de aquellas hayas, y hasta en el murmullo de cada umbraje? El reducido patrimonio de Virgilio (no tan pequeño tal vez), que se extendía entre las colinas y las marismas, con sus frescuras y sus fuentes, sus estanques y sus cisnes, sus abejas en el seto de sauces, nos le representamos desde aquí, le queremos como él; exclamamos con él, con la misma angustia, cuando se vió en peligro de perderle: *Barbarus has segetes!*...

Creo que no sería imposible, en una expedición á orillas del Mincio, adivinar, poco más ó menos (como se acaba de hacer con la posesión de Horacio), y determinar, aproximadamente, el lugar en que habitaba Virgilio. Partiendo de ese lugar, para ir á Mantua, se está á mitad de camino cuando se llega al lugar en que el Mincio se extiende como un lago; esto es lo que nos dicen el Lícidas de la novena égloga, dirigiéndose al viejo Maris, al que invita á cantar: «Mira, el lago está allí inmóvil y te ordena el silencio; todos los murmullos de los vientos han enmudecido; desde aquí estamos ya en mitad del camino, porque se comienza á ver la tumba de Bianor.» Únicamente falta, para tener la medida exacta, el saber en dónde podría encontrarse esa tumba de Bianor. Encuentro en la obra de un concienzudo é ingenioso autor inglés una descripción de la propiedad de Virgilio, que me complace en traducir, porque me parece hecha con mucho cuidado y veracidad:

«La granja, la propiedad de Virgilio, nos dice Dunlop (*Historia de la Literatura romana*), estaba á orillas del Mincio. Este río, cuyas aguas son de un color verde de mar profundo, nace en el Benaco ó lago de Garda. Al salir corre al pie de unas colinas poco elevadas é irregulares que están cubiertas de viñas; después, pasado el castillo romántico, que lleva hoy el nombre de Valleggio, situado en una eminencia, desciende á través de un ancho valle, y se esparce por el llano en dos lagos pequeños; uno por encima y otro precisamente debajo de la ciudad de Mantua. Desde aquí el Mincio continúa su curso por espacio de unas dos millas á través de un país pelado pero fértil, hasta que se lanza en el Po (en Governolo). La propiedad del poeta estaba situada en la margen derecha del

Mincio, al Oeste, á tres millas aproximadamente de Mantua y próxima á la aldea de Andés ó Pietola. Esta propiedad se extendía sobre un terreno llano, entre algunas alturas al Suroeste y la orilla del río, comprendiendo en sus límites un viñedo, un aprisco, una colmena y excelentes tierras de pasto que permitían al propietario llevar quesos á Mantua y criar víctimas para los altares de los dioses. El curso del río, en el lugar en que limitaba la propiedad de Virgilio, es ancho, lento y sinuoso; sus orillas pantanosas están cubiertas de cañas, y muchos cisnes vagan sobre sus ondas ó comen la hierba en su margen húmeda y llena de césped.

»En toda su extensión, el paisaje de la propiedad de Virgilio era plácido, de una placidez incolora y mortecina, con poco carácter, poco á propósito para excitar sublimes emociones ó sugerir vivas imágenes, pero el poeta había vivido en su temprana edad en medio de las grandes escenas del Vesubio; y hasta en su misma propiedad, si extendía sus correrías un poco más allá de los límites de sus dominios, podía visitar, por un lado, el curso grandioso del rápido y majestuoso Eridan, el *rey de los ríos*, y por otro, el Benaco, que ofrece, en ocasiones, la imagen del Océano agitado.

»El lugar de la residencia de Virgilio es bajo y húmedo, y el clima es frío en ciertas estaciones del año. Su constitución delicada y las afecciones al pecho que sufría le determinaron, hacia el año 714 ó 715, á los treinta de edad, á buscar un cielo más benigno...»

Pero esto no pasa de ser una conjetura. El más viajero de los críticos, el Sr. Ampera, ha dado, como él sabe hacerlo, el tono justo de ese mismo paisaje y del tinte moral que se complacen en atribuirle, en un capítulo de su *Viaje Dantesco*:

«Todo es virgiliano en Mantua, dice; encuéntrase allí la topografía virgiliana y la Plaza Virgiliana, simpático lugar que fué dedicado al poeta de la corte de Augusto por un decreto de Napoleón.

»Dante ha caracterizado el Mincio con una expresión exacta y enérgica, según su costumbre: «(No corre mucho tiempo sin encontrar un terreno bajo sobre el cual se extiende y al que *empantana*.)

Non molto ha corso che trova una lama
Nella qual *si distende e la impaluda.*»

Lo que no tiene la gracia de Virgilio: «(... Allí en donde el ancho Mincio se pierde en lentos rodeos sinuosos y vela sus márgenes con un tenue cinturón de juncos.)

... Tardis ingens ubi flexibus errat
Mincius, et tenera praetexit arundine ripas.»

«La brevedad expresiva y un poco seca del poeta florentino, comparada con la abundancia elegante de Virgilio, pone muy de relieve la diferencia de estilo de esos dos grandes artistas describiendo el mismo objeto.

»Por lo demás, la palabra *impaluda* expresa perfectamente el aspecto de los alrededores de Mantua. Al acercarse uno á esa ciudad, parece verdaderamente que se entra en otro clima; de las praderas pantanosas se eleva casi constantemente una bruma bastante densa á menudo. A veces se creería uno en Holanda.

»Todo el aspecto de la naturaleza cambia: en lugar de viñas no se ven más que prados, prados virgilianos, *herbosa prata*. Aquí se concibe mejor la melancolía de Virgilio en esta atmósfera brumosa y suave, en

esta monótona campiña, bajo este sol frecuentemente velado.»

Apreciemos la diferencia, pero no insistamos demasiado en ella y no exageremos; no pongamos demasiado vapor de ese que Virgilio no cuidó de describirnos, porque solamente Virgilio puede ser su propio paisajista y su pintor, y en la primera de las descripciones precedentes (hablo de la del autor inglés) se ha podido reconocer que no es, después de todo, sino la prosa del paisaje descrito por el mismo Virgilio en estos armoniosos versos de la primera égloga: *Fortunate senex hic inter flumina nota...* Que todos los que sepan de memoria estos versos encantadores, y son muchos todavía, se lo repitan.

Virgilio es especialmente sensible á la frescura profunda de un suave paisaje verde y apacible; al zumbido de las abejas en el seto; al canto, pero un poco lejano, del segador en la era; al arrullo más cercano del palomo ó de la tórtola; gusta de esa silenciosa tranquilidad, de esa monotonía que se presta á la melancolía y al ensueño.

Hasta cuando llegue, más adelante, á toda la grandeza de su inspiración, sobresaldrá sobre todo en la pintura de los grandes paisajes tranquilos.

Poco después de haber dejado definitivamente su país natal, encontramos á Virgilio de viaje á Brindes, viaje referido por Horacio, y que fué por el año 715 ó 717. Se unió en el camino á Mecenas y á Horacio; llevaba por compañeros á Plocio y Vario, y el agradable narrador califica á los tres (pero nosotros preferimos referir el elogio á Virgilio) como á las almas más bellas y *más sinceras* que la tierra haya sustentado, y hacia las cuales experimentó la mayor ternura.

Si Polión, como se cree, fué el que aconsejó á Vir-

gilio que escribiera las poesías bucólicas, en cuya composición y corrección invirtió tres años, Mecenas fué el que propuso el asunto tan romano, tan patriótico y pacífico de las *Geórgicas*, al que consagró siete años. Acerca de este consejo ó mandato amistoso dado por Mecenas á Virgilio, y cuya difícil labor sólo él podía dignamente emprender y concluir, ha tenido una idea muy ingeniosa, una idea elevada, uno de los hombres que mejor sabían la *cosa romana*, Gibbón: según éste, Mecenas fué el que concibió el pensamiento, mediante ese gran poema rural, completamente del gusto de los romanos, de infundir á los veteranos, puestos en posesión de las tierras (cosa que desde Sila era una costumbre) la afición á su nuevo estado y á la agricultura. La mayor parte de los veteranos, en efecto, puestos al principio en posesión de las tierras, no las habían cultivado, sino que habían malgastado el valor de las mismas. Se trataba de reconciliarlos con el trabajo de los campos, tan querido por los antepasados, y presentarles imágenes halagüeñas referentes al mismo: «¿Qué veterano, exclama Gibbón, no se reconocía en el anciano de las orillas del Galesio? Como ellos, acostumbrado á las armas desde su juventud, encontraba al fin la felicidad en un lugar salvaje, al que sus trabajos habían transformado en un lugar de delicias.»

Yo no sé ciertamente si Gibbón pone ó no pone en esto algo propio, si los veteranos leían el episodio del anciano de talento. Los hijos de estos veteranos, por lo menos, pudieron leerlo.

Habiendo renunciado, no de buen grado, á su país de Mantua, Virgilio, colmado de favores por Augusto, pasó los años siguientes y el resto de su vida algunas veces en Roma, y más á menudo en Nápoles y en la

Campania feliz; ocupado en la composición de las *Geórgicas*, y más adelante en la *Eneida*, fué poco hombre de mundo, y sí hombre de soledad, de intimidad, de amistad, de ternura; cultivaba el retiro oscuro y apacible, en cuyo seno se consumía sin cesar en perfeccionar y llevar á cabo sus obras de gloria, en edificar su *templo de mármol*, como lo ha dicho alegóricamente. ¡Felicidad rara! ¡Destino seguramente el más adecuado para los poetas épicos tan á menudo errantes, proscritos, desterrados! Pero él sabía, y lo recordaba constantemente, que el infortunio del hombre está muy cerca de la felicidad, y que entre las calamidades de ayer y las de mañana se compran los intervalos de reposo del mundo. Después de las amarguras de la espoliación y del destierro, habiendo recuperado tan por completo todos los goces de la naturaleza y del hogar, no se olvidó nunca de que faltó muy poco para que los perdiese: quedó, á consecuencia de ello, sobre su alma tierna y piadosa un velo ligeramente transparente.

Yo no concibo, á la distancia en que nos encontramos, más biografía de Virgilio que una *biografía ideal*, si así puedo decirlo. Los antiguos gramáticos, entre los cuales tuviera uno tentaciones de buscar una biografía positiva del poeta, han mezclado en ella demasiadas torpezas y fábulas; pero, de algunos rasgos, sin embargo, que nos han transmitido y que están de acuerdo con el temple del alma y el carácter del talento, resulta de un modo bastante natural para nosotros, un Virgilio tímido, modesto, ruboroso, semejante á una virgen, porque se turbaba fácilmente, se mostraba pronto confuso y tardaba en reponerse de su confusión; delicioso y del más dulce trato cuando se había tranquilizado; lector exquisito (como Racine)

sobre todo para los versos, con insinuaciones y matices en la voz; un verdadero *engañador de oídos* cuando recitaba versos que no eran suyos. En un capítulo del *Genio del Cristianismo*, en el que compara á Virgilio y Racine, Chateaubriand ha hablado demasiado bien del uno y del otro, y con demasiado gusto, para que yo no recoja, sin embargo, un pasaje aventurado que no conduciría á nada menos que á falsear, en mi concepto, la idea que uno pueda formarse de la personalidad de Virgilio:

«Hemos ya hecho observar, dice Chateaubriand, que una de las primeras causas de la melancolía de Virgilio fué, sin duda, el sentimiento de las desgracias que experimentó en su juventud. Expulsado del hogar paterno, conservó siempre el recuerdo de su Mantua; pero ya no era el romano de la república, amante de su país á la manera dura y ruda de Bruto; era el romano de la monarquía de Augusto, el rival de Homero y el hijo de las musas.

»Virgilio cultivó aquel germen de tristeza viviendo solo en medio de los bosques. Tal vez es preciso todavía añadir á esto algunos accidentes particulares. Nuestros defectos morales ó físicos influyen mucho sobre nuestro carácter, y son á menudo la causa de las particularidades que ofrece nuestro genio. Virgilio tenía una dificultad de pronunciación; era débil de cuerpo, rústico de apariencia. Parece que tuvo en su juventud pasiones vivas, para las que pudieron ser un obstáculo aquellas imperfecciones naturales. Así, pues, los disgustos de familia, la afición al campo, el amor propio herido y pasiones no satisfechas, se unieron para prestarle aquella melancolía que nos encanta en sus escritos.»

Todo esto es una deliciosa fantasía de poeta á poeta;

pero el *amor propio herido* y las *pasiones no satisfechas*, me parecen conjeturas muy aventuradas; hablemos solamente del alma delicada y sensible de Virgilio y de sus desgracias de joven. Por lo demás, poseía precisamente lo contrario de la *dificultad de pronunciación*; tenía una facilidad de pronunciación maravillosa. Lo que ha engañado al ilustre autor que, bajo todos los otros conceptos, habla tan excelentemente de Virgilio, es que en un pasaje de la Vida del poeta, por Donat, se dice que era *sermone tardissimus*; pero esto significa únicamente que no improvisaba, que no tenía, como se dice, la palabra en la mano. Tan sólo una vez en su vida tuvo que abogar y sin necesidad de réplica. En una palabra, y cosa que no extrañará á nadie, Virgilio era todo lo menos abogado posible. Su retrato por Donat, que ha servido de punto de partida al que se acaba de leer hecho por Chateaubriand, puede traducirse más ligeramente tal vez y explicarse como sigue, evitando todo lo que pudiera ser recargado: Virgilio era alto y robusto (yo me lo represento, sin embargo, un poco delgado, un poco débil, á causa de su estómago y de su pecho, aun cuando no se diga); había conservado de su primera vida y de su larga estancia en los campos, el cutis moreno, atezado, cierto aspecto de aldeano, algo de torpeza; en fin, había en su persona algo que recordaba al hombre criado en el campo. Se necesitaba algún tiempo para que se manifestase aquella urbanidad que constituía el fondo de su naturaleza.

Los retratos que nos le representan con los cabellos largos, aspecto de joven, perfil puro, atendiendo á la majestuosa figura de anciano de Homero, no tienen nada de auténticos, y lo mismo podrían ser retratos de Augusto ó de Apolo.

Séneca, en una carta á Lucilio, habla de un amigo de este último, de un joven de natural bueno é ingenuo, el cual, en la primera conversación, dió una alta idea de su alma, de su inteligencia, pero nada más que una idea, sin embargo; porque fué cogido de improviso y tenía que vencer su timidez. «Y aun recogíendose, apenas podía triunfar de su pudor, excelente signo en un joven; hasta tal punto, dice Séneca, brotaba el rubor del fondo de su alma (*adeo illi ex alto suffusus est rubor*); y creo que hasta cuando esté más aguerrido, le quedará siempre esa timidez.» Virgilio me parece de esta clase; se ruborizaba muy pronto y su frente era tierna (*frontis mollities*); era uno de esos rubores íntimos que proceden de un fondo duradero de pudor natural. Era uno de aquellos de los que Pope, uno de los ingenios más grandes y más sensibles, decía: «En cuanto á mí, yo pertenezco á esa clase de la que Séneca ha dicho: «Son tan amigos de la sombra, que consideran como estando en el torbellino todo lo que está á la luz.»

Virgilio amaba demasiado la gloria para no gustar de la alabanza, pero la quería de lejos y no enfrente; huía de ella en el teatro ó en las calles de Roma; no le gustaba que le señalasen con el dedo y exclamaran: ¡*Es él!* Gustaba hacer con descanso cosas hermosas que repercutirían en el universo y congregarían en una misma admiración á todo un pueblo de nobles espíritus; pero sus delicias eran hacerlas en silencio y en la sombra, y sin dejar de vivir con las ninfas de los bosques y de las fuentes, con los dioses escondidos.

Y en todo esto yo no fantaseo nada; no hago nada más que usar y aprovechar rasgos que nos han sido transmitidos, pero interpretándolos de la manera que yo creo más adecuada. Con Virgilio se corre poco

riesgo de engañarse, inclinándose lo más posible hacia el lado de sus cualidades internas.

A lo que acabo de decir de que Virgilio estaba adornado por el pudor, no sería justo poner como una contradicción lo que se refiere de ciertas fragilidades suyas: «Fué recomendable en todo el conjunto de su vida á dicho Servio; no tenía más que un mal secreto y una debilidad: no sabía resistir á los deseos tiernos.» Podría deducirse esto con sólo sus versos. Pero, en su apreciable *Vida de Horacio*, Walckenaer me parece que ha tocado con muy pocos miramientos esa parte de la vida y de las costumbres de Virgilio. Combatiendo sin mucha dificultad la opinión exagerada que uno podía formarse respecto de la castidad de Virgilio, añade: «Más delicado de temperamento que Horacio, Virgilio se entregó con menos arrebatos, pero con tan pocos escrúpulos, á los placeres de Venus. Fué más sobrio y más comedido en los goces de la mesa y en las libaciones ofrecidas á Baco. Entre los modernos hubiera pasado por un hombre bueno, sensible, pero voluptuoso y dado á gustos depravados; en la corte de Augusto, era un hombre prudente de conducta bastante arreglada, porque no era pródigo ni disipador, ni trataba de seducir á las vírgenes libres ni á las mujeres casadas.» Toda esta semblanza es muy ruda, muy brusca y carece de matices, y por consiguiente, de parecido y de verdad. Yo no tengo dudas respecto de lo que Virgilio hubiese parecido de haber vivido en los tiempos modernos; yo creo que hubiera pasado por un hombre algo mejor que todo eso, y que la verdadera moral, tanto como las buenas costumbres, hubieran tenido motivo más para alabarle que para quejarse de él. Y aun aceptando las anécdotas algo sospechosas que los antiguos biógrafos ó gramáticos nos

han transmitido respecto de sus costumbres, se encontrará en ellas lo que responde á la idea que se tiene de él y á lo que le distingue en este concepto de su amigo Horacio, es decir, un comedimiento hasta en la vivacidad del deseo, algo serio, profundo y discreto en la ternura.

Este lado serio, este aspecto de reflexión noble y tierna, este principio de elevación en la dulzura y hasta en las debilidades, es lo que constituye el fondo de la naturaleza de Virgilio, y lo que nunca debe perderse de vista al tratarse de él.

VIRGILIO

(CONTINUACIÓN)

Al estudiar la vida de Virgilio hay que hacer la suma de sus hermosas dotes naturales, de su vocación continua y manifiesta, y también la de las circunstancias únicas y de los consejos incomparables que le favorecieron y le alentaron. En su destino y en su carrera, tan llena de corrección y de armonía, ambas cosas parecen igualmente esenciales y se confunden; no carece de interés el distinguirlas y separarlas, para admirar mejor su acuerdo.

Virgilio, en su juventud y en sus primeras producciones, denota ya una inclinación secreta de imaginación y de alma hacia los asuntos y puntos de mira que tienden á engrandecer su horizonte. Tenía en sí mismo y anunciaba ya los profundos manantiales que no pedirían en seguida más que la señal y la pendiente para brotar y formar el gran río. Un poeta espiritual, y que es uno de los más modernos por su manera de hacer entre los antiguos, Marcial, no ha sabido comprenderle. En un conocido epigrama, en el que trata de Virgilio, aparenta suponer que sus grandes empresas poéticas se encaminaron únicamente á obtener las liberalidades de que fué objeto por parte de los Mecenas: «Os asombráis, dice Marcial á uno de sus protec-

tores ó de sus amigos ricos que le pedía alabanzas, os asombráis que cuando el siglo de nuestros abuelos fué inferior á nuestra época (porque en todo tiempo ha existido la ilusión de creer que uno valía más que sus antepasados), y cuando Roma es más grande de lo que nunca ha sido bajo un príncipe magno (Domiciano), no existan ya talentos maravillosos y divinos, tales como los de un Virgilio, y que ninguna voz épica cante con aquella altivez las empresas y las guerras. Que haya Mecenas, ¡oh Flacco!, y no careceréis de Virgilio; los encontraréis hasta en vuestras tierras:

Sint Maecenates, non deerunt, Flacce, Marones,
Virgiliumque tibi vel tua rura dabunt. »

Y Marcial, rehaciendo en dos palabras y desde este punto de vista toda la historia de Virgilio, le presenta llorando la pérdida de sus campos y de sus rebaños; Mecenas le ve y sonríe; con una palabra lo arregla todo, y arroja á la pobreza que iba á extender sobre aquel preclaro talento su maligna influencia: «Toma una parte de nuestras riquezas, le dice, y sé el mayor de los poetas

Accipe divitias, et vatum maximus esto.»

Y como aumento de gracia, como supremo motivo de inspiración, Marcial no olvida el regalo de un joven esclavo, de un copero, que Virgilio había visto cenando en casa de Mecenas, según otros en casa de Polión, y que le fué dado como servidor. Y á estas larguezas, á estas nuevas facilidades de resistencia, atribuye desde luego Marcial las elevadas concepciones del cantor de Eneas y todo el vuelo que separa el poema del *Mosquito* del viril pensamiento que se dedicó á celebrar los orígenes de Roma. La receta le pare-

ce segura para crear Virgilios á voluntad. ¡Probadla! Y él mismo se ofrece en caso necesario.

Dejemos estas explicaciones materiales y vulgares para uso de un Marcial, es decir, de un hombre de ingenio que tendía la mano, y leamos más bien en el alma, en las fuentes verdaderas del talento de Virgilio. Aun conviniendo con el generoso satírico Juvenal en que hay un grado de pobreza y de malestar que hubiera paralizado la vena épica del poeta, y que «si Virgilio no hubiera tenido un criado que le sirviera ni una habitación un poco cómoda, todas las serpientes que amontonó sobre la cabeza de la furia Alectan se hubiesen caído por sí mismas, y que ella no habría tenido alientos para hacer que resonase con tanta fuerza su cuerno infernal», no vayamos á poner el principio de la inspiración en lo que no fué sino una continuación favorable. En sus *Bucólicas*, Virgilio nos descubre su aspecto social, aquel nuevo sentimiento que iba á hacer de él el cantor de una época y el representante más directo, el más visible del mundo antiguo considerando en adelante el mundo moderno. Desde sus principios, mira el poeta á las cosas grandes, á los grandes asuntos, hacia los cuales se dirige en su tranquila y poderosa dulzura. Después de la guerra de Perusa, siendo cónsul Polión, hubo un esbozo de pacificación universal; Antonio se casó con Octavia, hermana de Octavio, y éste se casó con Escribonia; las dos mujeres estaban embarazadas; á uno de los dos hijos que debían nacer de ellas, ó sencillamente al hijo que tuvo Polión por aquella época se refieren los magníficos pronósticos, y, en apariencia, tan desproporcionados, de la cuarta égloga (*Magnus ab integro seclarum nascitur ordo*). Se ha razonado y sutilizado mucho acerca del sentido misterioso que se ha creído

ver en esa composición completamente fatídica, completamente llena de las promesas de la Edad de oro. Yo veo en ella una prueba cierta del instinto y del presentimiento social de Virgilio; aspiraba desde entonces, con un ardor que no puede menos de estallar, á aquella pacificación definitiva, para la que faltaban diez años todavía. Dicha égloga, aunque adecuada á todo ditirambo compuesto sobre una cuna, se sale de los límites del género, y se adelanta también á su fecha; es más grande que su tiempo, y digna ya de los años que seguirán al Accio. Virgilio, en un breve claro de la tempestad, anticipa y descubre el reposo y la felicidad del mundo bajo un Augusto ó bajo un Trajano.

En sus *Geórgicas* hace lo mismo: aspira á lo más allá. ¿Qué otra cosa es, por ejemplo, ese solemne principio del libro III, esa especie de triunfo que se otorga á sí mismo el poeta por haber sido el primero en enriquecer á su patria con los despojos de Ascrea, y haber llevado á ella las musas del Helicón? Edificará, dice él, un templo de mármol en medio de una vasta y verde pradera, á orillas del Mincio. Colocará en él á César (es decir, á Augusto), como el dios del templo, é instituirá y celebrará carreras y fuegos, que harán desertar de Grecia á los de Olimpia. El, el fundador, con la frente ceñida por una corona de olivo y en todo el esplendor de la púrpura, otorgará los premios y los dones. En el exterior del templo se verán grabados en oro y marfil los combates y los trofeos de aquel en quien se personifique el nombre romano. Se verán también erguidas, en mármol de Paras, estatuas que respiren vida, toda la descendencia de Axa-raex, aquella serie de héroes, descendientes de Júpiter; Tros, el gran antepasado, y Apolo, fundador de

Troya. La Envidia, encadenada y domada por el temor de penas vengadoras, rematará el glorioso cuadro. Los versos son admirables y de los más pulimentados, de los más deslumbradores que hayan salido del cincel de Virgilio. Ese esplendor puro y severo de los mármoles, en medio del verde suave del paisaje, nos ofrece un perfecto emblema del arte virgiliano. Aquí, el poema didáctico va más allá de sus límites; es grande, es triunfal, es ya épico. El *templo de mármol*, poblado de héroes troyanos, que se prometía edificar Virgilio, y que es completamente alegórico, lo realizó de otra manera que entonces no preveía, lo ejecutó en la *Eneida*; no había hecho más que presagiar y celebrar de antemano su *Exegi monumentum!* Al morir, dudaba de que lo hubiese realizado; á nosotros nos corresponde dar á las cosas y á la obra todo su sentido, ver en ella toda su armónica composición, y decir que Virgilio, al morir, en vez de desalentarse y desfallecer, hubiera podido hacerse releer su glorioso himno del tercer canto de las *Geórgicas*, y satisfecho al ver cumplido su deseo, exhalar el último suspiro en una embriaguez sagrada.

Y ahora que, según me parece, nos damos mejor cuenta de aquel sentimiento elevado, dirigido hacia lo grande bajo un velo de dulzura, que en todo tiempo existía en el alma y en el talento de Virgilio, y que no necesitaba sino ser sostenido y alentado por Polión, por Mecenas (la gradación es á voluntad), por Augusto, en fin, no tenemos que temer el dar á éste la parte que le corresponde y verle intervenir. La historia de la concepción de la *Eneida* no podría separarse, en efecto, de los primeros años del imperio de Augusto, é importa, para apreciar la influencia y toda la inspiración del poema de Virgilio, representarse

bien el estado de la cosa romana (no digo ya de la república) en aquellos momentos.

Dejemos á lo lejos los espantosos recuerdos del triunviro; abandonemos á Octavio por Augusto en aquella forma nueva y suprema que revistió; tratemos de olvidarlo todo, como hizo el mundo. Augusto, que desde hacía algunos años que gobernaba solo la Italia y el Occidente, había ensayado su sistema de habilidad clemente, arrancado á aquellos felices preludios, y obligado á volverse contra un rival, hubo de una vez arriesgarlo todo y salvarlo todo; había alcanzado sobre Antonio la victoria de Accio; había sometido el Egipto, volvía en triunfo á Roma. Una inmensa necesidad de aquella paz, apenas gustada, tantas veces rota, hizo que todos se precipitaran á su encuentro y le ofreciesen, le arrojaran á los pies todos los poderes, como á un libertador y á un dios. Tenía treinta y tres años.

Se han visto, en determinadas horas del mundo, esos momentos extraordinarios, en los que toda una nación agotada, anhelante durante años, durante lustros, aspirando á un estado mejor, se vuelve ardientemente hacia el orden, hacia el descanso y la salvación, por una especie de conspiración social, violenta, universal; pero ningún momento ha sido más solemne, más señalado por una convulsión, por una crisis pública de ese género, como ese antiguo y primer regreso de Egipto y de Oriente, esa vuelta de Augusto triunfador y pacificador á Roma; desde Brindisi, en donde desembarcó, hasta la Ciudad Eterna, su marcha no fué más que un continuado triunfo en medio de las poblaciones que acudían á su paso. Octavio había desaparecido; la era de Augusto había comenzado.

El triunfo duró tres días (Agosto, veintinueve años antes de Jesucristo). Augusto (porque ya lo era sin tener todavía el nombre) dedicó la cámara Juliana, el palacio Julio, consagrado al dictador César, y que fué el lugar de las asambleas del Senado; colocó allí la estatua de la victoria traída de Tarento, aquella estatua célebre después en la lucha del Cristianismo contra los falsos dioses y al que resistió mucho tiempo. Se celebraron durante varios días fuegos de toda especie: «Marcelo, Tiberio y los jóvenes romanos de las primeras familias, brillaron en lo que se llamaba el *fuego de Troya*, simulacro de un combate de caballería que los Césares gustaban de dar en espectáculo al pueblo á causa de su origen troyano, que hacían remontar hasta Jules, hijo de Eneas y fundador de Alba la Larga.» Augusto, después César, instituyó aquella fiesta, elegante y á veces peligrosa, en la que figuraban lo más tierno y selecto de la juventud, los adolescentes de catorce á diez y ocho años. Con esos mismos fuegos troyanos se corona y termina la descripción de los fuegos celebrados por Eneas en Sicilia en honor de Anquises: «El escuadrón de niños se adelanta, y todos parecidos, ante los ojos de sus padres, brillan sobre caballos con frenos de oro.» En Virgilio, el ejército ecuestre está dividido en tres brigadas, cada una con su jefe, un joven Priamo, un joven Atis, el amigo de Ascanio, y Ascanio mismo, montado en un caballo de Tiro ó de Numidia, regalo de Didon. Sus combates, sus ejercicios, sus vueltas y revueltas, son comparados por el poeta á los mil entrecruces del laberinto de Creta, ó á los giros y circunvoluciones de los delfines, cuando juegan tranquilamente sobre la superficie de las olas.

El día en que por el triunfo de Augusto se celebra-

ban tales fuegos en el Circo, y en el que Virgilio, habiéndose terminado la obra maestra de sus *Geórgicas*, iba sin duda desde Nápoles á Roma para ser testigo de tantas magnificencias; ese día, en que experimentaba en él, en esa alma de poeta que es en grado supremo el alma de todos, esa inmensa necesidad de paz y felicidad en la grandeza, que era entonces el grito imperioso de todo el mundo romano—necesidad de paz tan poderosa y tan verdaderamente salida de las entrañas de la tierra, que el piadoso y sabio Tillemont no ha querido ver en ella sino una sed instintiva y un presentimiento de esa otra paz divina que iba á aportar en el orden moral el Salvador del mundo;—ese día en que se cerró por fin el templo de Jano, lo que no se veía sino por tercera vez desde la fundación de Roma (á pesar de haber todavía algunas revueltas en España, en las Galias y en otras partes, *pero esto*, dice Tillemont, *no se consideraba en la grandeza del Imperio*);—ese día Virgilio sentía ya flotar en él el marco y el mundo de su *Eneida*, y si fué precisa una palabra de Augusto para decidirle, tal palabra no hizo más que esclarecer á sus propios ojos su deseo, darle el valor de realizarlo, é iluminar en él el caos fecundo que por sí mismo aspiraba á la luz.

Describirá esos días de regocijo y de inmortal triunfo bajo el escudo divino de su Eneas, y coronará con ello el libro VIII, el más romano de toda la *Eneida*.

Augusto se convertía, pues, en *Imperator*, mandaba á los ejércitos; era el *Tribuno del Pueblo*, el *Cónsul* constantemente renovado; el *Procónsul* cuando estaba fuera de Roma, el *Gran Pontífice*, el *Censor* perpetuo; puesto que aceptase ó no los títulos que le ofrecían, ó pareciese que los resignaba y declinaba á veces, reunía todos los poderes; se llamaba *César Augusto*,

en lugar de Octavio; proclamado *Padre de la Patria*, asumía todos los derechos del poder paternal, que eran enormes entre los romanos; tenía derecho de vida y muerte sobre los senadores y los caballeros; le habían entregado, reunidos en un solo haz, por una ficción gigantesca, todos los poderes y todas las autoridades públicas y domésticas del antiguo orden republicano. Tenía, en fin, altares, y el cielo después de su muerte; ¿qué más necesitaba todavía? El pasado, el origen divino, el nimbo de oro de la tradición; necesitaba que todo aquello hubiera sido preparado desde la más remota antigüedad por el Destino, predicho por los oráculos, y elaborado como la última creación á través de todos los siglos, hasta de los tiempos de austeridad y de la virtud republicana; era preciso que los Fabricios mismos y los Deutato, aquellos íntegros personajes que habían vivido y habían muerto por una patria libre, pareciesen haberle servido como guías y valerosos precursores—una especie de cortejo anticipado.—Esta última ambición, meditada é ingeniosa, que es como un lujo de una imaginación delicada, al mismo tiempo que grandiosa y severa, honra á Augusto á nuestros ojos, y debe hacerle perdonar muchas cosas, como se las perdonaba Corneille; porque esto quiere decir que le era necesario Virgilio como un último artista que pusiera mano en su imperio para concluir la decoración y ornamento del mismo. Augusto no estaba contento ni se sentía completamente glorioso sino á ese precio, y por eso le pidió á él, al poeta modesto y ruboroso; le encargó, como á su pintor favorito, la *Eneida*.

El que no quería corona como rey ni como jefe de imperio, quiso una corona de manos de Virgilio.

Y como hombre de gusto y hombre de gobierno,

Augusto tenía razón; él apaciguó y pacificó á la elocuencia; la poesía, la poesía elevada, que no era antes comprendida sino como un estudio menor, un arte menos grave (*leviores artes, leviora studia*, decía Cicerón en los últimos días de la elocuencia), va á ocupar un puesto más elevado, á pasar al primer rango, y llegar á ser á su vez, en manos del genio, una potencia.

Y notad el mérito de Augusto en haber adivinado en el hombre modesto, en el poeta de los bosques y de los campos (*studiis florentem ignobilis oti*), al poeta épico, heroico, al que estará al nivel de la empresa más alta á que puede aspirar el genio de la poesía. Al excitar á Virgilio á que tomara posesión de todo su talento y de toda su gloria, al discernir, en medio de sus timideces y rubores, su íntimo anhelo y su más ardiente deseo, Augusto dió una gran prueba de tacto. La posteridad le debe un reconocimiento inmortal, tan inmortal como la obra á que dió lugar.

«Complaciase, dice Suetonio, en favorecer á las inteligencias, á los genios de su tiempo, de todas maneras. Escuchaba con paciencia y con benevolencia á los que le recitaban, ya poemas, ya obras de historia, ya arengas y diálogos; sin embargo, se ofendía si pasaba á ser él el asunto de alguna composición que no fuese seria y de las más excelentes, y advertía á los pretores que no consintiesen que su nombre cayera en el dominio de los teatros y en los certámenes públicos de los hombres de ingenio.» He aquí al príncipe, al monarca, que se revela en el hombre culto, y que sienta como principio la dignidad del gusto.

Únicamente después de haber hablado de Virgilio, de Horacio, de Tibulo, de Propercio, de Ovidio y de Tito Livio, esos seis grandes escritores ó poetas, los

únicos de entonces que han llegado hasta nosotros, sería de oportunidad detenerse ante Augusto y considerar en su conjunto el siglo al cual ha dado su nombre, al mismo tiempo que imprimió en todo su carácter culto y delicado. Entrevéanse ya á través de las diferencias, y salvo la incomparable superioridad de su espíritu, algunas semejanzas directas con Luis XIV.

Era el mismo hombre que quería á Horacio para secretario suyo, y ambicionaba quitárselo á Mecenas: «Antes, decía él á éste último, me bastaba yo solo para escribir las cartas á mis amigos; ahora que me veo abrumado de asuntos y un poco enfermo, quisiera quitarte á nuestro Horacio. Que abandone, pues, esa mesa de parásito por nuestra mesa real, y nos ayudará á escribir nuestras cartas.» Y como Horacio se negase excusándose con su salud, Augusto (¡cosa bien rara!) no le guardaba rencor. «Podrás, le escribía, saber por nuestro Septimio, el recuerdo que conservo de tí, porque delante de él he hablado de lo que á tí se refiere; y porque hayas despreciado tan altivamente nuestra amistad, no se sigue que te devolvamos *desdén por desdén*.» Bromeaba con el elegante y fino poeta; al poeta más sensible y más noblemente ideal, le pedía cuadros elevados y la gloria.

Basta con abrir los primeros libros de la *Eneida*, para ver lo mucho que Virgilio ha tomado de Homero, cuánto le ha imitado á cada paso y en casi todas las invenciones, que no son en él, por muchos conceptos, sino imitaciones y trasplantaciones; pero la parte original, y que lo vivificará todo, la que distinguirá el poema de Virgilio de todas las otras imitaciones latinas de los asuntos y de las formas de los griegos, será, independientemente del grado de talento,

la profunda inspiración romana y la adecuación nacional. No nos olvidemos nunca de esto.

Augusto, y la cosa romana tomada desde el punto de vista de Augusto por una parte, Homero y sus dos inmortales poemas por la otra, son las grandes fuentes que importa bien conocer por entero, y sobre las cuales la crítica tiene, por decirlo así, que establecer su morada para conocer bien la *Eneida*; porque allí es donde el poeta se ha inspirado alternativamente ó á la vez, ello es lo que ha combinado con profundo arte. El objeto de Virgilio en la *Eneida*, lo sabemos positivamente por los mismos intérpretes latinos, fué el de componer un gran poema romano, dotar á su patria de una verdadera epopeya: *imitar á Homero y alabar á Augusto en sus antepasados*, ¡gran obra poética y política! La realizó admirablemente.

Sin embargo, se necesita aquí una explicación, una precaución. Al insistir, como lo hago, en la influencia de Augusto, en la importancia que tiene en la epopeya de Virgilio, estoy lejos de admitir, en ningún grado, el sistema ingenioso, pero falso y frío, que veo sostenido por un sabio autor de una *Historia de la literatura latina* (Dunlop). Según este sistema, Eneas no sería más que un tipo ideal, pero rigurosamente parecido á Augusto; piadoso respecto de su padre, como Augusto respecto de César; comparado á Apolo por la hermosura, como Augusto gustaba de serlo; descendiendo á los infiernos según los grados de la iniciación, del mismo modo que Augusto durante su estancia en Atenas, quiso ser iniciado en los misterios de Eleusis; combatiendo con Turno, Latino, Amatis, como Augusto, en tiempos del sitio de Perusa, combatió con Antonio, con el hermano de éste y con Fulvia; huyendo de Didon y triunfando de ella, como Augusto triunfó

de Cleopatra; ¿qué sé yo qué más? Turno es Antonio, dice resueltamente Dunlop. Evandro, el antiguo amigo de Anquises y aliado de Eneas, representa á los antiguos cesaristas que toman el partido de Augusto en contra de Antonio. Achates, es Agripa; Lavinia, es Livia; Latino, es Lépido; Amata, es Fulvia; el orador Drances (¡oh!, aquí protesto) sería Cicerón. Hasta el médico Japis es Antonio Musa, el médico de Augusto. No, no y no, exclama con todas sus fuerzas mi conciencia poética; no, eso no es así, y cuanto mayor gasto hagáis de sagacidad y de curiosidad ingenua para descubrir algunas relaciones en circunstancias de poco fuste entre el poema y la historia, tanto más probaréis contra vosotros mismos, porque jamás ha procedido de esa suerte ningún genio verdaderamente poético. Que Virgilio, que pensaba muchas cosas, haya esparcido y como proyectado en varios lugares, en la composición de su poema, reflejos y colores tomados de los acontecimientos y de los personajes que le rodeaban, como las proyecciones movibles de las nubes que corren sobre las verdes praderas y sobre las cimas agitadas de los bosques; que esto dé clarividencias y haga pasar rayos que despierten también toda suerte de pensamientos, no lo niego; pero que se pretenda reducir ese conjunto á la proporción calculada y simétrica de una alegoría combinada y continua, ahí está lo falso, el absurdo.

Ciertamente hay en el carácter de Eneas intenciones, reverberaciones marcadas y sensibles del carácter y de la política de Augusto, hay matices de Augusto en la frente de Eneas, pero nada más que reverberaciones y matices.

En una palabra; Virgilio ha compuesto un poema, es decir, algo libre é inspirado, combinado en virtud

de elementos secretos cuyos misterios y proporciones nadie sabe por completo; no se ha limitado á fotografiar á su época con sus personajes y sus pasantes. Desechemos, pues, para siempre, esa idea mezquina y mecánica de alegoría, y atengámonos á la idea general y vasta de un gran poema nacional romano.

No hizo ni quiso hacer una *Teseida*, ni una *Tebaida*, ni una *Iliada* puramente griega en bello estilo romano; no quiso hacer tampoco pura y simplemente un poema como la *Farsalia*, todo latino y en honor de César, en el que celebrara históricamente y con más elocuencia que poesía los actos de Augusto, la victoria de Accio y los hechos que la precedieron y siguieron por orden cronológico; era demasiado poeta y tenía harta imaginación para hacer eso, para volver á las crónicas métricas de Navio y de Enio; hizo algo que es la unión y la fusión ingeniosa y viviente de uno y otro género, una *Odisea* para los seis primeros libros, y para los seis últimos una *Iliada*, pero juliana y romana, maravillosamente combinada y construida, y cuyos detalles están hechos para interesar, no solamente á los cultos y á los lectores instruidos, enamorados de las musas griegas y amándolas hasta en sus copias, sino á todo un pueblo y á toda la juventud romana, orgullosa en adelante con su poeta, y exclamando por boca de Propercio, en una inmortal Elegía:

«A Virgilio es á quien corresponde cantar las márgenes del Accio protegidas por Febo, y decir las flotas victoriosas de César; á Virgilio, que resucita ahora las guerras del troyano Eneas, y restaura las murallas derribadas á orillas del Laninio. ¡Haced sitio, escritores romanos, y vosotros, griegos, dejad la arena!, enjéndrase algo más grande que la *Iliada*.»

El orgullo de una civilización floreciente y que ama

á su vez, respira en este acento del más generoso de los elogios, del que sentía y representaba bien el entusiasmo de toda la juventud contemporánea, y que era, como se hace llamar por ella, *el gran poeta de sus amores*. Si Virgilio hacía á los romanos la ilusión de haber igualado ó aventajado á Homero, es porque había tocado con fuerza la fibra romana.

Cuando Propercio hablaba así, no se había publicado la *Eneida*; no se la conocía sino por el rumor de las lecturas particulares, y Virgilio vivía todavía. No cesaba de trabajar en su obra, porque no era de los que se contentaban fácilmente. Macrobio nos ha conservado un fragmento de carta de Virgilio á Augusto, una simple frase, pero que revela, á la vez, todo el cuidado que ponía y la diversidad de estudios que hacía entrar en la composición de su poema. Augusto solicitaba apremiantemente el leer una parte por lo menos, y acosaba al poeta: «Recibo frecuentemente cartas vuestras, respondía Virgilio... Por lo que se refiere á mi Eneas, si, en verdad, le viese ya digno de seros leído, os lo enviaría con mucho gusto. Pero una cosa tan grande no está más que en estado de boceto; hay momentos en los que creo que no estaba muy en mis cabales cuando acometí la empresa de tan gran obra; tanto más, como lo sabéis, cuanto que me veo obligado á adicionarla, para tratarla bien, otros estudios y de un orden mucho más elevado.» Así hablaba aquella conciencia escrupulosa, celosa de encerrar la mayor cantidad de materia docta bajo la más noble forma, y siempre inquieto por hallar lo mejor. Por último, sin embargo, cuando creyó haber suficientemente retocado los primeros libros y conducido hasta el grado de perfección que imaginaba, se dejó vencer, y los leyó á Augusto delante de Octavio, en aquella es-

cena conmovedora que la pintura ha consagrado, y en la actitud modesta en la que continuará viéndole la posteridad.

Hay diversidad de opiniones sobre el lugar en que murió Virgilio. Algunos dicen que concluyó su vida en Tarento; pero la versión generalmente adoptada, es que murió en Brindisi, el año 735 de Roma, á los cincuenta y dos de edad, de regreso de Grecia, adonde había ido para perfeccionar su poema y para visitar allí, y después en Asia, los lugares principales de la peregrinación de Eneas. Esta marcha de Virgilio á Grecia es memorable y querida por todos por la oda de Horacio. No llegó más, según cuentan, que hasta Atenas, en donde se encontró con Augusto, que regresaba de Oriente, y ya enfermo, se volvió con él hasta Brindisi, en donde halló el término de sus días. Fué sepultado en Nápoles con el conocido epitafio que se había compuesto á sí mismo. Los que han subido la suave colina del Pausilpo gustan de creer que allí reposa. Vivió en aquellas comarcas mucho tiempo, habitualmente. Tenía, según dicen, tierras cerca de Nola, y también cuentan que habitó en Sicilia.

Ya no era dueño de ahogar y aniquilar su *Eneida*, aun cuando lo hubiera querido, y como, en efecto, parece que pensó hacerlo en un momento de desesperación; pertenecía en adelante al mundo. Se convirtió, desde el primer día, en el poema predilecto y en la epopeya adoptiva del nuevo universo. Augusto, que aseguró el destino y procuró la publicación del poema, no hizo en esto, como en muchas cosas, sino ejecutar las órdenes de Roma y adelantarse á las intenciones del género humano; en ello encontró su recompensa.

Al morir joven, ó por lo menos, antes de la vejez, y

en el duodécimo año (á contar desde Accio) de un reinado que debía durar treinta y dos aún, y que tuvo sus tristezas en sus últimas horas, como todos los reinados largos, Virgilio nos presenta ese reinado en todo su esplendor, del mismo modo que saludó y preconizó su aurora en la égloga á Pollión. Realmente presta al maravilloso régimen de Augusto todo lo que de él había recibido. Nos hace creer, con la gran suavidad de su palabra, con la pura luz que emana de su obra y de su genio, en algo culto, brillante, generalmente ilustrado, en algo humano y casi piadoso, que no existía, sin duda, entonces, sino en una parte selecta y muy restringida de la sociedad, y con muchas mezclas. Nos da el sentimiento adelantado de una civilización que no se mantuvo á semejante altura en el imperio romano, y que no tardó en ser manchada por las crueldades y voluptuosidades groseras. Virgilio, con su cadena de oro, uniendo el pasado con el presente, da ideas de virtudes que ya no eran, desde hacía mucho tiempo, virtudes romanas. Con él no se prevén más que Trajanos, y en manera alguna los próximos y amenazadores Tiberios. La misma venida de Cristo no tiene nada de extraño cuando se ha leído á Virgilio. Su Eneas es el San Luis de la antigüedad. Yo he sentido siempre, ¿me atreveré á decirlo?, que en la admirable página del *Discurso sobre la Historia Universal*, cuando Bossuet llega al nacimiento de Cristo, y cuando, para prepararlo, prolonga, como la más magnífica de las perspectivas, el espectáculo asombroso del poderío de Augusto, no haya añadido una sola palabra: «... Roma tiende los brazos á César, que es, bajo el nombre de Augusto y con el título de emperador, el único amo de todo el imperio; somete, en los Pirineos, á los cántabros y á los astures sublevados;

la Etiopía le pide la paz; los partos, asustados, le devuelven los estandartes cogidos á Craso, con todos los prisioneros romanos; los indios buscan su alianza; sus armas se hacen sentir á los retes ó á los grisonos, á los que sus montañas no pueden defender; la Panonia le reconoce, la Germania le teme, y el Vecer recibe sus leyes. Victorioso por mar y por tierra, cierra el templo de Jano. Todo el universo vive en paz bajo su dominio; *Virgilio ha cantado* y Jesucristo viene al mundo. » *Virgilio ha cantado*, es lo que yo añado, involuntariamente, en voz baja, porque me parece que la época decisiva de Augusto no tiene toda su significación moral, y no nos entrega todo su magnífico estremecimiento sino cuando se ha oído á Virgilio.

VIRGILIO

(CONTINUACIÓN)

Para mayor claridad y precisión, dividiré bajo algunos títulos de capítulos distintos lo que todavía tengo empeño en decir sobre el genio de Virgilio y el carácter de su obra.

I.—*Que es necesario que el poeta épico sea más ó menos de su tiempo en su poema.*

La aparición de la *Eneida* fué una revolución en el gusto y en los estudios de los romanos. Ya se ha oído en las palabras de Propercio el grito entusiasta que se elevaba en vísperas de la publicación del poema y por sólo los rumores que circulaban; ¿qué sucederá en las futuras generaciones romanas? Decimos hoy indiferentemente Virgilio y Horacio, Horacio y Virgilio, abarcando con el mismo gusto y con el mismo cariño á los dos poetas y amigos, y tenemos razón. Pero es la ocasión de decirlo: yo no creo, examinándolo de cerca, que fuera así al principio, y que hubiera igualdad entre ellos en cuanto al grado y la extensión de su fama y de su autoridad entre los romanos. Cierto que Horacio fué prontamente puesto en manos de los niños en las escuelas de los gramáticos, como sucedía

con Virgilio; era explicado en ellas, si bien con ciertas reservas, como lo indica Quintiliano, y formaba parte de la educación clásica. Las personas de gusto y los concedores apreciaban, como se debe, su tacto moral delicado y su feliz originalidad de expresión. Sin embargo, ese poeta tan querido por los modernos, tan digno de serlo por todo lo que encierra de exquisito en muchos géneros, no es constante y perpetuamente citado entre sus compatriotas. Veleyo Patérculo, al escribir al día siguiente del reinado de Augusto, lo ha omitido (¡cosa singular!) en la enumeración de los cuatro ó cinco nombres de autores célebres que escoge para representar el gran siglo. Más adelante, Fronton, hablando de él, le llama un poeta *memorable*. Pero Virgilio no podría ser ni olvidado ni alabado así; desde el primer día es *el poeta*; está en todos los labios; se le ve constantemente citado. Casi no hay una sola carta de Séneca á Lucilio en que no figure Virgilio con algunos versos. Séneca hubiera podido decir de Virgilio: Es el poeta que habita en mi pensamiento. A partir de Virgilio, los romanos tienen el derecho de creer que pueden, en efecto, prescindir de Homero; tienen su príncipe de los poetas propio.

Hasta entonces los gramáticos de Roma habían sido griegos en su mayoría, y en griego también hacían los principales ejercicios de su enseñanza, algo de lo que nos pasaba á nosotros antes del siglo de Luis XIV, en que no se hablaba más que latín en las escuelas. La reforma se realizó, como se supone, á partir de Virgilio; los gramáticos se hicieron latinos; se acostumbraron á hacer en latín sus ejercicios; hubieron de leer é interpretar los poetas nuevos en adelante, clásicos é inmortales á su vez. La literatura romana tuvo, en fin, sus escuelas y sus maestros propios, uno de los

cuales unió honrosamente su nombre á la obra de Virgilio, y nos es todavía útil para comprenderla bien, Servio.

Se ha discutido una cuestión que es aquí de oportunidad. Todavía en estos últimos tiempos un autor inglés, hijo de un padre muy respetado y célebre, y también él á su vez muy distinguido, Mateo Arnold, al frente de un tomo de poesías (1853) se preguntó, desde el punto de vista del arte y de la belleza clásica, si no sería mejor para el poeta que aspira á la poesía elevada y severa, el tomar sus asuntos en el pasado, y hasta en un pasado lejano y poco conocido, con la sola condición de que tales asuntos presenten al talento que los quiera tratar los principales elementos y las eternas pasiones de la naturaleza humana. Arnold ha demostrado el grande é inagotable interés que inspira todavía, que inspirará eternamente la *Iliada*, la *Electra* de Sófocles, la trilogía de Esquilo, llamada la *Orestíada*, el episodio de Dido, y lo compara con el interés tan vivo, pero tan pasajero y tan pronto marchito, que tienen los poemas modernos más ó menos próximos á la novela, como por ejemplo, *Herman y Dorotea*, ó *Childe Harold*, ó la *Excursión* de Wordsworth, ó el simpático *Jocelyn*. Se ha preguntado además si los grandes asuntos públicos modernos eran tan propicios á la poesía como los modernos; si no había, hoy sobre todo, épocas demasiado claras, en que los acontecimientos presentes son casi imposibles para tratados por el poeta, perteneciendo de derecho al historiador. Han observado que los *Persas* de Esquilo jamás fueron considerados superiores por su interés á sus otras tragedias. Todo esto es verdad, y, al discutir así, el ingenioso autor inglés se ha mostrado como un verdadero crítico de la escuela de Lessing. Sin em-

bargo, en estas cuestiones que la crítica agita en vano, y que únicamente el talento puede decidir y resolver, hay un punto en el que no dejaré de insistir nunca, á saber, la importancia y la necesidad para que el poema tenga vida, una vida real en su época y entre los contemporáneos, y no una vida fría para algunos aficionados de gabinete, la necesidad de un elemento moderno, de un interés moderno actual y no rancio, aun cuando tal interés fuese adaptado y como infundido en un asunto antiguo. Y puesto que se trata de una discusión clásica, desde luego tenemos de nuestra parte á Homero; desde el primer canto de la *Odisea*, Femio asiste al festín de los pretendientes; canta en él las desgracias de la guerra de Troya y los infortunios del regreso. Penélope le escucha desde el fondo de su habitación; baja y le invita á cantar tantas otras acciones de los hombres y de los dioses, cuyas poéticas narraciones sabe él, pero se abstiene del asunto reciente y funesto que despierta en ella todos sus conyugales dolores. Telémaco casi se enfada y toma el partido del cantor: «Madre mía, ¿por qué censuras al cantor armonioso el que nos cante conforme á lo que le dicta é inspira su pensamiento? No hay que quejarse de los cantores; Júpiter es el único que distribuye entre los humanos respectivos lotes, según su bien parecer. No hay que enojarse contra éste porque cante el funesto destino de los griegos; *porque el canto que más aplauden los hombres, es el que sea más reciente y más nuevo para los que le escuchan.*» Esta novedad es lo que es menester saber introducir oportunamente en toda obra maestra, combinándola con las condiciones perdurables, eternas, sin lo cual no hay emoción ni fiebre, sin lo cual no hay llama.

Virgilio ha sabido hacerlo tan bien y mejor que

ningún poeta épico, desde Homero. ¡Cuántos poetas cíclicos, épicos, hubo en Grecia durante las diversas épocas! ¡Cuántos talentos, cuyas obras han perecido, y cuyos nombres apenas conocemos: un Aretino; un Leschez; un Pisandro; un Pariasis, tío de Herodoto; un Antímaco, nombres todos ellos célebres en otro tiempo, á continuación de Homero! Querilo, en tiempos de la guerra del Peloponeso, se quejaba de llegar demasiado tarde, y de que la *pradera de las Musas* estuviese por completo despojada de sus flores y segada. Virgilio, aunque romano, y, por consiguiente, más libre, pero llegado ya después de tantos otros, después de tantos antecesores que nos son desconocidos, sintió esa misma dificultad, y la expresó con solicitud, consciente de su fuerza, á principios del libro III de las *Geórgicas*: «Todos los asuntos (habla, sobre todo, de los asuntos griegos) están ya tratados y gastados... Me es preciso intentar una vía nueva, por la que pueda, á mi vez, elevarme de la tierra, y volar victorioso, de boca en boca, en los discursos de los hombres.» Así fué que, para triunfar del lugar común de la epopeya, para rejuvenecer el tema poético, hizo todo lo imaginable. Supo asociar, desde luego, el orgullo romano, el patriotismo, con sus ambiciones y sus fervores, al encomio de Eneas y á la relación, tantas veces repetida, de los antiguos dolores y de las calamidades troyanas; mostró y colocó en el corazón de su composición, ya por medio del escudo maravilloso de Eneas, ya en las perspectivas pitagóricas de su Eliseo y de las predicciones de Anquises, toda la historia de la grandeza y de la eternidad romana futura. Presentó también el momento de crisis de esa grandeza y los terribles peligros pasados, cuando desde lo alto de la pira de su Dido la hizo profetizar á Aníbal. ¡Cuánta

belleza, á la vez severa, sublime y conmovedora! Anquises (recordémoslo), Anquises, después de haber explicado á su hijo, descendido á los infiernos, por qué aquella muchedumbre de almas, destinadas á nuevos cuerpos, se apresuran para beber en las aguas del Leteo, y cómo la cantidad de alma y de vida que circula en el universo se desparrama, se reparte; cómo las parcelas, que son las almas, se aprisionan y se organizan en los cuerpos, se ejercitan en ellos, sufren, se manchan, se emancipan con gemidos, espían después, con dolor se purifican, olvidan luego, anhelan de nuevo, y de nuevo comienzan á querer encarnarse las desgraciadas en el genio de la vida (*quae lucis miseris tam dira cupido!*); Anquises, después de esta explicación de filosofía secreta y misteriosa, conduce á su hijo y á la Sibila á una altura, y desde ella, mediante una enumeración y una revista heroica, reconoce por adelantado á cada gran hombre que ha de nacer; los nombra á todos con orgullo ante aquel del cual serán la posteridad. «Eneas, dice enérgicamente Gibbon, contiene en sí el germen de todos sus descendientes.»

Y desde luego se tiene la serie de los reyes, los de Albalonga, Silvio, Procas y Capis, Innuitor y los de Roma; Rómulo con su doble cresta en la frente, y al que Júpiter mismo ha marcado con su señal luminosa. El es el que inaugura la era de los triunfos: «Bajo su reinado, hijo mío, bajo sus auspicios, esa ilustre Roma no tendrá más límites que la tierra para su imperio, el Olimpo para su ambición, y rodeará las siete colinas con una sola muralla, feliz y orgullosa de su fecundidad de héroes; tal como la madre diosa (Cibeles), á la que se honra en el Bercinto, es llevada sobre una carroza á través de las ciudades frías, con la frente

coronada de torres, gloriosa con su posteridad de dioses y con mostrar á la vez entre sus brazos á cien hijuelos, todos habitantes del cielo, ocupando todas las sublimes moradas.» Entonces es cuando Anquises se pone á describir los fastos y las glorias de la segunda patria; César desde luego, y Augusto en perspectiva; Augusto el mortal, ó más bien el dios prometido á su raza, el pacificador del mundo, el que restaurará el reinado de Saturno, y someterá más tierra que la que nunca recorrieran Alcides y Baco: «¡Y podríamos vacilar aún en preparar por nuestras empresas, y en merecer el advenimiento de tal progenie!

Et dubitabus adhuc virtutem extendere factis!»

Tras este firme arranque, continúa enumerando la serie regular de los personajes: Numa, el sabio y piadoso rey, de cabellos blancos, de barba blanca, amigo de los sacrificios; el guerrero Julio; Anco, el fastuoso, y el cual promete ya ser demasiado sensible al aplauso popular; y Bruto, y los que inmolan todo sentimiento á la libertad, que les parece más bella; los Decios, los Drusos, los Camilos. Al percibir desde lejos las almas de César y de Pompeyo, que parecen unidas mientras permanecen en la sombra, y á las que desunirá la gloria, vuelve á apoderarse de él el presentimiento de aquellas terribles guerras civiles entre suegro y yerno; interrumpe una vez más su enumeración, y deja escapar hacia su posteridad un grito de misericordia, un grito de demencia, que escuchará César: «Sé el primero en deponer las armas, tú que eres sangre mía.»

Anquises, por un natural y afortunado desorden, se aparta así, á cada momento, de la serie cronológica,

y se lanza hacia donde su corazón le llama, es decir, á lo que constituía la emoción viviente cuando cantaba Virgilio.

Después de una breve vuelta á la enumeración, en la que cita héroes olvidados, Munio, Pablo Emilio, los vencedores de los griegos y vengadores de Troya; el nombre inevitable de Catón; los Gracos; los Escipiones, aquellos rayos de la guerra; el gran Fabio, resume todo el genio de su profética historia en esta célebre y grandiosa definición de la virtud propia y de la calidad romana: «Para otros los triunfos del arte, las maravillas de la estatuaria, de la elocuencia, de la misma ciencia de los cielos; para vosotros, romanos, el arte de gobernar los pueblos, de saber dictar la paz ó la guerra, de perdonar á los vencidos y humillar á los soberbios; para vosotros el ser la nación positiva y política por excelencia, el pueblo rey.»

En este inmortal pasaje, del que no doy más que la esencia, el anciano Anquises promulgó el magnífico texto que no tendrán más que desarrollar, y sobre el cual vivirán en seguida todos los Maquiavelos y los Montesquieu.

Para concluir con una imagen tan brillante y nueva, Anquises, interrogado por Eneas, indica cómo á su pesar, y revela con delicadeza, el nombre de aquel hermoso joven de triste mirada, que acompaña al grande y triunfador Marcelo; halaga y consagra aquellos recientes amores, aquellas ilusiones, tal vez del pueblo romano, que son también los dolores de la familia de Augusto: «Los Destinos no harán más que mostrarle á la tierra... Desgraciado niño, por poco que puedas vencer la fatalidad rigurosa, serás Marcelo.»

Y ahora que se une con el pensamiento á esta mag-

nífica predicción de Anquises, lo que la completa en el escudo igualmente profético de Eneas, el espectáculo de la batalla de Accio, Augusto de una parte, majestuoso, tranquilo, erguido y visible en la popa con todos los dioses legítimos, todos los dioses de la patria; de otra parte, Antonio y Cleopatra, y sus abigarrados pueblos procedentes de las orillas de la Aurora, y todos sus dioses, extraños también, todos aquellos dioses que rugen, que ladran, salidos del fango del Nilo, para dar el asalto al Olimpo y á sus divinidades de perfil severo; y Apolo, con el arco en la mano, vencedor una vez más de Pitón, y desde lo alto de su promontorio de Accio, donde tiene un templo, disipando con sus flechas de oro todo aquel cortejo bárbaro y confuso; representaos, recordad en los versos más noblemente armoniosos y más amigos de la memoria, todo lo que yo recorro apresuradamente, este viviente compendio de la historia y del presente destino del gran pueblo, que se creía entonces el universo; haciéndolo así no costará trabajo el comprender de qué manera, con cuadros tan nuevos, que iban á unirse con los esplendores del pasado y á reavivar los mismos cuadros homéricos, rejuveneció Virgilio su asunto, le hizo completamente propio para él y para su nación, é interesó con él á todos los orgullos, ó mejor que esto, á todos los corazones.

Cuando un poeta tiene el genio y el arte de expresar así el sentimiento presente y actual de su nación (sea esta nación pequeña ó grande, con tal de que sea gloriosa), de exaltar el sentimiento de su dominación y de su triunfo, y también de reflejar y de pintar los horizontes lejanos y las antigüedades fabulosas, lo une todo, no le falta nada para entusiasmar y arrebatarse á su siglo y al porvenir.

Aquí tenéis otro poeta de un gran talento sin duda, pero completamente alejandrino, es decir, sabio, erudito, elegante, Apolonio de Rodas. Su poema los *Argonautas*, no es más que una obra ingeniosa, instructiva, un poema geográfico y mitológico, lleno de bellezas de detalle y cuajado de episodios de los cuales uno solo, el del amor de Medea por Jasón, mereció justamente el inspirar á Virgilio. Pero este poema de Apolonio no descansa sino en asuntos mitológicos ó en una curiosidad histórica un poco diluida, hizo honor á su poeta; obtuvo un gran éxito en Rodas, en Alejandría, y encantó á la escuela ródica y sirvió de entretenimiento en la corte de los Ptolomeos; pero no hizo palpar á ningún corazón, no fué la epopeya de nación alguna. Este poema, que reunió tantas tradiciones de pueblos y de colonias, carecía de patria propia, de centro; carecía tanto de Pérgamo como de Capitolio. Su mayor mérito hoy, es que en Medea sirvió bajo ciertos aspectos de modelo á Virgilio para su Dido. El dulce Virgilio pudo despojar al antiguo poeta sin que nadie se lo censurase. Es que Virgilio, en esta lucha con los poetas secundarios, á los que imita y á los que hace olvidar involuntariamente, tiene de parte suya en definitiva, como Augusto en la batalla de Accio, al pueblo, al senado, á los dioses del hogar y á los del imperio y de la patria.

Observad que todos los poemas modernos que han tenido vida, que han conmovido y encantado á los contemporáneos, tuvieron también, cualquiera que fuese la época de sus asuntos, un lado actual y presente, lo que yo llamo la punta de oro de la flecha mojada en el brebaje reciente. Por lo que se refiere á Dante, á Camoens, esto es harto evidente; todo, en su época, era moderno; todo en Camoens se refería á la

grandeza de aquella heroica y pequeña nación portuguesa. El Tasso, en su poema, no hizo más que introducir la brillante caballería de los últimos tiempos, la cortesía de los príncipes de Italia y la galantería de Ferrara hasta bajo la tienda de los esforzados y rudos cruzados. Milton, que animó sus recuerdos y pensamientos bíblicos con un soplo religioso puritano y muy presente para los contemporáneos de Cromwell, ofreció tarde su poema y cuando ya aquel espíritu religioso, austero, había sido reemplazado por otro completamente contrario, frívolo y mundano, lo que interceptó ó aplazó la gloria del mismo. El *Télémaco*, tan antiguo y en apariencia tan fuera de sazón por el asunto, era completamente actual en aquel final de Luis XIV, por las alusiones y la oportunidad de moral política; de aquí el grande y rápido buen éxito. La misma *Enriada*, obra á la que apenas se atreve uno á citar al lado de los verdaderos poemas, no debió su fama de cerca de un siglo, sino á la oportunidad filantrópica y al acomodamiento de la figura de Enrique IV, al gusto ya liberal de la época. ¿Lo diré?; un poema en prosa de los más selectos y de los más grandes por el talento que su autor revela, *Los Mártires*, de Chateaubriand, no vivió jamás, por carecer de esa condición, de esa especie de inoculación en el espíritu general de la época. El sentimiento de renacimiento religioso, en efecto, acababa de ser suficientemente servido y satisfecho con *El Genio del Cristianismo*, y cuando Chateaubriand publicó *Los Mártires*, composición seguramente superior y su obra más notable, no encontró flotante la misma disposición y el estado de vago deseo. Yo no sé si hubiera podido encontrar entonces en el alma del público otro sentimiento por donde insinuar y hacer que triunfase

su poema; pero no lo probó, y ese poema selecto, á pesar de las hermosas Estancias de Fontanes y de su predicción de poeta y amigo, no ha existido jamás sino para algunos lectores escogidos y estudiosos; no ha penetrado en la circulación y en el hábito universal.

Así, para resumir y cerrar esta breve digresión cuya ocasión natural ha sido la *Eneida*, diré: Para un poema épico, todo asunto que ofrezca una materia bella, noble y humana, una tradición valiosa; puede ser bueno; la antigüedad no se opone en nada al interés, y, lejos de perjudicar, puede favorecer la imaginación del poeta dejándole más ancho campo. Retroceded, pues, cuanto queráis y ensanchad el horizonte; remontaos á las antigüedades, á los orígenes, hasta volved á tomar en parte asuntos tratados ya por otros; pero que en algún lugar esencial, en alguna corriente principal de la inspiración, haya novedad y aplicación, *apropiación* de las cosas pasadas á los tiempos presentes, á la época del mundo en que habéis venido, y á lo que sea de naturaleza que interese de una manera elevada el mayor número de espíritus y de almas; el éxito verdadero y brillante se consigue á este precio.—Vivid por lo menos una vez; es la primera condición para vivir siempre.

II.—*El cantor épico según Homero, y el poeta épico según Virgilio.*

Sin entrar aquí en las definiciones generales de lo que es un poema épico, una narración épica, cosas todas que se definen por sí mismas y con la lectura de los poetas mejor que con fórmulas, no puedo, sin embargo, dejar de establecer aquí la gran división.

Ha habido la narración épica primitiva, la *rapsodia* homérica, lo que en la Edad Media se llamaba la *canción de gesta*, una rama de la relación que se hacía en público, á menudo con acompañamiento de música (una música muy sobria), con objeto de formar una especie de recitado claro y acentuado. Y ha habido, hay el poema épico propiamente dicho, obra de elevada meditación y de gabinete, el producto más noble del esfuerzo poético en las épocas de cultura y de gusto.

Homero, con los dos poemas que se le atribuyen, y que parecen en efecto llevar, en su conjunto por lo menos, el sello de un solo y mismo genio, Homero ofrece el ejemplo más grande y más hermoso de la primera especie de narración épica, en los tiempos en que el poeta era verdaderamente un *cantor*; es el padre y como el dios de esa primera raza de divinos cantores que él mismo ha introducido tan á menudo y presentado en acción en sus poemas, y que no son sino Homéridas precursores, Temio en Itaca, Demodoco entre los feacios. Son ancianos, ciegos, personas veneradas que cantan en las asambleas y en los festines, que saben toda suerte de historias de los hombres y de los dioses, pero sobre todo los grandes acontecimientos recientes que apasionan la curiosidad y conmueven la imaginación de los contemporáneos. Para definirlos, no hay nada más sencillo y agradable que emplear las palabras mismas de Homero. Ulises, en casa de Alcinoos, ve entrar á Demodoco en medio del festín; le envía por mediación del heraldo un pedazo escogido de jabalí, un trozo de honor, y dice: «Heraldo, toma y entrega este bocado á Demodoco, y dile que le saludo, aunque estoy muy afligido; pues entre todos los hombres que pueblan la tierra, los cantores han recibido, en patri-

monio, el honor y el respeto, porque la Musa les ha enseñado las armoniosas relaciones, y ella ha estimado la raza de los cantores.» «¡Oh Demodoco!, le dice, todavía te glorifico por encima de todos los humanos; es, ó la Musa, hija de Júpiter, quien te ha enseñado, ó el mismo Apolo; porque cantas en un orden admirable la calamidad de los griegos, lo que han hecho y lo que han sufrido, y todos los trabajos que han pasado, como si hubieras estado tú mismo presente de alguna manera, ó se lo hubieses oído á otro que lo estuviera.» En efecto; uno de los caracteres de esa primera raza de poetas es el cantar más cerca de la fuente y hacer la ilusión, á los que les escuchan, ó de haber visto las cosas que celebran, ó saberlas por testigos inmediatos; la *realidad* vive en sus cantos. Y Ulises, continuando su discurso, pide á Demodoco que le cante un episodio determinado, el del caballo de madera, aquella estratagemata imaginada por el mismo Ulises para la ruina de Ilión: «Si me recitas todo eso convenientemente, me apresuraré, á mi vez, á decir á todos los hombres que un Dios bondadoso te ha otorgado un canto divino.»

Alabanza y fama es, en efecto, la mayor y verdadera recompensa á los ojos del cantor; por ese lado sabe insinuarse Ulises, halagándole el corazón. Este amor de la gloria fué el rasgo distintivo de los griegos. Horacio lo reconoció en ellos en su época; no tenían ambición y *avaricia* sino de gloria; eran *codiciosos de honor*, y de nada más, á diferencia de los romanos, pueblo positivo que, á fuerza de buenas intenciones, se elevó sin duda hasta aquel culto orgulloso del renombre elevado, pero que no tardó en ser ganado ó recobrado por la herrumbre de la usura, por el cuidado del peculio. Y «por este amor á la gloria, aguijón para encaminarse á todo lo hermoso, fueron superiores los

atenienses á todos los demás griegos, según dijo Jenofonte, más bien todavía que por la eufonía del lenguaje ó por tal cualidad ó virtud corporal».

Se ha creído ver en los elogios que Homero, por boca de Ulises, tributa á Demodoco, un retrato de sí mismo. «Se mira en sus versos», ha dicho Eustates; por lo menos se reflejó en ellos involuntariamente.

Apenas he tocado los pasajes que nos describen esa primera condición cómoda, respetada y abundante de los antiguos cantores épicos entre los griegos; eran una parte esencial de la vida social y de las fiestas. «Porque yo digo (todavía es Ulises el que habla en casa de Alcino) que no hay momento más simpático en la vida que cuando la alegría posee á todo un pueblo, y los convidados, sentados en fila en las casas, prestan oído á un cantor, mientras las mesas servidas están llenas de pan y viandas, y que, tomando el vino en la ánfora, el copero lo lleva y lo escancia en las copas á la redonda; he aquí lo que á mi corazón parece como lo más hermoso de todo.» Beber el vino de honor y escuchar al cantor, son las magnificencias de una mesa hospitalaria, y Alcino se alaba, con justicia, de que se encuentran en su casa. Creo que es el poeta Gray quien dice que el paraíso, para él, es leer una buena novela tumbado en un sofá. Me parece ver á ese lector delicado y sensible en un día de verano, con las persianas echadas, en una habitación silenciosa y recogida; este es otro extremo que pertenece á la vida literaria refinada. El placer primitivo de los griegos, expresado por boca de Ulises, es completamente social, y concede á la poesía un papel más amplio y más hermoso en los hábitos y corrientes de la vida. Entonces era verdaderamente el reinado de la lira, «de la que los dioses hicieron la compañera del festín».

Ahí se tiene, pues, representada ingenuamente la imagen de los primeros cantores épicos, aquellos hombres de vasta memoria, que se acordaban de tal asunto ó de tal episodio, según que fuesen evocados por el deseo del amo de la casa ó la inspiración del momento, y los cuales, en un pueblo amigo de la armonía y de la gloria, ocupaban un puesto de los más respetados, casi al igual de los sacerdotes. Las desgracias, las calamidades más lamentables, al pasar por sus labios, se convertían en un encanto, y parecía que los hombres no habían podido pagarlas jamás demasiado caro, puesto que por ellas tenían el honor de ocupar y encantar á la posteridad. «Los dioses lo han querido, decía Alcinoó á Ulises, llorando, al escuchar la narración de sus propias desgracias, y han tramado esas calamidades á los hombres, para que sirvan en seguida de canto hasta á las razas futuras.» ¡Siempre la idea griega de la gloria compensándolo y coronando todo!

Ahora resulta bien claro que el primer y principal oficio de aquella raza de cantores era, ante todo, interesar y cautivar; las lecciones, las moralejas que podían incluir en sus narraciones, no venían sino en segundo lugar. Los poetas, ha dicho Horacio, quieren instruir ó agradar, ó combinar ambas cosas á la vez; decir cosas que agraden y que, al mismo tiempo, sean aplicables á la vida. El inmortal honor de Homero ha sido unir, en los vastos y sublimes conjuntos que componen sus poemas, el mayor encanto, la más vivificante potencia y una moralidad interior y sensible, la más sincera de las moralidades, la que sale y se desborda sin pensarlo y como por expansión. Homero es como uno de esos grandes ríos antiguos, cuyas estatuas vemos en nuestros jardines; deja que la urna,

llena de moralidad, se incline negligentemente y se vierta.

Con Virgilio, el procedimiento es completamente distinto. Pero, entre Homero y Virgilio, ¡cuántos siglos habían transcurrido! ¡Mil años quizá! ¡Cuántas revoluciones en las costumbres y en las edades! La escritura había fijado los poemas; habíanse presentado críticos de profesión que hubieron, necesariamente, de poner mano en las obras desde el momento de aquella transformación y aquella redacción por escrito. Los Homéridas, aquellos discípulos directos de Homero, y toda una serie de poetas épicos y cíclicos, habían imitado al gran poeta fabuloso, le habían seguido religiosamente y se habían modelado según él; escuelas eruditas cultivaron la epopeya como un género de literatura; en una palabra, el legislador intelectual de la antigüedad, Aristóteles, había aparecido y fijado los límites, sentó los principios y las leyes de cada orden de composición. Virgilio, nacido en un país en donde toda la literatura, en su origen, estaba tomada y trasplantada de Grecia, se veía más sujeto aún que cualquier otro, si esto era posible, á semejante condición y á todas las convenciones regulares de la epopeya de la segunda edad. Pero yo diré que las mismas diferencias entre la narración épica, tal como se hacía y se celebraba en tiempos de Homero, y tal como lo reclamaba la época de Virgilio, estaban perfectamente de acuerdo con el género de talento de aquél, y eran más propias para sostenerle y ayudarle que para contrariarle y coartarle. Porque, del mismo modo que Homero es el primero de los grandes ancianos y de los ciegos armoniosos que, empuñando una lira, cantan y recitan en las asambleas públicas y en los festines, á quienes inspira la multitud que los solicita y los escucha, y en

quienes la improvisación y la composición se confunden en la vivacidad y la presencia de espíritu de una memoria maravillosa; así Virgilio es, y será siempre, el primero de los poetas que componen en el cuarto y el gabinete, que estudian largamente y se recogen, que corrigen mucho y no improvisan jamás. Se dice que él mismo comparaba los productos de su espíritu á los oseznos, los cuales, al principio feos y groseros, no toman forma y figura sino á fuerza de ser lamidos por su madre. Se levantaba al amanecer, escribía por la mañana y pasaba el resto del día relejendo y retojando sus versos. No descuida nada, tiene toda clase de escrúpulos, es nimio y diligente; es su manera propia para tener toda su savia. Es de los que, para mayor seguridad, escriben de buen grado los asuntos de sus poemas en prosa, antes de ponerlos en verso, y se dice que así lo hizo con la *Eneida*. Es de aquellos á quienes la multitud asusta en vez de inspirarles, y se dice que en Roma, adonde iba raras veces, si veía que le miraban, que le seguían en las calles, escapaba aprisa y se metía en la primera casa. No es él quien hubiera llenado con su voz la vasta sala de un festín, pero se desquitaba, como lector, en un reducido círculo de amigos. En fin, por todo el conjunto de su naturaleza y de su procedimiento, Virgilio es el primero (si se me permite un anacronismo de expresión que concentra en una frase todo mi pensamiento), el primero, en el orden épico, de los poetas *Racinianos*, el más completo y el más perfecto. Es el jefe y, como diría Montaigne, el *maestro del coro* del segundo grupo, respecto del grupo de Homero. Las leyes y las reglas mismas de la epopeya ya más precisa, lejos de molestarle, le sirvieron de aplomo y de gracia.

En cuanto al carácter de su narración épica, y para

no definirla sino por rasgos generales que le son todavía comunes con la de Homero, si bien adquieren en él mayor corrección y fijeza, diré que el poema épico, como él lo entiende, es una narración severa, elevada, adornada, grave y conmovedora, hecha para excitar la admiración con el encanto, y para conmover las potencias más nobles del alma; es una poesía que se liga con la historia, con el amor de la religión, de la patria, de la humanidad, de la familia, con el culto de los antepasados y el respeto de la posteridad, con todas las grandes afecciones virtuosas, como también con los afectos delicados y tiernos sin demasiada mollicie y de un patético templado por la dignidad decente; una poesía magnífica de la que salen indirectas y saludables lecciones, impelidas por impresiones profundas y sensibles, y dadas en hermosos versos que se graban por sí mismos; una poesía que, para citar sus más ilustres lectores, tiene su puesto en la cajita de un Augusto, ó bajo la cabecera de un Chatam ó de un Fox, y de un Fenelón; yo llamo con este último nombre á todo hombre de gusto y de sentimiento. Tal es la epopeya regular, no ya homérica, sino de la media antigüedad y ya moderna, tal como se la puede definir, en general, al salir de la lectura de Virgilio, y dejándole su más hermoso sentido.

VIRGILIO

(CONTINUACIÓN)

III.—*De qué se compone el genio y el arte de un Virgilio; y es conveniente formarse una idea de ello en estos tiempos.*

Antes de entrar en el análisis del poema y de ponerse á la lectura de la *Eneida*, á la cual yo no puedo invitar á cada uno en particular sino desde lejos, necesito todavía establecer bien y recordar de antemano lo que esta lectura justificaría á cada página, y lo que los recuerdos de todos me autorizan desde ahora á resumir, las principales y diferentes cualidades y como los elementos constitutivos del genio mismo de Virgilio, varias de las partes, por lo menos, que supo reunir con una armonía y una proporción, que es una última cualidad suprema y lo característico de ese genio. Su originalidad relativa y su perfección, respecto de Homero y de los poetas primitivos más grandiosos, más naturalmente sublimes y animados de mayor fuego, va á resultar de este conjunto de cualidades que se juntan también y se aunan sabiamente bajo un dulce maestro.

Enumero, pues, algunos de los talentos y de los méritos principales de Virgilio, como yo los concibo, y á

medida que acuden á mi mente, sin tratar de establecer un orden sistemático. Virgilio, releído con atención, libro en mano, podría él solo presentarse á nosotros y manifestarse con el desarrollo y el encanto apetecibles; por el momento me basta con el Virgilio que todos tenemos presente desde la infancia.

1.º Tiene el amor de la naturaleza, del campo. ¿Quién dudaría de ello? En los campos ha sido criado, en ellos recibió sus primeras impresiones, sus primeros placeres; consagró á los fuegos ó á los trabajos rústicos sus primeros estudios, como en seguida les dedicó sus cuadros más perfectos. Nació como hombre de los campos; tiene la ciencia de ellos, el conocimiento práctico, como también la alegría y el dulce ensueño. Ha puesto en ellos su colorido poético y delicioso, lo que Horacio, al hablar de la primera manera de Virgilio, ha definido también por el *molle atque factum*. «Yo no llamo *alegría* lo que excita á reír, ha dicho en alguna parte La Fontaine, sino un cierto encanto, un aspecto agradable que se puede dar á toda clase de asuntos.» Este es el *facetum* de Horacio en tanto que se aplica á Virgilio, esa frescura de colorido, ese dulce encanto sin artificios que presta á las imágenes de la vida rural y que encontramos en muchos pasajes en el mismo La Fontaine; pero en Virgilio hay, por añadidura, belleza en mayor grado y pureza de dibujo y de luz. Virgilio conservó esa primera religión y ese piadoso amor de los campos, al mismo tiempo de reunir y expresar los preceptos positivos y técnicos del cultivo como agricultor consumado, y como lo haría, con casi tanta elegancia, un antiguo romano, un Varrón ó un Catón. Este amor, esta práctica de la naturaleza campestre, es lo que ha faltado un poco á nuestro Racine, cuyo gusto y el ta-

lento de pintar se han dirigido casi únicamente del lado de la naturaleza moral.

Pero con este talento y esta ciencia de describir las cosas de la naturaleza, ¿habéis observado cómo Virgilio, en la *Eneida*, usa y no abusa de ello, y no se descuida nunca? ¡Qué sobriedad en las pinturas personales!, nada más que lo necesario. Mientras Eneas viaja y cuenta sus navegaciones, no se ve más que el perfil de las costas, lo que se necesita para dar á los horizontes la realidad, y la solidez á los fondos de los cuadros. En aquella Sicilia que Virgilio había visto y en la que había habitado, tampoco toma del paisaje sino lo esencial, lo que se refiere á la acción; y aun entonces la moral domina, como en ese hermoso pasaje en donde las mujeres troyanas, sentadas todas juntas en la desierta playa, desalentadas y fatigadas, contemplan llorando el mar inmenso. Y en la pintura del Lacio y del remo pastoril de Evandro, allí donde la descripción brotaba de todas partes, donde era solicitada por tantos recuerdos, y en donde los romanos la hubieran ciertamente aceptado hasta en su lujo, Virgilio ha expresado en dos ó tres versos inmortales, como su asunto, el contraste entre los antiguos y nuevos lugares, aquel Foro, á la sazón convertido en lugar de pasto donde los bueyes mugen, aquel Capitolio que un día será de mármol y dé oro, pero erizado entonces de madera sin pulimentar. Siempre amigo y pintor de la naturaleza; Virgilio, en la *Eneida*, lo es cada vez que se requiere, pero no lo es nunca sino en los límites de la acción. A la gracia suave y bucólica de las impresiones de la juventud, ha sucedido el paisaje histórico en su fuerte y madura belleza.

2.º Al mismo tiempo que Virgilio ama directamente la naturaleza y los paisajes, posee lo que no tienen

siempre los que los sienten tan vivamente, ama los libros; conserva de su educación primera una admiración apasionada por los antiguos autores y los grandes poetas; rasgo distintivo de los poetas cultos y estudiosos de la segunda época. Tiene el culto de todo gran hombre, de todo gran escritor anterior, como lo tenía y lo tributó tan á menudo con tanto fervor Cicerón. Todos los cuadros, todas las bellezas de los poetas antecesores y maestros suyos, á los que leyó y releyó desde la infancia, y á quienes arde en deseos de alcanzar á su vez, le persiguen en sus sueños; se los ha aprendido, y no estará contento hasta que les haya á su vez reproducido é imitado. Sobre todo, si se trata de los griegos, si acude á su lengua y á su literatura para enriquecer la propia, se apresura á mostrar su botín. Su primera Egloga, quiero decir, la primera en orden cronológico, está toda llena de las más graciosas imágenes de Teócrito, así como su primer libro de la *Eneida* se engalana con las más célebres y más manifiestas comparaciones de Homero; las presenta y las coloca desde luego en los lugares más visibles. Lejos de mostrarse embarazado, pone en ello su honor, se adorna con las imitaciones con orgullo, con reconocimiento. Es, en un grado de semejanza aún más próximo, el mismo sentimiento que hace que Racine se complazca en marcar en su poesía un recuerdo de Eurípides y Sófocles. Esta imitación de los libros y de los autores, á este grado de sentimiento y con una reflexión tan viva de las bellezas, es también una manera del natural; es la sangre que habla; no son autores que se copian, son parientes que se reconocen y se encuentran. Y á su vez las personas instruidas se alegran de encontrar en una sola lectura el recuerdo y el resumen de todas sus buenas lecturas.

En vano, en época de Virgilio y después, han tratado los críticos de protestar contra ese gran número de imitaciones, y de introducir en este asunto la acusación odiosa de plagiario. Se han publicado volúmenes compuestos todos ellos con los pasajes tomados de los griegos por Virgilio; aparecieron escritos por los romanos poco después de la publicación de la *Eneida*, y con la idea de denigrarla; se han rehecho tales escritos para uso de los modernos desde el Renacimiento, y con un simple objeto de erudición. La cuestión está juzgada desde hace mucho tiempo, y el sentimiento que ha prevalecido es el que vela todavía ayer expresado en una correspondencia familiar por un hombre de gran gusto (el ilustre Fox): «Yo admiro á Virgilio más que nunca, por esa facultad que tiene de dar originalidad á sus más exactas imitaciones.» Cuanto más se examina, tanto más se llega á esa conclusión, que concilia los derechos del talento á todos los grados y á las épocas.

Sin embargo, hay que decirlo todo: si se trata de los latinos, y exceptuando á Lucrecio, al que parece haber honrado como á un verdadero antiguo, Virgilio usa de ellos con alguna mayor libertad y ciertamente con menor sentimiento de respeto; así es que al mismo tiempo que toma de Nevio en cuanto al fondo, arrebatada, á Enio sobre todo, á Accio, y sin duda á otros más, el reducido número de buenos versos y bellas frases que merecen salvarse del naufragio y del olvido. Hace como Molière: toma lo bueno donde lo encuentra. Como le preguntasen lo que hacía con un Enio que tenía entre manos, respondió: «Saco oro del estercolero de Enio.» Aquí aparece menos el discípulo pío y el admirador, que el poeta soberano á su vez, que usa de su derecho con licencia. Sabe bien que

hace honor á aquellos antiguos poetas italiotas llenos de rusticidad, tomándoles lo que tienen de bueno y dándolo asilo. Si hay un buen verso perdido entre ellos y como caído de sus obras ó errante, lo coloca en su casa y le da albergue en su palacio de mármol, en un lugar claro. He aquí que el verso de aquéllos pasa á ser inmortal; han de agradecersele y no quejarse.

Algunas veces también, sin embargo, aun con los latinos, si toma un verso conocido y que esté en todas las memorias, es para rendirle homenaje y tributar un elogio á su autor. Así lo hace, por lo menos en un pasaje, con su amigo y contemporáneo de alguna mayor edad, Varro. Ha puesto dos versos de éste casi enteros en su sexto libro. Era una manera pública de decirle: «Yo no hubiera encontrado nada mejor.» Pero en materia de embargos puramente latinos y domésticos, este último sentimiento de deferencia en Virgilio, es menos habitual que el sentimiento opuesto.

Así (doble procedimiento) con los grandes autores y poetas griegos, una imitación, una trasplatación llena de arte y de respeto, confesada, arreglada, acomodada ó injertada con una nueva y honrosa habilidad; con los antiguos latinos, un botín en regla, apoderarse de lo que se encuentra en el cajón de una casa, un bien de familia, del que se apropia á voluntad, sin miramientos y sin reparos; pero, en uno y otro caso, gran atención á los escritos de los antecesores y á cuantos poetas tiene en su biblioteca.

3.º Virgilio tiene erudición. No solamente lee y relea á los poetas en sus bellezas, que se sabe de memoria, sino que á los autores más especiosos, á los historiadores antiguos, á los que han escrito sobre las antigüedades y los orígenes romanos oscuros, los con-

sulta y los posee esencialmente. Puede aplicársele lo que Eneas dice en alguna parte de su padre Anquises, compulsando en idea los dichos y tradiciones de los antepasados:

«Tum genitor veterum volvens monumenta virorum.»

Ha registrado los antiguos títulos y los monumentos de la antigüedad romana, y su poema ofrece todo un fondo de arqueología histórica, que le hace de los más respetables á los mismos que buscan algo más que el encanto de los cuadros y del color, á los sabios que estudian para hallar la Italia de antes de los romanos. El es, se dice, en los últimos libros de su *Eneida*, el guía más seguro para todo lo que concierne á los antiguos pueblos latinos. Se ve, además, por Macrobio, lo mucho que los críticos latinos eruditos admiraban á Virgilio, encontrando en él una porción de cosas que exageraban, tal vez, acerca de lo que se refería al derecho de los pontífices, al derecho augural; le encontraban tan exacto y tan escrupuloso en la elección de los términos, en el ritual de los sacrificios, en el orden y en el detalle de las ceremonias, que decían de él que hubiera merecido ser *Sumo Pontífice*.

Si sabía agricultura como el viejo Catón, parecía saber los augurios como un Lelio. Virgilio, en su tiempo, merecía, por lo tanto, que le alabasen como á Dante, del que se decía que era *teólogo*, y que ningún dogma se le escapaba.

A todos estos estudios, á los que hay que añadir las nociones astronómicas, las doctrinas filosóficas, pitagóricas y otras, llamaba en su ayuda para hacer de su *Eneida* un monumento completo que satisficiera y representase los gustos de su época, y que compen-

sara con la diversidad y la riqueza de los accesorios lo que comprendía bien que faltaba de entusiasmo y fuego continuo, reservado tal vez únicamente á las primeras epopeyas.

4.º Virgilio tiene, sin embargo, como inspiración general de su poema (ya lo he demostrado), una vena habitual ardiente, ó por lo menos, muy altiva, y que se manifiesta á cada instante el patriotismo romano, el legítimo orgullo de ser ciudadano de aquel pueblo rey, de aquel pueblo político y sensato, de quien el antiguo Catón se alababa de haber dado una idea tan elevada á los atenienses, hasta hacerles decir «que á los griegos les salían las palabras de los labios, y á los romanos del corazón y del pensamiento». Virgilio sabía mejor que nadie lo que tal afirmación tenía de injusta; pero, por griego que fuera por su admiración y finura de talento, sentía, sin embargo, y se complacía en señalar aquel lado sólido y sensato, que constituía, en su tiempo, la superioridad de la nación romana.

5.º Atemperaba lo que el patriotismo de los romanos de antigua cepa tenía de demasiado duro y exclusivo por un espíritu, ya moderno, de humanidad universal. Este lado del genio de Virgilio está presente á todos, y le es particular entre los poetas antiguos, á los cuales es el que más se acerca, en nuestro concepto, por el espíritu y por el corazón. Ya sé que se encontrarían en los mismos griegos, y en Homero, y en Menandro, y en muchos otros, huellas originales de varios versos misericordiosos y humanitarios que nos son especialmente conocidos, y que han sido puestos en circulación por Virgilio. Al conceder lo que es debido al uno, no vayamos á olvidar lo que se debe, con anterioridad, á los otros. ¿En dónde he leído yo re-

cientemente «que la poesía en Homero brilla, sobre todo, con los colores del mundo material, y que no comienza, sino con Virgilio, á conmover el corazón por la expresión del sentimiento»? ¡Qué herejía y qué blasfemia! Los que tal dicen, ó no le han leído ó no se acordaban ya de Homero, en el que tanto abunda la sensibilidad natural. Pero la sensibilidad, bajo su forma ya moderna, más sobria, más discreta de expresión y más profunda, tal como nos complacemos en expresárnosla á nosotros mismos en una civilización perfeccionada, aparece, sobre todo, en Virgilio. Esta vena interior es demasiado habitual en él y demasiado constante, penetra demasiado hondo en todas las partes de su composición, para no ser distinguida como un signo personal de su genio. Virgilio, como su héroe, es piadoso y compasivo, á veces tiene un tinte de tristeza, de melancolía casi, cosa con la cual hay que andar con cuidado; la melancolía, en efecto, es ya la *enfermedad* de la sensibilidad; Virgilio no tiene aún esa sensibilidad sino en el estado natural y sano, si bien con una gran delicadeza. Tiene, en la semblanza de su conmovedora víctima, de su Dido inmortal, todas las ternuras y los secretos femeninos de la pasión. Tiene (y me complazco en reunir aquí todas las cualidades afines), tiene hasta la castidad, á pesar de ciertos pasajes de sus escritos, y á pesar de ciertos acentos; pero lo que yo llamo de esa manera, en un talento poético, es la seriedad en la manera de sentir, la reserva y el pudor de la expresión observados hasta en medio de lo que puede parecer extravío. Y tan cierto es esto, que Dante, el poeta austero y el adorador del amor puro, ha sido llevado, naturalmente, á escoger á Virgilio por maestro y guía; y le conserva á su lado durante el místico viaje, no solamente

en los círculos del Infierno, sino hasta en los últimos límites del Purgatorio. Únicamente cuando Beatriz desciende del Cielo y se le aparece, únicamente cuando ante esta aparición se vuelve hacia Virgilio como hacia un padre ó hacia una madre, para decirle, tomándole una de sus frases: «Reconozco en mí los signos de la antigua llama...» *Agnosco veteris vestigia flammae...*, frase de Dido, que le sirve para expresar su pensamiento respecto de Beatriz, únicamente entonces es cuando nota que Virgilio ha desaparecido y le ha abandonado. De la llama de Elisa al ardor puro de Beatriz no hay mucha distancia, y hay un momento en que se diría que van á juntarse y á confundirse. San Agustín, como ya se sabe, ha mezclado también á Virgilio en sus *Confesiones*; se ve que le había saboreado y querido, que había llorado sobre Dido, aunque esto sea más agradable de citar que de leer, pues San Agustín es mucho menos tierno y menos conmovedor en esto, de lo que uno se complace en imaginar. Pero Dante nos basta, y se tiene derecho á decir: Todo cristiano, en su peregrinación, gusta de caminar con Virgilio todo el tiempo que pueda, y no se aparta de él, si es que debe apartarse en algún momento, sino en último extremo y llorando.

Terminemos aquí la enumeración. Yo he recorrido los principales puntos que reúne bajo su estro y á los que anima con sus suaves rayos esa belleza, esa fuerza de un orden único, esa cosa perfecta y encantadora que se llama el genio virgiliano, amor de la naturaleza, culto de la poesía, respeto ya clásico de los maestros, imitación sabia, erudición y ciencia de anticuario, patriotismo, humanidad, piedad, sensibilidad y hermosura; era justo empezar por este primer esbozo. Pero yo no hubiera dicho lo que sobre todo es de

notar, y lo que da á ese genio de Virgilio, como en un grado algo menor, en mi concepto, al de Racine— como en otro orden de producciones al genio de Rafael—su principal carácter y su perfección, si no insistiese desde ahora en esa cualidad soberana que abarca y reúne á todas las otras, y la cual en nuestros días está uno harto tentado de olvidar y desconocer; me refiero á la unidad de tono y de color, á la armonía y concierto de las partes entre sí, á la proporción, al gusto sostenido, que es aquí uno de los signos del genio, porque se cuida del fondo como de la flor del alma, y al que se me permitirá calificar de suprema delicadeza; multiplico todos los nombres para expresar lo que siento, lo que los otros sienten como yo, y lo que no tiene su definición completa sino en el sentimiento mismo. Pero si es difícil definir en sí esa cualidad esencialmente virgiliana, que consiste á menudo, como todo lo que es de arte exquisito y de un arte moral, en no obrar sino en el interior y ocultarse, ¡qué fácil nos sería hacerla comprender mejor y manifestarla mediante sus cualidades contrarias!

Las cualidades contrarias, ¡ay!, son muchas cosas que nos rodean, y que son los signos y los síntomas de literaturas anticuadas, ricas aún y fecundas, pero curiosas á la vez y extremadas con exceso; es todo lo que fuerza el tono, todo lo chillón en el color, en el estilo, en el pensamiento, en la observación y descripción de los objetos exteriores, en los descubrimientos y análisis, hasta perderse de vista, que se pretenden dar de la naturaleza humana, y que sacuden violentamente el centro, que conmueven el equilibrio. Grandes talentos son compatibles con tales defectos; ¡qué digo!, viven de ellos, se glorifican de ellos, se engalanan con ellos, y con ellos triunfan como si fueran nue-

vas bellezas y conquistas. Gústame poco hablar, cuando á ello no estoy obligado, de las producciones de nuestros días; no porque yo no aprecie y no admire frecuentemente todo lo que se necesita de facundia, de imaginación viva y fecunda, de mano de obra hábil y rápida para ocupar y divertir al pasar, para entretener, aunque no fuese más que un instante, á una sociedad cada vez más exigente y apremiada. A estas producciones modernas, y cuanto presenten una cualidad afortunada, un signo de invención, es justo alabarlas sin reservas, tener en cuenta las innumerables dificultades con que luchar, y dejarlas, aunque estuviesen destinadas á perecer jóvenes, la poca vida y el efímero éxito que les está concedido. Pero, sin embargo, un estudio de la poesía latina y de esa media antigüedad á la cual nos atenemos tan á gusto, y cuyo trato no ha dejado de sernos fácil, sería demasiado incompleto, sería harto inactivo y harto estéril si no sacáramos de él, en ocasiones, las naturales consecuencias que pueden convenirnos é ilustrarnos. Ahora bien; ¿qué lección nos ofrece, ante todo, el genio de Virgilio, cuando se han recorrido con el pensamiento sus principales méritos, y se le considera por un momento en su conjunto?

Una lección de gusto, de armonía, de belleza humana sostenida y moderada. Tratemos de oponer á esa impresión, que se debe al noble poeta, algunos de nuestros defectos habituales, y que, para no mortificar á nadie, se me deje un momento metamorfosear las cosas, prestarles un aspecto mitológico, revistiéndolas con algunas de las imágenes y de las figuras que la misma lectura de Virgilio y de los antiguos nos sugiere.

Yo me he preguntado á veces lo que uno de esos

personajes extraordinarios, fabulosos, monstruosos en parte, que participan de la divinidad y de la bestia, uno de esos titanes que quisieron escalar el cielo y á los que Júpiter aniquiló; ó aquel Encelades que hacía hervir el Etna y temblar toda la Sicilia cada vez que se meneaba; ó bien aquel Cíclope, primo de los titanes y gigante á su vez, aquel Polifemo que, en su juventud, sin embargo, tocaba tan hábilmente la flauta; ó bien una de aquellas esfinges misteriosas, una de aquellas magas de las que tenemos descripciones tan horribles, pero que tenían también algunas cualidades superiores y especiales, y el don de adivinación y de profecía; una de aquellas ninfas, de aquellas diosas secundarias que tienen algo de la quimera ó de la sirena; ó alguno de aquellos semidioses campestres que saltaban en pos del dios Pan; uno de aquellos seres, en una palabra, que están á la vez por encima y por debajo del hombre (y, ¡tengamos cuidado!, semejante ser puede ser fácilmente nosotros mismos si hemos recibido del cielo la mezcla más afortunada, y por poco que nos dejemos llevar), yo me he preguntado, pues, lo que sucedería si alguno de esos seres, demonios ó genios, civilizándose en apariencia, fuese de repente dotado de talento, del talento de escribir, de componer libros, poemas, novelas, etc.; si aprendiese en fin, todo el uso que se puede hacer de ese pequeño instrumento que se tiene en la mano, una pluma. ¡Dios mío! ¡Qué cosas se verían tan asombrosas! ¡Qué prodigios á primera vista! ¡Qué golpes de fuerza! ¡Qué rasgos de ingenio! ¡Qué penetración! Habría momentos en que se experimentaría el vértigo. Pero hartos se ve también, y ya se ha adivinado mi pensamiento; al lado de esas proezas gigantescas de talento, ó de esas maravillas y esos esplendores de descripción y de

esas magnificencias de tejido, ó de esas proyecciones infinitas y sutiles en los sentimientos refinados, ó de esas movidas y repentinas construcciones de narración, ¡qué de caídas, qué de catástrofes, y, para decirlo todo, cuántas salpicaduras de lodo!, porque, á falta de gusto humano, no hay ninguna garantía; al lado de una apariencia de belleza, de un comienzo de belleza, ó de grandeza, ó de emoción, de repente una enormidad, un pedazo de roca que cae sobre vuestra cabeza, una crudeza que os repugna, en una palabra, una ofensa á la delicadeza. ¡Oh! Jamás con Virgilio, jamás con un genio de esa familia tan bien nacida, con un talento alimentado por esa lectura y que la sienta profundamente, jamás tenéis que temer semejantes encuentros, tan repentinos ultrajes, que (por lo menos en lo que á mí se refieren) corrompen todo placer, y hielan en su fuente la felicidad de la admiración.

El genio de Virgilio tiene naturalmente en contra suya á los monstruos. Calígula ordenó un día que todas las imágenes ó estatuas de Virgilio, así como las de Tito Livio, fuesen quitadas de las bibliotecas públicas, y destruidos los ejemplares de sus obras. Júzgase del carácter de un talento, no menos seguramente por los que le odian como por los que le admiran.

Se ha comprendido desde luego la utilidad que podría reportar una lectura bien hecha y bien sentida de Virgilio, el frecuentar su trato. Ocúrreme á cada instante hablar de Homero, de ese Homero que merecería tener, como Dante, un sacerdote aparte para explicarle, para leerle y desarrollarle, para volverle á empezar constantemente en público cuando se le hubiera terminado, y del cual yo no hablo aquí sino balbuceando. Se adivina sin esfuerzo que la admiración

que tengo por Homero es muy superior (no es un atrevimiento decirlo) á la que tengo por Virgilio. Pero, ¿lo diré también?, las cualidades y las virtudes poéticas de Homero y de la epopeya homérica pueden hoy ser gustadas y celebradas, pues para ello se está en bastante buena disposición de espíritu. Más bien temería si se entregase sin preparación Homero á los que dan mayor importancia á la forma que al espíritu, que diese ocasión á un sublime falso, á una sencillez pretenciosa de color, á una naturalidad excesiva, que no es verdadera sino en su puesto y en su correspondiente edad del mundo. Inclínase uno demasiado en nuestros días á falsear el carácter exterior, salvo á no ser fiel al espíritu; mientras que con Virgilio, en la presente disposición literaria, no hay ningún peligro, y no reportaría sino ventajas el atender y acudir á las lecciones indirectas é íntimas que nos da. ¡Ah!, ¡qué bien nos sentaría en este momento el genio, ó por lo menos, el temperamento virgiliano! No exagerar nada, quedarnos más bien un poco cortos, no acusar demasiado la línea ni el tono, he aquí lo que necesitamos que se nos advierta. Jamás ha sido más necesaria que hoy la literatura latina, estudiada en un período clásico, en su matiz de Augusto, con lo que ofrece de digno, de grave, de preciso, de noble y de sensato. Repito que no quiero hablar mal de nuestro tiempo; existen grandes méritos, especialmente una inteligencia histórica y crítica más extensa de lo que nunca ha sido, el sentimiento de los estilos en todas las épocas y de las diferentes maneras; pero creo que á lo que se debería tratar de volver es á la manera que descansa y ennoblece, después de las carreras en todos sentidos y de los excesos ó las fatigas. Nada ha perdido de su delicadeza un alma, si, no obstante lo

que haya hecho y visto y buscado, se encuentra sensible en presencia de Virgilio, y siente en sus ojos una lágrima—una de esas lágrimas de emoción como vi derramar un día á un noble escultor, ante el cual un extranjero se atrevía, en la galería del Vaticano, á criticar el Apolo de Belvedere; el artista, ofendido, no respondió sino con una lágrima.

Me complazco en concertar esos dos géneros de belleza, en aproximar esas obras maestras del arte noble, comedido, culto, civilizado, que encierran y dicen más cosas de las que acusan. Ya sé que el Apolo, tan admirado y casi adorado por nuestros padres, goza hoy de menos favor que antes; ha prevalecido una escultura más enérgica; pero desde su armonioso pedestal continúa reinando siempre, y su altivez tranquila no ha dejado de ser la imagen del más decente de los poetas. Porque observad la maravillosa relación y el parentesco: así como el Júpiter de Fidias, si se le hubiera ocurrido pintar, se hubiese remontado á su origen y habría pintado como Homero, así el Apolo de Belvedere, si tratase de escribir, escribiría como Virgilio.

Dicho todo esto, y con mayor amplitud de lo que pensé al principio, no me resta más, antes de dar una idea general de la composición de la *Eneida*, que marcar bien ese personaje singular del *piadoso Eneas*, y lo que le preparaba, lo que le destinaba desde la remota antigüedad á la elección del poeta.

VIRGILIO

(CONTINUACIÓN)

IV.—*Del personaje Eneas antes de Virgilio.*

Virgilio, al tomar por héroe de su poema al personaje á quien iba á conferir la vida ideal y la inmortalidad, no lo inventó, como no inventó tampoco las otras partes y piezas esenciales de su poema; lo tomó de la tradición griega y romana, y lo hizo con un gusto, una selección y un discernimiento perfectos, lo que es fácil é interesante comprobar, aun sin lanzarse á los infinitos detalles de la erudición.

Existía entre los romanos la tradición de que Eneas, después de la caída de Troya, pasó á Italia; Dionisio de Halicarnaso, en sus *Antigüedades romanas*, no dice acerca de esto sino lo mismo que Virgilio, y sin duda bebió en las mismas fuentes. Basta abrir Tito Livio, que resume elegantemente los datos más ó menos históricos ó legendarios sobre este asunto. Según él, Antenor y Eneas, dos príncipes troyanos ligados á los griegos por lazos de hospitalidad, y porque siempre fueron de parecer de devolver á Elena, son respetados y atendidos por los vencedores; no son tratados según el derecho riguroso de la guerra; obtienen, como diríamos, una capitulación honrosa, y se retiran llevándose cada uno un séquito de compañeros para ir á for-

mar una nueva ciudad. Antenor, con algunos troyanos, y sobre todo, con Henetas, pueblo de Paflagonia, marcha al fondo del golfo Adriático á fundar un Estado en la desembocadura del Po, al pie de los montes Euganénios, en lo que desde entonces se llamó el Véneto. «Eneas, igualmente sustraído al desastre de su patria, pero reservado por los destinos para una fundación más ilustre, nos dice Tito Livio, va primero á Macedonia, después á Sicilia, buscando en todas partes donde establecerse; desde Sicilia es llevado por unas naves hacia el territorio de Laurento.» Aquí se presenta una doble versión: según una, después de un combate y una derrota, Latino, rey de los aborígenes, hizo la paz con Eneas y le dió su hija; según la otra versión, en el momento en que iba á entablarse el combate, Latino, habiendo tenido una entrevista con Eneas y habiendo sabido por él quién era y lo que buscaba, lleno de compasión y de respeto, y aconsejado también por la prudencia, se prestó inmediatamente á un tratado de unión y de amistad. Un Ascanio nació del matrimonio de Eneas y Lavinia; Tito Livio declara que no acierta á distinguir bien este último Ascanio del otro Ascanio hijo de Crenses. La guerra con Turno y Mezencio, según la segunda versión, no ocurrió sino después de la alianza y la unión de Eneas con Latino. Esto es bastante para hacernos una idea de la tradición romana. Los primeros escritores é historiadores latinos recogieron de ella los *se dice* y los *rumores*. Catón, en sus *Origines*, hacía ir á Italia no solamente á Eneas, sino también á Anquises. Los antiguos poetas cronistas, tales como Nevio y Enio, siguieron igualmente la tradición con toda suerte de variantes. Nevio, para no hablar sino de él, en el poema ó crónica métrica que compuso sobre la pri-

mera guerra púnica, aunque esta guerra fuese el asunto principal de la composición, parece remontarse, en su narración, á los acontecimientos anteriores y á los más antiguos de la historia romana. Hacía mención de Dido, de Ana su hermana, de las preguntas que la reina dirigía á Eneas. El poema comenzaba con la huida de Eneas de Cartago en una nave construida por Mercurio. La primera tempestad de la *Eneida*, las quejas que Venus da á Júpiter sobre los peligros de su hijo querido, y las tranquilizadoras promesas del amo de los dioses, todo esto estaba tomado de Nevio, del primer libro de su *Guerra púnica*, en el que Venus se quejaba igualmente á Júpiter, el cual la consolaba mostrándole para los troyanos un porvenir mejor. Resulta de estas pruebas, y de muchos otros indicios del mismo género, que Virgilio no ha hecho más que tomar en Eneas á un héroe ya conocido y adoptado como antepasado, no solamente por la familia de los Julios, sino por todos los romanos; y más bien es un motivo de elogio y un mérito en un poeta épico el haber elegido así su héroe, en lugar de haberle inventado y creado por completo, lo que es punto menos que imposible.

Pero, dejando por un momento, respecto de Eneas y sus viajes y su odisea, y en lo que se refiere á los diversos pueblos ó ciudades que le reivindicán como fundador, las tradiciones y las contradicciones de mil clases que la erudición puede recoger, y sobre las cuales no le está permitido decidir nada, deseo presentar bien aquí al héroe Eneas *poético y literario*, tal como existía anteriormente en el inmortal poema que Virgilio tenía á la vista, en la *Iliada*. Quién era, pues, ese Eneas en Homero, y en su primera forma épica y heroica, antes de que Virgilio le separase é hiciese de

él ese personaje tan definido, tan completo, el *pius Aeneas*, piadoso para con los hombres, tanto como con los dioses, y al que (salvo su momento de error y de olvido en Cartago) considerando todas sus virtudes, sus devociones y religiones, sus pruebas de humanidad, de honradez, de valor, estoy tentado de llamar el Godofredo de Bouillón, ó mejor (lo he dicho ya) el San Luis de la antigüedad, el ideal más perfecto de héroes que pueda presentar esa religión de los Numa, de los Jenofonte, cuyo último sacerdote, para nosotros, es Plutarco; religión que, á través de sus incertidumbres y nebulosidades, cree en un Dios Supremo, y parece tener por divisa: «*Sequimur te, sancte Deorum, quisquis es...* ¡Te seguimos, quienquiera que seas, oh Dios santo y desconocido!» Veamos, pues, el Eneas de Homero, ese perfil del que sacó Virgilio una figura tan acabada, ese personaje de bajo relieve, del que ha hecho salir la estatua. Admiraremos su gusto por su buena elección, y por haberse dirigido hacia un lado nuevo y verdaderamente afortunado con tanta precisión. Admiraremos también esa poesía y esa preparación secreta que está en las cosas, y que se manifiesta cuando ha llegado el momento de madurez.

Si Homero hubiera hecho de Eneas uno de sus principales personajes, uno de sus héroes de primera fila, como Aquiles, Ayax, Diómedes, Ulises, Héctor ó Sarpedón, todavía podía haberse elegido á Eneas en la epopeya latina, pero con la condición desventajosa, para Virgilio, de ser evidentemente un imitador y verse sobrepasado á cada momento por el poeta original, con el cual se le hubiese comparado.

Si, por el contrario, Eneas hubiera sido en Homero un personaje completamente oscuro y secundario, una figura débil é insignificante, hubiese tenido el incon-

veniente, muy grave también, de tener en contra suya á la mayor autoridad épica, de parecer que quería exagerar y engrandecer á su héroe en interés de su causa, y de querer hacer que brotase un haya gigantesca, y el gran antepasado de la cosa romana, de un débil tallo.

Antes bien, y por un singular concurso de circunstancias, Eneas resulta ser un personaje á la vez importante y accidental en la *Iliada*. Está indicado, no es oscuro; antes bien tiene no sé qué señal, está predestinado, y tampoco aparece en plena luz; le rodea una especie de prestigio y de misterio religioso, de suerte que Virgilio no ha tenido que hacer otra cosa sino esclarecer y desarrollar con esplendor lo que estaba como de reserva y contenido vagamente, pero de una manera cierta, en la tradición poética procedente de Homero.

Y en efecto, desde el canto V de la *Iliada*, Eneas aparece delineado ante nosotros. Dicho canto está consagrado, sobre todo, á las empresas de Diómedes, que camina segando hombres, y el cual, enardecido por Minerva, llegará en su audacia hasta atacar á los dioses, hasta herir á Venus y á Marte mismo. Eneas, que se ve exterminando racimos de hombres, se dirige á Pándaro, al arquero más hábil de los licios, y el cual ha alcanzado ya á Diómedes con una flecha en el hombro, pero sin conseguir más que irritarle. Exhorta á Pándaro á que insista, y éste le responde llamándole «Eneas, consejero de los troyanos...» Eneas no se limita á aconsejar, dice á Pándaro que suba á su carro, cuyos corceles le alaba, corceles excelentes, tanto en la fuga como en la persecución, corceles divinos de la raza de aquellos que Fros recibió en otro tiempo de Júpiter, como rescate del rapto de su hijo Ganimedes; y le

ofrece ó entregarle las riendas ó continuar llevándolas él mismo; mientras tanto el otro combatirá, Pándaro sube al carro y ruega á Eneas que conserve las riendas. El carro se dirige hacia Diómedes. Esteleno, el segundo de éste, le señala los dos guerreros que llegan para combatirle, poderosos, dotados de una fuerza inmensa; se los nombra: «El uno, hábil tirador de flechas, es Pándaro, y se honra con ser el hijo de Licáon; el otro es Eneas, que se glorifica de haber nacido del irreprochable Anquises, y tiene por madre á Venus.» Esteleno aconseja á Diómedes que huya. Diómedes se indigna ante esta idea, quiere combatir, y lo que es más, á pie; pero recomienda mucho á Esteleno, si es vencedor, que se lance sobre los hermosos corceles de Eneas y los arrebate, porque conoce el valor y origen de los mismos. Pándaro, en esta ocasión, recurre á su lanza y no da á Diómedes, el cual, á su vez, acierta, y atravesándole la cara con un dardo, le arroja sin vida fuera del carro. Eneas salta del carro completamente armado, para impedir que los griegos se lleven al muerto: «Y andaba dando vueltas como un león, confiado en su fuerza; presentaba su lanza y su escudo, que le cubría por todos lados, dispuesto á matar á quien viniera á su encuentro, exhalando gritos que daban espanto.»

¡Noble actitud! He aquí al guerrero terrible que se oculta bajo el piadoso Eneas; Virgilio se acordará de ello y será fiel á lo mismo en los últimos libros de su poema. A este terrible instante del combate se refiere Diómedes, cuando en Virgilio, aconseja á los enviados de los latinos que no se hagan un enemigo de Eneas: «Creed, les dice, á quien se ha medido con él.»

Pero el Diómedes de Homero, que todavía no se ha apaciguado, no vacila y se precipita. Llega contra

Eneas, apoderándose de una piedra tal, que dos hombres de los de hoy no la llevarían. Se rompe una cadena por la articulación: «Y en este momento, el rey de los hombres, Eneas, hubiera perecido seguramente, si con su penetrante vista no le hubiese percibido la hija de Júpiter, su madre Afrodita, que lo concibió de Anquises, pastor de vacas; en torno de su querido hijo interpuso sus blancos brazos, y delante de él (al llevarselo) extendió un pliegue de su brillante velo, para que le sirviera de barrera contra los dardos.»

Los caballos, sin embargo, son cogidos por Esteleno. Diómedes, que ha reconocido á la diosa, muestra mayor ardor en perseguirla, pues Minerva se lo permitió. Diómedes va á parecernos muy grosero; pero ¿qué queréis?, la caballería no había nacido todavía. «Perseguía á Ciprés con su implacable hierro, sabiendo que era ella una divinidad sin fuerza, y no una de esas diosas que son reinas en los combates humanos, tales como Minerva ó Belona, destructora de ciudades. Pero, cuando la hubo alcanzado, lanzándose de un salto sobre ella, el hijo del magnánimo Fileo la hirió en el nacimiento de la mano, de aquella mano tan tierna, con su feroz lanza; en seguida el hierro desgarró la piel, á través del divino velo que las mismas Gracias le habían tejido, por encima de la palma de la mano; la sangre de la diosa corrió, es decir, el licor que tienen los dioses bienaventurados; porque ellos no comen pan, ni beben el vino tinto de los hombres; por esta razón no tienen sangre y son llamados inmortales.»

En esta descripción suave y deliciosa de la madre de Eneas, reconocemos ya á la diosa que se aparecerá á su hijo en el primer libro de la *Eneida*, ligeramente disfrazada al pronto, pero revelándose en seguida bajo

rasgos que la fijan para siempre en la imaginación: «Dijo ella, y con un movimiento de cabeza hizo brillar su cuello de rosa; sus cabellos ambrosianos, flotantes, esparcieron en el aire un divino perfume; su túnica, sin costura, se corrió hasta sus pies, y su andar ligero la mostró diosa... *Et vera incessa potuit dea.*» Es la misma diosa, de la que acabamos de ver la sangre tan fina y la sutil chispa de vida incorruptible.

Sin embargo, herido Eneas, al que deja caer Venus, no se ve abandonado por los dioses; Apolo acude al punto, quien le envuelve en una nube azul, siempre «temiendo que alguno de los griegos de rápidos corceles le lance un hierro al pecho y le quite la vida». Dejemos que Venus, herida, exhale grandes gritos, se queje á Marte, y, subiendo en el carro de éste, corra á su madre Dione y le enseñe su mal. Dejémosla, entre Dione que la cura y Júpiter que no puede menos de sonreír, sufrir las burlas de Minerva y de Juno. Venus, sea como fuere, no siente nada de lo que ha hecho, puesto que lo ha hecho por Eneas, «que le es con mucho, dice ella, el más querido de todos los hombres».

Diómedes, á pesar de la nube que ocultaba á Eneas á todos los demás ojos que no fueran los suyos, á pesar de la presencia de Apolo que le protegía, continúa tratando de matarle; antes eran los caballos lo que le tentaban; ahora quisiera arrebatárle sus brillantes armas. Lánzase por tres veces, y tres veces le rechaza Apolo; á la cuarta vez, Apolo estalla, y con su palabra hace que Diómedes vuelva al deber, al temor del dios. Entonces es cuando Apolo, prosiguiendo aquella obra de protección de los inmortales en favor de Eneas, que es de hecho el objeto de sus mercedes especiales, le transporta lejos del lugar de la contienda, á Pérga-

mo la sagrada, donde tiene un templo. Allí, en el fondo del santuario, Latona y Diana le cuidan y le curan su herida, le sirven de enfermeras, y como diosas que son, le devuelven toda su fuerza, todo su esplendor.

Así, pues, en tiempos de Homero, no hay duda posible; Eneas es el hijo predilecto de los dioses; cuando uno falta, aparece otro. Es una emulación de cuidados y de solicitud; se relevan para salvarle y servirle. El rasgo distintivo del Eneas homérico, es ya su piedad para con los dioses, y sobre todo, la ternura de los dioses hacia él.

Apolo, mediante una estratagema que después ha imitado Virgilio, fabrica un fantasma semejante en todo á Eneas y provisto de las mismas armas. El combate continúa en torno de ese fantasma, al que los combatientes toman por el verdadero Eneas. En Virgilio, en el libro X de la *Eneida*, hay también un falso Eneas, formado, no ya por Apolo, sino por Juno, que renueva la estratagema para sacar á Turno del peligro en que se encuentra de ser inmolado por Eneas. En Homero, y con arreglo á las ideas de los tiempos homéricos, semejante ficción para salvar á Eneas no es deshonrosa ni desagradable para él, antes bien, prueba el favor declarado de los dioses; pero ya, con arreglo á las ideas de Virgilio y de su siglo, no era una ventaja muy halagadora para el héroe; así, Virgilio, al emplear dicho medio, supo, por un hábil cambio de situación, hacer un disfavor y una humillación á Turno, el adversario de Eneas. Ya no es, en una palabra, para salvar á Eneas de los golpes de uno más fuerte que él, sino para salvar de los golpes de Eneas á un rival que sería por él inmolado, por lo que se reproduce la ficción en Virgilio. Y es Juno, la enemiga declarada de Eneas, y que un instante antes se burlaba

de la ficción empleada, la que se ve reducida á emplear el mismo artificio y con otros fines. Hay, pues, una especie de rehabilitación del primer fantasma y un desquite. El poeta ha sido ingenioso en reparar, con ayuda del mismo medio, la ligera afrenta de su héroe en Homero.

En la *Iliada*, sin embargo, continuando el combate en torno del falso Eneas, Marte se disfraza de guerrero, y, revistiendo la forma de Acamás, el comandante de los tracios, se dirige á avergonzar á los hijos de Príamo: «¡Oh hijos de Príamo, del rey hijuelo de Júpiter! ¿Hasta cuándo dejaréis que los griegos maten á vuestro pueblo? ¿Esperaréis á que vengan á batirse en torno de las puertas sólidas? Yace por tierra el bravo á quien honrábamos al igual del divino Héctor, Eneas, el hijo del magnánimo Anquise. Pero vamos, salvemos del tumulto de la contienda al valiente compañero.» Y el jefe de los licios, Sarpedón, apoya cerca de Héctor lo dicho por el pretendido tracio.

El elogio tributado aquí á Eneas, al que se nos representa honrado al igual que Héctor, es magnífico y deja entrever un gran papel en perspectiva. Parecería por este pasaje y por otros, que Eneas era particularmente querido del pueblo y de los aliados; que no estaba muy bien con los hijos de Príamo ni con Príamo, pero que era un gran jefe de los troyanos de provincia, de Dardania, de los que no eran de la misma Ilión. No pueden entreverse aquí sino algunos rasgos vagos y lejanos de la tradición, y, como lo ha dicho Virgilio, únicamente las Musas saben esto y muchas otras cosas de aquel tiempo. Y, sin embargo, si está uno atento y escucha, se cree sentir que llega al soplo ligero de la tradición.

Eneas, curado por las diosas, sacado después por

Apolo fuera del templo, reaparece con un vigor nuevo entre sus compañeros, que se regocijan al volverle á ver. Reanuda sus empresas, pero con cierta moderación; esto constituye también un rasgo de su carácter, hasta en la *Iliada*. Así, después de haber derribado á más de un guerrero, se encuentra en presencia de Menelao, con el que va á combatir y tal vez á triunfar; pero Antiloco acude á colocarse al lado de Menelao, y entonces Eneas se abstiene y retrocede: «Eneas no esperó, por impetuoso guerrero que fuera, cuando vió á los dos hombres ayudándose mutuamente.» Eneas tiene el valor reflexivo y prudente; ó, por mejor decir, no es en Homero un héroe de primera fila; éstos no cuentan los enemigos; él se detiene porque ha visto dos.

En el canto siguiente de la *Iliada* (el VI) se encuentra á Eneas mencionado con la misma distinción y en el mismo sentido. Los troyanos están debilitados, declarados ya en fuga y próximos á verse obligados á volver á Ilión, cuando uno de los hijos de Príamo, Heleno, el más hábil de los augures (y al que Eneas en Virgilio volverá á encontrar en Epiro) se acerca á Eneas y á Héctor, y les dice: «Eneas, y tú, Héctor, puesto que sobre vosotros dos pesa especialmente la tarea de sostener á los troyanos y á los licios, porque sois los primeros en toda empresa en batiros y en aconsejar...» Se ve por estas palabras, que Eneas desempeñó siempre un mismo papel; es otro Héctor; pero aquí casi en seguida se oscurece y se eclipsa, y el grande, el único papel visible permanece asignado á Héctor, hasta en lo que aconseja á Heleno.»

En el canto IX de la *Iliada*, la popularidad de Eneas está bien señalada. Este canto está consagrado á glorificar las hazañas de Agamenón. El rey de los reyes

se pone al frente del ejército de los griegos; todos se arman y se preparan. Los griegos están en el foso del campamento á las órdenes de Agamenón; los troyanos, por su parte, forman en batalla sobre las elevaciones del llano «en torno del gran Héctor y del irreprochable Polidamas, y de *Eneas, el cual, entre los troyanos, era honrado por el pueblo como un dios...*» Y el poeta continúa asignando, como de costumbre, el gran papel á Héctor.

No hemos terminado aún con este primer Eneas. En el canto XIII hay un pasaje muy curioso: se trata del cuñado de Eneas, del yerno de Anquises, Alcatoos, que acaba de ser muerto por Idomenes. Deifobio, uno de los hijos de Príamo, llama en su ayuda, para salvar el cuerpo de aquél á algún gran troyano, y tiene la idea de dirigirse á Eneas: «Le encontré en las últimas filas del ejército, y continuaba irritado contra el divino Príamo, porque, por bravo que fuera entre los hombres, no era nada honrado por ellos.» Deifobio se dirige á él, llamándole, como ya lo hemos visto en otra parte, «hombre de consejo...» Eneas acude para salvar el cuerpo de Alcatoos. Entonces Idomenes, asustado, llama á otros guerreros en su auxilio, al ver llegar á Eneas: «¡Pronto, amigos míos, socorredme pronto! Me encuentro solo y temo horriblemente á Eneas, el de los pies ligeros que viene hacia mí, él que es tan poderoso en la batalla matando hombres; y está en la flor de la juventud, que es la fuerza mayor.» Por su parte, Eneas, avanza con sus compañeros y les exhorta; están presentes otros jefes, Deifobio, Pares, Agenor: «Los pueblos, dice el poeta, seguían como los rebaños siguen al que les guía cuando van á beber al salir de los pastos, y el corazón del pastor se regocija; de igual suerte se regocijó el corazón de Eneas en su

pecho, cuando vió que aquella multitud de pueblos le seguía á él.»

Es evidente que aquí Eneas se encuentra feliz y orgulloso al ver que han recurrido á él, y ante aquellos otros jefes troyanos goza al demostrar que también á él se complacen en seguirle como jefe intrépido, por alejado y separado que se encuentre por Príamo, y al mismo tiempo se adivina, se cree ver presagiado y predicho al futuro conductor de los pueblos, á aquél de quien se dirá en Virgilio por boca de Evandro, cerca de los lugares en los que no tardará en elevarse el Capitolio: «¡Ilustre conductor de los troyanos, no, mientras tú estés en pie, jamás convendré en que la causa troyana está vencida ni concluido su reinado!»

El primer choque de Eneas y de Idomenes está pintado en Homero con rasgos heroicos y llenos de grandeza; el poeta de la *Iliada* brilla en dar vida aun á aquellos héroes que no figuran en primera línea; y Virgilio, inspirado en estos pasajes, ha estado en su derecho después al prestar á Eneas aquella espada fulminante, *ensem fulmineus*, más habitual en la *Eneida*, pero cuyos relámpagos han brillado algunas veces ante nuestra vista en la *Iliada*.

En el canto XVI volvemos á encontrar á Eneas combatiendo en torno del cuerpo de Sarpedón, muerto por Patroclo; se aparece así de cuando en cuando en la acción, pero sin hacer nada decisivo ni de mucho brillo. En el canto XVII, le vemos cerca del cuerpo de Patroclo, alentado directamente por Apolo, y cuando le reconoce bajo su disfraz, alienta á su vez á Héctor y á los troyanos para que no suelten la presa. Aquí se presenta una vez más en su papel de segundo de Héctor, y hasta es el primero en volverle á llevar al combate; él es el que da un nuevo influjo al ejército troyano.

Pero en el canto XX, en lo que se llama el *Combate de los dioses*, es donde se encuentra el pasaje más interesante para nosotros y el más decisivo para el primer aspecto del héroe en la *Iliada*, pasaje muy de acuerdo, por lo demás, con los precedentes. Patroclo ha muerto, Aquiles ha reaparecido; los griegos recobran valor, los troyanos se espantan. Los dioses son convocados por Júpiter, el cual quiere, por su parte, permanecer sentado contemplando la contienda desde la cumbre del Olimpo, pero permite á todos los otros dioses que bajen al llano y se pongan de parte de quien les plazca. Reanúdase la batalla con extraordinaria furia: óyense por todas partes los penetrantes gritos de los dioses convertidos en combatientes; entre todos se eleva también la Discordia poderosa, agitadora de los pueblos. Entonces es cuando el estampido de los truenos con que se divierte el padre de los hombres y de los dioses, y en medio de las conmociones que Neptuno imprime á la tierra, el rey de los infiernos, sobrecogido de temor, se arroja de su trono y comienza á gritar «de miedo que el agitador Neptuno le rompa la tierra desde lo alto, y aparezcan ante los mortales y ante los inmortales, aquellas horribles moradas, desagradables de ver, y que son odiosas á los mismos dioses».

En este momento, y así como los dioses se oponen á los dioses, Eneas, el primero de los troyanos, acude á oponerse á Aquiles; pero no lo hace, según su costumbre, sino porque un dios le ha excitado á ello. Apolo, disfrazado bajo la figura de un hijo de Príamo, Licaon, le dice: «Eneas, consejero de los troyanos, ¿qué se han hecho de las amenazas que proferías bebiendo por los príncipes troyanos, cuando decías que combatirías frente á frente al hijo de Peleo?»

Correspondía decir esto á Eneas, á un hijo de Príamo

mo; siempre asoma la rivalidad entre él y lo que concierne directamente á Priamo.

Eneas responde sensatamente, y con bastante poco heroísmo en el sentido caballeresco; habla según los principios de una mitología más natural y completamente primitiva, mucho más antigua de la que se permitía Virgilio: «Hijo de Priamo, ¿por qué me excitas así, aun cuando yo no tenga deseos de combatir frente á frente al valiente hijo de Peleo? No es esta la primera vez en que me encuentro delante de Aquiles; ya otra vez me hizo huir con su lanza cuando se arrojó sobre nuestros bueyes. En cuanto á mí, Júpiter me salvó entonces dándome fuerza y agilidad en las piernas, de otra manera hubiera sido aniquilado por mano de Aquiles y de Minerva, la cual, marchando delante de él, le daba la gloria y le excitaba á matar con su acerrada punta á los troyanos. Por eso no puede un hombre combatir contra Aquiles; porque tiene siempre á su lado alguno de los dioses que le preserva del mal; y su flecha, por lo demás, vuela siempre recta y no se detiene hasta haber atravesado el cuerpo del enemigo. Que si un dios mantuviere igual el destino del combate, no me vencería fácilmente, aun cuando se alabara de ser todo de hierro.»

Apolo desempeña aquí el oficio de dios homérico; excita al héroe; recuerda á Eneas su origen y lo de que es hijo de una diosa superior á la madre de Aquiles. En una palabra, le infunde la fuerza y el ardor, y Eneas, brillante con su armadura, vuela á los primeros puestos.

Los dioses protectores de Aquiles ven á Eneas que avanza, y lo que es un gran honor para éste, se espantan, por lo menos Juno, que quisiera que él interviniese directamente; Neptuno consigue contenerla, y

provisionalmente, los dioses protectores de los unos y de los otros, divididos en dos grupos, permanecen mirando.

Los dos héroes que están en escena se adelantan orgullosamente; Eneas ofrece un gran aspecto, yendo el primero al encuentro del otro, con aire amenazador, blandiendo su venablo, y haciendo ondear con un movimiento de cabeza el penacho de su pesado casco. Aquiles, terrible, es comparado á un león ya herido y furioso. Cuando están cerca, Aquiles es el primero en apostrofar á Eneas, y le dice:

«Eneas, ¿por qué te detienes, al marchar sobre mí, tan lejos de tu tropa? ¿Es que tu corazón te ordena combatir conmigo, en la esperanza de reinar sobre los generales troyanos con los honores de Príamo? Pero aun cuando tú me mataras, Príamo no te entregaría por eso su dignidad, porque tiene hijos, y él mismo conserva todo su buen sentido y todas sus facultades.» Le pregunta además si espera como recompensa de la nación algún bien ó dominio con tierras laborables, en caso de victoria. Le recuerda el día en que le hizo huir con su lanza: «¿No te acuerdas cuando te di caza yo solo lejos de tus bueyes, sobre las cuestas del Ida, de mis rápidos pies? Entonces no pensabas el volverte al huir.»

Se habrá observado aquí, más que nunca, esa manera de presentar siempre á Eneas como una especie de pretendiente y de jefe de la rama menor que, probablemente, recibió de Príamo alguna herida de amor propio; Aquiles, que quiere mortificarle, le toca, desde luego, en el lado sensible.

Eneas responde á Aquiles moderada y sensatamente; no es digno de ellos el querer insultarse con palabras. Recuerda el origen de ambos y lo que tienen de

las diosas. Expone y refiere largamente su propia genealogía y su grado de parentesco con Príamo. Este es el caso de establecerle bien aquí. Príamo y Anquises descienden en común de Dárdano, el primero y más antiguo del tronco antes de que hubiese una Troya, una Ilion sagrada, y cuando los antepasados habitaban todavía al pie del Ida. Solamente á partir de Tros, el nieto de Dardano, se hizo la división de ramas. Tros tuvo tres hijos, de los cuales uno, Ganimedes, hay que descartar, por haber sido arrebatado por Júpiter. Quedan Ilus, el mayor, y Asaraco, cada uno jefe de rama. Príamo desciende de Ilus, de quien es nieto, así como Anquises es nieto de Asaraco. Anquises y Príamo son, por lo tanto, primos, hijos de primos carnales; Eneas y Héctor son primos en menor grado (1).

Terminada esta genealogía, Eneas añade: «Tal es la raza y la sangre, de la que me glorifico salir. Júpiter aumenta y disminuye la virtud de los hombres, según su voluntad, porque es el más poderoso de todos los dioses. Pero, vaya, no permanezcamos diciéndonos todas estas cosas, como niños, en medio de la batalla, porque es fácil, por ambas partes, el lanzarse injurias en abundancia; y una nave de cien filas de remos no podría con el peso de ellas. *La lengua de los hombres es ligera y flexible, y hay en ella fuerza para discursos de toda especie; el campo de las palabras es vasto y se extiende por aquí y por allí.* A una cosa que me digas puedo responderte otra á mi vez.» Y le recuerda

(1) Ciertamente es que al casarse con Creusa, de lo que no habla, Eneas había pasado á ser yerno de Príamo y cuñado de Héctor, lo que hace que éste sea tío de Ascasio en la *Eneida*, tío materno, *avunculus*. Nada de esto se cita en el Eneas de Homero.

la sola lengua de los héroes en el campo de batalla: manejar la lanza y acometerse con el hierro.

El resultado del combate, sin embargo, no podría ser dudoso. Eneas lanzó su pesado dardo, que hizo temblar al mismo Aquiles, olvidándose del escudo divino é impenetrable que le protege; el escudo no está más que abollado, pero no roto. Aquiles, á su vez, lanza su venablo, que rompe el borde del escudo de Eneas; éste observa tristemente entonces que el combate no es igual, y que él tampoco tiene talla para habérselas con semejante adversario. Aquiles, sacando su espada, se lanza ardoroso sobre él, dando un grito terrible; Eneas hace lo que Diómedes hizo en el primer combate que hemos visto, coge una piedra enorme y la arroja sobre Aquiles, pero casco y escudo resisten todavía. Vese ya bajo la espada á punto de perecer, si los dioses, y Neptuno en particular, no se apiadan de él. Neptuno dice á Juno:

«¡Buenos dioses! ¡Qué angustia se apodera de mi corazón al ver que el magnánimo Eneas está á punto de bajar á la fúnebre morada, por haberse dejado persuadir por las palabras de Apolo, el de las flechas lejanas! ¡Insensato! Y no será Apolo el que le garantice en nada de una catástrofe funesta. Pero, ¿por qué sufre males no merecidos, sin razón y por las faltas de otro, *el que ofrece sin cesar graciosos presentes á los dioses que habitan el vasto cielo?* Nosotros debemos sus traerle á la muerte, no sea que el mismo Júpiter se enfade si Aquiles le mata. Su destino es librarse de la muerte, para que no perezca sin posteridad y no desaparezca de la tierra esa raza de Dardano, de aquel á quien Júpiter ha querido más que á ninguno de los otros hijos que tuvo con mujeres mortales, porque ya ese dios ha comenzado á odiar á la raza de Priamo, y

ahora corresponde á la valía de Eneas el reinar sobre los troyanos, así como á los hijos de sus hijos, que nacerán en el porvenir.»

Aquí se descubre una imprevista perspectiva, y uno se pregunta lo que semejante profecía, colocada hacia el final de la *Iliada*, podía significar en el pensamiento del poeta.

Hay quienes dicen, y han creído que esto significaba que, después de la toma de Troya por los griegos y de la caída de la casa de Príamo, la rama menor de Asaraco, la rama de Eneas, había ocupado el trono en Asia, reparado la ruina de Ilion, y que Homero, al referir las desgracias de la rama precedente, había cuidado de exceptuar á la última, glorificándola indirectamente y colocando su elogio y su predestinación divina y real hasta en medio de las calamidades y de los desastres de la nación.

Ha creído esto, entre otros, el P. Hardouin, el sabio jesuíta; en el gran combate cómico-heroico entre los antiguos y los modernos que se entabló en Francia á principios del siglo XVIII, se puso de parte de los primeros é intervino en favor de Homero, pero declarando que nadie hasta entonces había entendido el verdadero asunto, ó, por lo menos, el verdadero fin de la *Iliada*, que contenía la mayor alabanza de Eneas. El respetable religioso, que no creía que la *Eneida* fuese de Virgilio, daba así, por una parte, á Eneas, lo que por otra le quitaba á Homero; en este supuesto, venía á ser un poeta que hubiera referido las desgracias ó las faltas de los Valois, para mayor honor de Enrique IV y de los Borbones, sus descendientes. Eneas, desde este punto de vista, sería el Augusto cuya alabanza vendría á introducirse ingeniosamente en la *Iliada*, como la alabanza de Augusto se introduce en

la *Eneida*. Su dinastía sería anunciada de antemano y preconizada por boca de los dioses. Yo no hago más que indicar esta opinión del P. Hardouin, á la cual no le ha faltado, para ser alabada como espiritual y fina, sino el no presentarse como un sistema, y el ser propuesta con un tono de duda ligera y con la sonrisa de un Fontenelle.

Solamente bajo este aspecto conviene que se presenten las opiniones, las suposiciones, los indicios que se pueden entrever ó formar á tal distancia y respecto de lejanías para siempre inaccesibles. Ha habido lugar, por lo demás, para toda especie de suposiciones y combinaciones; se ha llegado hasta decir (y esto se ve referido por Dionisio de Halicarnaso) que Eneas conspiró contra Priamo, por enemistad con Paris, y porque estaba alejado de las dignidades sagradas, de la dignidad del sacerdocio; que se entendió, él y Antenor, con los griegos, hasta entregarles la ciudad, y que había contribuido al destronamiento de Priamo para reinar después de él. No necesito decir que yo no creo tales cosas, que rechaza en su conjunto la reputación del piadoso Eneas: son calumnias; también las había entre los antiguos.

El rumor más general y más acreditado, y que lo veo confirmado por el simpático y grave Jenofonte, ese héroe de la misma familia, era que en el momento de la toma de Troya, y por haber salvado á sus dioses paternos y maternos, por haber salvado también á su padre, Eneas adquirió una fama de piedad tal, que los mismos enemigos le concedieron á él solo, entre todos aquellos de los que triunfaron en Troya, el privilegio de no sufrir la ley de la guerra. He aquí una de las versiones que tuvo más eco, y que era digna de ser recogida.

La sola conclusión cierta que se puede sacar de todo esto, es que los antiguos poetas y las antiguas tradiciones se habían acostumbrado á concentrar en la persona de Eneas todo un destino y un pronóstico de grandeza que Virgilio heredó, poniéndolo á favor de la cosa romana. No ha hecho más que trasplantar, por decirlo así, la predicción de Homero, y volver á colocar el árbol en plena tierra: en el Lacio.

VIRGILIO

(CONTINUACIÓN)

V.—*Continuación del personaje Eneas en tiempos del sitio de Troya, y lo que fué entre los romanos antes de Virgilio.*

Eneas quedó, si se recuerda, en una situación peligrosísima, desarmado ante Aquiles, que le puso la espada en la garganta. Está perdido si los dioses no le salvan; pero no le abandonarán. Juno, que no muestra aquí demasiado odio, aun absteniéndose de emplear sus buenos oficios en favor de Eneas, deja á Neptuno en libertad de salvarle. Neptuno, pues, se lanza á la batalla, y, llegando al lugar en que se encuentran los dos combatientes, extiende una niebla (este es el medio ordinario) ante los ojos de Aquiles, y se lleva á Eneas á través de los aires; el héroe, levantado por la mano de un dios, franqueó las filas de hombres y caballos, y cuando se encontró en lugar seguro, Neptuno le dió una lección, y le dijo:

«Eneas, ¿qué dios te manda combatir así imprudentemente al hijo de Peleo, que es á la vez más fuerte que tú y más querido por los dioses? Retírate cuando te lo encuentres; no vayas á bajar, á pesar del destino, á la morada de Plutón. *Únicamente cuando Aquiles haya recibido muerte y cumplido su destino, podrás*

enardecerte y combatir en primera línea; porque entonces ningún otro griego se llevará tus despojos.»

¿No se diría que hay también en estas palabras de un dios á Eneas una predicción y un presagio? Eneas es como un Aquiles de reserva que no llegará sino después del primero, y no se presentará por completo sino en el segundo poema épico.

Con una ligera variante se puede, á lo que parece, transformar también la predicción y transportarla desde los dos héroes á los mismos dos poetas que les han celebrado; se puede decir á Virgilio: «No vayas á medirme con Homero, te estrellarás, ó, por lo menos, siempre que te encuentres demasiado cerca de él y en su presencia, flaquearás, parecerás vencido; pero una vez descartado Homero y puesto fuera de batalla, y como ascendido al rango de los dioses, avanza y recobra valor; serás el primero de los poetas mortales y nadie te vencerá.»

Aquiles, cuando se disipó la niebla de delante de sus ojos, se encolerizó al ver que se le habla escapado su magnífica presa, y habló con despecho y con irreverencia, como lo hará más adelante Dido en su cólera; comprendía confusamente que tenía en él un rival, por lo menos en el favor de los dioses:

«Preciso es, efectivamente, que ese Eneas sea muy querido también por los inmortales; yo había creído, sin embargo, que se vanagloriaba al azar y sin fundamento. ¡Que se vaya, pues, con sus dioses! Ya no volverá á tener el valor de habérselas conmigo, pues harto feliz es con haberse librado de la muerte en esta ocasión.» Y se lanzó, para desquitarse, sobre otros troyanos.

Yo resumo el efecto general que resalta para mí de esa figura de Eneas en Homero, y digo: En verdad, se

creería que Homero ha previsto el caso en que Eneas sería el héroe de un segundo poema épico; lo ha presentado de un modo suficiente, lo libró á tiempo con la nube salvadora.

Pero la *Iliada* no llega sino hasta la muerte de Héctor. ¿Qué hizo Eneas en los últimos tiempos de la guerra de Troya, y qué decían de él los antiguos poetas continuadores de Homero? Estos poetas que Virgilio tenía á la vista han perecido, pero el fondo y la sustancia de sus narraciones ha debido conservarse y se ha transmitido hasta cierto punto para nosotros en un poema que, compuesto mucho después, describe con detalles aquel final del sitio de Troya, y cuyo autor, Quinto de Esmirna, se ha atenido con excesivo escrúpulo á reproducir el estilo y la manera homéricos, y por lo tanto, á ser todo lo fiel posible á la verdad de los hechos, es decir, á las versiones más autorizadas.

En este notable poema, del que hasta aquí se ha olvidado de sacar partido, yo no sé por qué, la crítica literaria, concluye de dibujarse Eneas. El día de la muerte de Aquiles, se le ve en la primera fila de los que acudieron para procurar arrebatarse el cuerpo del héroe al que tenían vivo; en aquella lucha encarnizada en la que pereció Glauco, cuyo cuerpo consigue salvar Eneas, éste es herido en una mano por Ajax. Inmediatamente se retira del campo de batalla y entra en la ciudad, donde le curan los médicos. No se puede menos, en este momento, de establecer la diferencia que hay entre él y Aquiles, el cual, momentos antes, herido y moribundo, no respiraba sino sangre y matanza, y hacía huir todavía al enemigo, de pie, sosteniéndose en su lanza. Y el mismo Ulises, que se distingue entre todos en aquella hora solemne, y se hace digno de las armas de Aquiles, no imita á Eneas,

no abandona el campo de batalla aunque se encuentra herido, y continúa defendiendo el cuerpo del gran héroe y acometiendo con denuedo al enemigo, sin cuidarse de su herida. Es verdad que la herida de Ulises era en la rodilla, y la de Eneas en la mano derecha.

Sin embargo, á medida que se acerca el día fatal de Troya, Eneas se engrandece de más en más; tiene un momento de esplendor, y, en lugar de llamarle *hombre de consejo*, el poeta continuador de Homero se acostumbra á nombrarle «Eneas, el de corazón *atrevido*, el de corazón *lleno de audacia*». En el canto VI del poema, al lado de Eurípiles, ese descendiente de Hércules y ese heredero de su escudo, que acudió en socorro de Troya, Eneas se distingue entre los guerreiros escogidos; á su vez derriba casi de una pedrada á Ajax, el otro Ajax hijo de Oileo. En el canto X, después de la muerte de Eurípiles, y á pesar de las derrotas sufridas, es de parecer, en contra de la opinión de Polidamas, que no se suspendan las salidas y no se dejen encerrar en la ciudad. Da para ello buenas y justas razones, y también razones generosas: «Y aun cuando, después de todo, dice para terminar, sucumbiéramos por la enemistad de Júpiter, vale más perecer con honor de una vez, defendiendo la patria, que permanecer aquí en espera de una muerte miserable.» Pero donde el héroe aparece en todo su esplendor es en el canto XI, y este canto podría justamente titularse *Las hazañas de Eneas*. El ejército de los griegos ha reparado sus pérdidas; han ido á buscar á Esciras, á Neoptolemes, hijo de Aquiles, y á Filoctetes de Lemnos; acuden en toda la frescura de su valor; los troyanos, por su parte, no ven llegar más aliados; sus recursos se agotan y están reducidos á combatir al pie de las murallas donde les estrecha un poderoso ene-

migo. Entonces es cuando Eneas y Eurimaco, hijo de Antenor, generosa pareja á la que Apolo ha infundido nuevo ardor, hacen frente á todo por última vez, y contrarrestan por algún tiempo los esfuerzos reunidos de Filoctetes y del arrebatado Neoptolemes. Las imágenes son dignas de Homero; los griegos, derrotados por la lanza de Eneas, son comparados á bueyes que, durante el trabajo de la labranza, picados por un tábano, arrancan con un dolor rabioso y arrastran en pos de sí el arado, que va dando saltos, con riesgo de herirlos y con gran susto del labrador. Neoptolemes trata de contenerles: «¡Miserables!, ¿por qué huís, semejantes á palomas perseguidas por el halcón?» Lo consigue en parte; hace retroceder á los troyanos, que no ceden, sin embargo, fácilmente, sostenidos como lo están por Eneas; y la ola de la batalla oscila, parecida á las olas del mar, á las que un viento violento arroja sobre la playa, pero á las que otro viento contrario y no menos violento rechaza sin que el primero haya dejado de soplar. Hay un momento memorable, cuando el hijo de Aquiles y Eneas están á punto de encontrarse y llegar á las manos: «Pero el hijo de Aquiles no agitó enfrente de Eneas la lanza de su padre; dirigió hacia otro lado sus bríos, porque Tetis, la del brillante velo, por respeto á la Citerea, desvió el espíritu y la fuerza de su nieto, que fué á acometer en otros sitios á la inmemorable plebe.»

Así, es la madre de Aquiles la que, en esta ocasión, por deferencia á Venus, apartó todo peligro de la persona de Eneas, toda probabilidad de conflicto desigual, y la que no consiente que se entable la partida entre el nuevo Aquiles y el nuevo Héctor. ¿No admiráis este concierto de las diosas, que parecen presagiar á Virgilio y querer conservarle intacto á su héroe? Poco

después, Venus, al ver que se hace imposible á los troyanos el sostener la lucha, y que Minerva exalta el arrojo de los griegos, arranca por sí misma y definitivamente á Eneas de en medio de la acción; «porque ya no entraba en el orden de los destinos que el héroe combatiese en adelante á los griegos fuera de la muralla». Ella teme que Minerva, en su creciente furia, llegue á encontrarle y le inmole á despecho de las mismas Parcas.

A partir de este nuevo momento, Eneas no vuelve á bajar al llano; pero continúa distinguiéndose, y más que ningún otro, desde lo alto de los muros. En el combate del día siguiente, en efecto, Ulises, y por su consejo los guerreros que le rodean, deciden marchar en masa y avanzar hacia la puerta de la ciudad más cercana de las naves, haciendo la tortuga por encima de sus cabezas con sus escudos; merced á este techo impenetrable, pueden caer como gusten los dardos desde arriba; los asaltantes se preocupan tan poco como si oyesen caer gotas de lluvia. Algunos instantes después, comienzan las hachas su obra y van á derribar la puerta. Eneas ha visto el peligro: coge con ambas manos una piedra enorme, la arroja y abre una brecha en el grueso de la falanje; la piedra aplasta á los hombres bajo sus escudos, «como una roca desprendida aplasta á las cabras que rumían al pie de la montaña; todas las que pacen cerca y alrededor huyen asustadas». Una vez conseguido este resultado, Eneas continúa arrojando piedras, y desbarata la táctica de los griegos, aplazando con esta hazaña la ruina de su patria. Eneas, en este momento, está representado como investido de una fuerza sobrenatural y revestido de un esplendor desacostumbrado; brotan de sus armas relámpagos deslumbradores que no permi-

ten sostener la mirada á ningún enemigo. Tiene á su lado á Marte, que le asiste invisible y dirige todos sus golpes. Presente en todos los lugares de la muralla, arrojando desde ella con robusto brazo toda máquina de guerra, todo medio de defensa que encuentra á mano, es comparado por el poeta á Júpiter en persona, aniquilando desde lo alto del cielo á la raza de los gigantes. Percibe á uno de los hombres de Ajax, á un locrio audaz que, subido en una escala, va á escalar la muralla, y cuya cabeza asoma ya por el borde del baluarte, le rompe el cráneo con una gruesa piedra, rompe á la vez la escala, y el cuerpo es lanzado al espacio con la rapidez de una flecha. Sin embargo, aun en medio de su fogosidad, Eneas continúa siendo el héroe prudente que se domina. Filoctetes, que trata en vano, desde abajo, de herirle con sus flechas, desviadas por la mano de Venus, le insulta y le provoca con estas palabras: «Seguramente, Eneas, que te crees en tu corazón un héroe porque combates así desde lo alto de la torre; desde ahí se baten con el enemigo las mujeres pusilánimes. Pero si vales algo, sal de la muralla con las armas para que aprendas á conocer al audaz hijo de Pean, y lo que valen su lanza y sus flechas.» Así habla Filoctetes; Eneas no le contesta; continúa en su obra de defensa, y tiene bastante con haber desbaratado el ataque de los griegos por aquel día.

Ahora bien; aquel día en el que tanto se distinguió y en el que fué el salvador (si podía haberlo para Troya), fué también la última jornada regular de los combates, la última lucha, á la luz del sol, de aquella larga guerra de nueve años. Al día siguiente, los jefes griegos, por consejo de Calcas y mediante la invención de Ulises, recurrieron á la astucia del caballo

de madera, y ya no habrá más supremo asalto que en la noche fatal, en la noche de fiesta en que la ciudad dormida será sorprendida y pasada á cuchillo, y durante la cual Eneas, inspirando respeto á todos, se llevará á través de las llamas á su padre y á sus dioses.

Tal es el aspecto original, la fisonomía completamente particular bajo la cual se ofrecía á Virgilio, en los anales políticos del sitio de Troya, Eneas, aquel guerrero que no se parecía á ningún otro, personaje decididamente precioso y el más preservado de los héroes, engrandeciéndose, sin embargo, hasta el último día, y preparado para su segunda y magnífica carrera.

Y lo que sucedió con Eneas, desde el punto de vista de su destino literario, en el intervalo desde Homero hasta Virgilio, no es menos singular y digno de nota. Cierto que se trata de Eneas en muchos poemas griegos que han llegado hasta nosotros; pero jamás fué celebrado de una manera brillante y aislada. No se encuentra ningún poema de Eneas, ninguna tragedia de Eneas. Háblase de él en un pasaje del *Laocoon*, tragedia de Sófocles, pero incidentalmente. Es un asunto sobre el que parece que se han puesto de acuerdo para no tratarlo, y que esperaba á Virgilio.

Tal vez no es preciso ser demasiado sabio para gustar y sentir á punto las cosas bellas y poéticas de la antigüedad. Me echaría, y echaría á perder á los demás, todo el placer que se puede experimentar con la lectura de la *Eneida*, si dijese todo lo que se ha imaginado, ya curioso, ya ocioso, ó extraño, ó plausible, ó paradójico, acerca de los viajes y de la suerte de Eneas, desde el final de la guerra de Troya. En una completa y abrumadora Disertación, inserta á

continuación de la *Eneida*, traducida por Sagrais, y que trata la cuestión de *Si Eneas estuvo alguna vez en Italia*, un sabio de Normandía, Bochart, ha recogido todos los textos y compulsado todo lo dicho sobre el asunto. Me atenderé á sus conclusiones, que por lo demás, son muy juiciosas. Durante siglos no ha habido otro testigo, otra autoridad, acerca de Eneas, que Homero; y nada de lo que se dice en Homero da motivos para pensar que el reinado de Eneas y de sus descendientes fuera hacia el lado del Occidente ó de la Hesperia, y deben asignársele lugares alejados de aquellos en que el poeta nos ha mostrado bien sentada la popularidad del poeta. Si Eneas y *los hijos de sus hijos*, como dice el autor de la *Ilada*, continuaron reinando, fué probablemente en Asia ó en los alrededores de los parajes de Asia.

Pero la leyenda, en los tiempos antiguos, no se dejaba desalentar por tan poco; la necesidad de referirse á orígenes gloriosos, la semejanza fortuita de algunos nombres, la asociación más pasajera y más remota, algún incidente real, exagerado y aumentado, mil causas, en una palabra, favorecidas por la ausencia de toda comprobación y toda crítica, engendraban historias y fábulas que formaban á la larga una opinión extendida, y en las que se confundían la ficción y la verdad, en una trama sutil, que no podía desentrañarse. Hay historiadores que se han creído bastante bien informados para servir, según la expresión de Bochart, de *aposentadores* á Eneas, y los cuales han señalado todas sus moradas y sus etapas, desde Troya hasta Laurento, y hasta á ese lugar cercano al Tíber, llamado *Troya*, porque los troyanos acamparon en él al desembarcar. Los romanos, sobre todo, cuando empezaron á escribir la historia y á ocuparse de sus

origenes, recogieron semejante tradición, que estaba perfectamente de acuerdo, con un instinto de amor propio nacional, y con la afición que tenían entonces los espíritus cultos de Roma á la literatura griega.

Nosotros mismos, en Francia, hemos estado á punto de sucumbir, por la imaginación, á una tentación análoga. «Todos nuestros antiguos analistas, dice Bochart, hubiesen creído quedarse á medio camino si, al investigar nuestras antigüedades, no se hubieran remontado hasta Troya para referirse á *Paris* (siempre el juego de palabras, la semejanza fortuita de los nombres en la leyenda), y á *Franco*, hijo de Héctor, por haber debido dar el último su nombre á la nación, y el otro á la ciudad capital del reino.»

Pero la ciencia histórica de los romanos no tenía nuestros medios de comprobación ni nuestras garantías. Desde Catón y Enio, desde Fabio Pictor, que les precedió, el primer capítulo de toda historia ó crónica romana versó, pues, sobre la llegada de Eneas al Lacio, con variantes que importan poco. Se estableció el prejuicio universal. A partir de César, la tradición tomó un carácter más saliente, más vivo todavía. La familia de los Julios tenía la pretensión de proceder de Eneas. César, siendo joven, al celebrar en una oración fúnebre á su tía Julia, la hacía descender de los reyes por la parte materna, es decir, de Anco Marcio; y por el lado paterno, de los dioses, es decir, de Venus, madre de Eneas. En la mañana de Farsalia, el mismo César daba por consigna á sus soldados *Venus Victoriosa*, la divisa de su casa. Cuando la grandeza romana se hubo toda ella reunido en su persona, y en seguida en la de Augusto, el personaje Eneas se encontraba cada vez más indicado y casi impuesto al poeta futuro; y la suerte de Virgilio consistió en no

tener que inventarle en nada, sino solamente en recogerle, reconocerle y moldearle, poniendo á contribución el arte soberano y la última mano de un divino obrero. Este arte consistió en dejar á su Eneas el mismo que el de Homero, y hacerle, sin embargo, semejante de perfil en ciertos momentos á la idea de Augusto, á imprimirle el ideal del héroe y del príncipe, tal como lo requería la época de Augusto, y tal como lo concebía su propia imaginación y su hermosa alma.

El objeto de toda poesía épica y noblemente severa, es celebrar lo que es verdad ó *lo que es digno de serlo*. La tradición de Eneas, tal como se presentaba á Virgilio, poseía en el más alto grado semejante condición. No era ya una de esas tradiciones vagas, dispersas y fugitivas, como, por ejemplo, la de los viajes de Ulises hasta los confines de Germania y la desembocadura del Rhin, en donde el héroe fundara yo no sé qué ciudades ó aldeas, cuyos nombres discuten los sabios; á propósito de lo cual, Tácito, sin detenerse en ello, ha podido decir: «No entra en mi pensamiento ni apoyar esas cosas ni rechazarlas; que cada cual siga su gusto creyéndolas ó no creyéndolas.» La tradición de Eneas en Roma no se quedó, como la de Ulises, en Germania, en estado de vestigio; Virgilio, poéticamente, no estaba en libertad de creerla ó no creerla; no había que vacilar, ni examinar, ni investigar un fondo para siempre oscuro; no había más sino seguir por el camino abierto y en adelante triunfal, la creencia del pueblo, la doctrina de los historiadores, la del Senado, la religión de los príncipes de la patria; no tenía que hacer otra cosa sino revestirla de un esplendor imperecedero y de esa verosimilitud persuasiva y suprema que añade la belleza.

Cicerón, que acogió como todos los romanos la tradición del viaje de Eneas; Cicerón, que por otra parte no creía en ello, sin duda, sino como conviene creer en cosas tan remotas, fundándose en la fe de los rumores y de las musas, ha expresado admirablemente al principio de su tratado de las *Leyes*, el sentido que hay que dar á esas tradiciones una vez consagradas y admitidas en el tesoro de la memoria humana. Pone en la escena de ese hermoso diálogo de las *Leyes* en Arpino, patria de Mario y suya, en los alrededores de la casa de campo que allí poseía. Allí, cerca del Fibrene, que, con el Liris, es el río del lugar, Atico, uno de los interlocutores, cree reconocer en una añosa encina aquella sobre la cual Mario había visto un maravilloso presagio referido por Cicerón en el poema compuesto en honor de su célebre compatriota:

«Este es, sin duda, el bosque, y he aquí la encina de Arpino; la reconozco por haberla visto á menudo en el *Mario*. Si ese árbol subsiste aún, indudablemente es éste, porque es bastante viejo.»

Quinto, el hermano de Cicerón, se encarga de contestar: «Subsiste en verdad, querido Atico, y subsistirá siempre, porque ha sido plantado por el genio. Jamás árbol alguno, á pesar de la solicitud de un labrador, podrá ser tan duradero como aquel cuya simiente echó el poeta en sus versos.»

Y al preguntarle Atico qué quería decir en semejante caso aquella simiente del poeta, Quinto le explica su pensamiento: «Mientras las Letras hablen en latín, no falta en este lugar la encina que se llame la encina de Mario, y, como Escévola lo ha dicho del *Mario* mismo de mi hermano, *lucirá por infinitos siglos*. Si se pensara de otra manera, ¿se alabaría vuestra Atenas de conservar en su ciudadela el inmortal

olivo?, ¿y continuarían hoy enseñando la palmera á la que se refirió Ulises cuando Homero dice que vió en Delos una palmera elevada y tierna? Y de esta suerte muchas otras cosas, en muchos lugares, subsisten por la tradición más tiempo de lo que hubieran podido durar por la naturaleza. Que la encina que mostró en otro tiempo el poeta cargada de bellotas, y de la que salió volando el águila profética, sea actualmente ésta, es cosa que celebraría mucho; pero aun cuando la tempestad ó el tiempo la hayan destruido, siempre habrá en este lugar una encina á la que se llamará la encina de *Mario*.»

Atico no se limita á esto, y, satisfecho ó no con la respuesta de Quinto, se dirige al mismo Cicerón y le pide que le diga por lo menos si aquella encina es una pura invención suya, y si no hay algún fondo de verdad en lo que refirió en aquel prodigio del águila y la serpiente. A lo cual Cicerón, que le encuentra un poco curioso, responde al estilo de Sócrates: «Os responderé muy gustoso, pero no antes de que me hayáis respondido, ¡oh Atico!, á lo siguiente: ¿Es completamente cierto, que paseándose muy cerca de vuestra casa después de su desaparición de la tierra, Rómulo dijo á Próculo Julio que él era dios, que se llamaba Quirino, ordenándole que le dedicase un templo en aquel mismo lugar? ¿Y no es cierto también que Boreo raptó á Ori-tia en Atenas, bastante cerca igualmente de vuestra antigua morada? Porque así lo ha transmitido la tradición.»

Y al preguntarle Atico á qué tienden aquellas preguntas y qué es lo que pretende, responde Cicerón: «Nada sino es que no inquirís con demasiada exactitud las cosas que de esta manera son transmitidas por la memoria... No están en lo cierto, Atico, los que en

estos casos desean la verdad, no como se debe esperarla de un poeta, sino como se puede exigir de un testigo.» He aquí los principios soberanos en materia poética.

Y lo que era cierto respecto á la encina de Mario, según el poema de Cicerón, ¡con cuánta mayor razón lo es respecto de las cosas de Eneas, según Virgilio! Creamos, pues, con esa amplia complacencia y esa connivencia superior, tan bien comprendida por Cicerón; creamos en el campamento de Eneas, llamado *Urbs* por Virgilio, y que subsistió tantos años bajo el nombre de Troya, y creamos en la nave sobre la cual abordó á Italia, llevando á ella sus oráculos y sus destinos, nave que los romanos conservaron con piedad y enseñaron durante mucho tiempo. En cuanto á mí, si en el último campo de batalla de Turno y de Eneas, en el llano de Laurentum, me mostraran aún las raíces del olivo silvestre, consagrado en otro tiempo al dios Fauno, pero cortado por los troyanos; si me mostraran ese resto de madera venerable, le dirigiría mi oración poética, y creería en él, con esa fe de la imaginación, que es la única que aquí me piden. Y en nuestras correrías en torno del Lemán, enfrente de las rocas de Meillerie, ¿no buscamos, no creemos reconocer todavía el bosquecillo de Clarens? ¿No prestamos al prisionero de Chillón los pensamientos póstumos que ha proyectado sobre él, en el fondo de su prisión, un poeta genial y apasionado? ¿Qué será, pues, cuando se trata de tiempos harto más remotos y de profundidades en las que todo se acerca é insensiblemente se confunde? ¿Qué importa, á semejante distancia, que la realidad haya precedido ó no á la poesía de Virgilio? Lo esencial es que esta poesía haya conferido, á las cosas y á los hombres que celebra, la existencia

ideal y perdurable. Desde el día en que apareció la *Eneida*, ya no hay otro Eneas que el que nos presenta Virgilio. ¡Ilusión y magia de la perspectiva! Los devotos del héroe y los del poeta no son ya distintos; no tienen sino un solo y mismo culto, y no forman más que un mismo cortejo en el porvenir.

VIRGILIO

(CONTINUACIÓN)

VI.—*Si es verdad que el poema épico sea el primero de los géneros.*

Deseo deslizar aquí, como entre paréntesis, un breve capítulo incidental. Me ha ocurrido, sin duda, en el curso de estos Estudios que van de la *Iliada* á la *Eneida*, hablar de la epopeya como del primero y principal de los géneros literarios poéticos, ó por lo menos esta preeminencia está sobreentendida en mi pensamiento, y también, así lo creo, en el de la mayor parte de los lectores. Sin embargo, yo no debo ocultar que en esto tiene uno en contra suya á la mayor autoridad clásica de la antigüedad: á Aristóteles. Tratando expresamente la cuestión de saber cuál de los dos géneros de poesía, la epopeya ó la tragedia, es el mejor, Aristóteles se decide por el último. Da varias razones, que vienen á decir: la tragedia representada produce más efecto que la epopeya leída ó recitada, y aun cuando la quiten la representación, conserva todavía su interés superior, y realiza su fin en la lectura. Encierra más cosas en menor espacio, y con una imitación natural más expresiva, más agradable. Cuando Aristóteles hablaba así, como era el gran observador, es de creer que lo que hacía no era tanto

promulgar una ley como expresar un hecho; se hallaba bajo la impresión reciente y palpitante de la época más floreciente de la tragedia, del gran siglo de los Sófocles y de los Eurípides que acababa de expirar.

Nosotros, los modernos, podemos suponerle un número mayor de hechos, sin contar el de su propia nación, el cual, después de todo, se vuelve contra él. Sin duda, puede parecer de un mediano interés el saber cuál es el género mejor; vale más preguntarse cuál es el mejor poeta. Sin embargo, no es indiferente tampoco tener una opinión acerca del orden natural de los géneros, que va ligado á la marcha misma del espíritu humano, de la imaginación humana.

Nuestras razones en contra de Aristóteles, para que la epopeya sea el primero de los géneros, estriban, desde luego, en el hecho histórico casi universal. Enumeremos un poco. Aun entre los griegos, que han tenido los mayores trágicos del mundo, no hay obra superior ni igual á la obra homérica. En los latinos, que no han tenido tragedia, no hay obra comparable á la de Virgilio. Dejo en el mundo oriental al gran poeta épico persa, Cirdousi, que es también el historiador de su nación; dejo esos inmensos poemas heroicos y filosóficos que parecen reinar en la India antes de que el drama hubiera aparecido. Me quedo en los horizontes donde nuestras miradas se mueven con facilidad. Ahora bien; en el mundo moderno, en cuanto asoma el renacimiento poético la primera producción grande y perdurable que aparece en Italia, es una epopeya (cualquiera que sea su título) la de Dante; en Portugal, la epopeya de Camoëns. Y anteriormente, en una época más confusa, ¿no tiene motivos para glorificarse de sus poemas caballerescos la Alemania del siglo XIII, al decir de los historiadores literarios? Para

los modernos, como en la antigüedad, el género épico es, por consiguiente, el primogénito de los géneros, y merece ser llamado el primero por todos sentidos. Ciertamente es que en Inglaterra el poeta dramático Shakespeare precede y rivaliza con Milton, y hasta le es superior como pintor de la naturaleza humana; y en Francia, donde nuestras epopeyas de la Edad Media fueron bien pronto olvidadas; en el drama, tragedia y comedia estalla la superioridad de nuestros poetas en esos grandes é inmortales monumentos de nuestra literatura. Aristóteles, aquí, parece tener completamente razón. La poesía dramática ha sido entre nosotros el género mejor. Los franceses están convencidos de que no tienen la vena épica. Pero no es menos cierto también que el poema épico, allí donde encuentra á su poeta y á la nación adecuada para elevarle, es por su naturaleza algo más grande, más vasto, más majestuoso, más primordial. Ese carácter primitivo, y que se acerca tanto más á la poesía cuanto menos parece dirigirse al arte, esa circunstancia frecuente y tan notable de que la mayor parte de los pueblos hayan tenido, en el origen de su literatura, una especie de epopeya madre que esparce sus fértiles aguas y continúa dominando en los horizontes, todo esto forma un prejuicio en favor de la dignidad ó de la superioridad del género, si es que el género existe sin el poeta.

Pero puesto que he venido á esta cuestión, que consiste en comparar entre sí la epopeya y la tragedia, hay todavía otras razones precisas que oponer ventajosamente, en mi concepto, á la predilección dogmática de Aristóteles y en su mismo terreno. Yo no censuro á la tragedia de acción, que es uno de sus medios. Es muy cierto que la imitación y la idealización de la naturaleza humana por la tragedia es más viva, más

conmovera y más completa en un momento dado; en dos horas, una tragedia representada produce mayor efecto que una lectura de dos horas de una narración épica sobre el mismo asunto, á igualdad de talento. Pero esta representación de las tragedias les da un carácter efímero al mismo tiempo que más vivo. No son representables siempre. Hay una infinidad de lugares en los que no se tiene lo necesario para representarlas, y llega un momento en el que ya no se representan nunca y únicamente pueden leerse. Es decir, que les falta algo esencial; llevan en sí un defecto para el porvenir. Aristóteles dice que la tragedia produce su efecto con la sola lectura. Sí, produce un efecto, pero no todo su efecto, y leyéndolas se comprende que les falta un complemento de vida, y esto es un defecto. La lectura, en una palabra, es la sombra de la tragedia; semejante lectura (yo no sé si todo el mundo es como yo) va siempre acompañada de un ligero sentimiento de vacío y de inquietud; no se posee todo, no se da uno cuenta de todo. La epopeya, por el contrario, aun cuando no haya podido tener parte recitada y escenas semidramáticas, prescinde fácilmente de ello, se basta á sí misma, se completa, subsiste y dura de un modo más igual en toda su extensión. Como género se presenta y se mantiene más por entero con sus cualidades durante la serie de las épocas. En fin, un monumento épico resiste mejor al tiempo que un grupo trágico.

La antigua crítica gustaba de discutir estas cuestiones; no está prohibido á la crítica moderna que se ocupe en ellas todavía algunas veces.

VII.—*De la regla del año para el poema épico, y de la duración de la «Eneida».*

Otra cuestión que se parece á la precedente por el espíritu, y que es de aquellas que eran apreciadas igualmente por la antigua crítica, es la referente á la duración de la acción de la *Eneida*.

El asunto del poema, como se sabe, es de los más sencillos y mejor definidos. Después de la toma de Troya, y cuando termina la noche fatal en que sucumbe, Eneas, después de haber realizado desesperados esfuerzos de valor y de patriotismo, sale de la ciudad presa de las llamas, llevándose á su anciano padre, á su hijo, á su mujer (á la que pierde por voluntad de los dioses) y á cuantos troyanos puede reunir. Se refugia al pie del monte Ida, y desde allí se embarca con sus dioses y sus compañeros para ir á fundar, confiado en los oráculos, una ciudad y un imperio. El lugar en que ha de fundarlos no le es al principio conocido sino de una manera vaga; prueba sucesivamente en varios lugares, en Tracia, en Creta, y por fin, después de la tempestad que le arroja á Cartago y de la pasión que le retiene allí algunos meses, boga resueltamente hacia la Hesperia y la Ausonia, cuyas costas percibió y tocó ya al venir de Piro; desembarca en el Lacio, encuentra allí enemigos y aliados, y después de una campaña tenaz, triunfa de Turno, que representa la raza aborigene, hostil y refractaria. El poema termina con la muerte de Turno.

Este conjunto de acontecimientos, desde la caída de Troya hasta la toma de posesión del Lacio, comprende, según la cuenta de Virgilio, siete años; pero la duración de la acción de la *Eneida*, entendiéndola

bien, no excede de un año. Conviene saber que la regla del *año* para los poemas épicos, era lo que la regla de las *veinticuatro horas* para las tragedias; un poeta épico, por lo menos, según los críticos de la segunda y de la tercera edad, no había observado todas las leyes del arte y todas las condiciones del género sino cuando había encerrado la acción en dichos límites. Así como un poeta trágico hubiera faltado á la verosimilitud y á la conveniencia cortando su acción con el intervalo de una noche, así el poeta épico hubiera parecido que iba contra el interés de su narración si hubiese hecho que su héroe invernase durante el curso de la acción. Ronsard, que era un clásico, y bajo ciertos conceptos un ultraclásico, ha creído, según un pasaje que tal vez ha interpretado inexactamente, que Virgilio había faltado á semejante regla; pero que Virgilio pensara en ello ó no, casi todos los críticos de profesión y los expertos han declarado que estaba dentro de los términos requeridos. Al comenzar el poema, en efecto, hace siete años que Eneas y sus compañeros vagan por los mares; se está en el séptimo verano. La relación que Eneas hace á Dido resume las aventuras y las vicisitudes de aquellos seis años errantes. A partir desde entonces, el poeta es el que refiere lo restante de la acción, la estancia en Cartago, el regreso á Sicilia y los diversos acontecimientos que señalan el primer establecimiento en Italia. Todo esto, bien computado por los críticos más exigentes, transcurre aproximadamente en un año y hasta en menos de un año. Hagamos el cálculo con ellos, si queréis.

Eneas ha perdido á su padre en Sicilia. Se supone que después de esta muerte, el hijo piadoso, gran observador de los ritos y de las ceremonias, no empren-

dió nada durante los diez meses que constituían el duelo romano. Parte, pues, de Sicilia á la primavera siguiente, y en este momento comienza la acción del poema. Naufraga; se queda en Cartago hasta la estación de los vientos, el *Hyems*, que no es necesariamente el invierno; el solsticio de verano tiene sus tempestades. Suponed tres meses para el episodio de Dido. Es corto, diréis, pero los poetas van de prisa, y algunas veces los amantes también. Escapado de Africa, Eneas vuelve á Sicilia y no permanece sino poco tiempo, pocos días; desde allí pasa á Italia, en donde todo marcha y corre hacia el desenlace. Según esta cuenta, que es la más estricta de todas las que se han hecho, y cuyo honor aritmético pertenece al R. P. Le Bossú, la acción, propiamente dicha, constituye menos de un año, y se realiza en una sola campaña. Porque, admitiendo que Virgilio haya pensado en todo, se ve, según la descripción de una emboscada, que todavía había muchas hojas en los árboles la víspera de la muerte de Turno; por consiguiente, no se estaba en invierno.

Y además, aun cuando todo esto no fuera más que un razonamiento especioso, aun cuando el mismo Virgilio, que no revisó su poema, se hubiera preocupado de la cronología menos que su crítico, y aun cuando Eneas hubiese pasado todo un invierno al lado de Dido como al pronto parece más apetecible para él y más verosímil, ¿en dónde estaría el mal?, ¿nos encantaría menos la *Eneida*?

Únicamente los autores de Poéticas consideran las cosas por ese lado y con esa exactitud; los lectores, aun las personas de gusto, se cuidan poco de ellas. Antes bien, podría uno observar, por la manera rápida como se suceden los acontecimientos en la narra-

ción de Eneas y en lo que sigue, que hay un poco de inverosimilitud, si se toman las cosas desde el punto de vista de la realidad. Pero el convencionalismo y el artificio de esa clase de poemas consiste en suprimir muchos intermediarios, y transportarnos desde luego al corazón de la acción cuando camina á su desenlace. Y en efecto, mejor es el no hacer de un poema una biografía en verso, una historia de procedimientos regulares, y el no ir, como lo quería Estacio, *de un extremo á otro* del héroe, desde la cuna hasta la tumba. Es suficiente presentarle en sus instantes decisivos y luminosos.

VIII.—*Análisis general de la «Eneida».*—*Los cinco primeros libros.*

Vengamos ahora á lo que debe dar fin á estas consideraciones generales, á presentar un análisis rápido de los doce libros de la *Eneida*, y á dar una especie de primer paseo á través del poema, antes de detenernos (cosa que yo no haré aquí) en ningún libro en particular. Se presenta una nueva ocasión de darnos con amplitud el sentimiento y la impresión de la manera y del genio de Virgilio. Al volver así varias veces sobre esa consideración del modelo, me parece que nos conducimos como esos pintores que dan varias capas al fondo del cuadro antes de dibujar las particularidades y los detalles. Cada vez añadimos algo; damos á nuestra impresión mayor consistencia y solidez. Terminado este análisis, no me restará más que dar las gracias á mis benévolos lectores por haber tenido la bondad de seguirme hasta el fin en estos desarrollos, que no son sino el preámbulo de un estudio seguido.

Así, pues, yo no quiero analizar estrictamente el

poema, sino dar una idea amplia y rápida, casi una sensación, del conjunto, del plan, de la marcha de los libros, de lo más notable que cada uno contiene, y hacer sentir también la moralidad poética que yo recibo y se desprende de su lectura. Con Virgilio, semejante resumen es fácil, porque el poeta posee y observa en toda su composición las principales cualidades romanas: concisión y unidad.

Primer libro.—Eneas, errante desde hace siete años, se da á la vela, saliendo de Sicilia, donde ha perdido á su padre, con rumbo á Italia. Juno, que le ve tan cerca del término, se irrita; ordena á Eolo que desencadene la tempestad. Describese la tempestad. Eneas es arrojado á la costa de Africa, en donde se encontrará con la ciudad y el imperio naciente de Dido. Venus lo dispone todo en su favor y ruega á Júpiter, quien le tranquiliza sonriendo, y la descubre los decretos inmutables, los destinos de Eneas, los de su posteridad y los de toda aquella raza romana de soberano orgullo y majestuosa toga. Venus se aparece disfrazada de cazadora á Eneas; le explica en dónde se encuentra, lo que tiene que hacer, y se revela al desaparecer. Eneas, envuelto en una nube, se dirige hacia la ciudad, á una colina, desde la cual se la descubre. Entra en un bosque sagrado, ve unas pinturas en las paredes de un templo y reconoce en ellas las desgracias de Troya, y se reconoce á sí mismo. La piedad tiene aquí sus lágrimas: *Sunt lacrymae rerum*. Se presenta Dido seguida de su cortejo; los compañeros de Eneas, salvados también del naufragio, y que ignoran la suerte de su jefe, acuden á suplicarla. Disípase la nube; Eneas se presenta á su vez, y entre él y la reina, la entrevista que comienza con una sorpresa se trueca en seguida en una viva y tierna hospitalidad. Venus

vigila; el niño Cupido, por deseos de su madre, toma por aquella noche la figura de Ascanio, y acaba de enardecer á Dido. Al final de un espléndido festín y tras mil cuestiones confusas que no pueden satisfacerla, Dido solicita de Eneas una relación completa de sus infortunios y de los de su patria. Eneas comienza.

El segundo y el tercer libro están consagrados por completo á esta relación que nada interrumpe y que debe durar toda la noche hasta la mañana. El cuadro, por lo demás, es magnífico; una vasta sala iluminada por antorchas, con tapices de púrpura y las opulencias de Sidón; una mesa deslumbradora de cráteres, copas y vasos de oro; todos los grandes de Tiro, toda la juventud troyana, colocados á la redonda; Eneas frente á la reina, y ésta medio acostada y teniendo en sus brazos al niño Ascanio, que no es otro que el Amor.

El segundo libro, que contiene la relación de la toma y de la noche suprema de Troya, pasa por el más patético, por el interés y lo trágico de las escenas; así como el primer libro tan completo, tan hábil en toda suerte de conjuntos, nos ofrece tal vez el ejemplo más cómodo para darnos bien cuenta de la manera de componer y del procedimiento ecléctico de Virgilio en poesía, con yo no sé qué de acabado, de noble, de culto y de sensible con que lo reviste todo.

La relación comienza con la historia del caballo de madera, por el episodio de Sinon. Con la aparición de Héctor á Eneas en sueños, se abre una serie de escenas lúgubres, lamentables, que se suceden sin interrupción y forman un inmenso cuadro, hasta demasiado inmenso para ser contado así al final de una noche de fiesta, y para no haber llenado en realidad sino una noche también, y una noche corta de verano como

fué la de la catástrofe de Troya. Suceden muchas cosas en pocas horas. Es el procedimiento épico, y en particular el de Virgilio, que concentra con más arte las mismas cosas que Homero desarrollaría y dejaría correr con más naturalidad. Por lo demás, no se tienen para este segundo libro las fuentes á que debió acudir Virgilio, ni el *Sinon* ni el *Lacoonte* de Sófocles, ni las obras de Euforión el Alejandrino y de Pisandro, que se supone imitó Virgilio. Habiéndose perdido los originales griegos, siente uno tentaciones de atribuirle, como á Horacio (y más en grande), una especie de originalidad superior á la que tiene derecho, y mayor inventiva de la que él mismo quisiera reclamar.

El tercer libro contiene la continuación de la narración de Eneas después de su embarque y salida de la Tracia; es un libro, en parte, geográfico; Eneas refiere en él sus diversas estancias durante los años de peregrinación, y sus vanas tentativas de colonización en diversos lugares. Sin embargo, el episodio de Polidoro en Tracia (imitado de Eurípides), sobre todo el de Andrómaca en Epiro, y el de Aqueménides en Sicilia, prestan un interés encantador y profundo á ese libro, que permanece animado por un tierno soplo virgiliano en medio de todos los detalles sabios de los oráculos, de las ceremonias y de los augurios, y de las prácticas religiosas de todo género de que está lleno.

Eneas ha terminado su narración. El cuarto libro inmortal, el más releído entre los modernos y también entre los antiguos, es la historia de la pasión de Dido, nacida al escuchar al héroe de su extravío, de sus esfuerzos para retenerle y encadenarle en sus orillas, y, cuando le ve alejarse, de su desesperación y de su muerte sangrienta en la hoguera. Aquí, Virgilio ha tomado mucho, ha imitado mucho, sobre todo, de

la *Medea* de Apolonio de Rodas, á quien al pronto parece que sigue paso á paso; pero el genio del poeta se vuelve á encontrar, como siempre, con sus recursos propios y su desquite final ingenioso y grandioso. Así, la muerte de Dido, con las imprecaciones que presagian á Anibal (*exoriare aliquis...*), es magnífica y de un orden único en poesía. En esto Virgilio aventaja con mucho á Apolonio. Dido, al darse de puñaladas sobre la pira, cuyas llamas puede percibir Eneas desde lo alto de sus naves, nos presagia la mayor lucha histórica, y se ve con la imaginación los Alpes franqueados, Trebia y Trasimeno, Canes y Zama, y al segundo de los Escipiones, bastante acrecido á Eneas, llorando sobre la ruina de Cartago.

Virgilio, que en esto demuestra bien que pertenece á la gran nación, no ha desperdiciado ninguna ocasión en los pasajes decisivos de su poema, y á cada instante, para hacer que toquemos en cierto modo el anillo de acero (doy este nombre á la cadena del destino romano). Vedlo; ha comenzado su poema mostrándonos á Cartago, la gran rival: *Urbs antiqua fuit...*, y vuelve en más de una ocasión á la gran rival que ya no existe. En el décimo libro, cuando Eneas, á pesar de la primera buena acogida, ve que se sublevar y se coligan en contra suya todos los pueblos de la confederación latina, ¿qué dice Júpiter á los otros dioses que alientan y atizan la contienda? «¿Por qué os afanáis?, ¿por qué esta discordia en contra de mi prohibición? Pronto llegará el día, no adelantéis su hora, el día propicio á los combates, cuando la feroz Cartago amenaza con un inmenso peligro las murallas romanas, y desencadene contra ellas á los Alpes entreabiertos; entonces estará permitido el que los odios luchen y se desgarran.» Puede decirse que la idea de las guerras

púnicas, la idea de Aníbal flota sobre la composición de la *Eneida*. El imperio cuya cuna prepara Eneas, y á cuyo esplendor llega Augusto, tuvo su principal crisis en los momentos de Aníbal; por él pudo Roma dudar un instante de su destino; por él fué puesta en el trance ó de perecer, ó, vencido él, de marchar resueltamente y correr hacia la dominación universal que al fin alcanzó. Justo es, pues, que Virgilio haya hecho de Aníbal una de las perspectivas directas de su poema. Pensar en Aníbal y en los peligros que hizo correr á los descendientes de Eneas y de Rómulo, en la humareda de su campamento que se veía desde el Capitolio; hacer pensar en ello en tiempos de Augusto, y cuando las águilas romanas llegaban hasta el Éufrates, era hacer que se celebrase mejor el reinado presente, y se bendijera á los dioses por haber coronado de tal manera esfuerzos tan prolongados y laboriosos. Notad el arte de Virgilio y los puntos extremos que hace tan admirablemente resaltar en el desarrollo de los tiempos: *Evandro, Aníbal, Augusto*. Pero admiremos que á propósito de Dido, y en labios de una amante extraviada y moribunda, haya venido á colocarse tan naturalmente la histórica predicción del más terrible vengador.

El quinto libro de Virgilio nos presenta el regreso de Eneas á Sicilia; se ve obligado á ello por los vientos, desembarca animado por el deseo de tributar á su padre, muerto allí el año anterior, honores solemnes y celebrar un aniversario fúnebre. Salido de Sicilia á principios de verano, regresa á fines de la misma estación (según lo cual no pasó más que tres meses en África). Encuentra en Sicilia á Acesto, un rey de origen troyano, y una hospitalidad de compatriota. Hay una descripción de los fuegos, muy brillante, muy

agradable, muy erudita, imitada de los fuegos en honor de Patroclo en la *Iliada*, y también de aquellos en que tomó parte Ulises entre los teacics; pero más de un rasgo y de una circunstancia se refiere ya á los fuegos favoritos de los romanos y recuerda el Circo ó el Campo de Marte. Montaigne, como verdadero curioso, tenía al quinto libro por *el más perfecto de todos*, y por el que menos hubiera tenido que retocar su autor si hubiese tenido tiempo de dar todavía alguna *pasada de peine* (es Montaigne el que así habla) á la *Eneida*. La última parte del libro, que expone la tentativa de incendio de las naves por las mujeres troyanas, empieza con una imagen de una grande y triste belleza, la actitud de aquellas mujeres, sentadas todas en la orilla y con los ojos fijos en la inmensidad del mar:

... Cunctaeque profundum
Pontum adspectabant flentes...

Es, sin embargo, aquel mismo mar de Sicilia, de horizonte azul y sereno, por el que suspira sin cesar el pastorcillo de Teócrito y al que anhela poseer con los ojos por toda dicha y por todo imperio, sentado al pie de una roca, teniendo su rebaño y el de su pastora diseminado ante él, y teniéndola á ella contra su corazón. Pero el destierro aquí cambia los colores del cielo más bello, y lo que puede hacer apacible el cuadro, el encantador marco de la pura felicidad pastoril, se convierte en el fondo infinito y sombrío de un dolor que no quiere ser consolado. Eneas vuelve á marchar, dejando en Sicilia á las mujeres, á los desalentados y á los ancianos, y no llevándose esta vez con él sino á lo escogido de la juventud, un puñado de hombres, pero el alma misma de la guerra, se hace á la vela hacia Italia.

VIRGILIO

(CONTINUACIÓN)

IX.—*Los siete primeros libros de la «Eneida».—Moralidad del poema.*

El sexto libro está reputado por el más hermoso, el más sabio, el más noble, el más filosófico y el más patriótico de la *Eneida*, así como el cuarto es tenido por el más apasionadamente tierno, y el segundo por el más trágico y más lamentable. Eneas, por consejo de Anquises que se le ha aparecido, y anteriormente de Heleno, va á consultar, al pasar por delante de las costas en donde se alzarán un día Nápoles y Baya, á la espantosa Sibila de Cumes y le pregunta por la entrada de los Infiernos. Ella misma le conduce á ellos. Aquí, Virgilio se acuerda aún directamente de Homero, pero con diferencias que son á la vez las de la época y las de los genios. El Infierno de Homero es bastante pobre y completamente elemental en la apariencia: una fosa cavada, la sangre de una víctima derramada, almas ó sombras ávidas, sedientas, hambrientas, que acuden para beber allí, y bajo una luz crepuscular, una llanura sembrada de asfodelos. Pero al lado de esta pobreza, de esta miseria inherente á la idea misma de la muerte, ¡cuántas bellezas conmovedoras y sencillas!, ¡cuántas ternuras! Homero tiene la

elocuencia de los discursos, un raudal patético, una voz que sale de las entrañas, como cuando la madre de Ulises le refiere las penas que sufrió con la ausencia de su hijo y de las que murió; hay ternuras encantadoras, como cuando Agamenón habla de su hijo Orestes y del pequeño Telémaco, y cuando Aquiles pide noticias de su hijo sobre la tierra. Y aquella frase de Aquiles, «que preferiría ser en la tierra el servidor, el mozo de labranza de un labrador sin tener apenas con qué vivir, antes que mandar como rey en todo el pueblo de los muertos», ¡qué confesión!, ¡qué grito de la naturaleza! Homero, bien se ve, lo mismo que los antiguos hebreos, lo mismo que los espíritus sencillos y primitivos, tiene una idea muy pobre y muy vaga de la vida futura. Es la idea más natural al nombre cuando la revelación no le ha hablado, ó cuando una filosofía que se aproxima y se encamina á aquélla no ha elaborado las concepciones del alma humana. Se tiene en Homero, hasta cuando nos presenta entre los muertos á sus mayores héroes, el sentimiento justo, profundo y no encubierto de esa miseria final, de esa morada repugnante, de ese lugar sin alegría ninguna y *sin felicidad*, de ese reino fétido que habitan los muertos, *las cabezas débiles de los muertos*—los muertos sin razón *ni entendimiento*—*los fantasmas de los humanos fatigados*; estas son sus expresiones habituales. Entre Homero y Virgilio hay todo un trabajo de pensamiento, meditación y tiempo; hay Platón y el *Fedón*, los Campos Eliseos de Píndaro y las descripciones líricas, las iniciaciones, los sistemas filosóficos, el *Sueño de Escipión*, toda una construcción y una arquitectura del mundo del más allá, artificial sin duda y adquirida, pero que había introducido algún orden en las tinieblas, y que había disi-

pado ó rechazado más de un error primero. Virgilio usa y se aprovecha de ello; el que dicen que fué epicuriano en otras cosas, es abiertamente pitagórico y platónico en su Infierno. Hay un principio de Dante en el Infierno de Virgilio. Y como comprendía que no podía luchar con Homero en patético y grandeza respecto de todo lo concerniente á los antiguos héroes y á los principales jefes contemporáneos de la guerra de Troya, se limitó con su piadoso héroe á un episodio emocionante, menos ilustre, sobre un caso singular de amistad particular, el encuentro de Deifobio, y ha sacado de él afortunados y vivos acentos de piedad y de ternura. Pero allí en donde se reservó, merced á su arte, encontrar nobleza, grandeza y toda su originalidad, es en la enumeración que de Anquises hace Eneas de las grandes almas futuras que habitarán los cuerpos de los héroes y de los generosos ciudadanos romanos. En esto también hizo á su Infierno *digno de los cónsules*; se ha mostrado el intérprete más fiel, el más majestuoso de la religión romana, de la que adquirió todo su esplendor á partir de los Escipiones, y que subsistirá hasta el Agrícola de Tácito; en virtud de la cual se desea ó se entiende que las almas grandes no deben extinguirse con los cuerpos, y que los servicios públicos prestados á la patria abren el camino del cielo.

Solamente un pesar me produce este sexto libro, á saber: que en el lugar en que se hallan los poetas, los sabios, el grupo de los bienhechores del mundo, los mortales divinos y armoniosos, Virgilio, al asignar el primer puesto al fabuloso Museo, no haya dicho una palabra de Homero. Bien sé que no podía colocar allí á Homero, el cual no había muerto, ni siquiera, sin duda, nacido en la época en que Eneas visitaba los

Infiernos; pero la habilidad de Virgilio ha sido tan grande para hacer que figurasen y citar en Eliseo á todos los ilustres romanos que no habían nacido, que hubiera gustado verle emplear algo de ese arte y de ese ingenio para dar de antemano un puesto á Homero, y celebrarle con la piedad que él sentía ciertamente hacia ese padre y dios de toda poesía. ¿Por qué mostrarse en presentar á César y á Augusto, que en presentar á Homero? ¿Había nada más sencillo que hacer decir á Museo que no estaba allí sino para guardar el puesto, para esperar al poeta verdaderamente soberano, al que mantendrá el *cetro*, como dijo Lucrecio, ó, como ha dicho Dante, al que tendrá la *espada* eternamente joven y floreciente? Pero tal vez esta superioridad otorgada á Homero no hubiese convenido sino medianamente á los romanos, y les hubiera desagradado en el corazón de su poema nacional. Yo no lo creo; Cicerón bien pudo hablar, como lo hizo en toda ocasión, con entusiasmo, de Platón y de Demóstenes. Además, ¿qué importaba? Virgilio se debía esto á sí mismo; hubiera satisfecho á su corazón testimoniando al mundo su reconocimiento; hubiera hecho, y con mayor motivo todavía, lo que Dante hizo después con el mismo Virgilio. «*Tú sólo mío, maestro...* Tú eres mi autor y mi maestro; tú eres aquel de quien he aprendido el hermoso estilo que me hace honor.» El filial homenaje que Virgilio le hubiera tributado en dicho pasaje, hubiese pasado á la lengua de todos de otra manera bien distinta de lo que Horacio ha dicho de Píndaro, y ocho ó diez hermosos versos hubieran llegado á ser los términos consagrados en los cuales el universo latino se habría acostumbrado á repetir para siempre la alabanza de Homero.

Un discípulo, Silio Itálico, en su Eliseo, en el li-

bro XIII de sus *Guerras púnicas*, parece haber querido subsanar la omisión y pagar algo de la deuda de Virgilio; ha presentado á su Escipión, en el encuentro con la figura deslumbradora y sagrada que coronan castas vendas, sobrecoigido de admiración é interrogando á la Sibila: «Dime, pues, quién es ese personaje, ¡oh virgen!, porque su frente está radiante de luz, y una multitud de almas le siguen admirándole y le saludan con frecuentes aclamaciones. ¡Qué aspecto tan venerable! Si no fuese un habitante de las sombrías moradas del Estigrio, llegaría á creer que es un dios.» «No te engañas, responde la sacerdotisa; mereció ser tenido por un dios, y no mora en su vasto corazón una porción pequeña de la Divinidad. Abarcando en su poesía la tierra, el mar, el cielo y los infiernos, se igualó, por la belleza y la gloria de sus cantos, con las musas y Apolo; y todo lo que hay aquí, antes de verlo con sus ojos, lo divulgó entre los mortales, y ha llevado hasta los astros el renombre de vuestra patria troyana.» *Vestram Trojam!* ¡Cuánto mejor hubiera resonado esta última frase en los oídos y en el corazón de Eneas! ¡Con cuánta mayor dulzura y belleza hubiera brotado de los labios de Virgilio! Homero brilla, pues, por su ausencia misma, en el Eliseo del sexto libro, y es un extraño olvido de la musa virgiliana el no haber puesto en ninguna parte, como hubiera podido, á ese maestro venerado y á ese gran antepasado.

Pero divago, y lo único que me incumbe en este momento, es atravesar lo más rápidamente posible el conjunto de la obra de Virgilio. Los seis últimos libros son generalmente considerados de menos importancia, menos bellos, menos dignos de Virgilio que los seis primeros; esta opinión, que era la de Voltaire, no es la de Chateaubriand, al cual le parece que la mayor

de las frases tiernas que caracterizan el genio de Virgilio se encuentran en los seis últimos libros, así como los episodios de Evandro y Palas, de Mezencio y Lasso, de Nizo y Eurcales.

En el séptimo libro, Eneas aborda á las orillas del Tíber. El poeta invoca de nuevo á las musas, y especialmente á Eratro, para narrar acontecimientos que son, sin embargo, más terribles que tiernos. Va á desarrollarse otro orden de cosas, se inaugura otro poema:

...major rerum mihi nascitur ordo majus opus moveo...

Aquí concluye la Odisea y comienza la Ilíada de Eneas. Esta Ilíada está á punto de terminar desde el principio y sin combates. Un oráculo ha preparado al anciano rey Latino á recibir huéspedes. Por su parte, Eneas, al desembarcar, es inmediatamente advertido de que ha llegado al suelo de la patria nueva. Está sentado con los jefes compañeros suyos y con Jules; comen al pie de un árbol; y como hubieran puesto los manjares y las frutas sobre los panes y hubiesen concluido por comérselo todo, lo que estaba encima y lo que estaba debajo, Jules exclamó lamentándose: «¡Mirad!, acabamos de comernos nuestras mesas.» Verse reducidos á *comer hasta las mesas*, era el signo hasta entonces oscuro y de un pronóstico espantoso, que anunciaba que al fin se había llegado al lugar designado por los oráculos para un establecimiento definitivo. Eneas envía, pues, una delegación de cien oradores (muchos son) al rey Latino que está en Laurento, muy cerca de allí, para ofrecerle presentes y pedirle buena acogida, con un rincón de tierra en el que pueda fundar su colonia. El rey Latino, de corazón afable

y con el espíritu lleno de los prodigios y de los oráculos que le han prevenido, no se limita á conceder á Eneas lo que éste solicita; le ofrece espontáneamente su hija Lavinia y una participación en su reino. Todo iba á concluir, por lo tanto, de la mejor manera, cuando Juno, atravesando los aires con su carro, vió la alegría de los troyanos y se dijo que se debía á sí misma el poner obstáculos. Juno interviene aquí para volver á armar la máquina épica, como lo hizo en el primer libro; hasta puede parecer que se repita. Por mandato suyo, Alectan, una de las Furias, se mezcla en el asunto, como antes Eolo; introduce la rabia en el corazón de la reina Amata, mujer de Latino, la cual quiere por yerno al joven Turno, rey de los rutulos, y arrastra á su partido á todas las mujeres. Alectan inflama al mismo Turno y le precipita al combate; después ella se aprovecha de un accidente de caza, de un ciervo domesticado al que Ascanio acosa, persigue y hiere por error, para suscitar un sangriento conflicto entre toda la juventud latina y los troyanos. El templo de Jano, cuyas temibles puertas se negaba á abrir Latino á pesar de todo, se abre de par en par á impulsos de Juno, y estalla la guerra. El poeta entra entonces en la enumeración de los guerreros y de los príncipes que acuden al llamamiento de Turno. Esta enumeración, en la que al lado de nombres ficticios y fabulosos se entrelazan genealogías sabinas y tradiciones nacionales, termina con la semejanza de la intrépida y esbelta Camila, el tipo virginal de las heroínas caballerescas y de las futuras Clorindas.

Camila había sido precedida, sin embargo, por una Penthesilea, reina de las Amazonas, que acudió en socorro de Troya, celebrada por los Cíclicos, y tan her

mosa, que muerta, y cuando él le quitó su casco, inspiró amor á Aquiles, que la había matado.

El canto octavo es de una composición y estructura admirables. Eneas, que se siente á punto de ser asaltado por todas partes, y cuyo espíritu duda y vacila entre los diversos planes, ve de noche, en sueños, aparecérsese un anciano, el dios mismo del lugar en que se encuentra, el Tíber, que le indica un aliado natural en Evandro, rey de los arcadios, establecido á algunas leguas más arriba en sus márgenes, entre las siete colinas, es decir, en el lugar que un día se alzará Roma. Como prueba de la veracidad de sus palabras, le denuncia (según una antigua tradición del terruño) la gran jabalina ó marrana blanca que acaba de dar á luz treinta lechoncillos completamente blancos, y á la que encontrará echada bajo las encinas de la orilla. Estamos en la tierra del viejo Saturno y lejos de las elegantes ficciones de Grecia. Eneas, al despertar, no deja de encontrar á la cerda misteriosa. Toma dos galeras de doble fila de remeros y remonta el Tíber, que se presta á ello como un padre, apaciguando y retirando sus aguas; llega á la ciudad rústica de Evandro, en los momentos en que el digno rey, rodeado de su hijo, de los principales de la nación y de su senado tan pobre todavía, ofrecía un sacrificio anual á Hércules en conmemoración de la victoria del héroe sobre el bandido Caco, del que había librado al país. La época de la *Eneida*, cuando no se fija uno sino en la fecha de las cosas, es exactamente la misma que la de la *Odisea*; la época de Evandro es, en efecto, la época de Laertes y de Eumeo; pero en Virgilio, que á diferencia de Homero, no es en nada contemporáneo de lo que refiere, la choza de Evandro y los bosques vírgenes circundantes dejan entrever á interva-

los el brillo de los mármoles romanos, y el Capitolio se encuentra siempre allí en el fondo para hacer contraste y dar la medida de los siglos. Evandro mismo, en la sencillez de su acogida y de sus palabras, tiene algo magnífico y dulce que presagia el reinado de un Numa. Sus modestas frases á Eneas son de un patriarca y de un rey pastor, pero de un pastor fundador de Roma (*Romae cunditor arcis*). Apenas ha entrado Eneas en aquel palacio rural donde va á pasar la noche, y en donde está sentado ante él el gran Alcides, cuando Venus, su madre, se ocupa en proveerle de armas divinas y obtenerlas de Vulcano; y lo consigue tan pronto, que al salir de aquella fresca entrevista con Evandro y los arcadios, y todavía lleno de aquel despertar matutino al canto de los pájaros, el lector se encontrará de repente ante sus ojos con el divino producto de la fragua de Lemnos, con aquel escudo que, por sus representaciones proféticas, completa las predicciones de Anquises en el Eliseo, y termina la historia futura de la gran patria. ¡Qué idea tan feliz la de haber colocado así en el marco de un mismo libro el cuadro de la grandeza romana llegada á su colmo, enfrente de aquellas humildes y adorables antigüedades, de aquella primera sencillez inocente de costumbres y lugares! ¡Augusto, victorioso en Accio y entrando en Roma en medio de un triple triunfo, y Evandro, ofreciendo á Eneas su lecho de hojas! Por lo que á mí respecta, no encuentro nada más conmovedor y más nuevo en toda la *Eneida* que ese libro octavo, ni que responda mejor á la idea de que Virgilio, entre todos los poetas latinos, es el que se expresa verdaderamente como príncipe y con venerable majestad.

Y este es el momento de observar una vez más el

giro habitual y casi necesario que toman las cosas en el seno de ese noble talento; en otros poetas, la habilidad aparece bajo forma brillante y graciosa; lo ingenioso se queda en ingenioso; en Virgilio, lo ingenioso es llevarlo hasta lo grande.

El libro noveno, como cada uno de los últimos, tiene sus bellezas que le son propias: mientras Eneas, por consejo de Evandro, va en busca de aliados y á ponerse al frente de los confederados toscanos, sublevados contra Mazencio, su campamento, su ciudad naciente (*Troja*) se ve asaltada por Turno y los rútuos. Las naves, en el momento de ser incendiadas, aquellas naves construidas con los pinos sagrados del Ida, se convierten en ninfas de los mares. Virgilio, para todos estos hechos maravillosos, se escuda en las musas: «Así es como se ha creído hace mucho tiempo, y después no se ha dejado de repetirlo. (*Prisca fides facta, sed fama perennis*);» está en su derecho de cantarlo, y es excusable que lo haga. Aquí se encuentra el episodio tan citado y tan saboreado, delicias de las alturas puras, la lucha de amistad de Eurgales y de Niso, que mueren al querer atravesar el campo enemigo para llevar la noticia del peligro á Eneas. Encuéntrase también la primera hazaña de Ascanio, que con una flecha afortunada da en tierra con el valiente sabino Numano; mas por un sentimiento delicado, Apolo, en figura de un viejo escudero, al felicitar al niño por aquel ensayo, le prohíbe que lo repita: *Cætera parce, puer, bello...* Esto constituye, á la vez, miramientos y respeto para con el hijo de su rey y para con la esperanza del trance; y además, Ascanio es demasiado joven para la guerra; tan joven, se llega á ser fácilmente cruel. Entreveo sobreentendido este último sentimiento. Antes de morir, Numano expresa

con orgullo, en un discurso célebre, las costumbres de los antiguos latinos y de esa raza dura que maneja ó manejará indiferentemente, y con igual ardor, el hierro del arado y el hierro de la espada, y que desafía la molicie frigia. Son las costumbres de los antiguos sabinos de las *Geórgicas*, pero con yo no sé qué más áspero y más erizado. Virgilio ha estado afortunado al haber dibujado así el carácter y el tipo del antiguo latino anterior á Eneas, teniendo presente á Ascanio, á aquel favorito de Apolo, á aquel hijuelo de Venus, á aquel antepasado directo de los Julios y de los Césares, que están destinados, particularmente, á suavizar y pulir la rudeza romana:

Ecce Dionaei processit Caesaris astrum.

El libro décimo comienza con una asamblea de los dioses en el Olimpo, con las quejas de Venus, las repriminaciones de Juno y las moderadas frases de Júpiter, el cual, perdida la esperanza de hacer entrar en razón á aquellas diosas rivales, de hacerlas llegar á una transacción ante la lucha y la sangre derramada, declara su firme propósito, en vista de las circunstancias, de dejar hacer, de dejar que las cosas sigan su curso: *Fata viam invenient*, los destinos sabrán hacer luz por sí mismos á través del choque y las vicisitudes de los combates. Sin embargo, Eneas regresa de Etruria por mar, al frente de un ejército cuya enumeración se nos hace de un modo científico: desembarca á la faz de Turno, y á pesar de los esfuerzos de éste; entáblase un combate encarnizado á las mismas puertas de la Ausonia. Aquí se colocan las escenas ó los episodios de Palas, hijo de Evandro, que sucumbe á manos de Turno, después de muchas hazañas; de Lan-

so, hijo de Mezencio é hijo piadoso digno de mejor padre, que acude en ayuda de su padre, herido, y se hace matar por Eneas, cuyo brazo no le hiere sino en último extremo, y como á su pesar.

Este canto puede titularse el canto de Palas y de Lanso. Un pasaje sublime y que arranca lágrimas, como hace siempre lo sublime en Virgilio, es aquel en que el gran Alcides, el antiguo huésped de Evandro, invocado por Palas en el momento de encontrarse con Turno, comprende que no puede salvarse, y derrama lágrimas en el Olimpo en presencia de Júpiter; y Júpiter, que le ve, le consuela diciendo: «*Stat sua cuique dies...* Cada cual tiene su día marcado; el tiempo de la vida es breve para todos y no vuelve; pero extender su renombre por sus acciones es obra de la virtud...» En todo este libro se siente pesar todo lo terrible y fatalmente abrumador de la guerra, esa cruel balanza que ella pasea indistintamente sobre las cabezas, y el Marte, *igual* por ambas partes, como lo decía también Homero, y como lo experimentan hoy en sus luchas todos los pueblos valientes; pero es hermoso en Virgilio, y en esto estriba el secreto de su genio, el haber abierto esas fuentes, esos torrentes de piedad en medio de los horrores de la carnicería. Es nuestro hermano, nuestro compatriota común, aquel guerrero moribundo que con la postrer mirada se queja al cielo y *se acuerda de su querida Argos*.

El canto undécimo, en el que se respira un poco y en el que hay tregua, es el de los funerales de Palas y de los diversos proyectos que se agitan en el consejo del rey Latino. Aquí es donde los embajadores que fueron enviados á Diomedes, fundador de una ciudad no lejana, en la magna Grecia, aportan las palabras justas, moderadas, misericordiosas, de aquel antiguo adver-

sario y enemigo de Eneas, á quien han hecho prudente el tiempo y la desgracia. A los que digan que no es este el Diomedes más natural, el Diomedes de Homero y de la primera edad heroica, respondemos que es una habilidad y un propósito en Virgilio el fundir así en sus descripciones de una edad antigua el espíritu de la civilización más adelantada en que vive y de aquella á la que aspira. En los consejos de Latino se dibuja con un arte infinito el orador insidioso Drances, el enemigo de Turno, recuerdo de aquellos tribunos y de aquellos capciosos agitadores populares á los que Virgilio no halagaba, pero á quienes no ha calumniado tanto que no se crea reconocerlos en semejante retrato. ¿Es ésta, pues, la única vez que en presencia de Turno, es decir, del guerrero arrebatado, apasionado, que va desde luego al peligro, Drances, el orador envidioso y de lengua dorada, en nombre del bien público y del interés de la patria, tratará de poner lazos y redes á través de la marcha del león ó de cerrarle el regreso? Turno, como tampoco Drances, no es el hombre y el héroe de Virgilio; pero enfrente de Drances y de sus malignas tortuosidades, llega uno hasta simpatizar algo con Turno, que, por lo menos, tiene completa franqueza y el esplendor de la audacia. Reanúdase la guerra. Eneas, conduciendo á troyanos y toscanos, acude á sitiar á Laurentum. La guerrera Camila sale al encuentro de la caballería toscana, al frente de la de los valscos. Se encuentra, para final de este canto, el episodio de las hazañas y de la muerte de Camila; ésta, aunque protegida por Diana, no puede evitar la muerte; se deja llevar demasiado lejos por su ardor persiguiendo á un sacerdote frigio cuyas brillantes armas codicia; por amazona y guerrera que sea, siempre aparece la mujer por alguna parte. Esta

heroína Camila, virgen y cazadora, consagrada á Diana como Hipólita, y acompañada por sus ayudantes hembras, es una feliz creación de Virgilio, ó, por lo menos, una imitación de Pentesilea, que ha sabido presentar como original y nueva. Todas las adiciones ó combinaciones novelescas de los modernos, y del Tasso en particular, cuando han creado figuras semejantes, no han hecho que se olvide la silueta de Camila, tan neta, tan pura, á la vez tan correcta y tan aérea.

El libro duodécimo y último es digno de terminar el gran monumento de la poesía latina. Es el canto del último duque, antes de la fusión de los dos pueblos. Turno, á pesar de los presagios, á pesar de las súplicas de la reina Amata, y arrebatándose á la vista de la silenciosa y ruborosa Lavinia, se decide á retar á Eneas con las armas en la mano, á desafiarle en un combate singular. Las condiciones del desafío son solemnemente discutidas. En una grave y hermosa escena ante el altar. al frente de los dos ejércitos, Latino y Eneas sientan los términos de la alianza; aun en caso de victoria, Eneas es modesto; no pretende el imperio para él ni para los troyanos, no pide más que la igualdad, y que se reciban sus ritos sagrados y sus dioses: «En cuanto á mí, yo no pretenderé someter los latinos á los troyanos, ni reclamo el cetro. Que mediante condiciones iguales las dos naciones no vencidas se unan en un pacto eterno. Yo daré las cosas sagradas y los dioses; que mi suegro Latino continúe teniendo las armas y el imperio.»

Sin embargo, Juno, que lo ve todo desde la cima del monte Albano, trata aún de llegar á una ruptura, y promueve el tumulto y la pelea con ayuda de la ninfa Inturna, hermana de Turno. Eneas, herido por

una mano desconocida, se ve obligado á retirarse por el momento del combate. Curado por un bálsamo sagrado que aporta Venus, y dispuesto á volver al campo de batalla, abraza y besa á Ascanio, y pronuncia aquellas hermosas y viriles palabras, en las que dominan la perspectiva de un triunfo oscurecido y la tristeza presente hasta en la victoria: «Aprende de mí, niño, la virtud y el verdadero trabajo; otras te enseñarán la fortuna...» Aquí el choque y el combate de los dos pueblos son mayores que nunca, en vísperas de la unión definitiva: «¿Es posible, ¡oh Júpiter!, que permitáis un encuentro tan terrible y encarnizado entre dos naciones destinadas desde mañana á vivir en una paz eterna?» ¡Eterna pregunta también, y que se dirige á interrogar á la Providencia, sea cual fuere el nombre con que se la salude, sobre el por qué desconocido y el enigma insoluble para nosotros de tantas calamidades humanas! Conmovedoras imágenes se mezclan á la impresión penosa del conjunto, y más de un guerrero se manifiesta ante nosotros en un aspecto particular al morir. Aquel que viene á perecer aquí en esa llanura, habrá escapado á todos los dardos de los griegos delante de Troya; su casa nativa, el techo de sus padres, está allí abajo al pie del Ida; su tumba estará en los campos de Laurento:

... Domus alta sub Ida,
Lycnessi domus alta: solo Laurente sepulchrum!

Hay que llegar, por fin, al duelo terrible entre Eneas y Turno: éste no puede ya eludir el destino. Júpiter mismo se decide á doblegar á Juno, que, enojada, contemplaba el final de la lucha desde lo alto de una nube sangrienta. Júpiter, comprendiendo que es preciso ceder, estipula en nombre de los antiguos latinos; ya no

es aquí, como al principio de la *Eneida*, la diosa de Cartago; es más bien la del antiguo Lacio, la protectora de las costumbres graves y puras, de la castidad del matrimonio, y de la majestad indígena de aquellos pueblos procedentes de la edad de oro. Ella quiere que el nombre de los troyanos no prevalezca y sea abolido; que la lengua, las costumbres, el traje, continúen siendo lo que eran, que la raza romana futura saque del fondo itálico su fuerza principal y su virtud:

Sic Romana potens Itala virtute propago!

No demasiada molicie frigia; lo menos posible de aquella sangre afeminada de los compatriotas de París. En una palabra: Juno no consiente ceder sino mediante condiciones, y manteniendo el honor de la bandera contra Venus. Júpiter sonríe y declara que todo está concedido; sí, los troyanos se fundirán en la masa de la población latina, y ésta continuará dando el tono, imprimiendo el sello de la raza. El vencido Numano, el guerrero muerto por Ascanio, casi ganará su causa en definitiva, y el romano, apenas suavizado por el troyano, continuará siendo, poco más ó menos, lo que era el antiguo pueblo latino de antes. Solamente (y esto es esencial) de la piedad de Eneas y de sus dioses tan queridos, infusos en el Lacio, saldrá un pueblo que será, Júpiter lo dice, el más piadoso de todos los pueblos, que será *más piadoso que los mismos dioses*. ¡Hermoso elogio de los romanos, carácter dominante que, mucho antes de Virgilio, les había reconocido Polibio! Y Juno ganará el ser adorada más religiosamente que nunca. Dicho esto, á Turno no le queda más que caer bajo el brazo de su vencedor, y el poema ha terminado.

Independientemente de la aplicación directa á la cuna de Roma, se desprende una moralidad elevada del personaje y del destino del héroe Eneas en Virgilio; aquellos mismos á quienes les es dado hacer grandes cosas, no las hacen sino incompletamente en la tierra. Eneas, tras muchos esfuerzos y muchos peligros, triunfa de Turno, pero le sobrevivirá poco; gozará poco de aquella patria nueva y de Lavinium, que él fundó; tres años después perecerá en nuevas guerras. En un combate á orillas del río Numico, no se volverá á encontrar su cuerpo, como sucedió con Rómulo, y le tributarán también honores como á un dios. Todo este porvenir mezclado del héroe, palpita en los sentimientos y en las palabras que le atribuye Virgilio; el poeta ha tenido razón al hacerle decir á Ascanio, en su memorable exhortación: «Otros te enseñarán la fortuna... *fortunem ex aliis.*»

Quisiera expresar bien esta moralidad poética de Virgilio en lo que tiene de claro, sin añadir ni quitar nada. Virgilio no hace lo que Lucano, que es un poeta nacido de una escuela y de un sistema. Lucano tiene, si así puedo decirlo, la *teoría del vencido*; está por Pompeyo en contra de César; está, sobre todo, por Catón. Las cosas más bellas del poema *La Farsalia*, se encuentran, tal vez, en el canto noveno, en donde Catón, después de la muerte de Pompeyo, desempeña el personaje principal, y, para no entregar la espada á César, atraviesa el desierto de Libia, sin querer recurrir, sin embargo, al oráculo de Amon, por estar seguro de sí mismo y de su conciencia, el verdadero Dios del bueno. Es una teoría elevada, pero seca y completamente estoica; un sistema noblemente ambicioso y algo fuera de lo natural. La idea de Virgilio es más humana y verdadera; es la idea del triunfo

siempre incompleto, por acabar y mezclado de sombra; son las miserias mismas de la victoria, las lágrimas de Eneas, como las de Pablo Emilio, la triste semejanza y la casi igualdad entre vencedores y vencidos. Virgilio hablaba á un pueblo harto de guerras civiles, y en general, de guerras. Tiene, en sumo grado, el sentimiento de las vicisitudes humanas: «(*Multa dies variusque labor...*) El vencido de la víspera es el vencedor del día siguiente. La fortuna, en sus alternativas, se complace en dar el cambio y en levantar de improviso á los que había hundido.» Esta amplia idea moral, que se desprendía igualmente y emanaba de tantos cuadros de Homero, aparece más concentrada en Virgilio, con mayor reflexión, y en un espejo, por decirlo así, más delineado y mejor definido.

La edad que puede tener Eneas en Virgilio y de cuántos años murió no podría fijarse con precisión, ni aventurarse de una manera seria. Virgilio, sin embargo, ha debido pensar en ello, y esa edad debía estar de acuerdo, según él, con las diversas circunstancias morales del héroe. En la *Iliada*, es decir, hacia el noveno año del sitio de Troya, Eneas está representado como muy joven, si bien ya prudente; está en la *flor de la juventud*, y es rival de Aquiles en cuanto á la ligereza en la carrera. La impresión que hace es la de un guerrero de veintiséis á veintisiete años. Así, pues, tendría por lo menos treinta cuando sucumbió Troya y se llevó á su padre y á sus dioses á través de los mares. Según los historiadores (si es que, en lo referente á Eneas, pueden distinguirse los historiadores de los poetas), no vagó sino dos ó tres años antes de abordar á Italia; pero Virgilio ha supuesto que sus viajes duraron siete años, y que únicamente en el séptimo Eneas llegó á presencia de Dido y se le apareció tan

brillante y tan gallardo, semejante á Apolo por la apostura y la belleza del rostro. Aun cuando no se pueda en semejantes casos decidir nada, desde el momento en que los dioses intervienen y los héroes son mirados con los ojos del amor, no es verosímil dar á Eneas más de treinta y tres años, en aquella entrevista, los cuales, adicionados á sus tres años de guerra y de reinado en Italia, suman menos de treinta y siete años en el momento de su muerte; lo que es un fin bien prematuro, y lo que explica y justifica ese tinte melancólico ó pensativo que el poeta ha dado á toda su persona. El héroe es lo menos afortunado que puede ser un hombre que ha triunfado, que ha llevado á cabo tan grandes cosas y vencido de tan difíciles comienzos. Como padre, tiene el dolor de dejar á su Ascanio huérfano antes de verle aguerrido, y esta tierna y delicada figura que, vista de lejos, corona y domina todo ese vasto edificio severo de la fundación de Roma, tiene una gracia conmovedora. Ascanio es objeto de las solicitudes y de la protección de Venus, como también del interés del lector, tanto y más que el mismo Eneas; es el Astianax y el Telémaco romano.

Terminados estos prolegómenos, ó, como se hubiera dicho antes, después de este bosquejo general, no me resta sino entrar en el análisis del primer libro.

EL PRIMER LIBRO DE LA "ENEIDA,,

I. Los cuatro primeros versos, ¿de quién son?—Cartago desde luego; lisonja romana.—Los dioses de Homero y los de Virgilio.—Los dos Eolos.—Las dos tempestades; la verdad y la habilidad.—Conmovera exclamación de Ulises y también de Eneas.—Saint-Evremont y Gibbon sobre el espanto del héroe.—Largueza de imágenes, grandeza primitiva: el elemento del gusto en el genio.—Cicerón y los lamentos: espíritu monárquico de Virgilio.—Eneas en Africa: la isla y el puerto.—La gruta de las ninfas y el puerto de Itaca.—El paisaje natural y el paisaje compuesto.—La misma caza del ciervo, verdadera ó embellecida.—El *Forsan et haec olim*.

Los cuatro primeros versos no pasan por ser completamente auténticos de Virgilio:

*Ille ego, qui quondam gracili modulatus avena
Carmen, et egressus silvis, vicina coegi
Ut quamvis avido parerent arva colono
Gratum opus agricolis; ut nunc horrentia Martis
Arma virumque cano...*

Parece que la mayor parte de los antiguos que han hablado de la *Eneida* la hicieron comenzar por estas palabras: *Arma virumque cano...* Se dice que los mejores manuscritos comienzan de esa manera. Algunos críticos han considerado esos cuatro versos como indignos del genio de Virgilio. Entre los mismos que los creen de Virgilio, hay quienes piensan, con arreglo á

una antigua tradición, que Vario, el amigo y primer editor del poeta, hizo bien en quitarlos. La razón más poderosa de todas para rechazarlos, dice Heyne, es que son *contrarios al espíritu y á la misma ley del poema épico*, no solamente á la majestad que le es propia, sino á la impetuosidad y el fuego del poeta, cuyo genio, lleno desde luego por la grandeza de su asunto, no debe, en manera alguna, distraerse ni desviar al lector. ¿Lo confesaré, sin embargo? Esta última razón me afecta poco, y si los versos fueran dignos, por lo demás, del talento de Virgilio (cosa que no me corresponde, ni tal vez á ningún moderno, decidir), no veo por qué no hubiera podido el poeta comenzar, esta vez, de una manera en absoluto conforme á su modestia, y dirigiendo una mirada, perfectamente permitida, sobre los pasos y los grados sucesivos de su carrera:

«Yo, el mismo que en otro tiempo he modulado un aire campestre en una sencilla zampoña, y que después, salido de los bosques, he obligado á los vecinos campos á obedecer á un amo, fuese el más exigente, tarea agradable á los labradores; ahora, lo que canto son las armas de Marte, llenas de horror, y al héroe que, desterrado por el destino de las orillas de Troya, fué llevado á Italia, á las márgenes donde será Lavinium...»

Si yo tuviese intenciones de hacer este análisis desde el punto de vista filológico, podría detenerme desde este primer paso y extenderme; presentaría á los hombres más doctos y competentes divididos en sus pareceres sobre la elegancia, sobre la corrección y hasta sobre la latinidad de estos cuatro primeros ver-

sos. Ya he dicho que Heyne los rechaza; Heinsius, Markland, Burmann, los rechazan igualmente; pero Wagner, este hombre hábil que ha sabido perfeccionar el trabajo del mismo Heyne y hacerle más excelente todavía, los cree de Virgilio. Después de Wagner, he aquí á Peerlkamp, el ingenioso editor de Leyde y el depurador rígido, el implacable censor de los textos más clásicos, que los rechaza de nuevo y los borra por veinte razones más rigurosamente deducidas. Así, pues, esos versos que, por una especie de costumbre tal vez, nos parecen agradables, ¿son de Bavio ó son de Virgilio? ¿Son de un inepto gramático? ¿Son de un verdadero poeta? No es buen ejemplo, preciso es confesarlo, ver que, desde el primer paso que se da en un monumento antiguo, se hallan en tan manifiesto desacuerdo los jueces más competentes, los sacerdotes mismos del lugar. ¡Cómo! ¡Peerlkamp y Wagner, esos dos finos conocedores, esos dos intérpretes los más perspicaces (*acutissimi*) de Virgilio, diciendo el uno que *sí* y el otro que *no*! Esto da que pensar á los profanos y á los semi-sabios, y sería capaz de inspirarles dudas, que irían demasiado lejos, sobre nuestra aptitud para juzgar á los antiguos. En cuanto á mí, yo no quiero sacar de esto sino una advertencia, á saber: que es peligroso querer sentenciar sobre cuestiones cuyos elementos más esenciales y más sutiles se encuentran desde hace tiempo como disipados y desvanecidos, y que es más seguro, más útil quizá (dejando que los doctos descifren estos asuntos espinosos), leer y estudiar á los antiguos bajo un aspecto más abierto, más libre, más en relación con nuestra facultad de ver y nuestra manera de sentir.—Continúo:

«Durante mucho tiempo fué llevado de un lado para

otro sobre la tierra y sobre el mar por el poder de los dioses, á causa de la cólera persistente de la implacable Juno; también fué probado mucho y rudamente por la guerra, hasta que logró fundar su ciudad é introducir sus dioses en el Lacio; y de allí ha salido la raza latina, de allí los albanos, nuestros antepasados, y las murallas de la augusta Roma:

.... *Genus unde Latinum,
Albanique patres, atque altae moenia Romae.*

»Musa, recuérdame las causas: ¿en cuál de sus derechos sagrados se sintió herida y por qué injuria pudo la reina de los dioses condenar á un mortal, tan distinguido por su piedad, á sufrir tantos trabajos? ¿Penetran, pues, en las almas divinas cóleras tan grandes?

»Hubo una antigua ciudad, la habitaron colonos sirios; Cartago, enfrente de Italia y mirando desde lejos las bocas del Tiber, opulento y ardiente á la vez en las pasiones de la guerra. Dícese que Juno la adoptó por morada, con preferencia á todos los otros lugares de la tierra, y hasta á su querida Samos. Allí estaban sus armas, allí estaba su carro; aquel lugar es el que la diosa, por poco que se prestasen los destinos, preparaba y deseaba á todo el universo. Pero he aquí que ella había sabido que de la sangre de los troyanos debía salir una raza que, un día, derribaría las murallas sirias; que de allí un pueblo omnipotente, rey y glorioso en la guerra, saldría para la ruina de la Libia; que así lo hilaba la rueca de las Parcas...»

Y Juno, en quien no han dejado de agitarse y de vivir todas las causas de ira y odio que le habían animado contra Troya, el juicio de Paris, aquel despre-

cio declarado de su belleza, y hasta el antiguo rapto de Ganimedes (de la raza de Tros); Juno, por todas estas razones antiguas y nuevas de odio, prosigue su venganza, y desde hace años, extravía y pasea á los desgraciados troyanos por todos los mares, dejándoles todo la más que puede del Lacio:

Tantae molis erat Romanam condere gentem!

«¡Hasta tal punto era una ruda tarea el fundar la nación romana!»

Desde estos principios, se ve lo acentuado que está el carácter nacional del poema; por todas partes así, á cada paso y en cada punto saliente de la composición, flotar á la predicción romana. Es el fin de Virgilio. Imitar lo más posible á Homero, sacar el mayor botín, en comparaciones, en imágenes, en colores de todas clases, la mayor cantidad de cosas, pero para enriquecer el Capitolio; y bajo este aspecto hay que considerar siempre el poema de Virgilio. Y, así como en la Edad Media se dice que los manuscritos preciosos estaban atados por una cadena á las paredes del convento ó de la catedral á que pertenecían, así el poema de la *Eneida* puede presentarse ante nosotros como atado y sujeto para siempre por una cadena de oro al mármol del Capitolio; es una parte del monumento.

Urbs antiqua fuit... Carthago!

¡Qué lisonja más grata para los romanos esa palabra *fuit*; comenzar la narración recordando que aquella altiva rival ha sido, que ya no es, y decirlo con la conciencia (porque Virgilio la tenía) de que se habla en el seno y en el nombre de la Ciudad Eterna!

Juno está aquí representada como la diosa de Cartago; más adelante será la diosa del antiguo Lacio, donde reinó Saturno, su padre. Ella es del partido de todo lo que puede oponer un obstáculo á los troyanos, á la resistencia troyana. Virgilio pone un gran cuidado en hacer obrar á los dioses y en motivar su conducta; no pudiendo concederles toda la razón que quisiera, les da, por lo menos, la lógica. Aquí ha reunido y resumido todos los motivos de queja de Juno; no le convencen, sin embargo, y exclama: *Tantae animis coelestibus irae!* En Homero tendremos pronto ocasión de ver que los dioses son, ó por lo menos parecen, más naturales, porque el poeta no se aparta en ningún momento de ellos y de su acción para juzgarla. Hay en el arte, y en el mismo cuidado de Virgilio, algo que indica que él compone á los suyos. Juno reaparece en el poema en todos los momentos decisivos para prolongarle y hacerle durar más tiempo. Se ve demasiado que ella es el gran recurso de la acción.

En cuanto Juno ha observado que los troyanos acaban de hacerse á la vela y salen de Sicilia con rumbo á Italia, se dice que eso no puede ser, y que en ello están comprometidos su honor y su autoridad de diosa. Se lo dice en este célebre monólogo:

«¡Cómo! ¿Voy á desistir, á reconocerme vencida en mi empresa y á no poder apartar de Italia al rey de los troyanos? Dirán que me lo impiden los Destinos. ¡Qué! ¡Palas pudo quemar toda la flota de los griegos y sepultarlos á ellos en las olas, y esto por la falta y la locura de Ajax solo, hijo de Oilea! Pudo, lanzando por sí misma desde lo alto de las nubes los rayos de Júpiter, dispersar sus naves y desencadenar contra ellos el furor de las olas; y á él, con el corazón traspasado y vomitando llamas, le arrebató en un torbe-

llino y le clavó en la punta de una roca; ¡pero yo, que marchó como reina á la cabeza de los dioses; yo, la hermana y esposa de Júpiter, me veo reducida durante tantos años á hacer la guerra á una sola nación! ¿Y quién querrá en adelante invocar la divinidad de Juno, ó sacrificar como suplicante en sus altares?»

Este monólogo de Juno se resiente y procede directamente de dos pasajes de la *Odisea*, en los cuales Neptuno dice algo semejante; pero lo dice con una candidez, que Virgilio no ha creído deber observar en el mismo grado. Neptuno es el gran enemigo de Ulises, el cual dejó ciego al hijo de aquél, el ciclope Polifemo, y le persigue sin descanso en su furioso elemento. Pero se ha ausentado del cielo; en éste también hacen mal los que se ausentan, y Ulises se ha aprovechado del sentimiento general de piedad que ha inspirado á todos los otros dioses. Neptuno, al volver del país de los etíopes, adonde fué á regalarse con hecatombes, se encuentra con que Ulises se ha marchado de la isla de Calipso en la nave ó almadía que ha fabricado, y se halla al final de una navegación feliz:

«Vió á Ulises bogando sobre el mar; enojóse su corazón, y, meneando la cabeza, se dijo para sí: «¡Diantre! Preciso es que los dioses hayan mudado de parecer respecto de Ulises, mientras estaba yo entre los etíopes»; y en efecto, ahí está, cerca ya de la tierra de los feacios, en donde el Destino ha fijado el término de sus calamidades; pero yo digo que de aquí á allí experimentará aún bastantes desgracias.» (Canto V).

Y por segunda vez, en los momentos en que Ulises es conducido á Itaca por los feacios, y depositado por

ellos en la ribera, durante su sueño, vuelve á decirse (canto XIII):

«Sin embargo, Neptuno no se olvidaba de las amenazas que había proferido contra el divino Ulises, é interrogaba el pensamiento de Júpiter: «Padre Júpiter, ya no seré honrado entre los dioses inmortales, puesto que los humanos mismos, los feacios, no me honran, aun cuando ellos, sin embargo, son de mi raza.» Y en efecto; bien me decía yo que Ulises, después de haber sufrido muchos trabajos, volvería á su casa, y yo no pretendía entorpecerle en absoluto el regreso, puesto que tú se lo prometiste desde el principio y yo consentí en ello. Pero he aquí que ellos, conduciéndole mientras dormía en una rápida nave, le han depositado en Itaca y le han colmado de presentes, acero y oro en abundancia, y trajes de un rico tejido, en tal cantidad, que Ulises jamás hubiera traído tanto de Troya, si hubiese regresado sin accidentes después de haber recibido su parte de botín.»

Y Júpiter, amo de las nubes, le responde diciendo: «Pero ¿qué estás ahí diciendo, poderoso agitador de la tierra? Los dioses no te honran menos; y sería muy injusto, en efecto, arrojar el deshonor sobre ti, uno de los más antiguos y más poderosos. Que si alguno de los hombres, confiando en su fuerza y en su poder, no te honra, siempre tienes seguridad de vengarte en lo futuro. *Haz, pues, lo que gustes, y lo que sea agradable á tu corazón.*»

Y Neptuno al instante imagina una venganza.

El Júpiter de Homero, en este caso, es más acomodaticio y menos *razonable* que el Júpiter de Virgilio, que presentará objeciones á los furores de Juno. En

Horacio, no hace ninguna á la cólera de Neptuno, como tampoco á la del Sol, cuando éste, furioso porque los compañeros de Ulises le hayan matado sus bueyes en Sicilia, amenaza, si no obtiene en seguida venganza, con sumergirse en el reino de Pluton, y no volver á lucir sino para los muertos. Júpiter le tranquiliza con una palabra, le invita á que continúe brillando para los inmortales tanto como para los hombres, y le promete tronar al instante, lo que no tarda, en efecto (1).

Homero ha presentado á los dioses como se les concebía en su tiempo, alternativamente dulces, bruscos, coléricos, personales, dotados en el más alto grado de pasiones humanas, pero con facultades y fuerzas sobrenaturales; no parece preocuparse nunca de las consecuencias que un burlón encontraría. Virgilio, al recibir los dioses tales como se los daba la tradición, los cuida como alguien que no cree en ellos, y que ha venido después de Cicerón y César—como quien diría después de Voltaire.

Homero no cuidó tanto á los suyos, porque creía en ellos ó porque se creía en torno de él. Del mismo modo en la Edad Media (si se permite establecer la comparación) se tomaban mil familiaridades con Dios y con los santos, familiaridades que entonces no tenían consecuencias y que se suprimieron después, cuando

(1) Júpiter hace, sin embargo, en la *Iliada* (canto IV), algunas objeciones á Juno, ¡pero en qué tono y de qué manera! «Mala, ¿qué mal tan grande te han hecho Príamo y los hijos de Príamo, para que te ensañes sin descanso en arrasar tan de completo la noble ciudad de Ilion? Si, una vez dentro de las puertas y de las grandes murallas, te comieres crudo á Príamo y á los hijos de Príamo, y á los otros troyanos, únicamente entonces se curaría tu rencor...» Y se lo otorga de guerra harto, *de buen grado, pero con su alma involuntaria.*

llegaron los reformadores ó los filósofos y disminuyeron las creencias.

Homero, digo, tiene sobre los dioses la idea de su época, según las cuales se les atribuía sabiduría sin duda, previsión, poder, pero al mismo tiempo las pasiones y las costumbres humanas, festines, cantos, amores, y la afición á todas estas cosas; viven en un piso superior al de la humanidad, esto es todo. «Hambre terrible, dice Minerva á Ulises, que trata en una ocasión de disimular con ella, bien hábil sería el que te aventajara en toda clase de artificios, aunque fuese un dios en persona... Pero dejemos entre nosotros las palabras engañadoras, porque en materia de astucias, de exquisiteces y de bellos discursos, somos maestros, y nuestra reputación está hecha; tú, entre los hombres; yo, entre los dioses.» Pero al lado de estas ingenuidades, de estas costumbres completamente humanas, que tienen, por lo menos, la ventaja de hacer dioses en extremo naturales y vivientes, los rasgos grandiosos, magníficos, salen en seguida y abundan, rasgos que nada iguala y que después no se ha podido hacer más que reproducir como imágenes de lo sublime. En el primer libro de la *Iliada*, cuando Júpiter, ante las súplicas de Thetis para que venga á Aquiles y hiera á los griegos, lo hace á su pesar y resistiéndose, porque teme, dice, que Juno se enfade y le infiera alguna ofensa en presencia de los dioses, inmediatamente después de esta idea de una disputa casera, vuelve á hacer aquel gran signo temible, infalible, que sanciona para siempre su promesa, aquel movimiento

... De sus negras cejas
Que hacen temblar á los cielos en sus polos,

majestuoso, augusto y sencillo que Fidias no pudo me-

nos de tener siempre presente, cuando representaba con el cincel al amo del trueno. Y Minerva, la Minerva de los combates, «lanzándose desde las cumbres del Olimpo con la rapidez de un astro de fatal presagio del que brotan mil chispas, y que cae en medio de los dos ejércitos»; y Neptuno «que no da más que tres pasos y al cuarto está ya al final de su carrera»; todas estas imágenes se han hecho inseparables de la idea que se tiene del genio de Homero, como de la que nos ha dado de sus dioses. Añadid á esto, á cada momento, grandes pensamientos morales que les son atribuidos, pero que están frecuentemente dañados y cortados por las pasiones. Tal es, en su conjunto, la mitología primera de Homero y de su época.

Virgilio trata de salvar, de la mejor manera posible, esos contrasentidos; á través de las imitaciones y las copias continuas, el balance de su Júpiter es más igual y recibe sacudidas menos bruscamente contradictorias que en Homero. Está más cerca de hacer de su Júpiter el supremo sabio, sonriendo con indulgencia á las pasiones de que es testigo, encontrando en caso de necesidad palabras de una sublime melancolía frente á las sentencias del Destino. En fin, aun allí donde los dioses ó diosas se entregan más á sus rencores y á sus arrebatos, les conserva lo que ya era nobleza de tono, y les presta la cualidad romana, la gravedad.

Mediante esta comparación de los dioses de Homero y de Virgilio, y haciendo entrar en la cuestión á Racine, que, sin ser en ninguna otra parte igual á Virgilio, le es superior en una sola obra, en *Atalia*, á causa de la superioridad del dogma hebraico y cristiano; resumiendo ese triple punto de vista, se ha podido decir:

«Virgilio sostiene á sus dioses; Racine es llevado por el suyo.

»Homero, en sus incoherencias ingenuas, iguala la grandeza divina allí donde puede, y según que la imaginación humana entregada á ella misma se lance con poderosa impetuosidad, salvo volver á caer después.»

Ahora bien; Juno (porque en ella hemos quedado), para dar curso á su venganza, va á buscar á Eolo, el dios y guardián de las tempestades, que reina en Eolia.

Hay un Eolo en Homero, aquí veis otro desde luego en Virgilio; vamos, al estudiar su diferencia, á comenzar á coger en toda su precisión el procedimiento del arte virgiliano.

Porque puede notarse desde ahora lo que vamos á comprobar á cada paso al avanzar en la lectura de este libro; el primer libro de la *Eneida* es el que permite estudiar mejor el procedimiento de imitación homérica de Virgilio. Nada más natural: el poeta, al comenzar, estaba lleno de Homero y como con prisa de emplear y colocar bien todos sus tesoros de recuerdo. De igual suerte en la égloga tercera, una de las primeras en fecha, se mostró apresurado para colocar las bellezas de Teócrito y combinarlas con sus propias impresiones.

Todos recuerdan el Eolo de Virgilio. La semblanza que de él hace el poeta es grande, noble, firme, precisa, majestuosa. Eolo reina en la patria de las tempestades: es el rey de los vientos, á los que guarda encerrados, anhelantes, en una inmensa caverna; tiene el cetro colgado de lo alto de una roca; suaviza, atempera, reprime los furioses y las impacencias de su pueblo indócil, que si todo él se desencadenase, sería capaz de barrer una vez más el cielo, la tierra y el mar, y producir el caos. Júpiter, con su previsión, ha puesto orden en ello: ha reunido los vientos, los ha aprisiona-

do en antros bajo masas enormes de montañas y les ha dado un rey.

A ese rey, á ese dios subalterno se dirige Juno; le significa en dos palabras su designio: «*Æole, namque tibi...* Tengo enemigos que navegan en este momento por el mar de Toscana; desencadena contra ellos los vientos y ahógales; rompe ó dispersa sus naves. Tengo catorce Ninfas hermosísimas; te ofrezco la más bella de todas, Deyopea, por esposa y fiel compañera.» Hasta en este último ofrecimiento, que está imitado del que Juno hace al Sueño (en el canto XIV de la *Iliada*) para seducirle y decidirle á que duerma á Júpiter, se nota más sobriedad y, si puedo decirlo, carácter romano; en una palabra, es más bien que una seducción, una orden dada por la mujer del amo soberano, una orden con promesa de una recompensa digna.

«Vaya, decía la Juno de la *Iliada* al Sueño, te daré una de las Gracias más jóvenes para que te cases con ella y sea tu compañera, á Pasitea, á la que desees todos los días de la vida.»

Y la Juno de la *Encida* dice á Eolo:

«Tengo catorce Ninfas de cuerpos soberbios, de las que elegiré á la más hermosa, á Deyopea; la uniré contigo en legítimo matrimonio y la haré tuya únicamente, para que en recompensa de tal servicio pase contigo años sin fin y te haga padre de una hermosa posteridad.» Se nota la diferencia; cada palabra está indicada, *stabili, propriam...* La mujer prometida á Eolo será como una matrona romana, una *mater familias* del buen tiempo; lo que garantiza *Pronuba Juno* es la fidelidad, la concordia, la perpetuidad del vínculo. La idea de posteridad y de fecundidad domina y rechaza el pensamiento excitador del placer.

Eolo se limita á dar á Juno una breve respuesta: «A ti, ¡oh Reina!, incumbe saber las razones de tus órdenes; á mí, simplemente ejecutarlas; te lo debo todo; debo á tu protección lo que soy, mi parte de soberanía, de poder, mi favor cerca de Júpiter y el derecho á sentarme en los festines de los dioses.» Dice, y con la punta de su lanza golpea en el flanco de la montaña, y por la abertura salen y se precipitan los vientos en tropel; al instante, la flota de Eneas es presa de la tempestad.

El Eolo de Homero, en la *Odisea*, ofrece un carácter muy diferente. Ulises refiere sus aventuras á los principales feacios, en la mesa de Alcinoos; ha dicho cómo consiguió escaparse, con gran trabajo, de la isla de los Cíclopes y de manos de Polifemo, después de haber perdido varios de sus compañeros:

«Llegamos, continúa, á la isla de Eolia; allí habitaba Eolo, hijo de Hipotes, querido por los dioses inmortales, en una isla flotante. Está toda ella rodeada por un muro de bronce inrompible; un elevado acantilado liso la protege. Doce hijos suyos habían nacido en aquellas moradas, seis muchachas y seis mancebos, que estaban en la flor de la juventud. Allí dió sus hijas á sus hijos en matrimonio, y todos, sin descanso, al lado de su querido padre y de su venerable madre, disfrutaban y les sirven abundantes regalos. El patio de la casa, donde humean las viandas sabrosas, resuena todo el día, y por la noche duermen al lado de sus pudicas esposas, en tapices y lechos esmerados. Llegamos á su ciudad y á sus hermosas viviendas. Durante todo un mes me festejó, me hacia mil preguntas sobre Ilión, sobre la flota de los griegos y su regreso, y yo le respondía lo procedente sobre cada punto. Pero

cuando le pedí que me dejase marchar y solicité su ayuda, no me lo negó y me preparó un socorro. Me dió una odre hecha con la piel de un buey de nueve años, y dentro ató todos los aires de los rugientes vientos, porque Júpiter le había nombrado intendente de los vientos, con poder de contener y excitar al que quisiera, y en la nave vacía lo ató con una cuerda brillante, de plata, á fin de que ninguno soprase ni siquiera un poco. Sin embargo, hizo soplar ante mí el hálito del Céfito, á fin de que nos elevase á las naves y á nosotros. Pero no debían servir sus precauciones, porque nosotros mismos nos perdimos por nuestra imprudencia. Durante nueve días, navegamos constantemente noche y día; al décimo, aparecía ya ante nuestros ojos la tierra de la patria, y ya distinguíamos á los que encendían los fuegos, y que estaban muy cerca. Entonces se apoderó de mí un dulce sueño, abrumado de cansancio como estaba, porque siempre había llevado en mis manos el timón de la nave, y nunca lo confié á ninguno de mis compañeros, á fin de llegar más pronto á la tierra de la patria...»

Durante este sueño tan natural y tan fatal en el último momento y á la vista del puerto, es cuando los compañeros de Ulises, creyendo, al ver la cuerda de plata, que traía muchos tesoros y muchos presentes de Eolo en el odre, se dicen:

«¡Oh dioses! ¡Feliz el hombre que es así agasajado y honrado por todos aquellos á quienes visita! Ya traía de Troya su rica parte de botín, muchos objetos de valor, mientras que nosotros, que hemos hecho el mismo camino, volvemos á casa con las manos vacías, y ahora he aquí que Eolo, para festejarle, le ha dado

todas esas cosas. Vaya, apresurémonos á ver lo que es y todo lo que haya de oro y plata en el odre.»

Vence este consejo de la envidia, de la curiosidad maligna; desata el odre y se escapan todos los vientos; desencadénase una horrible tempestad que los arroja lejos de Itaca:

«Pero yo, al despertarme, dice Ulises continuando su relación, estuve dudando en mi alma sin culpa, entre terminar arrojándome de la nave al mar, ó sufrir en silencio mi desgracia y permanecer aún entre los vivos. Me decidí á sufrir y permanecer, y me eché envuelto en la nave. Nuestras embarcaciones fueron de nuevo llevadas por el furor de los vientos hacia la isla de Eolia; los compañeros lanzaban gemidos. Allí, desembarcamos en la orilla é hicimos aguada. Los compañeros pusiéronse á comer en seguida cerca de las naves; después, cuando hubimos comido y bebido, yo, en unión de un heraldo y de un compañero, me dirigí á las brillantes moradas de Eolo; le encontré en un festín, al lado de su esposa y de sus hijos. Una vez llegados, nos sentamos en el umbral de la casa, entre los pilares de la puerta. Y ellos se asombraban en su espíritu y nos interpelaban: «¿Cómo has venido, Ulises? ¿Qué mal Genio te ha tocado? Nosotros te enviamos, sin embargo, con toda suerte de cuidados, para que llegases á tu patria y á tu casa, y al lado de todo lo que te es querido.» Así hablaban ellos. Pero yo respondí, con el corazón henchido de suspiros: «Miserables compañeros han causado mi desgracia, y, además, un sueño cruel. Pero remediadlo, amigos; porque está en vuestras manos.» Así dije yo, atacándoles con dulces palabras. Pero permanecieron mudos, y el

padre me respondió de esta manera: «Vete pronto fuera de la isla, el más infame de los vivos; porque no me está permitido atender ni ayudar á un hombre que es odiado por los dioses bienaventurados. Vete, puesto que has venido aquí, tú, el odiado por los Inmortales.» Hablando así, me arrojó de la casa, gimiendo profundamente; nos volvimos á hacer á la mar, etc.»

Esta idea de falta y de crimen que se atribuye á la mala suerte, á una desgracia tenaz; la idea de que un hombre constantemente desgraciado debe merecerlo, es natural y conforme á la superstición primitiva. Ulises no parece asombrarse como ante una rudeza, ni guardar rencor á su antiguo huésped. La diferencia de los dos Eolos salta á la vista; no tienen de común más que lo de presidir los vientos. El de Homero, cuando está entregado á sí mismo, es un buen hombre, más bien intendente que rey, verdadero patriarca que vive en familia, y que, en el seno de su isla escarpada, al abrigo de su muralla de bronce y de su costa de hierro, no conoce sino alegría, bienestar y buena mesa; lleva, como se dice, *vida que dura*. La odre con que gratifica á Ulises, al marchar, es de una invención picante y capaz de dar envidia á un Atiosto; la manera cómo salen de ella los vientos por la imprudencia de los marineros, es tan sencilla y tan bien llevada, que da un aspecto de verosimilitud á la fábula. ¡Qué distancia hay de esto al Eolo severo de Virgilio, á ese dios subalterno, sombrío, poco curioso, un tanto aburrido en su roca! La ruda disciplina romana ha pasado sobre la frente del Eolo de Virgilio y ha impreso en ella su sello; es uno de esos jefes, como se ha dicho de Burro, que hubieran podido envejecer

en los honores oscuros de alguna legión, y á quien el jefe supremo ha colocado de comandante absoluto en un puesto de los más importantes, tan pronto á obedecer como á ser obedecido. Hay en él algo del centurión ó del tribuno, de soldado ennoblecido, divinizado. Preside su acción una dignidad sobria y completamente militar; el ademán, con el cual golpea con su cetro ó con su lanza el flanco de la montaña, para dar salida y orden á los vientos, ofrece un singular contraste con el hilo de plata de la odre que desatan en Homero. Virgilio le ha asignado, como debía, un papel de tipo heroico. La gravedad romana, como ya lo he indicado, se manifiesta desde este principio; no permitía, aun cuando el lugar se hubiera prestado á ello, las alegrías griegas, la fantasía. Longino, al citar esta historia de la odre y las otras invenciones del mismo género que se encuentran en la *Odisea*, las trata con bastante severidad, ó por lo menos, ligeramente; y en realidad, dice, no puede dar otro nombre que el de puros sueños de Júpiter. Longino (ó el autor, cualquiera que sea, del *Tratado de lo Sublime*) es un crítico ya señalado por la gravedad romana. Aristóteles lo ha juzgado mejor, y ha sentido todo lo que en estos pasajes, que no son del dominio de la razón ni del sentimiento, ha prodigado la imaginación en colores y en bellezas: «Homero ha enseñado también á los otros, en grado sumo, á decir las cosas falsas como conviene.» Y, en efecto, estas partes fabulosas de la *Odisea* son, ante todo, divertidas; se ve en ellas una maravillosa mezcla de novela, de verdad, como en los cuentos de un viajero que viene de lejos y está bien seguro de ser escuchado; lo inverosímil mismo toma un aspecto natural, y una cosa hace que pase la otra, gracias á la expresión viva y verdadera que anima el todo.

Virgilio, en la *Eneida*, perseguía otro fin distinto, y camina hacia él con fuerza y concisión. Todos los vientos escapados del antro de Eolo se entrechocan y levantan las olas. (*Ac venti velut agmine facto...*):

«Dice, y de un revés de su lanza golpea la montafia por el flanco; y los vientos, formando como escuadrón, se precipitan por la salida que se les ha dado, y cubren la tierra con su torbellino. Se abaten sobre el mar, y le trastornan por completo desde el fondo de los abismos;—á la vez el Eurus y el Notus, y el viento de Africa frecuente en huracanes,—y lanzan contra las costas olas monstruosas. Mézclase en seguida á esto el grito de los hombres y el crujir de los aparejos. En un instante las nubes han arrebatado el cielo, y el día de los ojos de los troyanos; una noche negra pesa sobre las ondas; la bóveda celeste ha tronado, y hienden los aires relámpagos frecuentes; todo presenta ante los hombres la muerte amenazadora.

»Ante este espectáculo, Eneas se siente como paralizado por el frío en todos sus miembros; gime, y, alzando sus dos manos hacia los astros, profiere estas palabras: «¡Oh tres y cuatro veces felices aquellos á quienes, ante la vista de sus parientes, al pie de las altas murallas de Troya, les fué dado sucumbir! ¡Oh el más valiente de los griegos, hijo de Tideo, que no haya podido yo también caer en los llanos de Ilion y derramar mi sangre á tus manos, allí donde yace el terrible Héctor muerto por Aquiles, allí donde yace el gran Sarpedon, donde el Siensis arrastra y se lleva en sus ondas tantos escudos y cascos y cuerpos de héroes!»

Sin embargo, la tempestad continúa en aumento. La mayor parte de las naves que componen la flota de

Eneas se encuentran dispersadas; unas son arrojadas contra los arrecifes, otras van á encallar en las costas de Africa, en bancos de arena; una de las naves naufraga á la vista:

«Una de las naves, la que llevaba á los licios y al fiel Orontes, recibe un violento golpe de mar, pasando las olas de la proa á la popa, á la vista misma de Eneas; el piloto es arrebatado por las aguas, y en cuanto á la nave, después de girar sobre sí misma, es arrastrada al abismo. No se ven más que algunos hombres que luchan sobre las olas, armas, remos, planchas flotantes, y los restos de las riquezas de Troya.»

¡Admirable descripción, grabada para siempre en todas las mentes! ¡Cuadro grande, sencillo, verdadero, en donde nada huelga, en donde todo se sucede con un arte tan perfecto, que no se piensa más que en la espantosa realidad al leerlo! Y, sin embargo, nos encontramos aquí entre los recuerdos de Homero á cada paso, á cada palabra. Penetremos en la obra, y apodémonos del arte de Virgilio en el momento en que es tan profundo que desaparece.

Y no pretendemos actuar de críticos de pura erudición. Todas las imitaciones de Virgilio están desde hace tiempo conocidas. En cuanto apareció la *Eneida*, fué inmediatamente atacada desde este punto de vista y tuvo sus detractores. Se cita á un Perilio Faustino, que había reunido todas las imitaciones y, como él decía, los *robos* de Virgilio; un Quinto Octavio Avito publicó también libros con este denigrante fin. Homero era, sobre todo, el arsenal á que se acudía, demostrando lo mucho que Virgilio había tomado de él.

Encontramos en Macrovio numerosos capítulos consagrados á comparaciones de este género, y con un espíritu equitativo, por lo demás, y bastante juicioso. Entre los modernos del siglo XVI, el docto Fulvino Ursino publicó un libro que es una recopilación completa de los pasajes imitados por Virgilio; de ahí se han sacado los materiales para muchas obras de una erudición en adelante fácil. Parece que se ha dicho todo ya sobre Virgilio y su *Eneida*; tal vez no queda más que una nueva por hacer: presentar á Horacio en toda su amplitud al lado del poeta romano, no recogiendo y oponiendo los paisajes aislados, sino desarrollándolos con método, y penetrando en el espíritu de las épocas, de las civilizaciones y de las poesías diferentes. Este es, hasta cierto punto, el programa que nos ha sido trazado por el ilustre crítico Heyne. Hablando de estos libros numerosos, en dos que se hacen paralelos entre Homero y Virgilio, dice: «Me enoja ver á hombres sabios dedicarse á esa obra, por lo general con un espíritu de pasión y de parcialidad contra uno ú otro de los dos poetas (como, por ejemplo, Scaliger, que ha llevado la devoción virgiliana hasta una manía antihomérica), y no ocuparse más que en rebajar á uno, exaltar al otro, todo ello sin tacto y sin justicia. Se detienen en palabras, en versos tomados uno á uno, aisladamente; no consideran el conjunto del poema y el concierto de las partes, y pierden así de vista el elemento esencial, que habría que tomarse en consideración. En Francia, sobre todo, se ha hecho harto poco de lo que recomienda Heyne; se tenía que vencer más de un prejuicio de gusto, de educación y casi de familia; se apreciaba demasiado en Francia la religión de Racine para no inclinarse con predilección del lado de Virgilio. Averiguaremos más adelante, y

trataremos de deducir todas esas razones francesas que se opusieron durante tanto tiempo á una comparación perfectamente libre y equitativa. Hoy se encuentra uno en condiciones de comprender, de admirar plenamente á Homero. Terminado nuestro estudio, no admiraremos menos á Virgilio, le admiraremos tal vez de otra manera; admiraremos más á Homero. Nos formaremos, sobre todo, una idea cada vez más clara de lo que es, en su ejemplar más bello, la noble poesía del siglo de Augusto, que es bastante parecido en esto al siglo de Luis XIV, y de lo que es en su origen la poesía elevada en las edades primitivas, á las que no se podía dar mejor nombre que el de homéricas. El repentino desencadenamiento de los vientos, su conflicto, la furiosa tempestad, el espanto de Eneas, sus mismas palabras en aquel momento y su pesar por no haber muerto en los campos de Troya, todo esto está imitado del libro quinto de la *Odisea* y de lo que sucedió á Ulises después de su marcha de la isla de Calipso. Pero se necesitó mucho arte y habilidad para no forzar las cosas, para desviarlas y aplicarlas tan exactamente á Eneas, que se encuentra en una situación diferente.

Ulises ha conseguido por fin marchar de la isla de Calipso, en donde, á pesar del amor de la bella diosa, pasaba los días llorando y suspirando por su Itaca; se ha embarcado solo en una nave que él mismo ha construido, y provisto por ella de víveres y de toda suerte de buenas advertencias, navega felizmente durante diez y siete días completos; al décimotavo, descubría ya las montañas de la tierra de los feacios, que se le aparecían desde lejos como un escudo en la superficie de las aguas, cuando Neptuno, de regreso del país de los etíopes, le ve, profiere las coléricas palabras que

precedentemente he citado, y levanta en seguida una tempestad:

«Habiendo hablado así, amontonó las nubes y agitó el mar, cogiendo con sus manos su tridente, y excitaba todos los soplos impetuosos de las mil clases de vientos, y cubrió de nubes la tierra y la mar. La noche se precipitó desde el cielo. Lanzáronse á la vez el Eurus y el Notus, y el violento Céfito y el Bóreo que barre el éter, levantando enormes olas. Y entonces las rodillas de Ulises y su querido corazón sintieron frío, y gimiendo, dijo en su magnánima mente: «¡Ay, desgraciado de mí! ¿Qué va á sucederme con este último golpe? Temo, en verdad, que la diosa me haya hablado con toda verdad cuando me dijo que antes de llegar á la tierra nativa, se colmaría en el mar la medida de los males; he aquí ahora que todo se realiza. ¡Tres y cuatro veces felices los griegos que murieron en la vasta llanura de Troya sirviendo á los Atridas! ¡Ojalá hubiera podido yo morir y terminar mi destino el día en que los troyanos en masa me arrojaban sus flechas en torno de Aquiles muerto! Entonces hubiera obtenido funerales y los griegos hubieran celebrado grandemente mi nombre. Pero ahora está decidido que moriré de una muerte miserable.»

A propósito de la tempestad hay que pasar á otro lugar de la *Odisea*, al libro XII; se trata también de Ulises, pero en una circunstancia anterior de su vida, y que refiere más adelante cuando llega á su patria. Sus compañeros, durante su estancia en Sicilia, se comieron, á pesar de su prohibición, los bueyes del Sol, y apenas embarcados, Júpiter les hiere y les castiga con una tempestad; encuéntranse en ella algunos de

los rasgos, singularmente pintorescos, que Virgilio ha imitado en el naufragio de la nave de Oronte:

«Cuando habíamos abandonado la isla (es Ulises el que habla) y cuando ya no veíamos ninguna tierra, sino solamente el cielo y el mar, el hijo de Saturno, Júpiter, cernió una nube negra por encima de la nave, y la mar se oscureció en derredor. La nave no bogó mucho tiempo; porque en seguida vino silbando el céfiro con un rápido torbellino. La fuerza del viento rompió las dos cuerdas que sostenían el mástil; cayó y fué á heír en la proa al piloto rompiéndole casi todos los huesos; y éste cayó al agua y desapareció. Júpiter tronó al mismo tiempo y lanzó el rayo sobre la nave, á la cual dió una vuelta en redondo y se llenó de azufre; mis compañeros cayeron de la nave. Semejantes á cornejas, en torno de la negra embarcación, eran llevados por las olas; y un dios les quitaba el regreso.»

Me detengo en esta traducción en lo que se ha convertido en Virgilio en el *Rari nautes*, y tomando comparativamente los dos cuadros, deduciré algunas de las observaciones que su análisis exacto debe hacer.

Nótase, desde luego, una diferencia. En Homero se conoce ya á Ulises en el momento de esta tempestad; interesa, ha errado mucho, se le ha visto sentado llorando en la playa y muriéndose de nostalgia, en medio de las delicias ociosas de que le rodea Calipso. Se le ha visto construir activamente con sus manos aquella industriosa nave que un golpe de mar va á romper. Está solo á bordo, poseído de un vivo deseo y de una esperanza inquieta, y si palidece, si siente desfallecimiento y una mortal angustia en su corazón magnánimo en el momento en que ve que se le escapa una

vez más aquella tierra que ya vislumbraba, todo esto es natural, todo esto se concibe en un hombre, aunque sea un héroe. ¡Y qué bien traída y motivada está la patética exclamación *Tres y cuatro veces felices...!* Lamenta no haber muerto con la muerte de los bravos, en un día de gloria. El mismo día en que combatió tan generosamente al lado de Ajax, para defender contra los troyanos el pueblo de Aquiles y en el que, á pesar de estar herido, perseguía con su lanza al que se atrevía á acercarse. Y no solamente la gloria de una muerte honrosa es lo que echa de menos ante el aspecto lívido del naufragio; son los funerales tan esenciales al descanso como al honor de los muertos, según las ideas de los antiguos.

La exclamación de Ulises *Tres y cuatro veces felices...*, dió lugar un día, y antes de Virgilio, á una aplicación desgarradora y heroica. Era en el saqueo de Corinto. El romano Munio, que sabía qué ciudad era aquella de que había triunfado, y el cual no era tal vez tan indigno como se ha dicho de apreciar la civilización y maravillas de la misma—cuando la ciudad fué tomada—adivinando con una mirada, entre los vencidos y los prisioneros, á los hijos de los hombres libres que habían aprendido las letras, invitó á uno de aquellos niños (como para asegurarse de su educación y de su cultura) á que escribiera delante de él algunos versos. El niño, sin vacilar, escribió los versos de Homero: *Tres y cuatro veces felices los griegos que murieron en la vasta llanura de Troya...* Habiendo hecho que se los explicasen, se dice que Munio se conmovió y derramó lágrimas; dió libertad á todos los parientes del generoso niño. Virgilio, se concibe, tenía prisa de colocar y aplicar, á su vez, estos hermosos versos, que se habían grabado en su alma. Parece, sin embargo,

cuando uno se da cuenta de las situaciones, que se apresuró mucho, como si hubiese temido perder la ocasión y el momento. Se ha criticado este primer espanto de Eneas que, desde los primeros versos en que está en escena, en ese poema épico consagrado á su gloria, comienza casi con un desvanecimiento:

Ex templo Aeneae solvuntur frigore membra.

«Confieso, ha dicho Saint-Evremond, que estas especies de desvanecimientos nos sobrecogen á pesar de nosotros mismos, por una falta de temperamento; pero puesto que Virgilio podía formar el de Eneas á su capricho, me asombro que le haya dado uno susceptible de esos espantos...

»Transido como está de frío en todos sus miembros, el primer signo de vida que le da es el de gemir (*ingenuit et duplices tendens ad sidera palmes...*); después tiende las manos al cielo, y aparentemente imploraría su asistencia si el estado en que se encontraba le dejara fuerza para elevar su espíritu á los dioses y rezar con atención. Su alma se entrega á las lamentaciones; y semejante á esas viudas desconsoladas que quisieran haber muerto, al decir de ellas, con sus maridos en el primer conflicto en que se encuentran, el pobre Eneas lamenta no haber perecido ante Troya con Héctor, y tiene por muy felices á los que dejaron sus huesos en una tierra tan dulce y tan querida. Alguno creerá que es porque envidió la felicidad de los tales; yo estoy persuadido de que es por temor del peligro que le amenaza.

»Observaréis, además, que todas esas lamentaciones comienzan casi en seguida de la tempestad. Los vientos soplan impetuosamente, el aire se oscurece, truena, relampaguea, las olas se hacen grandes y furiosas;

esto es lo que sucede en todas las tempestades. Hasta aquí no hay ni mástil que se rompa, ni velas que se desgarran, ni remos quebrados, ni timón perdido, ni vía de agua en la nave; y esto era por lo menos lo que era preciso esperar para desconsolarse; porque hay mil muchachos en Inglaterra y otras tantas mujeres en Holanda, que apenas se asombran por lo que el héroe demuestra su desesperación...»

Gibbon ha respondido á las ligerezas de Saint-Evre-mont, á las que cito y á las que omito; ha respondido muy justamente en general. Eneas, al tener esos movimientos instintivos de espanto, esas lágrimas frecuentes, esas angustias, no se diferencia de todos los héroes naturales y primitivos; y particularmente, él, hombre piadoso que creía en la presencia de los dioses, que los había visto, que habla conversado con ellos personalmente, debía, en su religión, tener movimientos perpetuos y muy vivos de temor ó de amor, de confianza ó de desaliento respecto de ellos. Sin embargo, en el ejemplo presente, es cierto que Virgilio, al aplicar desde el principio á Eneas el verso con el que Homero expresaba el espanto de Ulises, ha ido un poco de prisa, y más de prisa tal vez que lo requerido por el gusto, por el sentimiento crítico, tan despierto en las épocas de Augusto ó de Luis XIV. En la exclamación que le presta y que apropia á su personaje: «Tres y cuatro veces felices aquellos á quienes *ante la vista de sus parientes* les fué dado perecer...», encuentra, por esta sola circunstancia ante, *ora patrum*, una feliz restauración de la frase célebre; no es ya en una expedición de gloria y de conquista para servir á la causa de los Atridas, causa justa, sin duda, á los ojos de Ulises, pero que no estaba exenta tampoco de

ambición y de orgullo; es en una defensa legítima, sobre el suelo mismo de la patria y combatiendo por los suyos y ante ellos como Héctor, en donde Eneas hubiera deseado morir. Este sentimiento está en todo de acuerdo con el carácter piadoso y justo del héroe. Apenas si tiene tiempo de observar que él se olvida de expresar una de las razones poderosas de su sentimiento; porque no solamente se apodera de él un sentimiento de ternura y de honor; debe tener también aquella idea de los funerales tan cara al que moría, y cuya suprema perspectiva no tenía un náufrago. El ser *no llorado, no sepultado*, era, para una sombra, una razón de ser para siempre lamentosa y miserable. El final del voto de Eneas en Virgilio es, además, admirable de expresión y de factura:

*Saevus ubi Aeacidas telo jacet Hector, ubi ingens
Sarfedon; ubi tot Simoïs correpta sub undis
Scuta virum galeasque et fortia corpora volvit.*

«¡Allí donde el Simoïs arrastra y se lleva en sus ondas tantos escudos y cascos y cuerpos valientes de héroes!»

¿No es esto un encarecimiento sobre Homero, un rasgo añadido, mediante el cual ha querido el poeta romano rescatar el resto de su imitación é imprimir su sello al final? ¡Tened cuidado! Todavía se trata de Homero, pero de Homero en un pasaje muy lejano y muy diferente, referido aquí con fortuna. Virgilio sobresale en componer de esta manera, es decir, con piezas diversas *hábilmente hiladas*, los excelentes trozos que une en un solo marco, bajo un mismo tono, y que él arregla. Lo citado es de la *Iliada*, del principio del canto XII, en donde se habla de la muralla que

los griegos habían elevado alrededor de sus naves, muralla que fué construida sin las hecatombes y las ceremonias requeridas, y que los dioses, después de la marcha de los griegos, no dejaron subsistir. Apolo y Neptuno, sobre todo, juraron destruirla; precipitaron durante nueve días, en un vasto desbordamiento, todos los ríos que tienen sus fuentes en el Ida: el Resus, el Rodio, el divino Escamandro y «el Simois, donde tantos escudos y cascos habían caído en la arena con los héroes, raza de semidioses». He aquí el verso completo de Virgilio, y que había permanecido como incrustado en su espíritu, hasta que le hubo tan artísticamente colocado al final de la exclamación de Eneas, en donde encajaba bien. Se comprende, al ver esta sabia habilidad, que á los que le acusaban de saquear á Homero, haya respondido Virgilio: «¿Por qué no intentan ellos hacer otro tanto? Verían que es más fácil sustraer la maza de Hércules que un verso de Homero.» Y en efecto; sustraer de esa manera, ir á buscar tan lejos un verso para acoplarle y colocarle en su verdadero puesto, en su puesto de honor, supone, ante todo, poseer un excelente dibujo y un ideal del cuadro.

En lo que se refiere á la comparación de las dos tempestades, dejo á un lado los rasgos que Virgilio ha imitado en otros lugares de la *Eneida*, para no atenerme sino á las dos pinceladas más salientes, *pronusque magister excutitur*, y *apparent rari nantes*: Homero, al hacer caer al piloto cuya cabeza fué aplastada por el mástil, había dicho: «*Semejante á uno que busca, cayó de la nave*», y de los náufragos que nadan como pueden después que el golpe de mar les ha precipitado de la nave, dijo: «*Semejantes á cornejas, en torno de la negra embarcación, eran llevados por las*

olas.» Las aves de mar, hasta cuando vuelan, parece que flotan, y se dejan llevar por las olas. Esta imagen es perfecta, así como la del nadador. ¿Por qué se las ha vedado ambas Virgilio? Tal vez le pareció que estas comparaciones eran demasiado festivas, dada la situación. Con arreglo al gusto de los siglos de Augusto y de Luis XIV, en efecto, se evitan las imágenes, las comparaciones demasiado á lo vivo, demasiado naturales; se diría que se tiene miedo de que ofendan á la vista. «Pero no valía la pena de imitar á Homero para no hacerlo mejor, me dice un partidario declarado de Grecia. Cuando se imita, hay que reproducir exactamente al modelo, ó hacerlo mejor que él.» Yo respondo: Virgilio, aunque imitándole, se ha creído en el deber de hacer otra cosa distinta de Homero; le ha imitado haciéndolo no mejor, sino *más dulce*. Saint-Evremond, hablando de la diferencia de genio entre los antiguos y los modernos, trata de demostrar, con arreglo al gusto y á las costumbres de la sociedad de su tiempo, que la *discreción* debe en adelante presidir en las comparaciones poéticas: «El buen sentido las hará justas, dice, la invención, nuevas.» No es ciertamente la precisión lo que falta en las comparaciones de Homero que acabamos de ver, mas para franceses de los tiempos de Saint-Evremond y de Segrés (tomó expresamente un término extremo), para hombres de conversación, de salón, que habían pasado más ó menos por el palacio de Rambouillet, para ingenios delicados, que habían, en general, navegado poco, visto pocos nadadores y pocas aves de mar, la comparación, en este caso, hubiera sido más propia para distraer la imaginación que para satisfacerla. En una palabra; los modernos, los franceses de aquella época, gustaban de la frase un poco abstracta

más bien que de la imagen desnuda y natural; la palabra abstracto les era más familiar. Ahora bien, lo que yo digo de los franceses de nuestro conocimiento, era ya aplicable, hasta cierto punto, á los romanos de la época de Augusto y del mundo de Mecenas. Mecenas, tanto por el gusto como por la filosofía, no se encuentra tan lejos de Saint-Evremond.

Es suficiente para Virgilio, colocado como está entre la grandeza expresiva y sencilla de Homero, de una parte, y de la otra (no lo olvidemos), las exageraciones próximas de Ovidio, de Lucano, de todos los que refinan y abusan, que sacan las cosas de quicio, menos por ser completamente sinceros como por lujo de ingenio ó por ambición de pensamiento, es suficiente para él el permanecer en una pintura moderada y segura, en una agradable y juiciosa igualdad: «Como no os deja nada que desear, tampoco tiene nada que os hiera, y por eso vuestra alma se entrega con placer á una proporción tan simpática.» Quintiliano había ya presentado á Virgilio, en presencia de la naturaleza divina y poderosamente entusiasta de Homero, rescatando la inferioridad de fuego y de invención á fuerza de exactitud, de cuidado y de equilibrio: «*Et quantum eminentioribus vincimur, fortasse aequalitate pensamus.*»

Necesito definir mejor y señalar todavía la diferencia que existe entre las comparaciones de Homero y las de Virgilio, aun allí donde el último tiene presente al primero. Las comparaciones de Homero son terribles, patéticas, amplias, de una realidad palpable. Virgilio las ha hecho algunas veces más precisas, por lo menos en apariencia, pero otras veces también, más próximas á lo convencional. En Homero, se encuentran en un estado natural, diluidas, y sin

embargo, singularmente punzantes; llegan á las entrañas.

Así, en la *Odissea* (libro V), en la comparación de Ulises náufrago, montado en un madero, percibiendo por fin la tierra desde lo alto de una ola, con un padre que es devuelto á sus hijos tras una larga enfermedad, y de lo que se había desesperado; lo que domina y establece el parecido es el sentimiento de renacimiento y de inexplicable alegría, la idea de recordar apasionadamente lo que se ama con ternura y se creía perdido para siempre.—Así también (libro VIII) en la comparación de Ulises, llorando en la mesa de Alcinoos, durante el canto de Demodoco, que le celebra, sin saberlo, sus propias empresas, con una mujer que abraza llorando el cuerpo de su marido, muerto combatiendo bajo los muros de su ciudad y ante la vista de su pueblo (*ante ora patrum*), mientras que ella misma, arrastrada bien pronto por los vencedores, es reducida á la esclavitud; lo que domina y establece el parecido es la explosión, la efusión dolorosa de un corazón que desborda en sollozos toda su pena. Pero he aquí entera una comparación que expresa el enternecimiento, la compasión y la alegría aguda, mezclada de dolor, de Ulises y de Telémaco que, al encontrarse bajo el techo de Eumea, se reconocen por primera vez y lloran con sollozos:

«Telémaco, con los brazos (*circum fusus*) alrededor de su noble padre, se lamentaba derramando lágrimas; ambos sintieron la necesidad de sollozar, y lloraban de una manera desgarradora, con gritos más penetrantes que las aves, águilas ó buitres á los cuales los campesinos han arrebatado sus crías antes de que tuviesen alas. De esta suerte, derramaban sus ojos lá-

grimas de piedad, y ante sus lamentaciones se hubie-
ra ocultado la claridad del sol si Telémaco no hubiese
cortado la escena dirigiendo estas palabras á su pa-
dre...»

Se ha reconocido aquí la célebre comparación de
Orfeo, que llora á su Eurídice, por segunda vez rap-
tada (en el cuarto libro de las *Geórgicas*) con Filome-
les, á la cual han arrebatado sus pequeñuelos:

*Qualis populea moereus Philomela sub umbra
Amisso queritur foetus, quæ durus arator
Observans nido implumes detraxit...*

Virgilio ha puesto á Filomeles, suavizando el rasgo
del original, pero no ha sido una inadvertencia de Ho-
mero el haber puesto las aves de rapiña. Nada hay más
conmovero y desgarrador, se ha dicho, como el ver
llorar á un hombre austero:

«Y los corazones de león son los verdaderos corazo-
nes de padre.»

Virgilio ha obrado en esto como en casi todo: ha
suavizado, ha amortiguado, ha proporcionado, ha re-
cortado la demasiado vasta encina; ha acomodado la
invención primitiva al gusto de su tiempo.

«Virgilio, cuyo gusto fué el genio», ha dicho muy
bien el abate Delille. Con Homero no se piensa en el
gusto. En él no hay más que pura naturaleza y ver-
dad; pero nosotros, los modernos, estamos obligados
á pensar en cosas de arte, en ese último fruto de civi-
lización que se llama la idea del gusto.

Por este encuentro con Homero, que va á reprodu-
cirse perpetuamente en la lectura de este primer libro

de la *Eneida* como en un campo cerrado, comprendemos bien todo un lado, toda una mitad del talento de Virgilio. Para no sacar consecuencias en disfavor suyo y para juzgar equitativamente, es preciso, en este primer aspecto, no separar nunca con la imaginación el lado romano, Evandro, los orígenes, el antiguo genio del Lacio. Virgilio ha tenido las dos mitades completas y, además, la fuerza y el arte de unir las, de asociarlas armoniosamente, tan bien, que el verdadero desquite de este análisis del primer libro, si Virgilio lo necesitase, el verdadero complemento en apoyo de su originalidad real y profunda, sería la lectura inmediata del libro VIII, consagrado á Evandro, y tan nuevo, tan íntimamente afecto á cualquiera que haya visitado una vez la gran patria: *magna parens virum, Saturnia tellus!*

Y para volver á la citada tempestad, é indicar un punto en el que Virgilio lleva ventaja en cuanto al gusto, sépase que la comparación de los naufragos con las cornejas de mar, que parece tan saliente en la *Odisea* la primera vez que se ve, se encuentra repetida dos libros más adelante (canto XIV, v. 308) exactamente en los mismos términos, casi en estado de lugar común y de utilidad para la relación. Las edades homéricas soportan, y, lo que es más, parecen gustar de las repeticiones de las cosas bellas, una vez encontradas; los siglos de Augusto y de Luis XIV, por el contrario, y los que le suceden, hasta soportan con dificultad la repetición de una palabra en una frase; se disgustan pronto de las repeticiones, y no dejan de tener razón. Un pensamiento ó una imagen verdaderamente bella, resulta más bella cuando aparece colocada en su lugar propio, y es única.

El cuadro que, en Virgilio, sucede á la descripción

de la tempestad, es el de Neptuno irritado, que reprime y reprime á los vientos por haberse escapado sin su orden. El Neptuno de Virgilio está aquí en oposición con el de Homero; estos contrastes rompen á tiempo una imitación demasiado continua. En Homero, se ve á Neptuno enemigo de Ulises y agitando él mismo el mar con su tridente; es llamado sin cesar el *poderoso agitador de la tierra*. En Virgilio, la perturbación afecta á Eolo, y Neptuno desempeña el simpático papel de pacificador de los mares. Favorece á Eneas á petición de Venus, nacida ella misma de aquellas ondas en las que él manda. Si toma en sus manos el tridente, es para librar á las naves que han sido arrojadas contra las rocas y las arenas:

... *Levat ipse tridenti,*
Et vastas aperit syrtes et temperat aequor,
Atque rotis summas levibus perlabitur undas.

El carro de Neptuno, la ligereza con la cual vuela bajo el azul extenso del cielo, y tranquiliza el azul llano de las aguas, su cortejo de dioses marinos que será descrito más al detalle en el libro V (v. 822; los dos pasajes se completan) y todo su triunfo, están admirablemente expresados por Virgilio. Este cuadro del poeta debía evocar ó debió inspirar grandes composiciones á los pintores de la antigüedad, como hoy todavía nos da la idea de algún gran fresco de Rafael.

Se ha tratado de explicar una contradicción que apareciera entre la cólera del dios y su calma majestuosa en el momento en que levanta su cabeza por encima de las ondas:

... *Graviter commotus et alto*
Prospiciens, summa placidum caput extulit unda.

Pero en ello no hay contradicción, como tampoco

en el *meus immota manet, lacrimae voluntur inanes*. Si un hombre enérgico, y que ha tomado un partido penoso, puede derramar lágrimas sin que su corazón desfallezca, un dios bien puede conmoverse en su interior, sin que tal emoción quite el carácter de alta placidez á su frente, sobre todo, cuando su voluntad es la de calmar todo lo que le rodea.

El discurso de Neptuno á los vientos, ante cuya presencia ha mandado llamar á los dos principales, al Eurus y al Céfito; su amenaza, apenas expresada, y que un gesto termina, el famoso *Quos ego...*; lo que les encarga digan á Eolo, su amo, todo esto tiene, por lo demás, cierto acento romano, y no ya homérico; es un jefe de imperio ó de ejército, un dictador ó un censor, César ó Catón, apaciguando una sedición militar ó popular. Virgilio ha desarrollado su pensamiento en una comparación que caracteriza la época y el espíritu de su poema (*Ac veluti magno in populo...*):

«Y así como en un gran pueblo, cuando estalla, como sucede harto á menudo, una sedición y el innoble populacho se entrega á su furor, y vuelan las piedras y la cólera hace armas de todo, si de repente un hombre, respetado por sus costumbres y sus servicios, se presenta ante los sediciosos, se callan éstos, escuchan con atención, y él, con sus palabras, domina los espíritus y suaviza los corazones; así, todo aquel gran estruendo de la mar cesó al instante...»

Personajes benévolos y que conocen, dicen ellos, el espíritu de la juventud francesa, por lo menos de aquella que, por el ruido, cuando no por el número, daba, recientemente todavía, el tono á los cursos públicos, y la cual estaba en condiciones de producir tumultos

obstáculos ó aplausos, me habrán expresamente aconsejado (bien sé que con buena intención) que no insistiese en este punto de la inspiración de Virgilio, que disimulase, que esperara, que no lo dijese todo desde luego. En cuanto á mí, yo no puedo ver y decir sino una cosa; que Virgilio no es, bajo ningún concepto, un partidario de los Gracos, y que no demuestra, como lo hace Cicerón, que eche de menos el anterior estado de la república romana. Si yo tuviera que explicar á Cicerón, no temería, ciertamente, al retratarle, manifestar aquella disposición patriótica y elocuente que sufría en él porque se sentía ahogada, y porque el Foro, su teatro natural, le había sido cerrado de repente con la victoria de César: «*Etenim si viveret E. Hortensius*, dice al principio de su *Brutus*, de ese diálogo *sobre los ilustres oradores*, escrito después de Farsalia; *caetera fortasse desideraret una cum reliquis bonis et fortibus civibus*, etc. Si E. Hortensius viviera todavía, podría echar muy de menos muchas otras cosas; pero seguramente, un dolor que sufriría más que nadie ó que compartiría con el menor número, sería ver aquel Foro del pueblo romano, que había sido como la escena de su talento, despojado y huérfano de aquella voz sabia hecha para encantar á un tiempo oídos romanos y griegos. En cuanto á mí, tengo el corazón desgarrado...» Y Cicerón continúa en este tono, alegando estos motivos, y confesando que le era cruel, precisamente á la edad en que su propia elocuencia comenzaba en cierto modo á encanecer y á alcanzar toda su madurez (*cumque ipsa oratio jam nostra canesceret, haberetque suam quamdam maturitatem et quasi senectutem*), ver aparecer bruscamente otras armas y caérsele de las manos aquellas que tan bien había aprendido á manejar. Con Cicerón, me en-

contraría dispuesto á participar de sus quejas y á compartir un dolor tan natural, un dolor de artista bajo color y forma de ciudadano; pero con Virgilio, entraré igualmente en su genio, que, por instinto ó por experiencia, era completamente monárquico. Que se refiera á esta comparación en la que acaba de calificar el *ignobile vulgus*, el sabio y hábil retrato que ha trazado del orador tribuno Drances (en el libro XI), de aquel Drances consumado en el arte de la palabra, de corazón cobarde, tortuoso, envidioso—envidioso, sobre todo, de Turno y de su gloria,

... *Quem gloria Turni*
Obliqua invidia stimulisque agitabat amaris;

persiguiendo, picando á aquel león joven con toda suerte de agujones y manejos, á fin de precipitarle en las faltas y perderle si puede; Drances, adulador y ras-trero ante el extranjero, dispuesto á acogerle, dispuesto á probar que el enemigo no es el enemigo de la nación, que él no odia sino á Turno y que Turno sólo es la causa de la guerra y el obstáculo para la paz;

... *Solumque vocari*
Testatur, solum possi in certamina Turnum.

Al describir con colores tan odiosos un personaje que, por otra parte, favorecía á su héroe y se hacía el orador oficioso de Eneas entre los latinos, Virgilio ha mostrado su poca afición á los recuerdos de la época senatorial y oratoria tan querida por Cicerón. Es que los hombres tienen necesidad, ante todo, de una época propicia á sus talentos y en la que puedan desarrollarse, desenvolverse en el sentido de su vocación y de su naturaleza. Una vez que han encontrado esa corriente general y, como se dice, ese medio en rela-

ción con sus aptitudes, les es difícil no identificar en idea un tal estado de sociedad con el mejor orden posible, del mismo modo que, cuando lo han perdido, claman pronosticando la ruina y la subversión del mundo. Que si ellos comprenden que el régimen que les fué negado al principio se acerca, sin embargo, y va á ser posible en época en la que todavía podrán aprovecharse de él, aspiran al mismo con ardor, se apoderan de él desde el primer día con un entusiasmo reconocido. Así, pues, es cierto (aunque la exposición del hecho desagradase, yo no sé por qué, á algunos) que el alma, el talento de Virgilio, encontró bajo Augusto su clima más deseado.

Salvados por la intervención de Neptuno, los troyanos llegan á Africa; y Eneas, con las siete naves que se han librado, encuentra un puerto natural, donde se refugian: *est in secessu longo portus*, etc. Detengámonos un momento en esta descripción, y formémosnos una idea del paisaje artificial de Virgilio:

«En una profunda hendedura hay un lugar favorable: una isla forma allí un puerto por la prolongación de sus cabos, en los que van á estrellarse todas las olas de alta mar, y se dividen por una doble entrada hasta una profunda bahía. En los dos extremos (de la isla), grandes rocas se elevan y amenazan al cielo; al abrigo de su masa, las dos enmudecen. Por encima, formando anfiteatro, reina el esplendor de los bosques, que proyectan grandes sombras. Enfrente, sobre la costa, las rocas forman un fresco antro; dentro, aguas dulces, bancos tallados en la roca viva, la morada de las ninfas. Allí no se necesita ningún cable para sujetar la nave, ninguna ancla para encadenarle á la arena...»

Pongamos enfrente de este cuadro marino el primer modelo que tuvo á la vista Virgilio; fué una página de Homero más bien que una vista directa de la naturaleza; veremos también cómo la acomodó á su propósito. Y por de pronto, tengamos en cuenta la diferencia de las situaciones: los feacios conducen, en una nave rápida como el pensamiento ó como los pájaros, á Ulises, su huésped; le conducen en una noche á Itaca, y, lo que es de notar, el sueño se apodera de Ulises apenas desembarcado, y esta navegación feliz, tan esperada y tan deseada, se verifica sin que él la sienta y mientras duerme; el hombre que tanto ha sufrido llega á la tierra nativa sin darse cuenta. La nave maravillosa llega á la isla al despuntar el día, cuando la estrella de la mañana anuncia la aurora:

«Hay un cierto puerto de Forciros, dios marino, en el país de Itaca; las dos extremidades abruptas de la costa avanzan separándose y caen hacia el puerto; le defienden contra las grandes olas de fuera y los vientos violentos, y dentro las naves de hermosos puentes permanecen inmóviles sin estar sujetas, una vez que han penetrado en el fondeadero. Además, en la cumbre, por encima del puerto, se ve un olivar de mucho follaje; y muy cerca hay un antro simpático, umbrío, santuario de las ninfas llamadas Náyades; allí hay cráteres y ánforas de piedra, en donde, con el tiempo, han acudido las abejas á depositar su miel. Hay dos puertos, uno hacia el Bóreo, accesible á los hombres; el otro hacia el Notus, más sagrado, en el cual no entran los hombres; es el camino de los dioses.—Hacia ese puuto de la costa se dirigieron los feacios, que conocían ya el lugar...»

Y depositan á Ulises, todavía dormido, en la arena. —Homero ha descrito lugares que ha visto. Todos los viajeros los han saludado al visitarlos. Sin duda, ya no existe el olivar de tupido follaje; ya no existen esas urnas divinas y esas ánforas naturales que servían de panales á las abejas; pero si alguien, á pesar de esas diferencias de detalle que tal vez no fueron nunca más que embellecimientos de la poesía, vacilase en reconocer la gruta de las Ninfas y el puerto de Forciros, como le sucedió al mismo Ulises al despertar; Minerva en persona, apareciéndose, tendría derecho á decir una vez más, señalando las particularidades del lugar: «¿Qué más necesitas para creerte en Itaca? Allí está el puerto,—allí la gruta simpática, oscura...—allí enfrente, el monte Nerite, con sus bosques.» No, ha dicho un ingenioso viajero; no, aun cuando Itaca se hubiera hecho flotante, como Delos; aun cuando hubiera vagado por las aguas y se hubiese puesto á buscar otros mares y otro cielo, sería fácil todavía, Homero en mano, reconocerla, con tal de que entre la gruta de las Ninfas y el Nerite, poblado de bosques, no hubiese perdido el puerto del dios marino.

De todo esto, de todo lo que estaba tan bien apropiado á Ulises, á Ulises y á su Itaca, Virgilio no hubo de tomar sino algunos rasgos y el motivo general del dibujo. Este es un procedimiento habitual, observado por Aulo Gelio hace mucho tiempo: «*Scite ergo et considerate Virgilius quum aut Homeri... aut quorumdam aliorum locos effingeret partim reliquit, alia expressit.*» Virgilio ha estado sobre la gruta y en el interior, que se contentó con entreabrirnos con gracia:

*Intus aquae dulces, vivoque seditia saxo,
Nimpharum domus...*

Hubiera sido una falta de gusto el decir más y entrar en detalles puramente descriptivos y sin objeto; porque antes, en esa gruta, Eneas no había ofrecido, como Ulises, frecuentes sacrificios á las ninfas. Al contrario, Virgilio ha insistido en lo que daba al lugar, como puerto, su garantía y seguridad, lo que constituía la primera idea al salir de la tempestad. No pareciéndole que fuesen suficientes, á este efecto, dos cabos de la costa, ha añadido una isla á la entrada, con su larga sierra de rocas, y lo ha coronado todo con la espesura de los bosques y con un resplandor dorado en la cima: *Silvis scena coruscis desuper...*, un hermoso y amplio espacio de luz en el paisaje, y que Homero mismo conoció bien cuando con una frase describió el monte Polión, *agitador de hojas*.

Y de esta suerte, dice ingeniosamente Heyne, de esta suerte, Virgilio ha sacado todo un bosque del único olivo de Homero; este olivo, trasplantado al dominio de Virgilio, se ha multiplicado. Y el bosque, en lugar de estar, como el olivo, *al lado* de la gruta, está *enfrente*; siempre la variedad y el contraste hasta en la imitación.

Se ha tratado, á pesar de la imitación tan evidente de Homero en este pasaje, de encontrar en la costa de Africa, á algunas millas al Este de Cartago, el puerto mismo al que Eneas pudo abordar. El viajero Shaw cree haberle descubierto, y Chateaubriand se expresa en estos términos: «Algunos sabios, dice, han creído que semejante puerto era una creación del poeta; otros han pensado que Virgilio tuvo la intención de representar ó el puerto de Itaca, ó el de Cartagena, ó la bahía de Nápoles; pero el cantor de Dido era demasiado escrupuloso en la descripción de los lugares para permitirse tal licencia; describió, con la más exacta

verdad, un puerto á cierta distancia de Cartago»; y Chateaubriand se apoya en la descripción de Shaw. Hay aquí exceso. Virgilio, seguramente estudió el paisaje de su Lacio, en donde puso la escena de los seis últimos libros de la *Eneida*; estudió, igualmente, su bahía de Nápoles y su Sicilia, pero no visitó Africa, y hubiera sido un cuidado bien superfluo, por su parte, el preocuparse de una semejanza minuciosa en un detalle tan poco interesante para los romanos. Atengámonos al justo punto de vista para juzgar el arte de Virgilio, su ciencia y su orden de imitación. Homero se separa difícilmente, en nuestro concepto, de las cosas y de los lugares que representa; es un testigo, un soldado, un viajero; se ha tenido cierta razón al suponer que él no podía ser sino de los héroes y de los personajes que figuran en su obra. Parece imposible, por lo menos, cuando se le lee, que no haya, en su tiempo, hecho la guerra (1); que no haya navegado y sufrido tempestades; que no haya tenido hambre. No parece necesario que suceda lo mismo con Virgilio cuando se leen sus hermosas descripciones. Hay siempre un espacio entre el poeta y la cosa. No pinta necesariamente, salvo para embellecerlo ó engrandecerlo, lo que ha visto en una vida de pruebas, de viajes, de aventuras; sino que primero se forma su concepción; después,

(1) «Homero guerreó, no tengáis duda. Se trataba de la guerra salvaje. Fué ayudante de Agamenón, ó bien su secretario.» (Paul-Louis Courier, en una carta del 8 Marzo 1805, á Ause de Villoésau.) «Cuando se lee la *Iliada*, se siente á cada instante que Homero hizo la guerra, y no, como dicen los comentadores, que pasara su vida en las escuelas de Chlo... El Diario de Agamenón no sería tan exacto en cuanto á las distancias y al tiempo y en lo referente á la verosimilitud de las operaciones militares, como lo es en el poema.» (Napoleón, en una nota dictada á Marchand, después de una lectura del libro segundo de la *Eneida*.)

como es concienzudo, estudia todas las partes que necesita, y en lo que se refiere á los paisajes, los compone á la vez, según los recuerdos de los maestros y según la naturaleza.

Eneas llega al puerto con sus siete naves, él y sus compañeros reparan sus fuerzas lo mejor que pueden. Si, como Ulises, no baja en seguida á la tierra madre, á la tierra que da la vida, se apodera, sin embargo, de ella con transporte y con amor:

... *Ac magno telluris amore*
Egressi optata potiuntur Troes arena.

Virgilio describe los primeros cuidados y los primeros actos después de una comida frugal. Acates comienza por golpear dos piedras y hacer que brote el fuego. Estos versos son célebres, se han hecho aún más célebres para nosotros por la imitación (con algo de parodia) que Boileau ha hecho del canto III del *Lutrino*:

Des veines d'un caillou qu'il frappe au même instant
Il fait faillir un feu qui petille en sortant, etc...
Ac primum silici scintillam excudit Achates,
Suscepitque ignem foliis, atque arida circum
Nutrimenta dedit, rapuitque in fomite flammam.

Se ha echado de ver la diferencia de tono que hay entre estos detalles descriptivos de Virgilio y los detalles análogos que se leen en Homero, no precisamente acerca de la piedra de que sacan el fuego (Homero no ha hablado de ello) sino sobre los preparativos habituales de la comida, de los que nunca se olvida. En efecto, no puede decirse que Homero *describa* esas circunstancias de la vida ordinaria, las refiere y no trata en manera de ennoblecerlas, ni de adornarlas ó ani-

marlas con la expresión. En él, en una palabra, esto es un detalle natural é inevitable de la vida, que lo repite en sus versos tantas veces como lo encuentra en su camino, es una costumbre; en Virgilio es ya una curiosidad. El poeta de la corte de Augusto no puede menos, cuando se refiere á estas humildes circunstancias reales, de acordarse del contraste que hay entre los usos de su tiempo y los de su asunto; y cuando hace que encienda el fuego el fiel escudero de Eneas, adorna, embellece, poetiza esta simple operación, sabiendo bien que, para Mecenas y para el lector delicado, aquello daría motivo á una sonrisa. Cada poeta, ha dicho muy justamente Heyne, tiene el genio de su siglo, al cual hay que sacrificarse hasta cierto punto, no alterando la verdad y revistiéndola de colores exagerados, sino adornándola á veces y arreglándola algo. El tacto en esto es obra del gusto.

Eneas, sin embargo, quiere saber á qué tierra ha llegado y, antes, ver si descubre alguna de las naves que ha perdido. Sube á una roca y pasea sus miradas á lo lejos sobre el ancho mar; no descubre ninguna nave y sí tres grandes ciervos, corriendo por el paisaje y seguidos por toda una banda. ¿Había ó no había ciervos en la costa de Africa? Se ha discutido esta cuestión de historia natural; pero la idea se le ocurrió evidentemente á Virgilio por un pasaje de Homero que transformó según el procedimiento que en este momento estudiamos. No nos cansamos de hacerlo; á este precio se obtiene el íntimo conocimiento del arte de Virgilio. Ulises, rechazado de la isla de Eolo, y después de haber escapado con gran trabajo de las crueldades de los lestrigionios, llega á la isla de Ea, morada de la diosa y encantadora Circe. La nave aborda felizmente y en silencio á un punto favorable de la cos-

ta, y allí, habiendo desembarcado con los compañeros que le quedan, durante dos días y dos noches, Ulises se entrega al dolor; traduzco:

«Allí entonces, habiendo desembarcado, yacimos dos días y dos noches, comiéndonos el alma á la vez de fatiga y de sentimiento. Pero cuando la Aurora de hermosos rizos hubo traído el tercer día, entonces, tomando mi lanza y mi afilada espada, me apresuré á subir desde mi nave á una tierra elevada para ver si percibía trabajos de hombres y oía una voz. Me detuve cuando hube subido sobre la pedregosa altura, y vi una humareda en medio de la tierra de anchos caminos, que salía de los palacios de Circe á través de las encinas y del bosque. Me pregunté en seguida si iría á inquirir, puesto que había visto la roja humareda. Reflexionando así, me pareció que era mejor ir por de pronto á la nave y á la orilla del mar, dar de comer á mis compañeros y enviarles á informarse. Pero al estar ya cerca de la nave que se balanceaba, alguno de los dioses se apiadó de mí, viéndome solo, y me envió un gran ciervo de altos cuernos. Bajaba al río, desde los pastos del bosque, para beber; porque la fuerza del sol le apremiaba. Mientras salía del bosque, le herí en la espina dorsal, y la punta de bronce le atravesó de parte á parte. Cayó al polvo bramando, y su alma voló. Poniéndole el pie encima, saqué la jabalina de bronce de la herida y la dejé en el suelo. Arranqué maleza y juncos, y habiendo hecho una especie de cuerda de una braza de longitud, até los pies de la bestia prodigiosa. Y con ella sobre mi nuca, me dirigí hacia la nave, apoyándome en mi jabalina, porque, como el animal era muy grande, me era imposible llevar la otra carga

sobre el hombro. Descargué la presa ante la nave y reanimé á mis compañeros con palabras de miel, dirigiéndome al corazón de cada hombre: «Oh, amigos míos (porque, etc.)»

Es hasta tal punto cierto que Virgilio ha tenido presente este pasaje, en el lugar que indicamos del primer libro, que ha calcado sobre Homero esta última forma de frase y este giro, que por lo demás no tiene importancia; pero que nos manifiesta claramente la huella:

... *Et dictis moerentia pectora mulcet:*
O socii (necque enim, etc.)

Ahora bien; ¿cómo Virgilio ha sacado partido de ese cuadro para su designio? Ha obrado aquí exactamente del mismo modo que hace un momento con lo de la gruta, y ha elevado, ha engrandecido las cosas:

«Sin embargo, Eneas subió á una roca y recorrió á lo lejos con la vista toda la extensión del mar, para ver si descubría en alguna parte los birremes troyanos extraviados por la tempestad, Antea ó Capis, ó sobre su popa elevada las armas de Caicus. Ninguna nave estaba á la vista, pero se presentaron ante él tres ciervos vagando por la costa; detrás seguían otros varios paciando á lo largo de los valles. Se detuvo y cogió el arco y las flechas ligeras que llevaba el fiel Acates; desde luego dió fin con los tres ciervos; después se puso á cazar el resto del rebaño y le persiguió á flechazos á través de los bosques espesos, y no paró hasta haber cobrado siete piezas enormes, igualando su número el de las naves. Después volvió

al puerto y las repartió entre sus compañeros. Distribuyó también vino, que el generoso Acestes había puesto á bordo en Sicilia, y consoló á los corazones llenos de tristeza con estas palabras: «Oh compañeros míos, etc.»

La diferencia de los dos cuadros se manifiesta por sí misma; y todavía hubiera podido, sin faltar al tono, esforzarme en traducir á Virgilio con más nobleza. Eneas viajaba al mismo tiempo que Ulises, pero hay una distancia de varios siglos entre sus costumbres y sus maneras. Ulises, ese héroe de los tiempos sencillos y que no suspira sino por su pobre Itaca, se aleja solo de sus compañeros y va de descubierta á la isla; ve un gran ciervo, uno solo, y es suficiente; le mata sin pedir para eso armas á su escudero (no tiene escudero ni confidente), y, como es preciso en seguida llevarse el animal, nos cuenta detalladamente cómo lo hace, cómo fabrica una cuerda, cómo se carga la bestia á la espalda y echa á andar apoyado en su pica; no se olvida de nada. Todo esto es ingenuo y de una sencillez á lo Robinsón Crusoe, que Virgilio no cuida de prestar al fundador del futuro Imperio romano. ¿Cómo aquellos dos hombres, Eneas y Acestes, pudieron llevar á la nave sus siete bestias enormes? Es una cuestión que ni siquiera se trata en esta noble relación. Entre su Eneas y Ulises, había cierta producción social fina, delicada, desdofiosa: la urbanidad había nacido. Pero en cambio, y á pesar de otras partes naturales con las que Virgilio ha compuesto artísticamente sus narraciones, sucede que uno se encuentra menos atento y menos presente, que se aplaude en ocasiones y se admira; pero que no se cree—mientras que se cree en las narraciones de Homero.

En el breve discurso que Eneas dirige á sus compañeros para reanimarles, se encuentra esta frase tan á menudo citada, y tan apreciada por cuantos han conocido la desgracia:

*... Revocate animos, sucestumque timorem
Mittite; forsan et haec olim meminisse juvabit.*

Otros antiguos lo habían dicho antes que Virgilio; pero no lo habían dicho de la misma manera. Por ejemplo, Eumeo, recibiendo bajo su techo á Ulises disfrazado de mendigo, é interrogado por él sobre las desgracias y las aventuras que le habían llevado á Itaca para ser el porquero de Ulises, le dice:

«Huésped, puesto que me diriges esa pregunta y me interrogas sobre el asunto, escucha ahora en silencio y ponte á gusto, y bebe el vino sentado; estas noches son interminables; hay tiempo de dormir y tiempo de escuchar, y no te conviene ir á acostarte antes de tiempo; porque también es un mal el exceso de sueño. Que si tiene ganas alguno de éstos (dirigiéndose á los mozos de establo), que salga y se vaya á dormir; y que al amanecer, después de haber comido, siga en los campos á los cerdos del amo. Pero nosotros, en la cabaña, bebiendo y comiendo, alegrémonos uno y otro de nuestras tristes penas, acordándonos de ellas; porque hay un goce, hasta en las penas, para el hombre que ha sufrido y rodado mucho.»

He dado expresamente todo el pasaje, para mostrar en lo que brilla y tiene un tono apropiado, para nosotros los modernos, la sensibilidad de Virgilio. La de Homero es más expansiva; pero Virgilio, sin dejar de ser verdadero, usa la concisión que nos agrada hasta

en las lágrimas. Y después es muy natural que Eumeo, sentado á una buena mesa, diga á Ulises, en igual posición: «Es agradable acordarse hasta de los males pasados.» Es más nuevo y más conmovedor que tal cosa sea dicha, como aquí por Eneas, en la plenitud de la desgracia y del infortunio, á fin de que ese rayo anticipado de lo futuro conforte y anime; del mismo modo que á la inversa, según lo ha dicho Dante por boca de una amante, no hay dolor mayor que el de acordarse de los tiempos felices, del pasado para siempre perdido, en medio de la desgracia irreparable.

II. Escena del Olimpo; la Venus de Virgilio.—Se aparece á Eneas.—Himno homérico; Venus y el pastor Anquises.—Eneas ante los frescos del templo.—Lágrimas de Ulises en casa de Alcinoos.—Entrada y cortejo de Dido.—Nausica y Diana.—*Non ignara mali*.—El Amor bajo el aspecto de Ascanio.—El Amor y su madre en Apolonio.—Cena real en el palacio de Dido.

El cuadro que sigue, y que nos transporta al Olimpo, pertenece en propiedad á Virgilio en toda una mitad, y es uno de los más bellos. Júpiter, desde lo alto del cielo, dirige sus miradas á la tierra, á los mares, y las posa en lo que sucede en el reino de Libia. Venus aprovecha aquel momento para quejarse á su padre de la obstinada desgracia que persigue á los troyanos, y que cierra á Eneas aquella Italia que le ha sido tan formalmente prometida por Júpiter mismo. La Venus de la *Eneida*, que se dirige aquí á su padre con sus hermosos ojos anegados por las lágrimas que les hacen aún más brillantes:

Tristior, et lacrymis oculos suffusa nitentes...

es, como en todas las partes del poema, deslumbradora de gracia, de compasión, de decencia. Sus principales rasgos, todas sus bellezas, sus encantos, se encuentran ya naturalmente en Homero y en los poetas que han seguido; pero Virgilio, al no desplegar sino á medias el cinturón de la diosa, lo ha acomodado con una suprema corrección para la que va á ser en adelante patrona de los romanos. Es una Venus encantadora siempre, tierna, enamorada, sobria, sin embargo, y seria, maternal, sobre todo, con los troyanos y con aquel tronco de los Césares, de donde saldrá el más simpático de los grandes hombres. Ella no es sino indispensablemente, y tan solo allí donde es preciso, la diosa del amor. En el episodio de Dido y en la pasión insensata de aquella reina, Juno entra en ello y en la invención de los medios, tanto por lo menos como Venus misma; ésta se limita á hacer una señal con la cabeza y sonreír:

Adnuit, atque dolis risit Cytherea repertis.

Hay un momento en que Venus se nos aparece con una grandeza, una severidad desacostumbradas, y en el que, sin embargo, ella se encuentra siempre en su papel; es cuando, en el saqueo de Troya, en aquella noche terrible, al percibir Eneas á la claridad del incendio á Helena, refugiada junto al altar; á Helena, causa y principio de tantas desgracias, siente deseos de hierla con su espada. Venus se le aparece en seguida, y quitándole de delante de los ojos el velo humano, le muestra que la verdadera causa de la ruina de Troya no es ni Paris ni la bella Helena, sino la misma cólera de los grandes dioses, Neptuno, Juno, Palas, que están encarnizados personalmente en la

obra. «Hay dos políticas: la de abajo y la de arriba; nosotros razonamos sobre la una, y la otra es la que nos arrastra», ha dicho un moderno. La lección de historia que da Venus á Eneas es esa misma, en imagen y en acción. En todo lo demás, Venus es más bien una madre alarmada y suplicante. Júpiter, aquí, en esa escena del primer libro, después de haber escuchado su queja, la tranquiliza y le da un beso de padre, *Oscula libavit natae*, un beso casto. ¿Se creería que esta misma escena entre Júpiter y Venus, transportada al canto segundo de las *Luisiadas*, bajo pretexto de que Venus es la patrona de los portugueses y la protectora de Gama, ha dado ocasión al poeta católico Camoëns para una vivacidad tal y tan indelicada que hay que andar despacio para traducirla (1)?— La respuesta de Júpiter á Venus es de una belleza grave y original. Yo no sé hasta qué punto estaba imitado al detalle este pasaje de uno de Nevio, en el libro primero de su *Guerra Púnica*; pero lo seguro es que la piedra ó el ladrillo del antiguo poeta se convirtió en mármol con Virgilio. Este discurso de Júpiter, que comprende toda la predicción de la grandeza romana, es una de las columnas de la *Eneida*. El rey de los dioses, desde su elevado punto de vista, y con el tono que le incumbe, el resumen de la historia del pueblo rey: «Deja todo temor, ¡oh Citerea!; los destinos [de los tuyos están para siempre asegurados, son inmutables...»

*Parce metu, Cytherea, manent immota tourum
Fata tibi...*

(1) «El (Júpiter) le enjuga las lágrimas y, ardoroso, la besa en la cara y abraza su cuello puro, de suerte que, si hubiera estado solo, se hubiera engendrado un nuevo Cupido.»

Desenvuelve todo el orden futuro de los destinos, insistiendo sobre lo que concierne á Eneas y á su hijo Julio; muestra en el porvenir el brillante desquite que tomará la descendencia del héroe sobre Pitia, sobre Micenas y sobre Argos, esas patrias de los grandes enemigos del nombre troyano; después llega César con la estrella en la frente y los signos reconocibles de su madre Venus:

Nascetur pulchra Trojanus origine Caesar;

después la edad de oro de Augusto y la paz del mundo. La misión propia de los Julios y de su madre Venus, es suavizar al cruel Marte:

Aspera tum positis mitescent saecula bellis.

Cada anillo de oro, en la cadena de los destinos, está tocado por el dedo soberano de Júpiter.—Pero lo que domina, especialmente, en el discurso de quien es ya el Júpiter Capitolino, es la *dignidad*, esa cualidad romana. Hay un momento, que él indica, en que la misma Juno, apaciguada y de acuerdo con él, conspirará á favorecer esa nación augusta predestinada al Imperio:

Romanos rerum dominos gentemque togatam.

Verso característico y que expresa la fisonomía de un pueblo. En todos los actos del antiguo romano respiraba la dignidad en llevar la toga; el embajador romano llevaba la paz y la guerra en un pliegue de su toga; César se cubría la cabeza con su toga antes de morir y de ir á caer al pie de la estatua de Pompeyo. Cuando se introdujo en Roma el olvido de la toga y la desenvoltura en las reuniones públicas (de lo que Augusto se quejaba ya, citando el mismo verso de Virgi-

lio, que era una ironía en sus labios), el carácter nacional estaba contaminado. Todavía hoy, á pesar de todo, se encuentra algo de la dignidad de los antiguos romanos en los modales naturales de sus descendientes de las orillas del Tíber; esos hombres no atraviesan, como los demás, la plaza de San Pedro.

Mientras que Mercurio, despachado del Olimpo por Júpiter, baja á Libia para disponer los corazones y preparar el camino en favor de Eneas, éste, después de la noche dedicada más que á dormir á agitar sus inquietudes, se pone á esperar la Aurora, y va de descubierta por la comarca desconocida á que ha sido arrojado. Sus naves están al abrigo en su profunda bahía; las deja allí con toda su gente, y, acompañado solamente por Acate, con dos venablos en la mano, se pone en marcha á través de los lugares salvajes, cuando de repente se presenta ante él su madre en medio de un bosque. Pero Venus, para abordar más fácilmente á su hijo, se ha disfrazado de Ninfa cazadora, de virgen de Esparta ó de Tracia:

*Virginis os habitumque gerens, et virginis arma
Spartanae, vel qualis equos Threissa fatigat
Harpalyce...*

Esta Venus casta y cazadora, con la aljaba en la espalda y flotantes los cabellos, con su actitud esbelta en el recodo de un sendero, y con su túnica anudada por encima de la rodilla, está pintada, ó más bien esculpida deliciosamente por Virgilio. Ella misma es la que primeramente se dirige á los dos guerreros, preguntándoles si no han visto á alguna de sus compañeras y de sus hermanas, pues se ha extraviado persiguiendo á su presa.

Aquí, en este encuentro y en este disfraz, Virgilio

ha tenido presente en el pensamiento las escenas semejantes en las cuales Minerva, según Homero, se aparece de incógnito á Ulises para dirigirle y guiarle. Ha tenido también presente, en una grata lejanía, otra escena que tenía un objeto distinto, pero que ofrecía también un disfraz de Venus, disfraz de los más interesantes y de los más memorables, puesto que de él resultó el trato íntimo con Anquises, y, como consecuencia, el nacimiento de Eneas. Al insistir un momento acerca de esta primera Venus completamente Cipriana y madre de las delicias, comprenderemos mejor el carácter ligeramente corregido y depurado, aunque siempre tierno y suave, de la Venus de la *Eneida*.

El *Himno á Venus*, en el que se celebran los amores de Venus y Anquises, es uno de los himnos más hermosos llamados *Homéricos*, uno de los que justifican plenamente su nombre:

«Musa, dime las obras de la Venus de oro Cipriana, que ha inspirado á los dioses un dulce deseo y ha domado las razas de los hombres mortales, y á las aves del cielo, y á todos los animales, los que el continente sustenta en gran número y los del mar; porque á todos son gratas las obras de Citerea, la de la bella corona. Pero hay tres corazones á los que no puede persuadir ni seducir...»

Estas tres invencibles personas, que constituyen una excepción de la regla general, son Minerva, Diana y Vesta. El autor del Himno las designa y las celebra á su vez. Aparte estos tres corazones cerrados á la suave persuasión de la diosa, nadie más se sustrae al poder de Venus, ni entre los hombres ni entre

los dioses. El mismo Júpiter, el amo del rayo, está sujeto á él, y ella le extravía frecuentemente el espíritu haciéndole olvidar á Juno é inclinándole, en cuanto ella quiere, á mezclarse con las mujeres de los hombres. Júpiter, sin embargo, se ha vengado á su vez, y ha inspirado á ella también un deseo de unión con un hermoso mortal, á fin de que ella misma participe cuanto antes de esas alianzas desiguales, dejó de creerse exenta, y no vaya un día á alabarse en plena asamblea de los dioses, con su encantadora sonrisa, de todas las graciosas confusiones que realiza, y de hacer que los dioses inmortales y hasta las diosas engendren hijos mortales.—Aquí voy á traducir, é indicaré al pasar los indicios ligeros, pero seguros, que demuestran que Virgilio tenía presente en su pensamiento este riente cuadro:

«Júpiter, pues, le infundió en el alma (de Venus) un tierno deseo por Anquises, el cual entonces, en las altas cumbres del Ida el de los mil manantiales, era pastor de vacas y semejante por su cuerpo á los inmortales. Habiéndole visto poco después Afrodita, la de la sonrisa amorosa, le amó, y se apoderó de su razón un extraño deseo. Habiendo ido á Pafos, en Chipre, entró en el fondo del odorífico templo; en él hay un recinto á ella consagrado, y un altar donde se exhala el incienso:

*(Ipsa Paphum sublimis abit...
... ubi templum illi centumque Sabaeo
Thure calent arae, sertisque recentibus halant.)*

Habiendo entrado, cerró las brillantes puertas; y allí las Gracias la bañaron y la untaron con un aceite divino, tal como florece para la eterna juventud de los

dioses, un óleo de suave ambrosía, que le daba un agradable perfume. Habiéndose revestido con todas sus hermosas vestiduras y engalanado con oro, la sonriente Afrodita se lanzó hacia Troya dejando á Chipre con su ambiente suave y caminando por los aires (*sublimis*) á través de las nubes. Ella llegó al Ida y fué derechamente al establo á través de la montaña. Detrás de ella, agitando sus colas acariciadoras, los lobos blancos y los leones de inflamada pupila, los osos y las rápidas panteras, insaciables de ciervas, marchaban en tropel; ella, al mirarlos, se regocijaba en su espíritu, y les lanzaba al pecho la chispa del deseo; y todos al mismo tiempo, por parejas, se echaban en las hondonadas llenas de sombra. Ella llegó á las cabañas bien construidas. Ella le encontró en los establos, solo, separado de los otros, á él, al héroe Anquises, que recibiera de los dioses la belleza. Los otros habían seguido al ganado á los pastos, todos, excepto él, á quien habían dejado solo en los establos; vagaba de un lado á otro, tocando la citara que resonaba en el espacio. Ante él se detuvo la hija de Júpiter, Afrodita, semejante por el talle y por la cara á una virgen no sometida todavía al yugo (*Virginis os habitumque geren...*), de miedo que él no se asustase de ella á primera vista. Anquises, contemplándola, permanecía pensativo y en silencio, admirando su belleza, y su talle, y sus deslumbradoras vestiduras; porque ella llevaba un largo velo más brillante que el resplandor del fuego, y tenía brazaletes redondeados, pendientes en forma de flor; bellísimos collares rodeaban su delicado cuello, muy valiosos, de oro, artísticos; brillaban como la luna en torno de su blanco pecho; era una maravilla. Anquises quedó enamorado, y le dijo estas palabras:

(*O quam te memorem, virgo; namque haud tibi vultus
Mortalis, nec vox hominem sonat; o Dea certe;
An Phaebi soror? an Nympharum sanguinis una?
Sis felix...*)

«¡Sé feliz, oh reina, cualquiera que tú seas de entre los bienaventurados que llegas á esta casa, Diana ó Latana, ó Venus de oro, ó Themis la bien nacida, ó Minerva la de los ojos azules, ó seas una de las Gracias que sirven de compañeras á todos los dioses y son llamadas Inmortales, seas una de las Ninfas que tienen por dominio los hermosos bosques sagrados, ó de las Ninfas que habitan esta hermosa montaña y las fuentes de los ríos y las herbosas praderas! A ti, en una altura, en un lugar que se vea de todas partes, erigiré un altar y te haré hermosos sacrificios en todas las estaciones (*multa tibi ante aras nostra eadet hostia dextra*); pero tú, con tu alma benévola, concédeme el ser un hombre muy notable entre los troyanos; otórgame en el porvenir una progenitura floreciente, y á mí mismo concédeme que viva mucho tiempo, y bien, y vea la claridad del sol; afortunado entre todos, y alcance el umbral extremo de la ancianidad.»—Y la hija de Júpiter, Afrodita, le respondió: «Anquises, el más glorioso de los hombres nacidos de la tierra, no, yo no soy ninguna de las diosas (1). ¿Por qué me asimilas tú á las Inmortales? (*Haud equidem tali me*

(1) Hay en el original un matiz que es difícil de expresar: «Yo no soy para tí ninguna de las diosas», tendría un sentido demasiado directo en nuestro idioma; sería más exacto decir: «Yo no te soy ninguna de las diosas», si no fuera demasiado duro y demasiado inusitado. Nuestro lenguaje es de una claridad desesperante y no se presta á estas ligeras confusiones, á estas medias tintas de que gustaban las lenguas antiguas, más cercanas del nacimiento de los pensamientos.

dignor honore.) Yo soy mortal, y he tenido una mujer por madre...»

Venus relata aquí toda una historia; se dice hija de Otreo, rey de Frigia; ella ha tenido por nodriza y aya una mujer troyana, y de esta suerte explica y justifica el perfecto conocimiento que tiene de la lengua de Anquises, la cual, á lo que parece, no era la misma que la de Frigia. En la poesía homérica, el poeta presta atención, por lo menos en ocasiones, á estos detalles, que, en medio de las fábulas y las maravillas, dan á la narración un gran aspecto de verosimilitud. Ella refiere que, mientras bailaba con las vírgenes, sus compañeras, fué arrebatada por Mercurio, que la transportó á través de toda suerte de espacios y países, tanto habitados como salvajes, y el cual la dijo que estaba destinada á ser la esposa de Anquises y á procrearle hermosos hijos. Y después de haber dicho todas estas cosas con gran ingenuidad, añade en seguida que le suplica no abuse, sino que la conduzca, que la presente á su padre y á su madre (los de Anquises) como una nuera futura que no les deshonorará, y mande en seguida un aviso á Frigia y á sus propios padres, que no serán parcos en presentes y ricos regalos.—Continuaré traduciendo:

«Habiendo hablado así, ella le puso en el alma el deseo; el amor se apoderó de Anquises y la dijo mirándola: «Puesto que eres mortal, y tienes una simple mujer por madre, y Otreo es tu padre, bien conocido, como así lo cuentas; puesto que has venido aquí por voluntad del mensajero inmortal Mercurio y deber ser llamada mi esposa todos los días de la vida, no hay ningún dios ni ningún hombre que pueda aquí impe-

dir que me funda en tu amor, inmediatamente, ahora mismo; no; aun cuando el divino arquero Apolo en persona estuviese ahí con su arco de plata para lanzarme flechas funestas, aún elegiría, ¡oh mujer semejante á las diosas!, por precio de haber subido á tu lecho, el descender á la morada de Plutón.»—Habiendo hablado así, la cogió de la mano. La sonriente Afroditá le seguía, apartando la cabeza y bajando sus hermosos ojos (1)...»

Esto ocurría durante el día. Por la noche, á la hora en que los pastores traen de los pastos al ganado, Anquises estaba sumido en un profundo y dulce sueño. La diosa, levantándose de su lado y volviendo á coger las vestiduras y los adornos que había dejado, manteníase en pie cerca de la cabaña, pero esta vez con la frente alta y como diosa: «Y la belleza brotaba de sus mejillas, sobrenatural, como lo es la de Citerea, la de la corona de violetas.» Se reconoce allí todavía por las huellas el *rosea cervice refulsit* y el *patuit dea*. No insisto en la última parte del himno. Venus despierta

(1) Esta idea de la muerte, de la perspectiva funesta, desafiada y aceptada al punto por precio de las delicias, se encuentra con diferencias de acento en poetas de una época infinitamente distante. En lo opuesto á la época de Anquises, y en el otro extremo de la civilización, se lee, en Chateaubriand, el voto que presta á su enamorada Atala: «Hace un momento, al sentir que una divinidad me detenía en mis horribles transportes, hubiera deseado que esa divinidad se hubiese aniquilado, con tal de que, estrechada en sus brazos, hubiera yo rodado de abismo en abismo con los restos de Dios y del mundo.» Y ha puesto algo del mismo sentimiento en el grito de amor de Eudoro por Velleda. Pero la idea, tal como se acaba de verla expresada por Anquises, no es sino la del deseo apasionado, natural, mientras que está como pervertida en esos otros ejemplos por una imaginación excitada y enfermiza.

á Anquises, y, después de haberle tranquilizado, le hace el más brillante pronóstico del niño que nacerá de ella y que se llamará Eneas, porque es, después de todo, una cosa terrible y dura (*ainos*) para ella, diosa, el haber caído así en el lecho de un mortal. El niño será criado, primero, por las ninfas de la montaña. Ella recomienda á Anquises que, en cuanto el niño esté en la primera flor de su edad y se lo lleven, que no diga, si le interrogan, el nombre de la verdadera madre, y que responda: «Se dice que ha sido engendrado por una ninfa de ojos de rosa, de esas que habitan la montaña revestida de bosques.» Que si falta á esta discreción y se alaba imprudentemente de su felicidad con una diosa, habrá de temer el rayo de Júpiter. Hechas estas recomendaciones con un tono soberano, se lanza hacia el cielo y desaparece.

La última amenaza se realizó. Anquises no supo callarse. El mundo entero conoció que Eneas era hijo de Venus y de Anquises, y Dido, al primer encuentro, podrá decir al héroe:

*Tunc ille Aeneas, quem Dardanio Anchisae
Alma Venus Phrygiæ genuit Simoëntis ad umdam?*

Pero Anquises fué castigado; fué un ejemplo más del peligro que había en ser objeto de estos divinos favores. Lo había sentido desde que al despertar reconoció á la diosa: «Ten piedad de mí, le dijo; no consientas que viva languideciendo y débil entre los hombres; porque ha perdido la flor viril de la vida el que ha reposado una vez al lado de las diosas.» Y así, esa enfermedad inseparable de la idea de Anquises, que se ve siempre llevada por su hijo; esa enfermedad que se liga á la gloria piadosa de Eneas, es el contraste de la escena deliciosa y embriagadora del Ida. Anquises,

desde el día que se le escapó, en su orgullo de padre, el divulgar la debilidad de Venus, sintió la cólera de Júpiter, que le rozó con el viento de su rayo y le tocó con su fuego, no hizo más que arrastrar días inútiles:

*Jam pridem invisus Divis et inutilis annos
Demoror, ex quo me Divum pater atque hominum rex
Fulminis adflavit ventis et contigit igni.*

Ahora, si volvemos á la aparición de Venus á Eneas en el primer libro, concebimos mejor el carácter y el matiz particular de la Venus virgiliana, y, como acordándose del amoroso y voluptuoso encuentro con Anquises, aludiéndole, por decirlo así, el poeta ha gustado de transformarle en una escena tiernamente maternal con el hijo; le ha bastado, para su propia satisfacción y para la del hombre de gusto que le siga, indicar con una huella ligera, pero sensible como la de un perfume, la presencia y las consecuencias de un recuerdo, en una circunstancia, por lo demás, tan diferente.

Venus, rechazando el título de diosa que le da desde luego Eneas, se apresura á responder á sus preguntas sobre el país y el pueblo que tiene interés en conocer. Aunque ella se dice del país, ó por lo menos de la colonia tiria, no trata de explicarle cómo es que se dirige á él en la lengua que habla y entiende; no pidamos aquí esos detalles que acusan la realidad. Ella le refiere, acerca de Dido y de su fuga valerosa de Tiro después de la muerte de Siqueo, y acerca de la nueva colonia que funda, todo lo que á Eneas y al lector le importa saber. Después ella interroga á su vez al héroe, y aparenta querer saber quién es y cuál es su historia. Eneas, que debe hacer una relación comple-

ta al final de aquel mismo día y durante la noche que ha de seguir, no responde á Venus sino en dos palabras y con un suspiro: «Yo soy el piadoso Eneas...

*Sum pius Aeneas, raptos qui ex hoste Penates
Classe veho mecum, fama super aethera notus...»*

Se ampara, ante todo, con su piedad y con sus dioses como con un título á la hospitalidad, á la benevolencia de los hombres; y si habla tan abiertamente de su fama, como lo hacen, por lo demás, todos los antiguos, no es por orgullo, es por tristeza; no es conocido en el universo sino á causa de las calamidades de su patria y de sus propias desgracias. El carácter religioso y sumiso de Eneas, que no da un paso sin los destinos y los oráculos, sin las ceremonias requeridas, se declara aquí en sus palabras con unción y hasta, si puede decirse, con compunción. Para hacerle completa justicia, imaginémosnos un perfecto cristiano de la Edad Media.—Venus le conforta y le tranquiliza, le anuncia por un augurio repentino percibido en el cielo, que las doce naves que él creía perdidas están ya en el puerto, y, mostrándole el camino con la mano, se revela y desaparece en una deslumbradora transfiguración.—Eneas exhala una queja, un grito de ternura filial, al no reconocerla sino para perderla en seguida:

*Quid natum toties crudelis tu quoque, falsis
Ludis imaginibus...*

Continúa su marcha; la diosa le rodea á él y á Acates con una nube protectora que les hace invisibles, como ocurrió en casos semejantes con Ulises, Jason y todos los héroes favorecidos. Eneas llega hasta la altura desde donde se ve la nueva ciudad que se eleva y se construye: ciudadela, templo, santuario de las le-

yes, puerto, todo se construye á la vez, hasta el teatro, con sus columnas, espléndido ornamento de la escena futura, *scenis decora alta futuris*, lo que es más griego que cartaginés y más moderno que la época homérica. Aquí, esta comparación está tomada de las *Geórgicas*, y la cual expresa tan bien la actividad, en todos sentidos, de una población industriosa:

*Qualis opes aestate nova per florea rura
Exercet sub sole labor...*

«De igual modo, al regreso de la primavera, con los prados en flor, bajo un sol hermoso, un trabajo común anima á las abejas, cuando hacen salir á los primeros enjambres, ya adultos, ó cuando condensan el licor de miel y llenan sus células de dulce néctar, ó reciben la carga de las que llegan, ó cuando, formando escuadrón, arrojan de las colmenas á los zánganos, esa raza holgazana; el ardor reina en todas partes, y las oleadas de miel exhalan en el aire un perfume de tomillo.—¡Oh bienaventurados, exclama Eneas, aquellos cuyas murallas se elevan ya!»

O fortunati, quorum jam monia surgunt!

Este sentimiento de Eneas, esta necesidad de una patria prometida y que retrocede sin cesar, es una de las fuentes de emoción en la *Eneida*; Eneas suspira casi con tanta viveza por esa futura patria, aún desconocida, como Ulises por su querida Itaca. Hay en él, aunque héroe, un gran cansancio, una necesidad de llegar y de sentarse al fin. Decía á Heleno y á Andrómaca, dejándoles á orillas de Epiro: «Vivid felices, ¡oh vosotros!, á quienes os ha sido dado el haber realizado ya vuestra fortuna; nosotros somos arrastrados sin cesar de un destino á otro:

*Vivite felices, quibus est fortuna peracta
Jam sua: nos alia ex aliis in fata vocamur.»*

Lo repite ante el aspecto de la naciente Cartago. Virgilio ha dado á su héroe un poco del sentimiento que él mismo había experimentado tristemente durante los años desgraciados de su juventud.

Eneas, siempre invisible en el seno de su nube, llega al corazón de la ciudad, á un bosque sagrado y hasta al templo que se eleva á Juno. Allí es donde, en medio de las magnificencias del bronce, ve también pinturas, especies de frescos, que representan las principales escenas del sitio de Troya, *Iliacas ex ordine pugnas*, toda una serie de cuadros históricos contemporáneos. Compréndese bien que este arte de la pintura es un anacronismo en la época de la toma de Troya, así como la tragedia que suponía el suntuoso teatro. Yo no hablo del anacronismo total, que consiste en haber retrotraído á Dido doscientos ó trescientos años, y haberla hecho vivir en tiempos de Eneas. No vemos sino las bellezas que el poeta ha sabido sacar de estas suposiciones diversas fundidas en un mismo tono de relación; aquí Virgilio ha tenido ciertamente presente en el pensamiento uno de los más conmovedores pasajes de Homero; pero nada indica mejor sus caminos secretos y sabios como la diferencia de forma que ha sabido aportar en un fondo de pensamiento casi semejante.

Ulises acaba de llegar al país de los feacios; desconocido todavía, asiste á un gran festín, al que han llevado á Demodoco con su lira:

«Cuando hubieron satisfecho su deseo de beber y de comer, la musa inspiró al cantor que cantase las glo-

rias de los héroes, en aquella parte de relación célebre cuya fama subía entonces hasta el cielo—la que-rella entre Ulises y Aquiles, hijo de Peleo, cómo en otro tiempo disputaron en el festín de los dioses, con palabras furibundas; y el rey de los hombres, Agamenón, se complacía en silencio al ver disputar á los mejores de los griegos...—He aquí lo que cantaba el cantor muy ilustre. Y Ulises, tomando su gran manto de púrpura con sus robustas manos, se lo puso en la cabeza y ocultó su hermoso rostro, porque le daba vergüenza de los feacios, sintiendo que las lágrimas acudían á sus ojos. Y cuando el divino cantor se interrumpía en sus cantos, entonces, enjugándose las lágrimas, se quitaba el manto de la cabeza, y, tomando la copa, ofrecía libaciones en honor de los dioses. Después, cuando el cantor volvía á empezar y los jefes de los feacios le invitaban á ello porque gustaban de sus relaciones, inmediatamente Ulises, volviéndose á poner el manto en la cabeza, se ponía á gemir. Se ocultaba así de todos los demás al derramar lágrimas; solamente el anfitrión lo notó y lo observó, por estar sentado á su lado, y oyó sus profundos suspiros...»

En otro pasaje, algo más adelante, se renueva la escena, cuando Demodoco, y esta vez á petición del mismo Ulises, que no se ha nombrado todavía, recita toda la aventura del caballo de madera y aquella peligrosa empresa en la que se distinguió el más astuto de los héroes; Ulises, al escucharla, se entrega á las lágrimas y á los sollozos, y con más abundancia que la primera vez. Ahora bien; en estos dos casos, ¿cuál es el fondo y el motivo dramático, patético, de la situación?; es el que un hombre célebre y desgraciado, al llegar á pueblos lejanos, se encuentra con

que es conocido antes de haberse dado personalmente á conocer, y encuentra de improviso testimonios de su gloria y de la simpatía que inspira; los nota con ese enternecimiento que uno tiene fácilmente respecto de sí mismo, sobre todo cuando se adivina que es compartido por otros.

Tal es, precisamente, el caso de Eneas al contemplar las pinturas de la guerra de Troya en el templo de Juno. Cuando reconoce á Agamenón, á Príamo, á Aquiles, se dice y dice á su compañero Acate, enterneciéndose: «¡Qué lugar, qué región de la tierra será la que no esté llena de nuestras desgracias!» He aquí á Príamo. Aquí, la virtud inmolada tiene también su recompensa. Hay lágrimas para los infortunios, y las miserias humanas encuentran corazones á quienes conmover. Deja los temores; esta fama no puede menos de aportarnos algún socorro:

*En Priamus. Sunt hic etiam sua proemia laudi;
Sunt lacrymae, et mentem mortalia tangunt, etc.*

Al recorrer la serie de los objetos que el pintor ha representado, y los que nos ha transmitido Homero, y los que no nos han sido conservados sino por ese estimable imitador y continuador de Homero, Quinto Calaber (mejor que su nombre), al ver todos los episodios de Rhesus, de Troiles, de Héctor, de la amazona Pentesilea y de Memnor, el hijo de la Aurora, y al reconocerse á sí mismo en la primera fila de los bravos hasta en el grueso de los enemigos,

Se quoque principibus permixtum agnovit Archivis,

Eneas se siente confirmado en su esperanza.—Ahora bien; el Eneas que llora al encontrar el cuadro de las desgracias y de las empresas en que tomó parte, for-

ma juego con el Ulises que llora al escuchar la relación de sus propias hazañas. Solamente que Virgilio ha desfigurado y como trasplantado la imitación, mudándola de canal ú órgano y sustituyendo el *oído* por la *vista*. O más bien aquí ya no imita («porque, se habrá dicho él, no hay que parecer que se imita siempre»); se inspira y varía su arreglo de invención á la manera de un talento tan ingenioso como sensible.

Sunt lacrymae rerum es la frase grata á todo hombre de sentimiento entre los modernos, y uno la cita sin cesar y se la aplica gustoso. Ulises es más natural, sin duda, más irresistible en su raudal de lágrimas y de suspiros; pero solloza con demasiada fuerza bajo su manto; Homero le compara, la segunda vez, á una mujer que abraza llorando el cuerpo de su esposo, muerto bajo los muros de su ciudad asaltada, á alguna Andrómaca lamentándose sobre Héctor; para nosotros, los modernos, ese dolor ingenuo de un hombre enérgico y aguerrido excede un poco nuestra medida; lo que nos encanta y comprendemos es más bien ante un cuadro lleno de arte, un movimiento de sensibilidad y una lágrima.—Lo que no impide que con Ulises brote de una manera poderosa por otro estilo la fuente de lo patético.

Mientras Eneas está allí, parado ante aquellos cuadros, Dido aparece y avanza hacia el templo, rodeada de su corte y con su acompañamiento de guerreros. Aquí hay una comparación brillante y célebre:

*Qualis in Eurotae ripis, aut per fuga Cynthi,
Exercet Diana choros...*

Pero llevemos las cosas con orden, y, como la imitación de Homero es directa, demos la comparación tal como se nos presenta primero en la *Odisea* (can-

to VI). Ulises náufrago ha sido arrojado á la costa de la isla de los feacios; rendido de cansancio, está dormido entre dos olivos, en un lecho de hojas. Sin embargo, Minerva, que piensa en procurarle ayuda, se dirige á la hija del rey del país, la hermosa Nausica, y, mediante un sueño que la envía, la dispone á ir al día siguiente por la mañana al río á lavar sus ropas con sus compañeras. La idea de próxima boda que se ha deslizado en la mente de Nausica colorea sus mejillas con un grato pudor, cuando al despertar solicita de su padre que le mande preparar uno de los mejores carros; pero tiene cuidado de no hablar sino de lo conveniente que es para él, el rey de los feacios, y para sus hijos, el tener vestiduras brillantes de limpieza cuando aparezcan en las fiestas y reuniones públicas. El padre, sin que ella diga más, lo ha comprendido todo. El carro está preparado. Colocan en él todas las vestiduras y la ropa blanca de la familia. La reina, la madre de Nausica, no se olvida de añadir una cesta bien provista para la comida, vino en una odre y también aceite en un frasco para el baño. La joven sube al carro; empuña el látigo y las relucientes riendas; ella misma guía. Se cree oír el galope de las mulas. Ella no va sola: va acompañada por sus sirvientes. En cuanto llegan, descargan, se ponen á lavar en plena agua corriente, á cuál mejor; extienden al sol las ropas lavadas en un lugar de la playa que está todo sembrado de piedras bañadas por el mar. Después, se bañan, se perfuman con aceite, comen á orillas del río. Traduzco ahora:

«Después que las sirvientes y ella misma hubieron comido á gusto, jugaron á la pelota, habiéndose quitado los velos de la cabeza, y Nausica, con sus blan-

cos brazos, animó el juego. Se parecía á Diana, la que gusta de las flechas cuando va por la montaña, á través del Taigeto ó del Ercinanto, recreándose con los jabalíes y las ligeras corzas; con ella, las ninfas campestres, hijas de Júpiter, que tiene la égida, comparten las emociones; y Latona se regocija en su corazón; por encima de todas asoma la cabeza y la frente, y se la reconoce fácilmente; y sin embargo, todas ellas son hermosas. Así, entre sus compañeras, brillaba la virgen aún no domada.»

Esta comparación, y se concibe, se había fijado como una flecha de oro en la memoria delicada de Virgilio, y con ella se había prometido adornar, en la primera ocasión, su poema romano. Lo hizo con la fortuna que se sabe:

«Mientras el troyano Eneas contempla admirado aquellas maravillas; mientras permanece asombrado y fija su mirada, la reina, la bellísima Dido, avanzaba hacia el templo, rodeada de un numeroso cortejo de jóvenes. De igual manera, por las márgenes del Eurotas ó por las cumbres del Cintio, pasea Diana, seguida á todas partes por un millar de oreadas, que forman grupo en torno de ella; ella lleva la aljaba al hombro; y al andar sobresale con su cabeza por encima de todas aquellas diosas; secretas alegrías llenan el corazón de Latona. Tal era Dido, tal se mostraba gloriosa en medio de los suyos, activa en la realización de su obra y de su grandeza futura...»

Repetid estos versos; ciertamente, no se puede encontrar nada más elegante, más noble, más completo.

Pero Homero (hay que atreverse á hacer este con-

traste) es más natural y más verdadero, como siempre. Apartaos por un momento de la armonía latina que todos sentimos y que nos rodea desde la infancia, y decid: Nausica está rodeada de vírgenes como ella, lo que hace que la comparación con Diana, rodeada de sus ninfas, sea natural y como inevitable, ó, por lo menos, más fácil de establecerse. Ella está con sus compañeras en medio de los campos, no en medio de una ciudad. Dido va seguida por jóvenes, por hombres, por todo un estado mayor; como mujer, es menos natural que les lleve la cabeza. Es viuda y va á ser amante, lo que le da menos parecido con Diana, la diosa de la virginidad. Y además, ¿no tiene Nausica una madre, una madre de la que nos han hablado, lo que concuerda con el *Latonae tacitum pertentat...*? Y Dido no tiene madre que goce orgullosamente con esta gloria de su hija; lo que constituye, sin embargo, el rasgo dominante y simpático de la comparación. De suerte que Homero, en todo esto, no tiene solamente el mérito de la frescura y de la invención: tiene la ventaja de la perfecta adecuación. En él, la comparación es natural, nace y procede del asunto; en Virgilio, la comparación es un puro adorno, como se convino que bastase en adelante para la poesía.—¿Pero acaso no es esta también la razón de que muchos espíritus elevados y rigoristas no den á la poesía todo su valor? Un Pascal, por ejemplo, podía reservarse al leer este pasaje de Virgilio; yo creo que hubiera sido convertido y vencido si hubiese visto directamente la imagen de Homero.

Mientras Dido se encuentra en su trono ocupada en administrar justicia, llegan los principales troyanos representando el resto de la flota, que, separada de las siete naves, ha sido preservada igualmente del

naufragio. Ilioneas, el jefe de más edad, lleva la palabra. Se ha censurado á los compañeros de Eneas, á Serestes, al *bravo Gyas*, al *bravo Cloantes*, su carencia de fisonomía y su insignificancia. Virgilio, poco sostenido en esto por la tradición, ha estado débil en esta parte del poema; no se podría, sin embargo, negar al que nos ha retratado los caracteres de Mazencio, de Turno, de Palas, de Lanso, de Niso y de Eurgales, la facultad creadora. Solamente que la posee con sobriedad, con meditación y con una especie de lentitud. No se encuentran en él, hasta en los menores personajes, esa inagotable vida y esa gran fecundidad que llama la atención en Homero y que únicamente Shakespeare ha igualado entre los modernos. Ilioneas, que reaparecerá en el séptimo libro como jefe de la embajada cerca del rey Latino, se libra de la general censura; es orador, y en este concepto se le reconoce entre los demás jefes. En su elocuencia grave y pacífica, emplea gustoso palabras de respeto, de humanidad, de concordia y de justicia. Su discurso, al que asiste Eneas siempre invisible, tiene grandeza y unción. Saluda y alaba á la reina como fundadora del imperio. Expone su desgracia, el naufragio que les ha arrojado á aquella costa de Libia, de la que están á punto de ser rechazados. No han llegado ni como conquistadores ni como piratas; no son sino vencidos que buscan un asilo, y lo buscan en otra parte, hacia la Hesperia, en aquella tierra cuyo renombre conocen:

Terra antiqua, potens arenis atque ubera glebae.

Habla ya como un romano.—Se queja de la barbarie con la que les impiden abordar por un momento á una playa en la que no quieren más que reponerse; apela á los dioses justos y vengadores, para quienes

nada hay oculto. Habla de Eneas con ternura y con respeto, como todos hablaban desde los últimos días de Troya, como del más bravo y más justo de los guerreros; si vive aquel príncipe magnánimo, si alienta todavía en alguna parte bajo el cielo, todos los beneficios otorgados á los suyos serán recompensados. ¡Que si ya no hay esperanza—que si el mar de Libia te ha tragado, á ti que eras padre aún más que rey de los troyanos, y si tampoco existe ya Julio—entonces que les dejen, por lo menos, regresar á Sicilia, é ir á buscar al príncipe amigo que allí reina!

A este discurso responde Dido bajando la cabeza, *vultum demissa*. Está casi avergonzada de la aparente crueldad de los suyos, que han rechazado á náufragos; se excusa de ello con las circunstancias difíciles y la novedad de su imperio. Este es también un sentimiento virgiliano delicadamente expresado. Por lo demás, halaga á los recién llegados, adelanta en su obsequio el tiempo:

Quis genus Aeneadum, quis Trojae nesciat urbem?

Aeneadum será uno de los nombres de los romanos.—Un dios la ha inclinado ya en secreto su corazón. Ella promete, lo ofrece todo. Les llama á la comunidad de la ciudad que funda. ¡Y pluguiera á los dioses que el mismo Eneas estuviese presente!

Así apostrofado é invocado por ambas partes, á Eneas no le queda más que aparecer para completar la escena. La nube se entreabre, la niebla se disipa y el héroe se manifiesta á todos. Y aquí volvemos á encontrar á Homero: traduciré frente á frente los dos pasajes:

Ulises ha sido despertado en el lecho de hojas en donde le hemos dejado hace un momento; porque

Nausica, cuando se disponía á regresar á la ciudad, lanzó una pelota á una de sus compañeras, que erró; la pelota cae al río, y todas dan un grito. Despertándose sobresaltado, Eneas se pregunta en dónde está, en qué pueblo, si son voces de ninfas ó voces humanas las que escucha. Se decide á salir de la maleza y á presentarse, aunque está desnudo, porque la necesidad le obliga á ello; se cubre como puede con una rama que tiene en la mano. Al verle, huyen todas, excepto Nausica, que, fortalecida por Minerva y dejando el miedo á las muchachas vulgares, se conduce como persona digna y real, y espera. ¡A qué hábiles, á qué halagadoras y púdicas palabras recurre Ulises para hacérsela propicial; ella no tarda en reconocer en él á un hombre inteligente y bien nacido, caído en la desgracia. Le promete ayuda, llama á sus compañeras, censurándolas por su miedo, las ordena que procuren vestiduras al extranjero, que le bañen y le sirvan. He aquí la comparación que se prepara:

«Cuando se hubo lavado y perfumado con aceite, y se hubo puesto las vestiduras que la casta virgen le proporcionó, Minerva, hija de Júpiter, le presentó más gallardo y arrogante, é hizo descender de su cabeza una espesa cabellera semejante á la flor del jacinto. Como cuando el hábil artista á quien Vulcano y Palas Minerva han enseñado todas sus artes, y ejecuta obras graciosas, vierte el oro en torno de la plata; así ella le vertía la gracia sobre la cabeza y sobre los hombros. El fué en seguida á sentarse aparte á orillas del mar, resplandeciente de belleza y de gracias; y la virgen le contemplaba. Entonces dijo ella á sus compañeras de hermosos bucles: «Escuchadme, compañeras de blancos brazos, lo que os digo: ese

hombre no ha venido á mezclarse entre los divinos feacios á despecho de todos los dioses que habitan el Olimpo, porque hace un momento me parecía que era de los menos dignos, pero ahora se parece á los dioses que habitan el vasto Olimpo. ¡Ojalá que un tal hombre pueda llamarse mi esposo, y le plazca permanecer aquí! Pero dad al extranjero, compañeras, la comida y la bebida.»

Las vírgenes de la antigüedad, las Ifigenia, las Antígona, se atrevían á hablar abiertamente de su deseo nupcial; así lo hace Nausica con sus compañeras.— Volvamos á Eneas, en el momento en que la nube que le envolvía se entreabre repentinamente y se desvanece en el aire:

«Eneas aparece en frente y resplandece en plena luz, semejante por su rostro y por la actitud de su cabeza á un dios; porque su misma madre le habla como vertido con su aliento la gracia de la cabellera, el rayo purpúreo de la juventud y una frescura floreciente en los párpados. Del mismo modo la mano del obrero añade brillo al marfil, y así se ve la plata ó la piedra de Paros revestidas de un oro resplandeciente. Se dirige en seguida á la reina y á todo el cortejo asombrado: «¡He aquí al que buscáis, al troyano Eneas, escapado de las ondas de Libia!...»

Es ostensible que, en este pasaje, la comparación en Virgilio no es más que un adorno, y menos importante para la explicación, menos interesante á la misma narración. Ulises sale de un naufragio; ha estado durante tres días nadando á caballo sobre su madero: nos ha sido presentado, al salir de allí, horroroso, con

los cabellos pegados y erizados, cubierto con la espuma salobre de los mares, semejante á una fiera. Tras su profundo sueño, su baño, su tocado á orillas del río y con las vestiduras blancas que se pone, es natural que parezca otro hombre; y Minerva, al verterle la belleza como el hábil dorador vierte el oro, no hace más, en cierto modo, que coronar la acción de la naturaleza; el milagro aquí es más completo que con Eneas, y á la vez menos asombroso. Porque no se nos ha presentado á Eneas en un mal estado físico (los poetas de la escuela virgiliana entran bastante poco en esta clase de detalles); no tiene que reponerse mucho después del descanso de la noche anterior, y además no sale del baño. La misma Dido, que le ve por primera vez, no puede hacer ninguna comparación con lo que antes era. Se trata, pues, de un puro don gratuito de belleza que le hace su divina madre, en los momentos que se presenta ante los tirios y su reina mediante un golpe teatral. En la comparación homérica del obrero se nota, además, por la admiración y asombro del poeta, que se está en una época más próxima á la invención de las artes, mientras que Virgilio dice la cosa del modo más natural y sencillo. He aquí no pocas reflexiones á propósito de seis hermosos versos que todo el mundo admira; pero tales reflexiones, que en la lectura se resumen y confunden en la sensación rápida del gusto, merecían ser por lo menos una vez desarrolladas, y nos hacen penetrar la íntima esencia y la diferencia de las dos poesías.

Es evidente que Virgilio se toma tanto menos trabajo en justificar y preparar el milagro cuanto menos se cree en él; un poco más ó menos de sobrenatural cuesta lo mismo. Con él se está ya en la mitología; con Homero se estaba en la religión.

Dido queda deslumbrada á la vista de Eneas; todo se prepara para la gran acción, en la que Virgilio sobresaldrá y en la que ya no hay maestro: la de la pasión interna, con su nacimiento, sus rápidos progresos y su furor. También se trata de milagros, en cuya descripción el tierno poeta sabrá poner todos sus artificios y todo su genio.

En la respuesta de Dido á Eneas, en la invitación que dirige á los troyanos para que gocen de la hospitalidad tiria y se sienten bajo techos amigos, se encuentra este hermoso verso, tantas veces repetido, que ha llegado á ser la expresión consagrada de la misericordia y de la humana piedad:

Non ignara malis, miseris succurrere disco.

Dicen que la frase es de Meleagro, quien hasta había expresado la idea con mayor concisión. Fijémonos, sin embargo, y veamos. ¿En dónde y en qué ocasión dijo eso Meleagro? Meleagro era uno de aquellos griegos ya corrompidos y aún muy delicados, que llegaron con el hermoso siglo de los alejandrinos. En su voluptuosa Siria y en su Fenicia, dada á toda clase de amores, él los celebraba indistintamente en epigramas, algunos de los cuales son pequeñas obras maestras de ardor y de fuego; pero, por lo general, no son sino madrigales. A este último género pertenece el siguiente trozo, en el que celebra por décima vez á un tal Mysco:

«Haré frente aun al mismo Júpiter, si quiere arrebatarte, ¡oh Mysco!, para ser el escanciador del néctar. Y, sin embargo, él mismo me ha dicho muy á menudo: «¿Qué temes?, no haré que tengas celos; he aprendido, por haber sufrido, á tener piedad.» Me ha

dicho esto; pero yo, si veo acercarse una mosca que vuela, tiemblo ante el temor de que Júpiter no se haya hecho mentiroso para mí.»

Yo pregunto: aunque la expresión sea la misma, ¿es el mismo pensamiento? Esa frase elegante é ingeniosa, oculta en una inspiración erótica que apenas se atreve uno á citar, y que se refiere á ella, ¿puede compararse con las palabras dementes, benéficas y completamente humanas con las cuales acoge Dido á los troyanos? Así, pues, no ha sido más que justicia el que los hombres hayan repetido y repitan todavía el verso de Virgilio, que no es sino un eco de todos los corazones, y el que únicamente los eruditos sepan que un pensamiento análogo, expresado en tres palabras, existía antes en Meleagro, en un epigrama alusivo á un Ganimedes.

Sería más justo, como lo ha hecho Peerlkamp, el comparar, en cuanto á su espíritu, el *non ignora* de Virgilio con la frase de San Pablo dirigiéndose á los hebreos (cap. IV, v. 15), y procurando afianzarles en la fe de Jesucristo: «Porque nosotros no tenemos, les dice, un pontífice que pueda compartir nuestras debilidades; pero el nuestro ha pasado, como nosotros, por todas las pruebas...» San Pablo, sin embargo, añade: *excepto el pecado*; y esta sola idea establece un ateísmo entre el punto de vista del apóstol y el del poeta, cuyo pensamiento no es sino natural y humano.

Comienzan las larguezas de la hospitalidad: toros, puercos y corderos son enviados por Dido á los troyanos que se han quedado en la playa, con vino en abundancia. En el interior del palacio se prepara un suntuoso banquete. Eneas, por su parte, como buen padre, manda á buscar en seguida á Ascanio, y orde-

na, al mismo tiempo, que le traigan, para ofrecérseles á la reina como presentes, objetos preciosos; el velo de Helena, el cetro de Ilione, algunas joyas de reina y de mujer, restos librados del incendio de Troya.

Aquí Venus tiene una invención propia de ella, y adecuada á la Venus amorosa de los poetas de todas las épocas. Ella imagina un disfraz, una sustitución de personas, y que en vez de llevar á Ascanio para aquella primera noche, sea el tío, el tiito de Ascanio, el Amor mismo, el que llegue bajo la figura de aquél y el cual, merced á las primeras familiaridades, inflame más fácilmente á la reina. Virgilio se acordó, en este pasaje, de una entretenidísima escena de Apolonio de Rodas. Quiero indicarla; porque no se sabe bien hasta qué punto el hermoso siglo de los Ptolomeos tuvo una literatura, una poesía distinguida, la primera en rango después de la más grande, no tan refinada como se dice, sobre todo culta y elegante, y cuyo mérito, como lo ha observado Heyne, ha sido el corregir, el moderar la hinchazón ó el sentimentalismo, trágico por un regreso á la sencillez épica y homérica, y el asociar, en cierta medida, la dignidad con la gracia. Virgilio ha tenido directamente á los alejandrinos por maestros y por objetos de estudio; y si, ayudado en esto por la injuria de los tiempos, ha contribuido á hacerlos olvidar, no sería justo contribuir á este olvido, cuando la comparación entre ellos y él puede establecerse.

La escena, en Apolonio, está mucho más desarrollada. Se encuentra en el tercer libro de las *Argonáuticas*, que está todo él puesto bajo la invocación de Erato, la musa del Amor. Jason y sus compañeros han llegado á Cólquida; permanecen ocultos, con su nave,

en una marisma, en la desembocadura del Fasio, mientras toman una resolución. Sin embargo, desde lo alto del Olimpo, Juno y Minerva, que les protegen, han visto su embarazo; ellas se van aparte, lejos de Júpiter y de los otros dioses, á deliberar juntas en su morada. Juno apremia á Minerva, y le pregunta si ella sabe algún recurso ó stratagema para que los héroes puedan apoderarse del Vello cino (objeto de su viaje) y llevárselo á Grecia. A Minerva no se la ocurre nada. Juno es la que se muestra más inventiva. Ha pensado en Medea, la hija de Eetes, que es maga, y en hacer de ella una auxiliar y cómplice de Jason. «Vayamos al punto, dice ella, á ver á Cipris, y solicitemos de ella el que diga á su hijo que inflame con sus dardos el corazón de la hija de Eetes en favor de Jason...» Minerva consiente, aunque confesándose poco experta en tales materias amorosas; pero si el consejo agrada á Juno, está dispuesta á asociarse y á acompañarla, dejándole el cuidado de llevar la palabra. Necesito aquí traducir seguidos algunos pasajes para dar idea de ese arte alejandrino tan ingenioso, tan puro y tan gracioso, aunque demasiado detallado y bonito, y compararle con el arte más perfecto y más severo de Virgilio.

«... Lanzándose desde el cielo, ellas (las dos diosas) se dirigieron á la gran morada de Cipris, que le construyó su cojo esposo cuando se la llevó como esposa del lado de Júpiter. Una vez dentro del recinto, se detuvieron bajo el pórtico de la alcoba donde la diosa hacía habitualmente la cama de Vulcano. Pero él había salido por la mañana para ir á su fragua, en el vasto fondo de la isla Errante, en donde fabricaba toda clase de maravillas con el soplete. Ella, pues,

estaba sola, sentada en su asiento forjado, enfrente de la puerta. Vestida con sus cabellos, que caían á ambos lados por sus blancos hombros, los peinaba con un peinecillo de oro y se disponía á trenzarlos. Al ver á las diosas, se detuvo, las invitó á entrar, se levantó de su asiento y las hizo sentar en lechos; sentóse ella á su vez, y anudó con sus manos sus cabellos, no desenredados todavía; y, sonriendo, las dirigía palabras zalameras como éstas: «Queridas mías, ¿qué designio y qué asunto os trae por aquí á vosotras, que tan raras veces venís? ¿Por qué habéis venido, vosotras que, anteriormente, no frecuentabais demasiado estos lugares, á causa de ser las primeras de las diosas?» Juno, á su vez, le respondió: «Tú bromeas; pero nosotras tenemos nuestro corazón lleno de angustia...»

Se explica el motivo de sus inquietudes, en particular por lo que se refiere á Jason, al que ella quiere salvar á toda costa. Venus, un poco asombrada, y no viendo ó fingiendo no comprender lo que pretendía Juno, le responde con toda deferencia:

«Augusta diosa, que no haya nada peor que Cipris si, deseándolo tú, omito una palabra ó una acción de que sean capaces estas débiles manos, y ni siquiera pido que me lo agradezcan.»

«Ella habló así, y Juno, sin más rodeos, dijo muy sensatamente: «En manera alguna hemos venido aquí porque carezcamos de fuerza ó nos falten manos; pero naturalmente, y sin ruido, haz que tu hijo inflame á la virgen, hija de Eetes, de deseo hacia el hijo de Eson; porque si ella se entiende con él como amiga, pienso que, después de haberse apoderado fácilmente del Vello de oro, regresará á Folcos, pues

ella está llena de recuerdos.» Habló así, y Cipris dijo, dirigiéndose á ambas: «Juno y Minerva, á vosotras os obedecerá mejor que á mí; porque delante de vosotras, aun cuando descarado, se avergonzará un poco; pero de mí no se le importa nada, y, siempre pendenciero, prescinde de mí en absoluto; y yo he sentido ya un furioso deseo, perdida la paciencia ante su conducta, de romperle las flechas con el mismo arco; porque me amenazó en su cólera diciendo que, si yo no alejaba mis manos mientras él se contenía todavía, no tendría que quejarme sino á mí misma de las consecuencias.»

Así habló ella, y las diosas se sonrieron y se miraron una á otra; pero ella, de nuevo, les dijo muy mortificada: «Como mis dolores sirven de risa á los demás, no tengo necesidad de contárselos á todos; es bastante con que los sepa yo misma. Pero ahora, puesto que os es grato á ambas, probaré y le cogeré por la dulzura, y no desobedecerá.»

Así habló ella, y Juno le tocó la mano afilada, y sonriendo dulcemente, le dirigió estas palabras: «Haz, pues, en seguida lo que dices, ¡oh Citerea!, y no te incomodes y no te encolerices con tu hijo, porque cambiará con el tiempo.»—Dijo, y se levantó; Minerva la siguió, y salieron ambas, volviendo á tomar el mismo camino.»

No he concluido: deseo traducir el conjunto y todos los accidentes del cuadro, no solamente porque es muy agradable en sus detalles, sino, sobre todo, porque tales detalles forman parte del arte de los alejandrinos, que se complacen en ello. No hay nada olvidado; hay, sin duda, más ingenio y mayor cantidad de estudio atento que genio. Una parte del gusto de Virgilio ha sido el renunciar á esos *juegos y risas* seductores, á

esos divertidos entretenimientos y á todo ese Ovidio anterior, para hacer entrar á su misma elegancia en el justo marco de lo grandioso romano. Al acabar de considerar el encantador cuadro que ciertamente tenía al presente en la memoria cuando trazó el suyo, veremos mejor el género de gracias que no ha vacilado en sacrificar, en parte, aunque acordándose de ellas. Continúo:

«Ella misma (Venus) fué á través de las ondulaciones y de los valles del Olimpo, para ver si encontraba á su hijo. Ahora bien; le encontró en un rincón del fresco verjel de Júpiter, no solo, en compañía de Ganimedes, al que en otro tiempo Júpiter estableció en el cielo, en la morada de los inmortales, por haberse prendado de su belleza. Jugaban los dos con cantillos de oro, como dos muchachos de la misma edad. Y el uno, el furioso Amor, tenía la palma de su mano izquierda completamente llena y apretada contra su tetilla; estaba erguido, en pie, y un suave rubor coloreaba el cutis de sus mejillas; y el otro estaba cerca, en cuclillas, bajando silenciosamente la cabeza; no tenía más que dos cantillos, que arrojaba maquinalmente uno después de otro, y estaba enfadado con el ganancioso, que reía á carcajadas. Sin embargo, no habiendo tardado en perderlos, como los anteriores, se fué con las manos vacías, completamente corrido, y no vió á Cipris, que llegaba. Y ella estaba en frente de su hijo, y en seguida, habiéndole cogido por la barbilla, le dijo: «¿Por qué sonríes, inefable monstruo? ¿Es porque le has engañado y hecho trampas, como un inocente que es? Pero vamos, ea, hazme pronto de buen grado lo que te voy á decir, y te daré un lindísimo juguete de Júpiter, el mismo que le hizo su que-

rida nodriza Adrastia en el antro del Ida cuando era todavía un niño, una bola que rueda bien, un juguete como nunca lo obtendrás más bonito de manos de Vulcano... (Y aquí hace ella una minuciosa descripción de la bola, pero que yo paso por alto, temiendo no comprenderla bien.) Yo te la daré, pero tú inflama á la virgen de Eetes, dirigiéndole una flecha á favor de Jason; y no tardes en hacerlo, porque entonces la recompensa será menor.»

«Así dijo ella, y sus palabras agradaron á su hijo. Arrojó todos los juguetes, y habiéndose cogido con ambas manos de las vestiduras de la diosa, no la soltaba, y la suplicaba que le diese pronto lo ofrecido, en seguida; pero ella, volviéndose hacia él, con palabras suaves, le besaba en las mejillas y le respondía sonriendo:

«Prometo por tu querida cabeza y por la mía propia, que te daré seguramente el regalo, y que no te engañaré, con tal de que lances la flecha á la hija de Eetes.»

Dijo ella, y él recogió los cantillos, y habiéndolos contado bien, los depositó en el brillante seno de su madre. Al instante se sujetó con un tahalí de oro su aljaba, que estaba depositada junto á un árbol; tomó su arco y salió del palacio de Júpiter atravesando el verjel de mil frutos. Llegó así á las puertas celestes del Olimpo; de ellas arranca el camino que desciende del cielo. Elévanse dos polos, dos crestas sublimes de montañas, cumbres de la tierra, y en donde el sol levante se enrojece con sus primeros rayos: en el fondo, unas veces se le aparecían la tierra, esa madre de la vida, y las ciudades de los hombres, y las corrientes sagradas de los ríos; y otras veces los promontorios y la mar circundante, mientras atravesaba la extensión de los aires.»

Ciertamente, tras los precedentes pasajes tan concluidos, tan pulidos y tan estudiados, el poeta ha sabido terminar con un cuadro vasto y lleno de grandeza.—En Virgilio, Venus recurre igualmente á su hijo para pedirle que la sirva; pero no es por sugestión de Juno; todo lo contrario, es por temor de la implacable diosa: *urit atrox Juno*. Otra vez, durante la estancia de Eneas en Cartago, Juno irá en persona á proponer una estratagema á Venus; de ella será la idea de la partida de caza, de la gruta propicia y del himeneo durante la tempestad; pero aun en ese mismo pasaje, Virgilio no se entretendrá en describir la imprevista llegada de Juno á la morada de Venus, y el tocado interrumpido, y las palabras de ironía ó de asombro afectado con que pudo ser acogida; él irá derecho al asunto, y se limitará á mostrarnos en seguida la sonrisa (ya lo he citado) de la divina Citerea al escuchar esta proposición, un poco ligera, de la grave Juno:

... *Non adversata pelenti*
Admuit, atque dolis risit Cytterea repertis.

Virgilio no es hombre ni poeta que entre en charla, aunque graciosa, de las diosas.

Aquí tampoco se detiene el poeta para adornar los prolegómenos mediante todo género de recursos bonitos; Venus no va á buscar á su hijo á través de los jardines de Júpiter; nada de Ganimedes, ni de juegos de niños; nada de esas caricias cuando ella coge al travieso niño por la barbilla y le tira de las mejillas, llamándole *pequeño monstruo*. Virgilio no bromea así con la madre de Eneas, con la madre de los Julios, ni siquiera con el Amor, que también él es para los Césares un antepasado. Venus aborda á su hijo con

esos hermosos y serios versos que todo corazón apasionado repetirá todavía después de dos mil años, y que son lo contrario de las exquisiteces un tanto muelles de Apolonio, hechas más bien para divertir á la Grecia de los Ptolomeos y de las Cleopatras:

*Nate meae vires, mea magna potentia, solus,
Nate, patris summi qui tela Typhoea tennis,
Ad te confugio, et suplex tua numina pasco.*

«Tú, hijo mío, que eres toda mi fuerza y mi gran poder, á ti que eres el único que desprecias los rayos con que el Padre soberano aniquiló á Tifeo, á ti acudo, y como suplicante vengo á implorar tus poderes.» Y ella le explica el género de servicios que reclama de él para su hermano Eneas; se trata de abrazar á la reina con un violento amor para tenerla segura y para que nada pueda hacerla variar de sentimiento:

*Quocirca capere ante dolis et cingere flamma
Reginam meditor, ne quo se numine mutet,
Sed magno Aeneae mecum teneatur amore.*

El medio propuesto, es que Venus arrebate por una noche al joven Ascanio en el momento en que va á ponerse en camino para reunirse con su padre, y que el Amor tome su apariencia y la sustituya y desempeñe al natural aquel papel de niño que le permitirá insinuar todas sus llamas:

«Al llamamiento de su padre querido, el regio niño objeto de todos mis cuidados, se prepara á ir á la nueva ciudad fenicia, portador de los presentes salvados del mar y del incendio de Troya. Haciendo que se duerma con profundo sueño en alguna cumbre de Citera ó de Idalia, le ocultaré en uno de mis santuarios, para que no pueda en manera alguna sospechar nues-

tra estratagema y desbaratarla. Tú, por una sola noche, no más, toma su figura, y, como niño, revístete con ese rostro de niño que te es tan conocido, para que Dido, cuando te sienta con alegría en sus rodillas en medio del festín real y de la alegría de Baco, cuando te dé tiernos abrazos y te suplique dulces besos, reciba de ti y respire el fuego oculto y le deslices tú el veneno en todas sus venas.»

«Amor obedece á las palabras de su madre querida; se quita las alas y se complace en andar con el paso y el aire de Julio. Sin embargo, Venus esparce por todos los miembros de Ascanio una apacible molicie, y cogiéndole en su seno, la diosa le lleva por los altos bosques de Idalia, en donde un lecho de suaves mejoras le recibe en medio de sus flores y le rodea con sus perfumes á la frescura de la sombra.»

Todo tenemos presente ante los ojos, el clásico é ingenioso cuadro de Guerin; pero, sobre todo, me complace en representarme ese Cupido disfrazado de Ascanio por la estatua del Amor de Bouchardon. Acabo expresamente de volverla á ver; el dios ha salido ya de la primera infancia, de la infancia propiamente dicha; es un adolescente ó un niño de once á trece años, alado, con una aljaba á la espalda, esbelto, fino, elegante, con la cabeza maliciosamente inclinada. Se apoya en su arco, ó más bien en un arco que está en aptitud de hacerse con la maza de Hércules. Soy del parecer de Diderot; prescindiría muy bien de esa idea, que es refinada, oscura cuando no se sabe por otra parte. Yace por tierra detrás de él, á manera de trofeo, una piel de león.

Este amor de Bouchardon, por su talla y por todo su aspecto, se diría que es el Amor de Virgilio en el

momento en que parte para ejecutar la orden de su madre y acabar de tomar el rostro de Ascanio, á quien se parece ya, como es natural, iba á decir á un hermano (no pensando sino en la proporción de las edades), pero por lo menos á un tío tan joven. Este disfraz, en un parentesco tan próximo, forma una agradable confusión.

Se diría, hasta tal punto es graciosa y bonita la idea de Virgilio, que se acaba de entrar en una mitología de hombre de ingenio, y mucho más cercana de Ovidio que de Homero; pero Virgilio, evitando el perderse en los detalles, ha sabido conservar la sobriedad en lo grato y se ha mostrado en todo este delicioso pasaje aún más apasionado que espiritual. Es la obra de su gusto. Se ha resistido, como se ha podido ver, á seguir el seductor ejemplo de los alejandrinos; y, en todo, puede decirse que si debe infinitamente á aquéllos por la gracia, la elegancia épica, la precisión, la cultura de expresión y la corrección de que presentaban modelos, no debe sino á sí mismo la combinación de arte que preside á su manera, esas cualidades tan diversas, reunidas y acopladas con un supremo tacto, y ha encontrado la originalidad y la grandeza en el artificio del poema.

El falso Ascanio llega al lado de su padre y de la reina en los momentos en que se sentaban ya para el festín; trae, como se sabe, los presentes que Eneas le mandó á decir que tomase de las naves: el velo, el manto de Elena, aquellos despojos de la más bella de las pérfidas. Es de traducir todo este trozo. En las luchas reñidas y prolongadas con el texto, en esas derrotas ciertas pero honrosas, es en donde se aprende á admirar bien á su autor y á estimarle como es debido. La magia del estilo responde á la de la pasión

misteriosa y naciente; no hay más que frases ardientes, impregnadas de un vago y confuso calor, y como de una armonía contagiosa:

«Admiran los presentes de Eneas, miran al joven Julio y el rostro inflamado del dios, y sus palabras suaves, y el manto y el velo resplandecientes; pero sobre todo, la infortunada fenicia, ya sentenciada á la desgracia futura, no puede tranquilizar su espíritu, y se abrasa mirándolo todo. Aféctanla, á la vez, los presentes y el niño que los lleva.

»Este, en cuanto abrazó á Eneas y hubo satisfecho la inmensa ternura del que se cree su padre, se dirige hacia la reina. Ella se une á él con los ojos, se une con toda su alma, y de cuando en cuando le acaricia contra su seno, no sabiendo, ¡la imprudente Dido!, que el gran dios está allí sentado sobre su víctima. Pero él, fiel al pensamiento de su madre, Idaliana, comienza poco á poco á borrar la imagen de Siqueo, y trabaja para introducir un nuevo y vivo amor en aquella alma desde hace tanto tiempo dormida y en aquel corazón que había olvidado el amar.»

Sigue el festín espléndido á la luz de las antorchas, adornado con todas las pompas de Sidon. Proyéctase en él un reflejo de la magnificencia de los banquetes romanos. Una ligera broma anima la solemnidad de la fiesta, cuando después de la invocación hecha á todos los dioses hospitalarios, Dido entrega la copa llena, que no ha hecho más que llevársela á los labios, á Bitias, al que encarga que se la beba en nombre de ella, encargo que él cumple sin hacerse rogar:

... *Ille impiger hausit
Spumantem pateram, et pleno se proluit auro.*

Estos rasgos rápidos de realidad y naturalidad, siempre realzados por la expresión, impiden que la poesía de Virgilio sea fría á fuerza de nobleza, lo que constituye el escollo de esa escuela tan cultivada. No es una sutilidad el ver, en el acto realizado por Dido al no humedecerse sino los labios, una corrección y un esmero del poeta, á más de que no sienta bien en una mujer el beber mucho; es preciso que, en la embriaguez amorosa que va á seguir, no pueda atribuirse nada al efecto perturbador de la bebida; todo debe proceder del veneno secreto. Iopas, el cantor de larga cabellera, se pone, según la antigua costumbre, á deleitar con su lira á los convidados; pero Virgilio le hace cantar los fenómenos físicos y las maravillas de la filosofía natural. El poeta se acuerda aquí de lo que ha aprendido con el filósofo epicúreo Syron. Iopas es un rapsoda que expone los resultados de la ciencia con preferencia á la narración de las historias ó fábulas de los hombres y de los dioses. Es un Iopas-Lucrecio que recuerda al Sileno de la sexta égloga. En Africa, eran grandes observadores del cielo. Hay tal vez una intención de exactitud local en ese tema del canto elegido por Iopas, y no se dice al azar que él había aprendido aquellas cosas del gran Atlas, aquel antiguo y misterioso vecino... *Docuit quae maximus Atlas.*

Mientras tanto, Dido ya no es dueña de sí; durante aquel largo festín, en el que se escucha á Eneas, en el que tiene abrazado á Ascanio, bebe el amor por todos sus poros. No se cansa de interrogar al héroe sobre las mil aventuras de la guerra de Troya, sobre aquellas grandes muertes lamentables de Priamo ó de Héctor, ó de pronto, por una curiosidad de mujer, sobre el color de las armas del apuesto Memnon, el hijo de la Aurora. Después, cuando ella ha multiplicado y

mezclado así las preguntas, concluye por parecerle muy sencillo que el héroe le refiera toda la historia de los últimos días de Troya y de sus viajes de un extremo á otro y desde el principio. Eneas comienza entonces la larga relación que va á ocupar los dos cantos siguientes y que hubo de llenar una parte de la noche.

Tal es ese primer libro, en cuyo análisis, sin omitir demasiado las otras indicaciones, he tratado, sin embargo, de establecer como punto de vista principal la imitación que Virgilio ha hecho de Homero y la comparación de las dos poesías. Es indudable que semejante comparación no estará completa y terminada hasta que se hayan recorrido los libros que tratan de los viajes, de los amores, de los juegos fúnebres, de los Infiernos, de los combates, es decir, después de una lectura de toda la *Eneida*; pero ya, desde este primer libro, están bien dibujados los rasgos característicos. La lección de gusto que de ello se puede sacar, como ya creo haberlo dicho, no es para admirar menos á Homero ó á Virgilio, sino para admirarles mejor, cada uno en su género y en su época de civilización. En Francia, no siempre han sido justos; salidos, en gran parte, de los latinos, hemos heredado su manera de sentir como su manera de hacer, sus preferencias como algunos de sus méritos y cualidades. En una palabra; se ha dado uno fácilmente la preferencia á sí mismo en la persona de los latinos. No estará demás el dirigir una rápida ojeada sobre la suerte de Homero y de Virgilio en nuestras escuelas y en nuestro mundo, el darse cuenta de los distintos juicios que se han formulado y del grado de comercio que con ellos se ha mantenido; se encontrará mejor explicado lo

que ha faltado y lo que hay que hacer en adelante. Esto constituirá mi brevísimas conclusión.

III. De la reputación de Homero y de Virgilio en Francia.—Scaliger.—Rapin.—Terrasson.—Voltaire.—Bernardino de Saint-Pierre.—Chateaubriand.—Deber del crítico.

Y por de pronto, representémonos el estado de los estudios griegos y lo que eran entre los latinos después de los primeros siglos del Imperio, á principios de la decadencia. Estos estudios debían ser menos completos de lo que se creería, á juzgar únicamente por los romanos ricos é ilustrados de tiempos de Cicerón ó de la época de Virgilio y de Horacio. En esos buenos tiempos, que señalan el movimiento y el impulso de los espíritus, la juventud escogida, ávida de aprender la literatura griega, iba á Atenas, á Rodas ó á alguna otra ciudad célebre, y adquiría el conocimiento vivo de la lengua en su fuente; de regreso, se llevaban consigo á griegos, secretarios esclavos ó emancipados, ó aquellos ingeniosos parásitos como pululaban en Roma. Sin embargo, cuando hubo una literatura romana, ya muy antigua, muy rica á su vez, abundante en todos los géneros, orgullosa, como es natural, de sí misma y de las escuelas de los gramáticos romanos, á éstas hubieron de acudir la mayor parte de los jóvenes de mediana fortuna para seguir sus estudios; y aunque tales gramáticos supiesen el griego, no lo enseñaron sino lentamente, por principios y no por el uso; en fin, de una manera parecida á como se aprende hoy. El mismo Servio, en ciertos pasajes, me parece que comenta á Virgilio como un hombre que no sabe fundar la explicación más natural en los autores griegos que el poeta latino ha imita-

do. San Agustín, en un pasaje de sus *Confesiones*, se pregunta con mucha insistencia por qué, cuando niño, odiaba la lengua griega, mientras que era apasionado por la latina. «¿Por qué, pues, odiaba así el estudio del griego, que, sin embargo, conduce á tan bonitas fábulas? Porque Homero sobresale en esas tramas fabulosas, y es el mentiroso más agradable; y sin embargo, me era muy amargo en mi infancia. Yo creo que lo mismo suceda con Virgilio entre los niños griegos, cuando están obligados á aprenderle, como yo á Homero; es decir, muy penosamente.» Cuando, en efecto, se quería aprender el griego con los gramáticos, que á su vez lo sabían por segunda mano, el estudio debía ser largo é ingrato en una época en que los métodos y las ayudas de toda clase, los vocabularios, eran incompletos y escasos. Llegó, pues, un momento en que, para todos los que no iban á Grecia ó no recibían la enseñanza de labios de los retóricos ó gramáticos griegos, dejó de existir la facilidad de comercio y la familiaridad con la hermosa lengua de Homero. Esto sucedió más tarde ó más temprano en Italia, y con mayor razón en las Galias y en España.

En cambio, el latín, el verdadero latín, con su genio propio y doméstico, penetró hasta en los pueblos incultos; resistió á la misma descomposición de la lengua clásica, y se prestó á la formación de los nuevos idiomas; entró en la organización, por decirlo así, de la raza, y dejó huellas hereditarias en los cerebros. En cuanto los estudios reaparecieron, le fué siempre fácil renacer, ser aprendido sin dificultad y bien hablado, así como la lección de la noche se presenta más clara después de un profundo sueño. En Italia, en España, en Francia, uno es buen latinista casi naturalmente; los helenistas son raros.

Puede comprenderse todo lo que con esto ganó Virgilio; el primero de los poetas de su país y de su lengua, pasó á ser poco á poco en la opinión general el primero de todos los poetas. La admiración que inspiró fué como un culto, y ni siquiera tenía necesidad para obtenerlo de ese falso aire de semicristianismo y de profecía que le prestó la credulidad de la Edad Media: bastaba que fuese el príncipe de los poetas latinos. No le consideremos, en este rápido examen de su fama, sino con relación á Francia y á partir del Renacimiento de las letras en el siglo xvi; Julio César Scaliger comienza: en su *Poética* (1561), eleva altares en la verdadera acepción de la frase á Virgilio, á la divinidad de Virgilio (*Virgiliana divinitas*), y le inmolaba á Homero. No conozco un ejemplo de peor gusto unido á mayor saber. Virgilio, como es sabido, ha colocado en su Eliseo, como presidente del grupo de los poetas, no á Homero, sino á Museo, un antiguo Museo del que no queda sino el nombre, puramente mitológico. Scaliger llega á pensar, sin ninguna crítica, que el Museo del que se tiene en griego el bonito y galante poema de *Hero y Leandro*, y que es posterior á Ovidio en el mismo género, no es otro que ese antiguo Museo tan magníficamente coronado por Virgilio, y se dedica, en consecuencia, á probar que era muy superior á Homero. Comparando algunos pasajes de los dos poetas, llega hasta decir: «Si Museo (el autor de *Hero y Leandro*) hubiese escrito lo que escribió Homero, demos por sentado que lo hubiera hecho mucho mejor.» Homero no le parece, precisamente, despreciable; pero Museo, á sus ojos, ha hecho algo más trabajado, más gracioso, más pulido. No encuentra bastantes frases para alabar su estilo y su factura. (*Quid rotundius, elegantius, ornatius, numerosius?*)

No nos riamos demasiado de Scaliger. ¡La Motte y Fontenelle, tened cuidado, no sonriáis! Vosotros, los ingeniosos del salón de madama Lambert y del mundo de madama del Maine, estáis exactamente de acuerdo y al unísono sobre un punto esencial, sobre un mismo punto falso. Preferís lo suave y lo bonito á lo grande, lo lamido á lo natural, lo que está bien hecho y bien acabado á lo que está ampliamente tratado y á lo sublime.

En lo que se refiere á la estimación comparativa entre Homero y Virgilio, la desigualdad admitida y proclamada por Scaliger, aunque discutida por algunos, ha subsistido, en grado mayor ó menor, durante más de dos siglos en el fondo de los juicios de la nación, y se la encuentra expresada en términos más suaves por los críticos más conocidos, quienes sabiendo menos griego que Scaliger, se inclinaban como él, y por razones análogas, del lado del poeta latino. Para convencerse de ello, no hay más que leer al padre Rapin ó al mismo Voltaire.

Un día, el primer discípulo literario de Voltaire, el más francés de los escritores alemanes, el gran Federico, tuvo una conversación con el apreciable literato sajón Gellert:—«¿Cuál preferís entre Homero y Virgilio?»—le preguntó el rey.—«Homero es original»—respondió Gellert. El rey replicó en seguida:—«Pero Virgilio es más pulido.» He aquí la opinión francesa, y que data de Scaliger, en boca de Federico.

¡Qué lástima que desde el siglo XVI no nos haya dado un gran escritor una traducción sincera y original de los poemas de Homero! ¿Por qué no lo intentó un Rabelais? Solamente él y su lenguaje eran capaces de ello: se hubiera tenido el fuego del modelo y su grandeza. O, por lo menos, ¿por qué, en un grado me-

nor, no nos ha dejado un Amyot una copia suavizada de esos admirables cuadros primitivos? Rabelais hubiera triunfado en la *Iliada*, y Amyot hubiese salido airoso en la *Odisea*. Cuando se piensa en la influencia que ha tenido la traducción de Plutarco, no se puede menos de pensar que un tal monumento del lenguaje hubiera sido para la imaginación pública un poderoso ejemplo, un continuo apoyo y que hubiese podido influir en la dirección del gusto en los dos siglos siguientes. Se hubiera obtenido la gran ventaja de leer con gusto, con deleite, los poemas homéricos, y, sobre todo, la facilidad y el agrado en el trato, que ha faltado. Poseer á Virgilio es general en Francia entre los literatos y aun entre los que no lo son; poseer á Homero ha sido patrimonio de muy pocos. En la comparación que se ha hecho, raras veces uno de los términos ha estado tan presente como el otro en el espíritu de los que creían tener la justa balanza.

Montaigne, que ha hablado admirablemente de Homero y de Virgilio, confiesa que no conocía más que al último. Se limitaba á adivinar al otro.

En el siglo xvii la preponderancia de Virgilio se hace cada vez más ostensible, y el conocimiento de Homero baja con el estudio del griego, aun entre las personas instruidas. La importancia del mundo, propiamente dicho, se señala más en la literatura y en la educación; la idea del gusto, harto á menudo vecina de la moda, preocupa y predomina. La sociedad culta y los autores en boga se inclinan con predilección del lado de España é Italia. En materia de largas historias poéticas y conmovedoras, es el reinado de la *Astrea* y de *Jerusalén*. Virgilio no se presta sino á medias á tales disposiciones por la parte galante y novelasca; Homero no se presta en manera alguna. El

Colegio de los Jesuitas de la calle de Santiago, muy en boga, y adonde iba á estudiar gustosa la juventud de la nobleza, proporcionó poco á poco su enseñanza con arreglo á las nuevas corrientes del mundo, y padeció el griego. Saint-Evremond, discípulo de los jesuitas, conocía ciertamente á Virgilio mejor que á Homero y le leía más directamente. Sin embargo, si ha criticado con alguna viveza al uno, no se ha engañado sobre el alcance del otro. Es de los que mejor han comprendido que la epopeya homérica, relacionada por completo con las costumbres de una época infinitamente distinta de la nuestra, no debe servir de patrón, y es más para contemplar que para imitar. Pero no pretende que lo que choca á nuestras costumbres modernas sea imputable al poeta:

«Sin embargo, dice, los vicios del héroe (Aquiles) no caerán sobre el poeta. Homero se ha preocupado más de contemplar á la naturaleza, tal como la veía, que de hacer héroes perfectos; les ha pintado aún más pasiones que virtudes... Todo ha cambiado: los dioses, la naturaleza, la política, las costumbres, el gusto, las maneras. ¿No influirán tantos cambios en nuestras obras? Si Homero viviera actualmente, haría poemas admirables, acomodados al siglo en que los escribiera. Nuestros poetas los hacen malos, ajustándose á los antiguos... Deduzcamos de esto que los poemas de Homero serán siempre obras maestras, no modelos.»

A nuevas costumbres y otra sociedad, quiere otras fuentes de interés, otras máquinas poéticas; parece pedir las á una poesía filosófica, que todavía se espera. Por lo menos, todo lo que dice es propio de un hombre de talento y de un sentido superior.

Otro hombre de talento, pero no del mismo orden, y que pensaba poco por sí mismo, el padre Rapin, en su *Comparación de Homero con Virgilio*, dedicada al primer presidente de Lamoignon (1668), no hace sino formular la opinión francesa general que tendía á establecer, y prevalecerá hasta nuestro siglo. Desde el principio se pone en guardia contra una admiración excesiva del más divino de los cantores, y apela al gusto en contra de la erudición:

«La obsesión por Homero, dice, ha deslumbrado á todos los que aspiraban á la gloria de parecer sabios. Porque se sabe que los que afectan la reputación de doctos creen atraerse la consideración y honrarse tomando el partido de Homero y dándole ventaja sobre Virgilio, porque esto tiene mejor aspecto. Como se necesita mayor erudición para juzgar á Homero que para juzgar á Virgilio, se piensa que se distingue uno mucho del común de las gentes dando la preferencia al primero sobre el segundo. Es un prejuicio del que conviene deshacerse.»

Los eruditos, en efecto, salvo un Scaliger, eran, en general, partidarios de Homero, y por la razón de amor propio que da Rapin, y porque viendo lo mucho que se había tomado de ese padre de la poesia, le consideraban como el gran original y la fuente: Rapin, hombre de mundo, y que, siendo del colegio, deseaba salir de él, iba á hablar para las personas instruidas, que juzgan con arreglo á sus hábitos de sociedad. Perpetuamente, en su *Paralelo*, aunque saludando á Homero con respeto y queriendo excusarle por sus faltas, da la preferencia á Virgilio por la *manera de llevar la elección, el arreglo, la proporción, la regula-*

ridad, la observancia de las *conveniencias*; en fin, dice acerca de este último punto, «hay que perdonar esa debilidad de Homero; escribía en una época en que las costumbres no estaban todavía formadas; el mundo era entonces demasiado joven para tener principios de honestidad». Y en cuanto á la expresión, al brillo de las imágenes y á la belleza del discurso, á esa gloria de lenguaje incomparable que todos han reconocido unánimemente en Homero, el padre Rapin, tributándole homenaje más bien que haciéndole justicia, se esforzaba todavía en disminuir la alabanza en el detalle por toda clase de restricciones: «Las comparaciones, dice, son frías (¡frías las comparaciones de la *Iliada!*), forzadas, algunas veces poco naturales, nunca excelentes en alto grado, aunque, entre tantas, claro es que había de haber algunas bastante justas.» Virgilio es alabado en este concepto como «el más sabio, el más discreto y el más delicioso de cuantos hayan escrito». Es ensalzado hasta por su mismo silencio: «Hay que poner cuidado en seguirle de cerca para conocer que su silencio, en ciertos pasajes, dice más de lo que se piensa, y es de una discreción exquisita.» Si, Virgilio merece una buena parte de estas alabanzas; pero, evidentemente, en el *Paralelo* se escapa al padre Rapin uno de los términos. No ha hablado de la preocupación de los eruditos y de los doctos; nos ha manifestado el prejuicio de gentes instruidas y mundanas, y tal prejuicio tendrá curso en adelante.

El elegante prefacio de la traducción en verso de la *Eneida*, por Segrais, de la misma época poco más ó menos que la obra de Rapin, pertenece á la misma literatura, favorece y prepara los mismos sentimientos.—El *Tratado del Poema épico*, por el padre Le

Bossu, obra estimable de un hombre sabio, era demasiado aristotélica de forma para influir sobre la opinión del mundo; parecía que el reverendo padre se hubiese olvidado de escribirla en latín.

Los eruditos pudieron replicar al padre Rapin y rechazarle como superficial; se hizo poco caso de ello. Se acostumbraron, según una frase de Baillet, que pareció al pronto enfática, pero que no es sino exacta, á considerar á Virgilio «como formando una época fija en poesía, y como el centro universal de todos los poetas que han aparecido antes y después de él». La edición llamada *ad usum Delphini*, que publicó por este tiempo el padre de La Rue, y que hace honor á esa mediana erudición francesa, sana, sensata y no demasiado curiosa, contribuyó á hacer fácil y agradable la lectura de Virgilio á todos aquellos á quienes no era ajeno el texto. En la famosa cuestión entre los antiguos y los modernos, que apasionó tanto á los literatos y divirtió á las personas de mundo, Homero sufrió lo rudo del ataque; fué bastante mal defendido, y Virgilio, que no figuró en la contienda, ganó en consideración todo lo que perdió el antiguo poeta. La señora Dacier, á la que se debía la mejor traducción de Homero en francés, la que permitía juzgarle mejor relativamente, quedó señalada con un ligero tinte de ridículo; ya no se hablará de ella, en adelante, sino sonriendo. El rigor de análisis que el siglo XVIII iba á exigir en toda materia era poco propicio á la inteligencia de las epopeyas primitivas; este siglo filósofo quería que, al juzgar la poesía, no se atuviese uno al sentimiento.

«Es preciso, decía el abate Terrasson, hombre instruido y espíritu rígido, contestando á la señora Dacier

precisamente en la cuestión que nos ocupa, es preciso rectificar con la regla el mismo sentimiento, que tan frecuentemente nos ha engañado, como puede uno convencerse de ello comparando los gustos de su primera juventud con los que se han adquirido después mediante las reflexiones y el estudio. Pero, además, ¿cómo es que el sentimiento y la razón conciertan tan bien en la lectura de Virgilio, por ejemplo, y de Racine, y que la distinción entre estas dos facultades del alma sea tan necesaria en la lectura de Homero? Yo sé las diferentes impresiones que hasta las personas de talento reciben de las diferentes partes de la poesía y de la pintura; los unos son más sensibles, por ejemplo, á la corrección de los discursos en una obra, ó al contorno de las figuras en un cuadro, y los otros atienden preferentemente á la elegancia de los versos y la primera ó al colorido en el segundo. Pero, de cualquiera manera que sea afectado el sentimiento, exijo, por lo menos, que la razón ponga estas diferentes partes en su verdadero sitio, y que se estime á los poetas y á los pintores en proporción de lo que hayan brillado en las partes más importantes. Pero, en fin, en una obra de poesía ó de pintura, cualquiera que sea, no se debe pretender que la perfección de una parte subalterna cubra los defectos enormes de una parte superior. ¿Qué colorido repararía brazos más cortos que la cabeza, ó más largos que el resto del cuerpo? ¿Qué pretendida elegancia de estilo puede subsanar, en un poema, ó la confusión perpetua de los caracteres de los dioses y de los héroes, ó la indecencia grosera de sus discursos y de sus acciones? Confesemos que ese sentimiento agradable que se pretende experimentar en la lectura de Homero, no es sino un fuego fatuo de la admiración terca, y que en todo hombre sensato,

gusto, sentimiento y razón no son más que la razón misma más ó menos desarrollada.»

Esta opinión de un helenista geómetra, del único helenista que fué del partido de Fontenelle, es, bien lo sé, un exceso de lógica y un extremo de rigor no seguido por todos, pero no era, sin embargo, la exageración de la opinión francesa general.

Guardémonos de olvidar que, obedeciendo á ese vivo sentimiento, que para los que le poseen es el guía más seguro en materia de poesía, La Fontaine, Bossuet, Fenelón, Racine, Boileau, y, en pos de ellos, el buen Rollin, habían perfectamente sentido y juzgado, sin despreciar ni sacrificar nada del uno ni del otro, la grandeza de Homero y las bellezas de Virgilio.— Cuando apareció el *Telemaco*, Boileau, en una carta á Brossette, escribía: «Es un libro agradable y una imitación de la *Odisea* que apruebo. La avidez con que se le lee demuestra bien á las claras que si se tradujese á Homero en bellas frases, haría el efecto que debe hacer y que siempre ha hecho.» Sea como fuere, en el siglo XVII, hasta en pleno Luis XIV, Homero había sido sentido tanto como Virgilio por todos aquellos grandes escritores nuestros que tenían el alma poética y sabían lo que es la imaginación en el estilo.

Voltaire hubiera sido digno de hacer lo que ellos, y no le faltó sin duda al brillante discípulo del Padre Porée, sino haber tenido más tiempo y haber aprendido mejor el griego, para hacer á Homero la justicia que le era debida en relación y al lado de su admirable imitador. En una carta á Thieriot, de 1718, escrita desde el castillo de Villars (Vaux-Praslin), decía Voltaire: «Le pido con insistencia un Virgilio y un Homero, no el de La Motte... Estos dos autores son

mis dioses domésticos, sin los cuales no debería yo viajar.» En el *Ensayo sobre la Poesía épica*, que compuso en Londres en 1726, y que se imprimió á continuación de *La Eneida*, Voltaire no ha hablado demasiado mal de Homero: «El gran mérito de Homero, dice allí, es haber sido un pintor sublime; inferior con mucho á Virgilio en todo lo demás, le es superior en esa parte.» Sin embargo, á medida que se alejó de la lectura de Homero que hubo de hacer en aquella ocasión, se hizo más ligero y recobró la irreverencia; en el capítulo CXXI del *Ensayo sobre las costumbres*, dice:

«Si se quiere poner sin prejuicios en la balanza la *Odisea* de Homero y el *Rolando* del Ariosto, el italiano le aventaja por todos conceptos; teniendo ambos el mismo defecto, la intemperancia de la imaginación y lo novelesco increíble, el Ariosto se ha desquitado de ese defecto con alegorías tan verdaderas, con sátiras tan finas, etc., etc.

»Respecto de la *Iliada*, que cada lector se pregunte á sí mismo lo que pensaría si leyese por primera vez ese poema y el del Tasso, ignorando los nombres de los autores y las épocas en que esas obras fueron compuestas, no tomando, en fin, por juez sino su gusto, ¿podría no dar en todos sentidos la preferencia al Tasso? ¿No encontraría en el italiano mayor consecuencia, más interés, más variedad, más precisión, mayores gracias, y esa molicie que revela lo sublime? Tal vez dentro de algunos siglos ni se establecerá siquiera la comparación.»

¿Cómo? ¿También Voltaire es hombre que prefiera ciertas pinturas del Tasso, es decir, la gracia de Mu-

sée (Musée engrandecido y hecho épico) al toque de Homero?

Grimm se lo ha censurado; Grimm tenía en su favor el haber estudiado en Alemania con Ernesti, y Alemania é Inglaterra, manteniendo la fuerza y la solidez de los estudios clásicos y estando menos imbuidas de una prevención particular de latinismo, supieron conservar al gusto del público más vigor y energía y un hábito menos exclusivo. Grimm no pudo, pues, sufrir este juicio de Voltaire que pasó corrientemente en Francia.

«¿Cómo es posible, se pregunta, que ese ilustre escritor haya hablado tan mal de Homero en el volumen en que trata del renacimiento de las letras en Italia? Da en casi todo la preferencia á los modernos. No le cuesta ningún trabajo poner el *Orlando furioso* del Ariosto por encima de la *Odisea*, y, lo que es increíble, *La Jerusalén* del Tasso por encima de la *Iliada*. Si este fallo hubiese sido pronunciado por Fontenelle, no se hablaría de él; no hubiera tenido consecuencias. Pero el que sea Voltaire quien emite ese juicio, es una cosa realmente inconcebible. Yo creo haber tenido el honor (escribe á sus príncipes de Alemania) de hacerlos observar en alguna parte que los modernos ni siquiera habían encontrado aún la máquina de su poema épico, y que, en la miseria en que se encuentran en este concepto, no tienen escrúpulos en tomar la de Homero, la cual, sin embargo, no podría servirles. Cuando tengan á su genio, todavía Homero le será superior por lo sublime y la sencillez de las costumbres, que prestan á sus poemas encantos tan poderosos. ¡Ay! Si ese padre de la poesía quisiera recobrar de sus descendientes todo lo que ellos le han tomado, ¿qué

nos quedaría de la *Eneida*, de *La Jerusalén*, del *Orlando*, de la *Luisiada*, de la *Enriada* y de todo lo que uno se atreve á nombrar en este género?»

No podría decirse, aunque se estime á Grimm, que tuviese más gusto natural que Voltaire; pero la solidez de la educación que su gusto había recibido, le hace aquí superior como crítico y más cuerdo.

Así fué como Pope, un poeta culto que tenía ingenio y humorismo del género del de Voltaire, y que estaba hecho para sentir los siglos de Augusto mejor que las edades primitivas, debió á su primera educación clásica, igual en las dos lenguas, el formular sobre Virgilio y Homero un excelente juicio y de la más equitativa proporción, en el prefacio de su traducción de Homero.

Cuando apareció (1764) la traducción de la *Iliada* por Bitaubé, hubo división y cisma en el reducido círculo de los filósofos. Alembert, á la sazón de viaje en Prusia, volvió de Berlín con Bitaubé y le apoyaba decididamente en París. Grimm y Diderot encontraban que la traducción de la señora Dacier, con sus defectos, era preferible á la de Bitaubé.—«Bitaubé, á quien ninguno de nosotros, añadía Grimm, aconsejará nunca que traduzca á un poeta, porque tiene un secreto maravilloso para matar todo lo que es poesía é imagen. Cuando hacemos estas observaciones á Alembert, se incomoda, nos acusa de superstición; no siente el genio de Homero.» En materia de poesía, Alembert era de la religión del abate Terrasson.

Marmontel y La Harpe, que sentían á Virgilio, han hablado bastante bien de Homero; pero hablan de él más bien como personas de talento que saben lo respetuoso que hay que decir que como lectores asiduos

y apasionadamente informados. No frecuentaban los parajes de Grecia; estaban completamente habituados á Virgilio.

Un escritor, que no era un crítico, sino un gran pintor, ha hablado de uno y otro poeta admirablemente, y tan bien como cualquiera de los doctos. En una nota de los *Estudios de la Naturaleza*, Bernardino de Saint-Pierre aprecia, con ese encanto penetrante que usa hasta en sus análisis, el carácter de la *Iliada* y del poeta:

«De todos los escritores, yo no conozco sino á Homero que haya pintado al hombre por entero; los otros (y hablo de los mejores) no presentan más que esqueletos. La *Iliada* de Homero es, en mi opinión, la pintura de todo el hombre, como lo es de toda la naturaleza. Encuéntranse en ella todas las pasiones, con sus contrastes y sus matices más intelectuales y más groseros. Aquiles canta á los dioses con su lira y guisa un trozo de cordero en una marmita. Este último rasgo ha escandalizado mucho á nuestros escritores de teatro, que forman héroes artificiales que se disimulan sus primeras necesidades, como sus mismos autores disimulan las suyas á la sociedad. Se encuentran todas las pasiones del hombre en la *Iliada*; la cólera furiosa en Aquiles; la ambición soberbia de Agamenón; el valor patriótico en Héctor; en Nestor la prudencia fría; en Ulises la prudencia astuta, etc...; después oposiciones de sitios y de condiciones que hacen que se destaquen esos caracteres, como las bodas y las fiestas campestres sobre el terrible escudo de Aquiles; los remordimientos en Helena y la inquietud en Andrómaca; la huida de Héctor, á punto de perecer al pie de los muros de su ciudad, á la vista de su pue-

blo, del cual es el único defensor, y los objetos gratos que se le presentan en aquellos terribles momentos, tales como aquel bosquecillo y aquella fuente, á la que iban á lavar sus ropas las hijas de Troya y junto á la cual gustaban de reunirse en tiempos más felices.

»Este divino genio, habiendo asignado á cada uno de sus héroes una pasión principal del corazón humano, y habiéndola puesto en acción en las fases más salientes de la vida, ha distribuido de igual suerte los atributos de Dios entre varias divinidades, y ha asignado los diferentes reinos de la Naturaleza: á Neptuno, el mar; á Plutón, los infiernos; á Juno, el aire; á Vulcano, el fuego, etc... De esta manera ha presentado la morada del hombre celeste; su obra es la más sublime de las enciclopedias... Unid á la majestad de sus planes una verdad de expresión que no procede únicamente de la belleza de su lengua, como pretenden los gramáticos, sino de la extensión de sus observaciones naturales. Así, por ejemplo, llama la mar *purpúrea* al momento en que se pone el sol, porque entonces los reflejos del sol en el horizonte la ponen de ese color, como yo mismo lo he observado. Virgilio, que le ha imitado en todo, está lleno de esas bellezas de observación, de las que nuestros comentadores no se cuidan para nada...»

¡Piadoso y conmovedor homenaje tributado al anciano Homero por el más virgiliano de los genios! ¡Cómo consuela esto de una página de Terrasson!

Chateaubriand merece grandes elogios: sintiendo deliciosamente á Virgilio, tuvo el valor de volver á Homero y escalar como pudo las pendientes del Ida. Yo digo *escalar*, porque sus estudios en este concepto habían sido muy deficientes, y hubo de repararlos á

fuerza de vigiliás en su primera etapa en París ó en su destierro de Inglaterra. Se aplicó á ellos de nuevo, y con mayor atención al componer sus *Mártires* y al pensar en su *Itinerario*. Ya anciano, y en el salón de madama Recamier, recuerdo que habiéndose hecho delante de él, en la conversación, una alusión á yo no sé qué pasaje de la *Iliada*, se puso á murmurar en voz baja, en griego, los versos de Homero que convenían al caso. No sabía más que aquellos trozos; pero había respirado, y conservaba en idea el antiguo espíritu. En literatura, por lo menos, no sacrificó nada; supo renovar, sin abatir ni destruir; mantuvo las alturas respectivas, la distancia y la proporción de las colinas venerables y los templos en cada cumbre.

Su gran émulo, madama de Staël, en las perspectivas de todo género que se apresuraba á abrir, se adelantó poco y apenas dió algunos pasos hacia esas regiones consagradas. Prefería los políticos y los historiadores á los poetas; gustaba solamente de los latinos y no entendía nada (por más de un motivo, y sobre todo porque no era un pintor) de los antiguos y muy antiguos.

Andrés Chenier, con algunos opúsculos inspirados, ha hecho más para dar á los amantes exclusivos de Virgilio la inteligencia y el sabor de Homero, que no lo hubiesen podido hacer todas las teorías.—María Josefa Chenier, con tres hermosos versos en honor del viejo inmortal, y que están alojados en todas las memorias, ha enseñado á que hablen bien de él, aun á aquellos que no son más que un eco.

Napoleón, al que extraña encontrar en esta materia, ha dirigido hacia ella la mirada de su elevado buen sentido y el brusco vigor de su decisión. En su destierro, habiéndose hecho leer la *Iliada* y el segundo li-

bro de la *Eneida*, no juzgando sino á través de las traducciones, se apoderó del punto de partida y del procedimiento diferente de las dos poesías. En la nota que dictó con este motivo, pudo excederse en más de un detalle; pero, en esto como en todo, vió al primer golpe de vista el nudo de la cuestión, y lo cortó (y tal vez lo trituró un poco) con la espada.

Desde hace más de treinta años se encuentra trabajando una nueva crítica; ésta ha multiplicado sus exploraciones en todos sentidos; el gusto del público ha sido emancipado y le han paseado cuanto han podido fuera de las fronteras; lejos de encerrarle en los jardines regularmente trazados, se ha tratado de aficionarle hasta á las menores flores silvestres, á veces hasta á las espinas. No existe hoy el peligro de que uno se incline demasiado del lado de Virgilio. Se está lejos de los tiempos en que un traductor de Macrobio no creía poder publicar un trabajo sin pedir, en cierto modo, perdón á los manes del venerado cantor, y en el que se excusaba cerca del anotador de la *Eneida*, Michaud. Macrobio «tenía que purgar el crimen de haber atentado á la gloria del príncipe de los poetas latinos»; porque, en los discursos que pone en boca de sus interlocutores en las *Saturnales*, no sacrificó Homero á Virgilio. Bien lejos se está de esto, aunque tal vez, entre los que inclinan la balanza en el otro sentido, no haya muchos que lean sinceramente y releen á Homero.

Lo que yo quisiera es que al recobrar Homero lo que le es debido, no por una especie de plan preconcebido y de virazón teórica, sino por la familiaridad y el acceso que estudios fieles no cesaran de fomentar hacia sus elevadas y amplias fuentes, no perdiese nada Virgilio y conservara todo su legítimo dominio,

todos sus hermosos reinos, tanto en la parte de Mantua como en su antiguo é inmutable Lacio. Yo quisiera que con esa facilidad que tiene en nuestros días el espíritu crítico para cambiar de lugar y colocarse en los respectivos puntos de vista para las obras maestras, se continuase amándole y gustándole casi como en tiempos de nuestros padres, cuando se censuraba á Delille por no haber puesto en la traducción de la *Eneida* tanta solicitud como la que puso en las *Geórgicas*, cuando la pintura se inspiraba á porfía en los recuerdos de ese gran poema, y cuando Guérin, Gerard y Girodet componían cuadros ó series de dibujos que recordaban al hombre instruido y al hombre sensible los más memorables pasajes de la obra. Yo quisiera que no se rompiese con toda esa tradición tan conforme con las cualidades naturales y adquiridas de Francia, y que no se hiciese sino aportar al asunto una inteligencia más viva todavía, más profunda y más expresiva dentro de límites mejor definidos. Tanto el provecho como el encanto de un tal estudio serían grandes; yo no puedo sino esbozar la idea é indicar el sentido (*Virgilium vidi tantum*). Por lo menos se tiene una primera aplicación del método. Virgilio es un poeta al que nosotros medimos; diré también, es el primero en genio y el más perfecto de los poetas que nosotros medimos; porque no se mide á Homero. Yo llamo *medir* hacer la cuenta exacta del hombre, del talento individual, de la época, de las fuentes en que el autor ha bebido; separar y saber lo que flotaba en el aire en los momentos de la nueva creación, y lo que la precedió; ver claro alrededor. De Homero ignoramos todas estas cosas, mientras que con Virgilio nos son conocidas; todo nos es visible y manifiesto, ó fácil de sorprender; y, por poco que se quiera mirar,

se le ve, en cierto modo, á él mismo en la obra, como el pastor Aristeo ó, mejor todavía, Huber podía, al través de la transparente colmena, ver trabajar á sus abejas (1).

(1) Yo digo que el gran observador Huber, á quien se debe la historia natural de las abejas, las veía, aunque, en realidad, él fuese ciego; porque él mismo decía que *veía*, pues hasta tal punto usaba bien de los ojos de su fiel secretario y de los de su mujer ó de su hijo.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
Discurso pronunciado en la apertura del curso de poesía latina en el Colegio de Francia, el 9 de Marzo de 1855.....	1
Virgilio.....	29
Virgilio (continuación).....	48
Virgilio (continuación).....	66
I.—Que es necesario que el poeta épico sea más ó menos de su tiempo en su poema.....	66
II.—El cantor épico según Homero, y el poeta épico según Virgilio.....	77
Virgilio (continuación).....	85
III.—De qué se compone el genio y el arte de un Virgilio; y es conveniente formarse una idea de ello en estos tiempos.....	85
Virgilio (continuación).....	101
IV.—Del personaje Eneas antes de Virgilio.....	101
Virgilio (continuación).....	122
V.—Continuación del personaje Eneas en tiempos del sitio de Troya, y lo que fué entre los romanos antes de Virgilio.....	122
Virgilio (continuación).....	137
VI.—Si es verdad que el poema épico sea el primero de los géneros.....	137
VII.—De la regla del año para el poema épico y de la duración de la <i>Eneida</i>	141
VIII.—Análisis general de la <i>Eneida</i> .—Los cinco primeros libros.....	144
Virgilio (continuación).....	151
IX.—Los siete primeros libros de la <i>Eneida</i> .—Moralidad del poema.....	151
El primer libro de la <i>Eneida</i>	171

B.P. de Soria



61177322
DR 5582

- Aguanno.**—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcufarado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Antoine.**—Curso de Economía social, dos volúmenes, 16 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
- Arnó.**—Las ServiUMBRES rústicas y urbanas, 7 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 ptas.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 pesetas.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
- Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 ptas.
- Boccardo.**—Historia del comercio, de la industria y de la Economía política, 10 pesetas.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 ptas.—La Oposición bajo los Césares, 7 pesetas.
- Bréal.**—Ensayo de semántica, 5 pesetas.
- Buisson.**—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
- Bunge.**—La Educación, 12 pesetas.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwächter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pts.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.—Pasado y presente, 7 pesetas.
- Caro.**—La Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los galicismos, 3 ptas.
- Colomby.**—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.
- Comte.**—Principios de Filosofía política, 2 pesetas.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, dos tomos, 15 pesetas.
- Champcommunal.**—La Sucesión ab-intestato en Derecho internacional privado, 10 ptas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Döllinger.** El Pontificado, 6 pesetas.
- Dorado Montero.**—El Reformatorio de Elmira (Estudio de Derecho penal), 3 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Eltzbacher.**—El Anarquismo, 7 pesetas.
- Ellins Estevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.**—La ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.—Ensayo sobre la naturaleza, 3,50 pesetas.
- Fichte.**—Discursos a la nación alemana.—La Regeneración de la Alemania moderna, 5 ptas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.
- Fitzmaurice Kelly.**—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
- Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
- Foullée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 ptas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 ptas.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, dos tomos, 15 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, dos tomos, 15 pesetas.
- Garnett.**—Historia de la literatura italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización a las víctimas del delito, 4 pesetas.—La Superstición socialista, 5 pesetas.
- George.**—Protección y libre cambio, 9 pesetas.—Problemas sociales, 5 pesetas.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 ptas.—Sociología inductiva, 6 pesetas.
- Giuriati.**—Los Errores judiciales, 7 pesetas.
- Goëthe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Gonblanc.**—Historia general de la literatura, 6 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las Favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du Barry, 4 pesetas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumpłowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
- Guyau.**—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa contemporánea, 12 ptas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Hanssonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Höfding.**—Psicología experimental, 9 ptas.
- Hume.**—Historia del pueblo español, 9 ptas.—Historia de la España contemporánea (1788-1898), 8 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 ptas.
- Huxley.**—La Educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Jitta.**—Método de Derecho internacional privado, 9 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pts.
- Kruger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2,50 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 ptas.
- Lewis Pattee.**—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.
- Liesse.**—El Trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social, 9 pesetas.
- Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.**—La Escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
- Lombroso.**—Medicina legal, 2 tomos, 15 ptas.
- Lubbock.**—El Empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La Educación, 7 pesetas.—Vida, memorias y cartas, dos tomos, 14 pesetas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.
- Manducca.**—El Procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho internacional, tres tomos 22 ptas.—La paz y la guerra, Apéndice, 8 pesetas.
- Martin.**—La Moral en China, 4 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.—Historia de las religiones, 8 pesetas.—La Ciencia del lenguaje, 8 ptas.
- Meneval y Chantelauc.**—María Estuardo, 6 pesetas.
- Mercier.**—Curso de Filosofía: Lógica, 8 pesetas.—Psicología, dos tomos, 12 pesetas.—Ontología, 10 pas.—Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por Adolfo Posadas, 5 pesetas.
- Miraglia.**—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.

- Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, dos tomos, 18 pesetas.
- Mouton.—El deber de castigar, 4 pesetas.
- Murray.—Historia de la literatura clásica griega, 10 pesetas.
- Nansen.—Hacia el polo, 6 pesetas.
- Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
- Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—La Genealogía de la moral, 3 ptas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.—Últimos opúsculos, 5 pesetas.—La Gaya ciencia, 6 pesetas.
- Novicow.—Los Despilfarros de las sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.
- Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
- Potapenko.—La novela de un hombre sensato, 2 pesetas.
- Prévost-Paradol.—La Historia Universal, 3 volúmenes, 15 pesetas.
- Quinet.—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.
- Renan.—Estudios de Historia religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
- Ribbing.—La Higiene sexual, 3 pesetas.
- Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.—Derecho civil teórico y práctico, seis tomos, 39 pesetas.
- Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Roguin.—Las Reglas jurídicas, 8 pesetas.
- Roosevelt, New-York, 4 pesetas.
- Ruskin.—Las Siete lámparas de la Arquitectura (El Sacrificio, La Verdad, La Fuerza, La Belleza, La Vida, El Recuerdo, La Obediencia) y «La Corona de olivo Silvestre» (El Trabajo, El Comercio, La Guerra), 7 pesetas.—Obras escogidas, 7 pesetas.
- Sainte-Beuve.—Estudio sobre Virgilio, 5 pesetas.
- Samsonetti.—Derecho constitucional, 9 ptas.
- Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
- Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, tres tomos, 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
- Sieroszewski.—Yang-Hun-Tsy (el diablo extranjero), novela de costumbres chinas, 2 pesetas.
- Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 ptas.
- Sohn.—Derecho privado romano, 14 ptas.
- Sombart.—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.
- Spencer.—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 4 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas.—El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los Datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 3 ptas.—Instituciones profesionales, 4 ptas.—Instituciones industriales, 8 ptas.
- Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Starke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
- Stirner.—El Único y su propiedad, 9 pesetas.
- Stourm.—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 ptas.
- Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 ptas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 ptas.—Historia del Derecho, 8 ptas.—Las Instituciones primitivas, 7 ptas.
- Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.
- Taine.—Historia de la literatura inglesa: Los orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas.—La Edad clásica, 6 ptas.—La Edad Moderna, 7 ptas.—Los Contemporáneos, 7 ptas.—Los Filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—Los Orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.
- Tardé.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 8 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.
- Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 pesetas.
- Urtal.—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Varios autores.—(Aguanno, Aias, Azcárate, Bancos, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Frida, García Lastra, Gida, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumpłowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.) *El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
- Idem.—Novelas y caprichos, 3 pesetas.
- Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.—(Sullivan, Cockburn, Sheil, Cobden, Morley, Chamberlain, Randolph Churchill, Beaconsfield, Macaulay, Brougham, O'Connell, Fox, Hardy, Eilemberoug, Bulver Lytton, Parnell, Bright, Conde de Russell, Bradlaugh, Gladstone, Cowen, M'Carthy, Lowe y Butt), 7 pesetas.
- Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.
- Virgili.—Manual de estadística, 4 pesetas.
- Vocke.—Principios fundamentales de Hacienda, 2 tomos, 10 pesetas.
- Wallace, Rusia, 4 pesetas.
- Whitman.—La Alemania imperial, 5 ptas.
- Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.
- Waliszewski.—Historia de la literatura rusa, 9 pesetas.
- Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Wilson.—El Gobierno congressional; Régimen político de los Estados Unidos, 5 ptas.
- Wolff.—La Literatura castelana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos vol., 15 ptas.
- Wundt.—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO XVII

Esta Revista, escrita por los mas eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, diez pesetas; un año, diez y ocho pesetas.—Fuera de España, un año, veinticuatro francos.—El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todas las suscripciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de Fomento, 7, Madrid.

Director: J. LAZARO.

SAINTE-BEUVE



ESTUDIO

SOBRE

VIRGILIO



PRECIO:

5 pesetas.

DR
5582